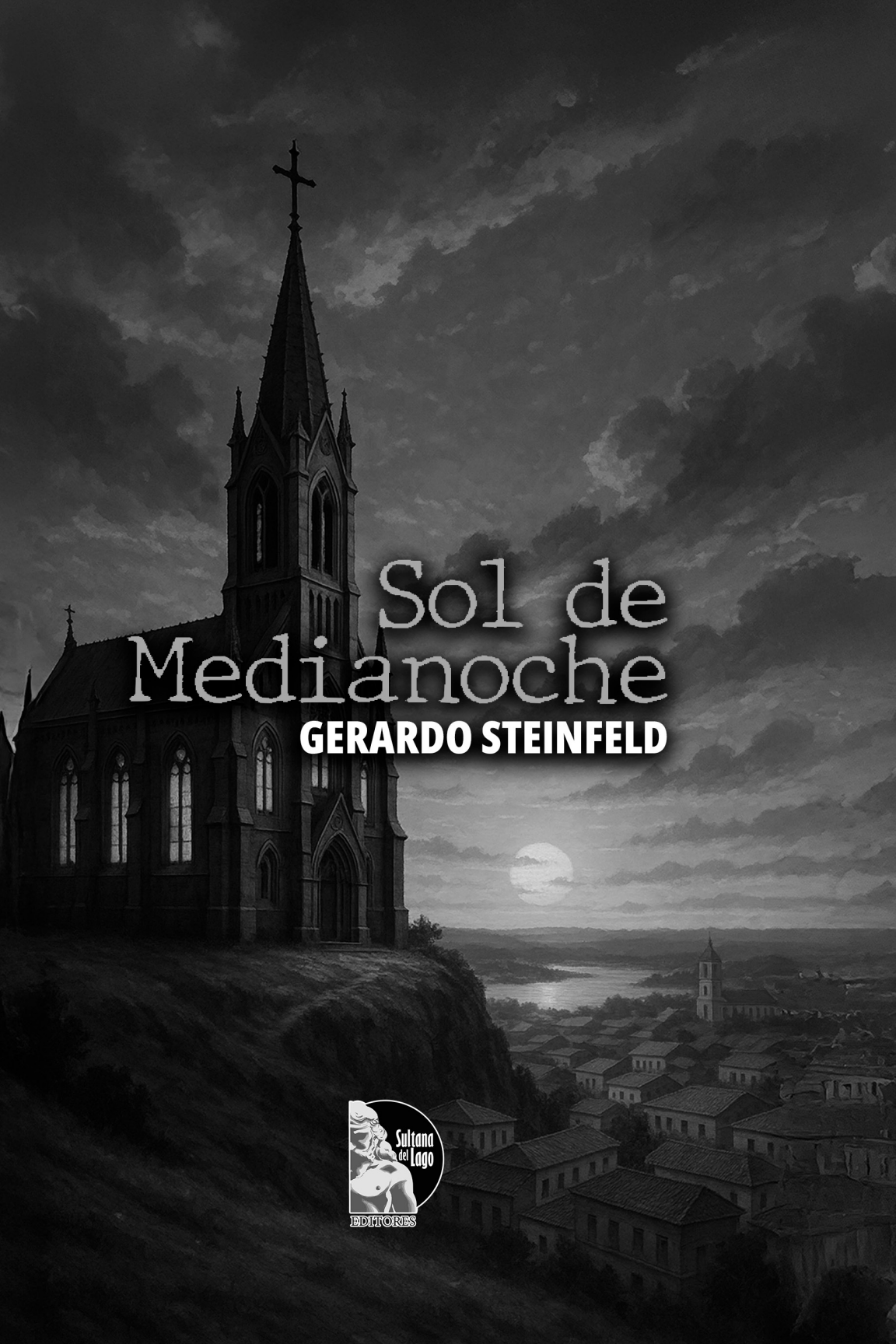

Sol de
Medianoche
GERARDO STEINFELD
Sultana del Lago
EDITORES



EDITORES

Sol de Medianoche

Gerardo Steinfeld

Gerardo González
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6118-8
Depósito Legal: ZU2025000185

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

"No está dedicado a nadie."

«En Montenegro hierve un caldero de oscuridad, es un pueblo gobernado por la superstición y la incertidumbre… Se sitúa al pie de una montaña embrujada, y por él corren ríos de magia, de historias, de bestias salvajes que se esconden entre los hombres durante el día, de asesinatos cruentos y magos negros. Montenegro es un sueño que atrapa a los personajes en un mundo juvenil de miedos, amores, rencores, pudores, lágrimas y secretos. Es un reflejo de la fugaz juventud y el miedo a la adultez… Es una canción nostálgica que nos cuenta una historia con muchas caras y una tragedia».

Prólogo

¿Quién te va a querer tanto como yo?
Me gusta despertar y verte dormida nada más…
Pero estoy lejos y triste…
Deseo abrazarte, y enredarme en ti.

Está lloviendo, me acuerdo de esa vez.
No puedo dormir…
¿De qué me sirve este país?
Si no puedo reír contigo.
No puedo hacer el amor contigo…

Te extraño…

Nelson cortó el recitar de su balada ante un relámpago cegador que rasgó el cielo plomizo; y reprimió un sollozo con los ojos enrojecidos. Samuel se reclinó adolorido en el banco, junto al destrozado Finch y el malhumorado Nelson… Sorbió la sangre por la nariz para esconder sus lagrimas. El pálido sonrió, era esa típica sonrisa famélica que enmascaraba perfectamente el terrible desasosiego… Encendió un cigarrillo y lo fumó despacio. Los dos sabían que Finch volvió a esnifar el polvo en secreto… porque cuando estaba drogado, su ánimo deprimente sufría una mutación severa.

—¿Quieren fumar conmigo?

—No…

—¿Estás loco?

Finch sonrió con el cigarrillo entre los labios. Su mentón estaba partido y un corte en su párpado aún sangraba…

—Son buenos muchachos…
Nelson frunció sus espesas cejas y se limpió el coágulo de la nariz.
—Sí, pero Samuel es muy raro.
El pelirrojo carcajeó sonoramente.
—Y tú eres muy peludo, pareces un cavernícola.
—Tu cabello y tus ojos rojos dan miedo—el moreno chasqueó la lengua—. Nunca conseguirás novia con esa cara de loco.
—Tú tampoco—los dientes de Sam estaban manchados de sangre—. Eres igual a un mono súper evolucionado. Las chicas ven tus brazos velludos y salen corriendo…
Finch arrojó el cigarrillo aún encendido por encima de su hombro. Su ojo derecho era una manzana amoratada.
—¿Qué importa? Seamos amigos por siempre—los miró de reojo, con los globos oculares a colapsar de salmuera—. Nosotros tres podríamos incendiar toda esta ciudad.
Levantó la mirada al cielo, sentía el cabello pegoteado de sangre seca.
Los tres uniformes celestes manchaban de rojo la banca del parque, y los seis zapatos estropeados apuntaban en direcciones opuestas. El humo del cigarrillo dejó de ser molesto con el ralear de una llovizna fría. Los jóvenes escudriñaron los nubarrones grisáceos que se arremolinaban sobre Montenegro y, dejando rodar las lágrimas por sus mejillas… rompieron a llorar.

Capítulo 1: El Demonio del Meridiano

I.

«Que Dios se coma a Meridiano…», leyó con aprensión. La oscuridad era perenne, pero las escotillas estaban abiertas y los cubiles cerrados… En una de las puertas del baño se leía aquel extraño palimpsesto, que parecía más un garabato infernal que un código enigmático. En las películas solían hallarse diagramas mágicos hechos por sectarios, y complicadas oraciones que los exorcistas gritaban a los cuatro vientos. Se preguntó el significado de aquella estrella de nueve puntas dibujada con cera oscura, y los jeroglíficos que la rodeaban subrepticiamente.

De uno de los cubiles color añil salía despedido un hedor dulzón a tabaco. Seis baños comprendían el lavado varonil, y el del fondo era el único en funcionamiento… Samuel esperó con paciencia, hasta que escuchó un sollozo y se escondió en el cubículo subyacente al último.

—¡¿Qué querías hacer?!

—¡Nada!

Calló, en la penumbra, y escuchó el chirrido de la puerta y dos personas entrar, uno parecía nervioso y el otro rabioso. El tipo que se escondía en el último retrete dejó escapar una risita desapercibida… No pestañeó, aquello lo ponía incómodo. Escuchó un empujón y vio uno de los cuerpos resbalar a través del umbral. Era Daniel… y el otro era Ezequiel.

—¡¿Por qué le das cartas a mi novia?!

—¡Lo siento!
—¡¿Sigues enamorado de ella?!
Tembló, y la risita tenue se volvió molesta. El humo a cigarrillo le irritó los ojos… Escuchó una sarta de golpes sucedidos por chillidos de cerdo malherido. Ezequiel debía estar pateando y golpeando, sin medirse, el cuerpo fofo y macilento de Daniel.
—¡No te metas con mi novia o te mato!
—¡No! ¡No! ¡NO! ¡YA! ¡¡¡No me pegues!!!
Posó sus dedos sobre el cerrojo del cubil, pero… fue incapaz de abrirlo. Una sensación de insignificancia insufló su cuerpo de debilidad y cobardía. No podía hacer nada, Ezequiel le sacaba una cabeza de altura y era de naturaleza violenta. Continuó escuchando los golpes y los quejidos hasta que se detuvieron abruptamente. Un susurro ininteligible llegó a sus oídos, y escuchó el crujir de los goznes ante un golpetazo atronador del portal exterior. El llanto de Daniel, herido y agonizante, era patético y… se encerró en el primer cubil para desaparecer del mundo cruel.
Decidió salir, y se miró en el espejo sucio con detención: el uniforme celeste le quedaba grande y los pantalones muy anchos. Su cabello rojizo estaba oscurecido y sus ojos de iris sanguíneas parecían castaños… No se reconocía, su palidez era amarillenta. Se lavó las manos a pesar de no haber usado el baño, y… vio al altivo Finchester emerger del último cubil, arrojando el cigarrillo al inodoro y rociando sus manos con alcohol para eliminar el olor a nicotina.
—¡Que buena pelea! —Anunció con una sonrisa espantosa—. ¡Eres un árbitro estupendo!
Sam se horrorizó, y bajó la mirada.
—Él… no se merecía eso.

—Merecemos todo lo que nos pasa—se encogió de hombros con los ojos enrojecidos. Se limpió la nariz ensangrentada con el dorso de la mano… Sus pupilas estaban dilatadas por la eufórica sustancia—. Lo bueno y lo malo. No existe el infierno, tampoco el cielo… Solo tenemos esta vida, y no hay nada infinitamente más aterrador y maravilloso que eso.
Se mordió el labio inferior.
—¿Te gustó escuchar esa paliza?
—¡Me encantó! —Finch salió del baño con las manos en los bolsillos—. ¡Le hubiera retorcido los pezones a ese cerdo con mucho gusto!
En el complejo de edificios que correspondían el Colegio Bolivariano, los joven uniformados de camisa celeste y pantalones oscuros pululaban en los corredores de adoquines rumbo a los salones de techo bajo repletos con mesas de estudio. Al principio, aquel colegio le pareció mundano y monótono: profesores aburridos y compañeros problemáticos. Era su segundo año conviviendo con jóvenes tras una infancia de encierro, obligándose otra vez a cambiar de colegio por la reciente mudanza de su padre a Montenegro en busca de nuevos clientes para la exótica mercadería. Abrieron la perfumería esotérica a la quincena, contratando a una chica mayor para cuidar del local en su ausencia. Dejó a Samuel vagar en un mundo extraño… como una libélula sin propósito, revoloteando en un estanque envenenado.
En aquella laguna mefítica flotaban luciérnagas, motas de polvo, dientes de león, mariposas, mosquitos y renacuajos… Era un charco más en la historia de Montenegro. Sus compañeros de clases eran extraños, y aunque no habló con ninguno… Los observó,

y los detalló. Ezequiel era un muchacho horrible, era muy alto y narigudo, de piel morena y ojos pequeños, siempre hablaba a gritos e insultaba como un malandrín. Daniel era lo opuesto, quizás por eso se metían tanto con su persona: era pequeño y regordete, de risa estruendosa y mejillas sonrosadas; quería ser policía, pero tenía corazón débil. María Herrera era una chica delgada y gruñona, muy pensativa y extraña. Violeta era amable y pálida, de hermoso cabello castaño, pero era novia del matón… más por respeto que por cariño.

No quería juntarse con Finchester: su cara pálida y su languidez no le gustaban… sumado a que todos decían que era drogadicto, y apestaba a tabaco. Ronny y Patricia eran novios desde el año pasado, no existía pareja más diferente: él era muy alto y ella muy pequeña. Nelson era bajo y moreno, de cejas espesas y peludo como un mono; tenía bigote desde la temprana pubertad, y todos se reían de sus zapatos destartalados y su uniforme envejecido. Mariann era bastante pequeña, rolliza, morena y de ojos pequeños… Decían que fue novia del Presidente, pero que rompió la relación porque descubrió un oscuro secreto. Todos eran libélulas y luciérnagas sobrevolando la laguna, temiendo de los sapos y las serpientes.

Montenegro era extraño. El año pasado vivió en Chivacoa, pueblo vecino, al otro lado de la tenebrosa Montaña Sorte; pero se mudaron la víspera que su padre decidió que no podían seguir allí. Durante sus difusos años infantiles añoraba los puertos, y recordaba vagamente la vista de un lujoso hotel perfumado por el salitre con el océano de fondo… Durante extensas lagunas mentales se halló en largos viajes de

autobús y días enteros de oscuridad. Nunca conoció a su madre, y siempre se preguntaba quién era o si seguía viva. Por algún tiempo creyó que estaba secuestrado, y sus verdaderos padres lo buscaban con desesperación… pero, el parecido con su secuestrador era demasiado para permitirse la duda. Freduar Wesen tenía el cabello y los ojos de un intenso rojo sangre… No dudaba su parentesco.

El pueblo se arracimaba en el epicentro de una cadena montañosa, donde las casas y las carreteras nacían como los hongos después de la lluvia en terreno fértil. Al norte se alzaba, titánica, una cumbre alta y verdosa que asemejaba una araña sepultada… y que era el corazón de la magia y la brujería venezolana: la Montaña Sorte; poblada por espíritus de locura y muerte en panteones fantasmagóricos que descendían de un reino superior coronado por el espíritu de María Lionza.

Durante las Candelarias, se encendían peregrinaciones a la montaña, donde se celebraban aquelarres de danzarines sobre fuego y baños purificadores en las quebradas. Eran muchas las fechas predilectas para estas expediciones a la espesura del ocultismo, guiados por serpientes sagradas hacía matorrales habitados por ánimas y Santos organizados en Cortes Espirituales. Según la prensa sensacionalista, en la comarca circundante a Montenegro ocurrían desapariciones durante todo el año, adjudicándose a los Espantos y los extraños fenómenos que descendían de la montaña. Durante la proximidad al aniversario fundacional de la Iglesia Maldita de San Lucas, se solía acrecentar una leyenda local sobre la maldición de un antiguo aquelarre dionisíaco que festejaba orgías en las riberas más

estrechas del río que discurría al sur del pueblo, durante la Víspera del Walpurgis, provocando calamidades y plagas estacionales que los habitantes del poblado solían rememorar con aprensión.
Hace tres años transcurrió un glorioso temporal que estremeció las techumbres e inundó las callejuelas matando a varias personas, y se temía otra tragedia en el augurio colectivo. Aquel ciclo de desgracias transcurría con aparente naturalidad cada cierta cantidad de años, sin concordancia alguna: plagas de ratas negras que proliferaban en el alcantarillado, epidemias de cólera, estanques de malaria y el brote de Gripe Española que diezmó la población hace cien años. La influencia del paganismo era plausible, aunado al sincretismo cristiano que mezclaba las creencias africanas con las plagas de vampirismo y los avistamientos de licántropos
Iba finalizando el año, y cuatro asesinatos sin resolver mantenían encendido a los policías que frecuentaban la tienda esotérica en busca de amuletos y tabacos. Melissa vendía diminutos martillos nórdicos como pendientes, así como crucifijos y recipientes con salmuera bendecidos por el Padre Boris en la Iglesia Maldita de San Lucas, que coronaba el pico de la Calle Piedad. Tal construcción católica asemejaba una imponente capilla de grueso campanario y crisoles coloridos, rodeada por un camposanto cristiano. Según la leyenda, la iglesia fue construida en una sola noche por un mago que le vendió su alma al Diablo en busca de expiación, faltándole únicamente un ladrillo cuando amaneció en la colina… El lugar beatificado correspondía un somero contraste con la montaña encantada que se

alzaba al norte, y que correspondía un imán para los magos negros de toda América.

Montenegro estaba embrujado, vivir próximo a la cuna de María Lionza provocaba un hervidero de superstición. Había escuchado a Melissa decir que el Silbón reposaba en la montaña cuando culminaba sus diligencias de invierno en los llanos; y el Ahorcado, hacía acto de presencia las noches sin luna dejando escuchar el ulular de su soga entre las ramas. Las leyendas y los mitos parecían cobrar vida en la espesura de aquella tierra encantada… en el que antiguos poderes se insinuaban a todo aquel viajero dispuesto a aprender sus misterios.

El último asesinato ocurrió la víspera de septiembre, en uno de los callejones de la Avenida Desesperación, equidistante al Malecón del Río; y contrajo un malestar famélico en la prefectura policial: al hombre le abrieron la cabeza con un hacha, esparciendo sus sesos por el asfalto.

—Ese fue el Hachero—reclamó uno de los policías más ancianos con las manos tensas sobre la vidriera. Su compañero, más joven e inexperto, frunció los labios en una mueca ingenua—. ¡Hágame caso, hombre! En los más profundos montes, donde cazan los zorros… A veces, cuando un pecador se pierde, y… escucha el golpe de hacha oxidada contra madera. ¡Está Él allí, para desmembrarte y alimentar a sus perros! Es un hombre descomunal, sin rostro, bañado en líquenes y piojos, blandiendo un hacha herrumbrosa.

—Pero, el hombre asesinado era un brujo devoto.

—¡Devoto del Diablo! —El policía anciano pidió cuatro tabacos y una docena de velas para su limpieza tras visitar la escena criminal—. ¡No estaba alinea-

do con Dios! ¡Creía en la brujería negra! ¡Nunca vas a creer lo que te contaré sobre la familia de lobisones que habita en los barrios marginales! ¡Escucha! —Bajó la voz y miró a Sam y Melissa con sus ojillos aceitados por la superstición—. Allí afuera, donde los ranchos han invadido el bosque con sus casuchas de metal. Habitan seres que se esconden con pieles de hombres para saciar sus primitivos instintos. ¡Tenía un compadre que cazaba venados, y una noche se encontró cara a cara con uno de esos engendros! ¡Son perros gigantes con cara de hombre! ¡Son tan antiguos como nosotros, estaban aquí antes de Colón y sabrá Dios de qué Averno proceden!

»¡Hubo un asesinato! ¡Escuchen, jóvenes! ¡Fue hace seis años! ¡Antes que Marcus entrase a la policía! Fue durante la Feria del Río Yaracuy, en una de las Peregrinaciones de Santería a Olodumare. Una mujer desapareció, y se presumió su ahogo en una borrachera. Durante la época lluviosa del año siguiente, el río vomitó su cadáver, y los forenses dictaron que fue atacada por un perro descomunal… ¡Fue destrozada por incisivos caninos desconocidos, quedando a medio devorar!

Sonrió, impasible, pero Melissa estaba pálida.

Quizás la leyenda más famosa—aunque los dudosos testigos oculares jurasen por su alma la veracidad del relato—, era la pretenciosa aparición de un diablo en el pequeño centro comercial del pueblo. Era Viernes Santo y el cielo permanecía nublado desde el alba, el único establecimiento funcionando era aquel… y se dice, entró un hombre tan alto que su sombrero llegaba al techo, vestía gruesos pantalones oscuros y llevaba extrañas botas. La cajera lo atendió, el hom-

bre pidió un encendedor y pagó con una moneda de oro… La mujer detalló al individuo y descubrió que sus pies eran pezuñas, y enseguida cayó muerta.
Los que estaban allí reunidos se volvieron, y se desvanecieron al descubrir el diablo de rostro chotuno; egipán nauseabundo. La moneda de oro desapareció sin dejar rastro, una fotografía tomada a tiempo exhibió una morocota de oro muy antigua… pero, lo más desconcertante fue la muesca que dejó el metal en el mostrador, como si hubiera estado intensamente caliente al momento de desprenderse del engendro. Las cámaras de seguridad grabaron el abrir de puertas, así como el gesto de la fallecida cajera atendiendo a una persona inexistente... También se grabó el momento en que los clientes se giraron a observar el diablo y cayeron desvanecidos.
Samuel bajó del autobús en la Calle Milagro, al final de la Avenida Desesperación… y caminó un par de callejuelas cuesta arriba, en un páramo inhóspito moteado de casuchas coloniales, adheridas como un gigantesco ciempiés colorido; hasta llegar a su hogar, separado por muros ominosos. La construcción de dos pisos y techo raso servía como perfumería esotérica y santuario. En el piso de arriba vivía, y en el piso de abajo trabajaba... Su padre nunca estaba en casa, por lo que él y Melissa cuidaban del local.
Melissa Blanco era una chica guapa de cabello negro; graduada del colegio el año pasado, esperaba impaciente una respuesta de la Universidad Oriental de Ciudad Zamora. Era dedicada, taciturna, amable y sentía por ella algo más que amor fraternal. Pero, sabía que ella nunca estaría con un chico más joven…
Juntos limpiaban las vitrinas y acomodaban los ana-

queles con la más variopinta colección de baratijas y fetiches mágicos. Melissa llevaba la contabilidad del inventario, y él era su ayudante.

Pasarían la tarde enredando pulseras de cuentas y piedras para vender durante las Peregrinaciones del Día de la Raza. En fechas claves triplicaban las ventas de tabaco y velas ceremoniales; así como imágenes de santos, estatuillas, pendientes, relicarios y amuletos. Los jarrones con sigilos mágicos se exhibían como reliquias. El incienso se agotaba rápido los viernes, así como el azufre y las especias aromáticas para las esencias del Altar.

La colección de libros era igualmente rara, y aunque los hojeaba por curiosidad, no llegaba a profundizar en la Metafísica y las Artes Oscuras que practicaban los clientes regulares. En la extraña adquisición, además de un puñado de obras conocidas de sapiencia astral, figuraban cabalistas, demonólogos y magos del mundo entero. Judíos y árabes de la Edad Media, compilados en opúsculos de alquimia y astrología que daba mucho qué pensar… Un gigantesco bestiario encuadernado en piel lustrosa era el libro de mayor envergadura en el anaquel.

El símbolo de la tienda era una Mano de Fátima sobre un tetragrámaton, y los objetos que llenaban las repisas inspiraban una sensación indescriptible de infinito horror cósmico. Samuel, en su laica comprensión del mundo, veía imposible el hecho de la transmutación física… y creía que los rumores de brujas convirtiéndose en pájaros negros de seis ojos era charlatanería. ¿Hablar con muertos? ¿Maldecir familias? ¿Causar muertes con sortilegios? Si bien su padre lo condujo a través del camino de la supersti-

ción, también lo había impermeabilizado de todas aquellas ciencias a través del cine de terror. No sabía cómo o por qué sabía leer en latín, inglés y francés… pero, reconocía algunas palabras como si una cacofonía en su cerebro las tradujera. Intentaba recordar, pero lo único que veía era oscuridad y luces fantasmagóricas. Llevaban muchos años en Venezuela, y sentía que se escondían de un tormento que solo Dios podría aplacar… si no era él su martirio.

Chismorreos de brujas y extrañas formas grasientas que espiaban a las mujeres en sus alcobas despertaron síntomas de paranoia en la población… y con la desaparición de un menor a finales de agosto, se dictó un toque de queda que duró un mes. Pensó en los extraños poderes pregonados por los taumaturgos del Sendero al Sorte, mientras acomodaba los frascos de esencias ceremoniales en una vidriera. Escuchó la campanilla de la entrada y aguzó el oído. Percibió las pisadas pesadas y disimuladas, y enderezó la cabeza para presenciar el familiar rostro de Daniel, vestido con franela gris y pantalones cortos, que se acercaba nerviosamente a Melissa. Agachó la cabeza, como si no le diese importancia… y apiló los paquetes de cartomancia.

Nunca se lo había contado a nadie, pero si se concentraba lo suficiente… podía agudizar sus sentidos para percibir olores y sonidos de lugares distantes. Creía que era una cualidad innata que poseían todos los seres humanos… pero hasta ahora, nunca había visto a otra persona estirar sus sentidos con tanta eficacia. ¿Sería una rareza más de su persona? No estaba seguro… La respiración y los latidos de Daniel eran rápidos y desenfocados, olía a sudor y mantequilla derretida.

—¿Lo trajeron?
Pudo adivinar el rostro lívido de Melissa.
—¿Qué te pasó? ¿Quién te pegó esa paliza?
Hizo una pausa nerviosa, y tembló.
—¡Me vengaré! —Anunció, sorbiendo por la nariz. Su corazón latía anormalmente rápido, y bajó la voz hasta un susurro imperceptible—. ¿Lo trajeron, verdad?
Melissa también bajó su voz, conspiradora. Creían que no podía escucharlos, pero él podía escuchar los secretos de las paredes y el rumiar de los roedores. El señor Fredy, es decir su progenitor, siempre le hacía revisión físicas de auscultación… por extraños motivos que no podía concebir.
—Sí… pero te saldrá más caro.
—¡Por favor!
—No puedo venderle esto a un menor de edad.
—¡Te daré todos mis ahorros!
Escuchó el desenrollar de una sarta de billetes extranjeros: verdes y refinados, e intuyó que el gordo los pasó por encima de la vidriera. Adivinó la sonrisa maliciosa de Melissa, y escuchó firme y claro un precio, seguido del abrir de la caja registradora. Por supuesto, la chica solo pagó el monto del artículo y guardó el excedente para sí.
La pelinegra cruzó la tienda y subió una escalerilla hasta alcanzar un alto anaquel plagado de curiosidades mórbidas. Pero, su estatura no consiguió alcanzar la caja, así que llamó a Samuel. El pelirrojo se irguió, y Daniel palideció de súbito, temiendo ser descubierto. Se acercó a Melissa y contempló el anaquel de tosco ébano repleto de objetos beatificados y malditos: una calavera amarillenta, un frasco de vi-

drio con una cruz enredada en espinas negras, una conserva de formol con un ciempiés rojo, un búho de cornalina, un Crucifijo de la Buena Muerte junto con la Medalla de San Benito; en la esquina superior reposaba el Triángulo de Salomón detrás del atrapasueños que colgaba del techo. El muchacho bajó la caja envuelta en papel lustroso y se la cedió a la chica. Era alargada y oblonga… No sabía de qué se trataba, pero el rostro de Daniel y la expresión de Melissa lo espantaron.

El gordo agarró la caja y la abrazó contra su vientre, con una mirada grasienta y una risa sardónica. Como si un poder maléfico se apoderase de su mirar, y sus ojos oliva fuesen usurpados por negras cavidades de vacío sideral.

II.

La clase de matemáticas había terminado y el profesor robusto de rostro fruncido guardó sus carpetas y marcadores en un maletín negro de banquero. La hora del receso comenzó, pero aquellas últimas semanas decidió quedarse dentro del salón de clases para meditar y leer entre sombras; aún no trababa amistad con nadie. Existía cierta rutina al timbrazo de la campana del descanso entre clases, la mayoría del alumnado desaparecía por el portal para zamparse un refrigerio en la cantina o sumergirse en habladurías imprudentes y juveniles. El profesor generalmente seguía este púlpito de jóvenes con una sonrisa de frustración. Pero, existía una cohorte particular de desdichados renacuajos que se rehusaban a saltar fuera del estanque, luego de que el zorro de agua y las luciérnagas desaparecieran en la espesura; Él era uno de eso renacuajos, aislados por elección propia en un presidio de soledad.

La rutina era monótona y aburrida, aunque confusa. A veces sufría mutaciones significativas. Finchester era el último en salir: se sentaba al fondo, rebuscaba algo entre sus zapatillas negras y se perdía el resto del receso. Patricia y Ronny solían hablar en susurros y sonreír, algunas veces salían y otras se quedaban en un rincón a intercambiar fluidos sin discreción; algunas veces los envidiaba, y otras no los soportaba. Daniel iba y venía como un sapo acalorado que teme perder el estanque por escasez de memoria. Ana se juntaba con un grupo de amigas cáusticas: Bianca y Soledad; ambas morenas de cabello rizado, salvo que la primera era pecosa y la otra de nariz respin-

gona. Una de ellas le preguntó si quería ser su sirviente, pero no la entendió, y la chica puso los ojos en blanco mientras su compañera rompía en carcajadas. Violeta, la novia de Ezequiel, a veces prefería quedarse en el salón y evitar el calor o la lluvia… y acariciaba un mechón de su cabello mientras escuchaba con indiferencia a su chico hablar cualquier cosa. María se aislaba y comenzaba a garrapatear diagramas con su lapicero.

Una de las ventajas de pasar tanto tiempo en la invisibilidad, era el aprender a leer a las personas que te rodeaban: escuchar sus deseos y miedos; saborear sus sueños, sentir sus amores y padecer su frustración. Todos los seres humanos eran sacos de emociones, que se movían y gritaban, y reían y lloraban… Y esas canciones reflejan una profunda tristeza e insignificancia. No habría dos poemas similares, cada uno se escribía día a día sin interrupción… Unos versos podrían ser más hermosos que otros. Algunas veces se escribían con sangre y lágrimas, y otros ratos… con lápices de colores. Pero lo más importante es nunca dejar de escribir, porque… uno nunca sabe cómo será su último poema.

Nelson, el moreno velludo que se sentaba al lado suyo, desaparecía tan pronto como la campana sonaba. No sabía mucho de él, salvo que era problemático, y vestía uniformes gastados y zapatos destrozados. No le gustaba la forma en que el moreno lo miraba, y siempre que lo buscaba con los ojos, este esquivaba y contenía la respiración.

Aún no conocía al que todos llamaban «Presidente», pero debía ser una persona fantástica con un artefacto mágico para solventar cualquier problema. Todos

querían ir a su despacho, pero siempre estaba ocupado. Se decía que su contribución al colegio lo eximía de responsabilidades escolares, pero que asistía regularmente a intensivos y exámenes para mantenerse al día. Era un muchacho de quince años y, se decía que la regordeta y rara Mariann fue su novia un tiempo. Escuchó acerca de los preparativos para el Gran Reventón organizado por los Jinetes del Fin del Mundo que acontecería antes de Navidad.

María se sentaba detrás de él con la nariz hundida en bosquejos, solía dibujar con sus gruesos lentes culo de botella manchados de lapicero y carboncillos. Su mirada hosca lo aterrorizó, y cada vez que reparaba en su espesa cabellera, recordaba un animal salvaje contoneándose entre la maleza.

Ese fatídico día se rompió la monotonía a la que se había acostumbrado: Finch permaneció demasiado tiempo en el fondo, rumiando entre cavilaciones; Patricia y Ronny no asistieron a clases, todos creían que se fugaron juntos al llano; Violeta contrajo catarro y Ezequiel la abrazaba, el clima estaba templado por la época septembrina; María bostezaba con el rostro somnoliento e intentaba dormir, pero el traqueteo incesante de las ventanas no la dejaba descansar; Daniel estaba nervioso, sentado junto suyo. Tenía un mal presentimiento, como si pudiese vaticinar el caer de un rayo.

Ante un advenimiento de locura, Daniel se levantó y él encogió la nariz en la mesa del asiento, escuchando el rasgueo de las uñas de María sobre el asiento. Las tres señoritas de la esquina: Ana, Bianca y Soledad; callaron en el momento que Daniel trancó la puerta con los ojos inyectados en sangre.

El golpetazo fue tan fuerte que un silencio funesto se elevó desde un precipicio…
Ezequiel, inquisitivo, se levantó del asiento.
—¡¿Te volviste loco?!
Daniel lo señaló con un dedo regordete y soltó una risita maliciosa.
—¡Te dije que me iba a vengar!
Tembló, nervioso, y sintió su corazón retumbar… Intercambió una mirada con María y sintió horrendas ganas de salir despedido a lo profundo de la atmósfera, o de ser realmente invisible. Finch soltó una carcajada y se reclinó en su asiento con las manos en la nuca.
Vio a Ezequiel cruzar el salón con cuatro zancadas furiosas y agarrar a Daniel de la camisa, tirando de él tan fuerte que un botón saltó.
—¡¿Todavía piensas que Violeta va a querer estar contigo?!
Daniel miró a Violeta, que quería desaparecer, y levantó su rostro afligido y enrojecido ante el imponente Ezequiel. Su rostro dejó de estar hinchado, pero las marcas de los golpes no habían desaparecido.
—¡La conozco! —Exigió el joven de ojos oliváceos—. ¡Fuimos amigos cuando estudiamos en primaria! ¡Ella no quiere estar contigo! ¡Ella merece ser feliz!
Finch soltó una carcajada y gritó a todo pulmón:
—¡¿Y qué hay de tu felicidad, animal?!
Daniel lo ignoró, con las arterias del cuello a punto de reventar.
—¡¿Crees que con cartitas y dando lastima ella se va a enamorar de ti?! —El rostro del matón fue más de repugnancia que de conflicto—. ¡Toma!

Y le hundió un severo puño en el ojo, Daniel se tambaleó como un viejo en patines y resbaló de costado. Ezequiel se irguió todo lo que podía con cara de pocos amigos… Violeta sonreía con malicia, y las chicas estaban pálidas. María esperaba, impaciente… y frunció los labios con las manos entrelazadas. Daniel merecía esa paliza, pensó, le costaba ponerse en el lugar del joven… ¿Meterse en una relación por amor? Si Daniel amaba de verdad a Violeta, su amor de la infancia, ¿por qué dejarla en ridículo? ¿Por qué seguir dedicando cartas y tiempo a una chica que ni siquiera lo estimaba? Pero el rostro del joven fue de súplica, llanto y desilusión... Violeta soltó una carcajada al verlo llorar, y eso lo resquebrajó.

Daniel comenzó a gritar, y su llanto fue incontrolable.

—Pobre criatura—Finch bajó la voz y suspiró profundamente—. Yo pienso… que, en dosis incorrectas, el amor deja de ser un remedio y se convierte en un veneno.

Ezequiel se lamió los labios, su mirada grasienta recaía en el miserable que lloraba desconsoladamente en el suelo, en medio del pizarrón, y se acercó débilmente para ayudar a levantarlo. Escuchó un tronar de huesos, y las ventanas se estremecieron con una vibración extraída de un temporal fuera del espacio… Como si los dioses que tejen la realidad hubieran azotado el cuero de un tambor. Sus oídos zumbaron, y vio chocar el pesado cuerpo de Ezequiel contra la pared contigua. El joven abrumado emitió un chasquido al impactar y se retorció en el suelo…

—No—Finch frunció el ceño, pálido—. Yo me voy…

Daniel estaba de pie, atento a un punto distante del firmamento, lejano, escondido por la techumbre. No

notó que Finchester lo escudriñaba como si viera un demonio, al salir escopetado del salón de clases… El joven regordete tembló, y sus ojos se pusieron en blanco. Las tres chicas se levantaron, cabizbajas, e intentaron imitar a Finch en su huida, pero… las mesas y las sillas se elevaron medio metro y cayeron con estrépito, expulsando a todos de sus asientos con un pandemonio. Las luces parpadearon y Daniel se retorció, convertido en Materia: un receptáculo de espíritus inmundos.

Sam había saltado del asiento, con las piernas temblorosas. El salón estalló en caos. Ezequiel logró levantarse… y Daniel lo señaló con una mano, fue entonces cuando sus pies se desprendieron del suelo y el joven flotó unos centímetros, oprimido por cientos de manos fantasmagóricas. No era Daniel, su rostro y su semblanza cambió abruptamente; su presencia se convirtió en un caleidoscopio demencial…

—¡Daniel! —Gritó Violeta, con lágrimas en los ojos—. ¡Detén esto!

El joven torció la cabeza de forma grotesca, espumarajos blancuzcos brotaban de su boca y sus brazos se retorcían como serpientes. Las chicas estaban llorando en un abrazo piadoso… Daniel levantó una mano encrespada y lanzó a Violeta hasta el fondo con un aullido abominable. Ezequiel se elevaba contra la pared, tirado por hilos translúcidos y gritando de dolor. María se agitó en el suelo, nerviosa, sudando por el sofoco, se paralizó ante la impresión de supremo horror cósmico y negó, pálida, con las piernas cubiertas de papeles.

Daniel abrió su boca como una caverna negra, y un rugido atronador hizo estremecer las ventanas y los goznes del salón.

Bianca cayó desvanecida, Soledad y Ana la tomaron en brazos llorando.

—¡Daniel! —Se sorprendió gritando, con las manos extendidas y las piernas rígidas—. ¡¿Qué fue lo que compraste?!

El joven tembló, y cierto fulgor purpúreo impregnó sus ojos… Negó con la cabeza y gritó, despavorido. Sintió que una corriente eléctrica entraba por sus pies y salía por la punta de sus cabellos… y una ventisca lo azotó. La camisa se le salió del pantalón y el cabello se le revolvió. Daniel estaba poseso, era el recipiente de un espíritu inmundo… No podía pensar, cerró los ojos con las manos extendidas y gritó a todo pulmón:

—¡ADONAI, JIRET!

Daniel calló y retrocedió, asustado. Se irguió, insuflado por una fuerza impropia, y siguió repitiendo los nombres del Tetragrámaton dibujado en el letrero de su tienda. Se sabía de memoria algunos fragmentos de oraciones en latín garrapateadas en las paredes del local, y las anunció como si fueran conjuraciones inenarrables de un hechizo invencible. El poseso siguió retrocediendo hasta que se encontró con el pizarrón, y cayó de rodillas intentando gritar y taparse los oídos. Continuó las plegarias, aunque su fe en Dios fuera escasa… recordó el Avemaría y el Padrenuestro, y los exclamó en español. Las palabras salían de su garganta en torrente, y sintió el paladar adolorido… Afuera se desató un aguacero, y los relámpagos cegadores caían subrepticiamente. Ezequiel cayó al suelo y todos se retiraron a una esquina, como animales asustados.

El poseso tembló con las manos en la cabeza, en pose de frustración. Se detuvo, bañado en sudor frío

y embotado por el esfuerzo sobrehumano al que sometía su cuerpo y mente.
—¿Cuál es tu nombre, demonio?
La voz que emergió del pecho de Daniel fue rasposa, metálica, etérea y aterradora. Su sangre se coaguló en carámbanos y la piel se le erizó…
—Soy el Demonio del Meridiano, aquel que mora en la Tierra del Silencio.
Retrocedió, asustado y se le evaporó la última gota de valor. Creía que era un demonio mudo, pero se había encontrado contra un muro repulsivo de llamas infernales. Negó con la cabeza, y estuvo a punto de desmayarse… Tropezó y sintió que caía atrás, pero unas manos lo sostuvieron y una mata de espesos cabellos negros azotó su hombro. La chica de gruesos lentes lo sostuvo con firmeza.
Sam abrió su boca para replicar:
—¿Qué te hará salir, demonio?
Daniel tembló, y haciendo un esfuerzo desmedido para imponer su voluntad ante el usurpador… levantó un brazo fofo y señaló una de las mochilas desperdigadas en el suelo. Era la suya. María no lo pensó, saltó y abrió esa mochila para extraer una desvencijada y ennegrecida tabla de Ouija. La tabla poseía el alfabeto latino y llevaba dibujado con tinta el mismo diagrama que detalló en el baño: la estrella de nueve puntas y los jeroglíficos horripilantes.
El poseso soltó un grito, a un parpadeo de convulsionar... Y vio a María colocar la tabla contra la pared en posición oblicua, y romperla de una patada. La delgada y vieja madera cedió, y se partió en trozos con un chasquido seco que dejó escapar un hedor avinagrado. Un relámpago cayó muy cerca, y la luz

blanca los cegó… Por un momento, Creyó distinguir a un hombre altísimo, cuya cabeza deforme era un miriápodo de patas retorcidas y colmillos inyectados de veneno; vistiendo una túnica grasienta y llevando en su mano huesuda un grueso libro. En sus oídos resonó el rumor de cientos de grillos y bichos nocturnos…

Y Daniel cayó al suelo, desmayado.

Capítulo 2: Una Jauría de Gules.

I.

—Iban en tropel, formando una fila harapienta de cadáveres enmohecidos, riendo y conversando con voces guturales—Salvador García bajó la voz, detrás de María, y continuó su relato ante el rostro inescrutable de Andrés—. ¡Escúchame, loco! Se dirigían al camposanto de la Iglesia Maldita de San Lucas, abriendo las tumbas a la medianoche y robando los cadáveres… para quién sabe qué horrores cometer en lo profundo del monte.

—¡Mentira! —Andrés frunció el ceño—. ¡Se acerca octubre, cabrón! ¡Los brujos andan sueltos en busca de Tierra de Sepultura y huesos para sus sortilegios! ¡Todo el mundo lo sabe!¡Es magia Mayombé!

Salvador torció el gesto, constipado.

—¡Te juro que los vi! —Levantó las palmas—. Iba con mi madrecita querida a buscar madreselva, verdolaga, mastranto y frutos para su Altar de María Lionza. Como siempre, nos preparamos para subir la Montaña Sorte este año, soy sacristán católico, pero respeto sus creencias. Recuerda que mi madre es dueña de la tienda naturista del barrio—echó una mirada recelosa al pelirrojo que se sentaba frente él, y bajó su voz a un susurro—. Aunque, hemos tenido ventas pésimas desde que se mudó ese Mago y montó su negocio de brujería. Ella quiere decorar su altar para la diosa y el beato José Gregorio, mi patrono… y, mientras andábamos por la vieja carretera que conduce a Chivacoa, vimos a esos caminantes nocturnos: descalzos, vestidos con harapos zarrapastrosos,

sombreros de paja y cubiertos de moho. ¡Olían a descomposición y clorofila! ¡Mierda, apestaban a esa tierra negra que prepara mi mamá con lombrices y desperdicios!
Andrés sonrió por lo bajo, con esa sonrisa maliciosa de los jóvenes pícaros.
—¡Que infierno de mariposas más bello! —Cruzó sus dedos pálidos, parecía sostener una tarántula—. ¿Estaban vivos o muertos?
Salvador palideció, y se pasó una mano por la espesa cabellera castaña que caía sobre su frente. Ambos jóvenes delgaduchos continuaron su parla en voz baja, fingiendo que escribían lo del pizarrón. María los ignoró, y bajó su mirada al papeleo desordenado que coleccionaba: recortes de periódicos, bosquejos de rumores, el diario de sueños y algunas conjeturas que resguardaba con ahínco. *El Progreso*, periódico de la región, llevaba veinte años en circulación, y sus columnas eran ricas en episodios de enajenación y horror colectivo: desde apariciones alusivas a fenómenos sobrenaturales, desapariciones inexplicables y asesinatos cruentos… hasta controvertidos avistamientos de animales inusuales. El recorte que guardó en esta ocasión era de la víspera, y anunciaba una grotesca dialéctica sobre la profanación de tumbas, y una urgente solicitud de vigilancia por el robo de cadáveres en el cementerio comunal de la Iglesia Maldita. Más estrafalario aún, en la página anterior, se leía un fragmento sobre el avistamiento de un inmensa serpiente que vista en la carretera perimetral, de un tamaño demencial, captada por un alarmado viajante en una noche tenebrosa.
El Padre Boris solicitó vigilancia de parte de las auto-

ridades para impedir la exhumación ilegal de tumbas. Según decía, se le hacía extraña esta falta, porque los brujos ermitaños de la locación tenían prohibido en su moral la profanación de cuerpos cristianos… Era bien sabido que contra el poder del Dios Verdadero no se podía combatir. El detective Marcus Blanco explicó que «las sepulturas fueron excavadas por manos humanas, y muchos de los cadáveres robados no tenían menos de cuatro meses enterrados. Inclusive, el cadáver de un niña que murió hace una semana de fiebre amarilla… fue saqueado sin escrúpulos».

—Estos ladrones van más allá de la superstición y la vil hechicería—suplicó el presbítero católico de la diócesis a las autoridades. En la foto se lo veía fresco y regordete, de cabello negro finamente recortado y mentón limpio con expresión afable—. Son animales hambrientos en busca de carroña, y es nefasto que tales horrores se vean en nuestros días. Los perros del barrio vecino no dejaban de ladrar, aterrorizados… y justo antes de salir a ver, logré divisar a los bandidos huyendo con su terrible cargamento hacía las montañas. Iban en dirección contraria al río y se movían de forma espeluznante. ¿Después de muchos años, han vuelto los sectarios satánicos?

María Herrera escuchó el timbrazo de la campana y siguió al pelirrojo conocido como Samuel, saliendo del salón de clases para deslizarse por el corredor y adentrarse en el tumulto de salones vacíos y alumnos morenos. Viajó a los baños, sentándose en una de las bancas fuera del salón de música… y lo contempló suspirar con el rostro obnubilado. Se cruzó con el pálido Finchester, que la miró, frunció lo labios intentando ignorar su existencia y se metió en los

baños; suspiró aliviada, si se ponía a perseguirla… podría reñir con la persona que quería extorsionar y su estratagema se iría al caño. Samuel Wesen era más que un bicho raro, y su voto de soledad le daba un aire de autómata afligido y oxidado. Pero él, era el único que podía entender el Misterio del Sorte…

—Samuel—el joven levantó la mirada, consternado, pero María se adelantó—. ¡Ya se lo que vas a decir! ¡Pero, necesito tu ayuda! ¡Es muy importante para mí encontrar la verdad! ¡Pienso que podría acercarme a aquello que deseo conocer si trabajamos juntos!

—¿Qué?

—Debo llevarte al cementerio.

El pelirrojo frunció sus cejas castañas.

—¡¿Qué?!

—Mejor dicho, quiero llevarte al cementerio para que podamos entender la «verdad».

—¿Por qué?

—Porque tú lo sabes, ¿no? —Bajó la voz y miró a su alrededor—. Que existe un horror secreto en el pueblo y que personas han desaparecido al intentar desentrañar ese misterio.

Tembló y se levantó del banco con el ceño fruncido.

—No debemos meternos, con lo que no está en nuestro dominio cambiar.

—Samuel, yo tengo «eso»—al ver que el pelirrojo no entendía, jugó su última carta y sacó el trozo de madera de su bolsillo. El joven escudriñó la madera negra y sus ojos se dilataron, palideció como un muerto—. Dice: *Antique Obscura*. No sé qué significa en realidad… pero, es el nombre de la perfumería esotérica de tu familia. Esto pertenecía a la Ouija que usó Daniel para hacerse daño. Es un delito vender

artículos de mágicos a menores de edad y, antes de que alguno vuelva se ponga en peligro… las autoridades deberían actuar.

—Eres un demonio.

—Vivimos en un lindo infierno de mariposas, ¿verdad?

II.

Sam se cubrió con la capucha para protegerse de la luz mortecina del cielo encapotado, y miró con aflicción la tierra removida de las tumbas, las lápidas carcomidas por la humedad, y las cruces enmohecidas. La hilera de tumbas saqueadas fue rellenada con tierra de sepultura… y un hedor dulzón a frutas podridas impregnaba el camposanto cristiano a la sombra de la inmensa capilla de piedra aceitosa. Era un verdadero desastre: algunas lápidas fueron robadas, y la hierba y las flores fueron machacadas por decenas de pies podridos.

María llevaba un impermeable amarillo perlado con gotas de llovizna, y los olores se mezclaban en un almizcle de fertilizantes y descomposición. Sus botas rústicas estaban manchadas de barro, y difícilmente perdía el símil con un león de robusta melena azabache. No soportaba sus preguntas tramposas y su andar descuidado; por un tiempo, creyó que las chicas eran una especie aparte que rayaba lo divino: plagadas de magistrales dotes y una benignidad imposible de alcanzar por los varones. Pero ahora, veía su descuidada cabellera con aprehensión, y los toscos modos que ejercía para doblegar su voluntad mediante el chantaje… con crapulosa vergüenza. Si todas las chicas eran como María, prefería el celibato. Más que descendientes del continente Venusiano… eran congéneres del demonio Lilith: vampiros chupasangre con bellos andares de falsa lozanía.

—¿Qué más quieres de mí, mujer?

María sonrió, maliciosa.

—Todo—paseó su mirada de ardientes ojos negros por las hileras de tumbas, y se acomodó las gafas de

gruesos cristales al puente de la nariz—. Los Paleros no roban en Tierra Santa, puede que el nombre sea contradictorio… pero la Iglesia Maldita de San Lucas es terreno beatificado por la leyenda. ¡Los peregrinos de la montaña miran con sopor y respeto nuestra capilla!

—Va a llover…

—¡Entonces los que saquearon estas tumbas no son personas!

—Dios mío—se metió las manos en los bolsillos y detalló los nubarrones inmaculados del cielo grisáceo—. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque existe una maldición en Montenegro—María puso los ojos en blanco—. El Diablo habitó en este lugar hace millones de años. Se cuenta, que en lo recóndito de la Montaña Sorte, se pueden encontrar resquicios de estructuras de piedra inmemorial. Antes, los indios visitaban estas tierras encantadas en honor a sus ancestros enterrados junto al trono de piedra y los pilares de un templo desmoronado… pero, después de la Conquista Española y la Guerra de Independencia, los dólmenes desaparecieron. Según se cree, el Libertador trajo consigo una cohorte de ocultistas masones del viejo mundo, y extrajeron los sillares de piedra para trasladarlos a Europa… pero, el barco se hundió y el Trono de Satanás se perdió en lo profundo del mar.

»Mi padre dejó anotaciones en sus opúsculos. Los que no fueron confiscados, narran una intrincada recopilación de horrores y capítulos oscuros en la historia de Montenegro. Sabemos que se fundó hace trescientos cincuenta años, pero recaen las plagas de Egipto y las trompetas del apocalipsis en sus miste-

rios. Montenegro alberga un secreto aterrador bajo su superficie, y ese pacto ha de cumplirse con un baño de sangre.

—¿Tu padre? —Frunció el ceño. En la colección de grimorios de Fredy había leído, en reiteradas ocasiones, el apellido Herrera; pero nunca prestó atención a las pesquisas de arqueólogos enloquecidos.

La joven María Herrera se cruzó de brazos con un crujir del impermeable.

—Muchos de sus documentos fueron robados, incinerados o resguardados por los que no quieren que se sepa la verdad. Pero, antes de irse… dejó una buena estantería e incontables pistas de sus perseguidores. ¡Voy a encontrarlo, Samuel!

Sintió que su corazón se estremecía, pero no de pena… Sentía aflicción por la necesidad de María para excusar el abandono de su padre.

—Lo siento—negó con la cabeza y se bajó la capucha del abrigo añil—. No puedo ayudarte… Devuélveme esa inscripción y olvida esto, por favor.

La joven apretó los labios y resopló. Le mostró la espalda y echó a andar convertida en una fiera. Puso los ojos en blanco y la siguió por la hilera de tumbas hasta la última del cementerio, que denotaba una fecha ilegible en su lápida… Una enredadera escalaba el escarpado muro de ladrillos rematado en puntas de lanza, y florecían pequeñas frutillas venenosas en sus muescas. María trepó, metiendo sus dedos entre los huecos de la muralla y escalando los dos metros como un lémur. Se aferró a las puntas de lanza y saltó al otro lado…

—Si cruzas el muro te devuelvo tu letrero.

Se llevó las manos a la cabeza y maldijo por lo bajo

mientras repetía, menos hábilmente, la empresa de atravesar el muro. Subió con normalidad, y las copas de los árboles asomaron sobre el enrejado, pero dudó al saltar y terminó cerrando los ojos para caer como un plomo sobre sus manos. María se echó a reír, escondida detrás de un árbol carnoso de ramas extendidas, y caminó entre los arbustos y matorrales habitados por árboles centinelas de raíces protuberantes. La techumbre de ramas se alzó como una cúpula, y los altos troncos asemejaron un desfile de lanzas abandonadas.

La chica caminó deprisa por un sendero de adoquines tapizados de maleza y bajó por una depresión en el terreno hacía desniveles desiguales. Era como si cavidades subterráneas hubiesen colapsado, y la tierra se hundiese en trincheras de bombardeo. Se llevó las manos a los bolsillos con los labios apretados, tenía la impresión de caminar sobre los restos de mausoleos soterráneos, sepultados hace eones por el olvido y las lluvias torrenciales. Pensó en la historia del diablo y los sepulcros malsanos bajo Montenegro, y una impresión de recurrente incomodidad lo aterrorizó. ¿Iba Fredy cada noche en busca de los portales que conducían a un horror imperecedero? ¿El padre de María descubrió un malestar supurante proveniente de fosas execrables en lo profundo de las montañas?

—¿María? —Sam la siguió con el corazón encogido—. ¿Cuándo desapareció tu padre?

—Hace dos años—relató la joven, paseando su mirada por la arboleda de tupido follaje y deteniéndose para rectificar el sendero de piedra que los conducía a un cauce—. Viajaba mucho, y siempre me llevaba

consigo… Recorríamos el país en busca de museos y archiveros. ¡Era todo un arqueólogo! Dijo que quería presentarme a alguien en Ciudad Zamora. Estuvimos unos meses en Chivacoa, recopilando manuscritos antes de venir a Montenegro… pero, una noche salió a encontrarse con un informante, y no regresó—la chica reprimió un sollozo y se sintió mal por hurgar en la llaga—. Lo esperé tres noches sin dormir… pero, terminó dejándome sola en este pueblo—le lanzó una mirada de fuego—. ¡Te juro que lo encontraré, sé que sigue vivo, lo puedo sentir en mi corazón! ¡Mi padre buscaba una Puerta de Piedra y dejó incontables documentos sobre un mal terrible sembrado en Montenegro!

—¿Y cómo sabes que está vivo?

—Cada mes alguien me deposita dinero. ¡Tú no entiendes! ¡Mi papá no es de los que mueren fácilmente!

Sus labios formaron una línea fina, iba a decir algo, pero el rumor del riachuelo que flotaba a él, zumbando en raudales… lo cobijó con mordacidad. Creyó distinguir una silueta alta en los matorrales distantes del claro donde se entreveían las lomas cercanas… y un ser alto y velludo de largos cuernos se desdibujó en la lejanía con un silbido. Lívido, esperó que el espectro desapareciese… y vio como aquel rostro chotuno de ojos bituminosos se llevó las zarpas a una boca de prominentes dientes, y dejó escapar un silbido aterrador… que heló su sangre.

María levantó la mirada del cauce crecido, y sus orejas asomaron por la enmarañado cabellera.

—¿Escuchaste eso?

—No—negó, y se llevó un dedo a los labios—. Vámonos, dame la inscripción y te haré un juramento.

La chica se sonrió y hundió sus dedos en la espesa cabellera con una sonrisa trémula.
—¿Qué prometerá un brujo nefasto como tú?
—Lo que sea que me pida, señorita.
—¿Y si es algo cruel?
—Mataré a quien sea.
—¿O algo lúbrico?
Dio un paso atrás, dudando. La chica saltó a la primera piedra del riachuelo, que se hundió un poco pero aguantó su peso. Solo le faltaban dos saltos para llegar al otro lado del agua helada y turbia que provenía de las crecidas y los desagües del alcantarillado. El rostro de María era un poema, parecía capaz de obligarlo a besar a un cerdo, y… se lo pensó dos veces.
—Te lo prometo.
—Bien—María extrajo la inscripción de madera que escondía bajo el impermeable—. Es una promesa. Aunque las promesas de magos negros siempre estén envenenadas—se lo guardó otra vez con el rostro mimoso—. Solo tengo una cláusula para vosotros, y es menester que la prometa con anterioridad.
—Está bien.
—Seré malvada.
—Está bien.
—Te obligaré a hacer cosas indebidas.
—Está bien.
María frunció el ceño y se lamió los labios.
—Bien—exclamó, a punto de saltar al abismo—. Ahora, eres mi novio.
—¡¡¡¿Qué?!!!
La joven saltó el resto de piedras y llegó al otro lado rápidamente, sin salpicar, y echó a correr en direc-

ción septentrional a las lomas plagadas de matorrales. Sam apretó las muelas y apresuró la marcha para perseguir a la chica, se mojó los zapatos y el barro salpicó su pantalón de mezclilla… Corrieron por una pendiente abrupta sin resbalar, y subieron a su vez una loma exhaustiva hasta un despeñadero por el que se divisaba el atardecer sobre el silvestre paisaje montañoso que circundaba Montenegro.

Alcanzó a María, fatigada, y sintió el deseo de empujarla por el borde del risco, proyectando su cuerpo a la enramada que se extendía en la altiplanicie. El sol se fundía entre dos montañas, batiendo su fulgor aurífero sobre las copas de los magueyes y los altos árboles coníferos. Las montañas se extendían como gigantes dormidos, y su vegetación prominente ejercía un llamado señorial a misterios y aventuras. Meditó sobre los indios caníbales de las leyendas autóctonas, en los hombres sin cabeza y los gigantescos lobisones que deambulaban en los bosques espesos… y, por un momento, creyó que toda fábula podría ser plausible, escondida en los rincones más iracundos de aquella tierra virgen.

—¿María?

La chica se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y sorbió por la nariz.

—Ahora que soy tu novia, tendrás que protegerme con tu vida.

—Lo siento… No puedo.

—Y te dejarás besar cuando yo quiera.

—Vámonos a casa—se rascó la nuca—. Tengo un mal presentimiento.

—Hay un rastro—señaló la chica—. No sabes nada, Samuel Wesen. Eran muchos… ¿Una docena?

¿Treinta? La llovizna disimuló sus pisadas, pero el olor a moho y su rastro es inconfundible. Se ocultan en las cavernas, posiblemente hayan llegado en jaurías diabólicas y planeen una carnicería con las niñas del pueb l .

—Me da miedo cómo funciona tu cerebro.

—¡Piensa, Samuel! —Replicó, enfurruñada—. ¡Las cuevas subterráneas están parcialmente unidas a los túneles que excavaron los españoles para esconder sus suministros durante la época colonial! ¡El alcantarillado aprovecha estos acueductos para transportar los desechos! ¡Cientos de entradas en toda la ciudad! ¡Escondites, guaridas, pasadizos y cámaras secretas! —Se mordió el labio inferior y se frotó las manos. Se había lastimado el pulgar con una espina y no paraba de sangrar—. ¡Prefirieron usar la superficie, pero no dudo de su inteligencia para aprovechar esas gusaneras y cazar más víctimas!

—Eso no me gusta.

—¡Debemos detenerlos!

—No podemos—inquirió con una sonrisa lastimera—. Somos solo dos niños buscando un castillo en el cielo.

—¡Ay, Samuel! —María cruzó los brazos—. ¡Te falta osadía, hombre! ¡Crucemos las puertas de la oscuridad! ¡Capturamos un espécimen y lo llevamos a la prefectura! ¡Lo interrogamos y descubrimos si conoce algún secreto interesante sobre ese mundo desconocido que mi padre intuyó! ¡¿Eres valiente?!

—Soy pragmático—se mordió el labio inferior—. Puedo que no me guste vivir… pero le tengo miedo a morir.

—¡Ay, niño! —Lo tomó del brazo y tiró de él hasta bajar por la pendiente—. ¡Solo tenemos esta vida y

es demasiado corta… O quizás demasiado larga para hacerla aburrida!
María era impulsiva y dominante. Lo arrastró cuesta abajo hasta un sendero de hojas marchitas donde los árboles comenzaron a ralear para dar postura a la entrada de un tabernáculo en la falda de una montaña enana… que se abría como boca de lobo; gritando rocas, humedad y polvo. Frenó el arranque de la chica con fuerza impropia, temeroso.
—¡Basta, María! —Apuntaló, severo—. ¡Esto ha ido demasiado lejos!
—Te daré un beso.
—¡María! —sintió las arterias de su cuello tensarse, y el calor subió hasta sus orejas; pero no era sonrojo, estaba harto y quería marcharse—. ¡Nos expondremos! ¡Es muy peligroso enfrentarse a lo desconocido!
—No vamos solos, Samuel—la chica extrajo un aparato de su bolsillo y saltó atrás, dudando de la cordura de su compañera—. Vamos con Jesús, la Virgen y un revólver de alto calibre. ¡El Diablo mismo huirá despavorido!
—María…
La chica levantó el revólver cargado, y ajustó el seguro. Estaba loca, y no tenía miedo… tembló, palideció y sintió náuseas. Quería marcharse, pero una parte de él: el imbécil caballero que no podía abandonar a la chica; se rehusó a la deserción. María le entregó una linterna muy potente y varias baterías de repuesto, y rezó un Avemaría mientas ponía un pie detrás de otro al penetrar en la caverna. Recordó la horrenda silueta velluda que dejó escapar el terrible silbido deshilvanado y se creía desfallecer mientras

María sostenía la pistola, y arrojaban luz a aquellas tinieblas de piedra y grajo. Veía sombras en cada bifurcación, e incluso en su círculo de claridad, se sentía desnudo en una vorágine de infinita oscuridad… Le parecía distinguir siluetas grotescas tiznadas de brea en la penumbra, y cuando se volteaba sobre su hombro para hojear aquella gusanera excavada por lombrices titánicas, las sombras se refugiaban en sus sepulcros.

—¿Qué crees que sean? —Preguntó María.

—¿Qué cosa?

La chica le lanzó una mirada aterradora, con el rostro ensombrecido.

—Nuestras presas, naturalmente.

Reflexionó en un augurio aterrador, imaginó genios habitantes de pozos sin fondo; lamias con aspecto de mujer encantadora, desnuda; adornadas con colmillos prominentes, alas de murciélago y garras homicidas. Le parecía que María podría ser una lamia infrahumana, cuya cabellera espesa escondía la protuberancia de alas recogidas. Leyó en un cuento vasco, que las lamias se disfrazaban de mujeres para saciar sus deseos carnales con los hombres, recoger su semilla… y alimentarse de su carne.

Miró a la joven, angustiado, y le pareció notar con más profusión su almizcle de perfume y sudor femenino. Ante la reducción de la vista, se sentía flotando en un mundo nuevo de olores y sensaciones indescriptibles. Podía saborear el cabello negruzco de la joven, y—sin saber cómo—, la sensación de su piel morena en la lengua. Sus pisadas sobre la gravilla eran ásperas, y hasta él… llegó un miasma pestilente como una nube verdosa. Si cerraba los ojos y se con-

centraba, podía escuchar su respiración y la de María, más rítmica; pero también llegó a sus tímpanos un estertor plagado de gorgoteos rumiantes. Sus pisadas causaron un eco seco al rebotar en las paredes pétreas, y las tonalidades de la caverna adquirieron estructura, proporción, sustancia y solidez… A su mente llegó la descabellada idea de poder escudriñar las tinieblas.

—Hay uno de ellos.

—¿Qué?

—¿No puedes escucharlo? —Bajó la linterna, al acercarla a su campo de visión le resultó dolorosa—. Está solo, royendo un trozo de carne con sus maxilares… Como un tabaquero entregado a un rollo amargo. Huele a fertilizante… ¡Dios! ¡Puedo escucharlo como si lo tuviese junto!

—Yo no puedo escuchar nada—se quejó la otra—. ¡Me estás poniendo nerviosa!

Sintiendo crecer una osadía impropia, escudriñó las tinieblas cubriendo la luz de la linterna con su mano… y María se pegó a su espalda, con el corazón bombeando como una locomotora. Estaba escondido aún en la oscuridad, pero su morfología antropoide le confería el aspecto de un mono masticando una fruta jugosa. El pelirrojo tembló, sobrecogido con espanto por la tétrica silueta apoyada en la esquina rocosa… que aún no reparaba en ellos.

—No dispares si no es necesario—inquirió, que no quería armar jarana con los seres hostiles de aquella caverna degenerada.

Aún con su «visión» y la percepción de la realidad alterada por el miedo, era incapaz de distinguir la fisionomía del diminuto ser… Temía encontrarse con

un engendro concebido por la degeneración evolutiva, pero la presencia de la pistola le insufló una inusitada gallardía. La chica por primera vez parecía bloqueada por emociones más fuertes de las que podía controlar, y aunque estaba asustado, no sentía debilidad. Esperó a que sus ojos se ajustaron a la claridad, y levantó la linterna. El sentimiento que experimentaron ante el descubrimiento de tales endriagos era inenarrable… No era enteramente humano, pero asemejaba al hombre anciano que alguna vez fue. Su piel correosa y parda brillaba por el recubrimiento de moho y porquería, y la ropa harapienta se pudrió en su piel como una curtida capa de tela reseca. Masticaba una oreja cartilaginosa que hedía a putrefacción, e iba descalzo con los pies tan endurecidos como cuernos.

El necrófago levantó sus ojos oscuros, y se rascó su calva insipiente.

—Jóvenes—habló con voz grave y pastosa, como si no hubiera hablado la lengua castellana en muchísimo tiempo. Su acento era inconfundible: se trataba de un español muy viejo—. Omar os dijo que estaban cerca. Es mi culpa este encuentro… Quise comerme la oreja de la muchacha. Es la parte que más me gusta: gomosa y jugosa; como comer chicle muy dulce.

Tragó saliva, dubitativo.

—¿Antes eras humano?

—Todos los gules fuimos humanos, sí señor—se zampó el último bocado y lo masticó con chasquidos húmedos—. Pero… renunciamos a las correrías de la vida, y los temores a la muerte. No temáis, no comemos vivos, aunque… no solemos desperdiciar ni un muerto.

El gul se levantó, era bastante diminuto, pero como él y María no eran muy altos, compartían la misma altura. Era un veterano de la Segunda Guerra Mundial que conoció a los gules durante sus festines tras la contienda, tenía casi cien años y se vanagloriaba de las ventajas de ser un viajero. Pues los gules no pertenecían a ningún mundo, y podían moverse libremente entre el mundo vigil, y el de los sueños mediante viajes oníricos. Les confesó que se llamaba Mario Luna cuando caminaba entre los hombres, pero que los gules renunciaban a sus nombres para ser parte de la Gran Jauría. Los condujo, risueño, a una abominable cavidad en la cual convergían todas las cavernas del mundo terrenal… y el ulular de una hoguera les mostró un cuadro espantoso: una galería abovedada plagada de un centenar de seres inhumanos, tiznados de moho y jolín, hediondos; dándose un festín de cadáveres en torno a un fuego mefítico. La enorme caverna parecía un tubo de lava marciano: frío, pétreo, rojizo y polvoriento. Las llamas le conferían aspectos desfigurados y terribles a los necrófagos en su madriguera infernal repleta de huesos y charcos de tuétano. Un corro de gules bailaba en círculos alrededor del fuego y cantaban una canción francesa muy antigua… y reían a sonoras carcajadas hablando una mezcolanza de idiomas e historias maravillosas. Pero la sombra del centro se incorporó, de dos metros y medio, tan alto como una estatua de basalto… con los largos cuernos curvados detrás de su cabeza velluda. El rostro chotuno de egipán morboso, y los ojos llameantes de cabrío impío… causaron un encogimiento en sus corazones. Caminó a grandes zancadas, con sus potentes

patas tapizadas de vello oscuro y rematadas en pezuñas. Se acercó furibundo, todo pelo, cuero y musculatura nervuda… y los riñó, mostrando su pronunciado morro repleto de incisivos amarillentos.

—¡Ustedes dos! —Su voz rasposa y arenosa los intimidó. María escondió su arma—. ¡Váyanse, no merecen estar aquí! —Señaló al gul con una zarpa—. ¡Fuiste tú, miserable! ¡Traes a los niños como si nada! ¡Tonto cabeza de ñema!

—¡Serena, Omar! —El gul español levantó sus manos verdosas—. ¡No seas tosco! ¡Serán la cena!

III.

—¡No quebrantaré las reglas, cojonudo! —Chilló aquel Chivato de ojos suspicaces—. ¡Prohibido devorar a los pueblerinos! ¡Y menos a ese petirrojo! ¡Harás que los Sonetistas nos exterminen!

—Lo siento—sonrió Mario ante la turbación de los jóvenes—. Fue un chiste de mal gusto—y sacó una lengua azulada, arrugando la nariz—. La carne fresca es desagradable.

Los gules renunciaban a sus vidas humanas mediante rituales de renuncia a Dios, y la disgregación de su alma al canibalizar carne descompuesta. El proceso de mutación era repulsivo, muchas veces doloroso, pero con el tiempo un gul dejaba de envejecer y su cuerpo sufría un robustecimiento comparable a la fuerza de Heracles. Muchos tenían hasta doscientos años o más, y no recordaban ni un ápice de sus vidas humanas… Otros seguían visitando a sus descendientes cada estación, en secreto, y les dejaban ofrendas y regalos de buena fortuna. Eran una estirpe incontable de razas, patrias y saberes… Muchos de ellos aún eran devotos a sus raíces, y celebraban fiestas en honor a su pasado.

Los gules provenían de todo el mundo, y se reunían en festivales a través de pasadizos que solo ellos conocían para descender los sesenta y seis peldaños al Mundo Onírico, y emerger en distintos caminos del planeta. Provenían de África, Europa y Asia… y recorrían las Américas para asistir a las peregrinaciones de la Montaña Sorte, disfrazados de magos blancos con sombreros estrafalarias para darse su baño anual. Les contaron historias sobre los monstruos que sacudían las pesadas puertas del mundo de los sueños

y los inframundos durante la Hora del Diablo, y el Cadejo Negro que los protegía ofreciendo salvoconducto a los Vigilantes. Omar, el Chivato de pelaje pardo, se comportó hosco y les gruñó, fulminante en sus modales con aptitudes furibundas. Aquel debía ser el que originó la leyenda del Diablo del Centro, cuando visitaba el pueblo ocasionalmente.

María imitó al Chivato con sus modales hoscos, y les preguntó a los gules más viejos sobre un hombre llamado Jesús Herrera, pero las respuestas que obtuvo le helaron la sangre: miradas comprometidas, ademanes asustadizos y negaciones rotundas. Una gul de cabello enredado le pidió una aventura amorosa, pero el joven enrojeció de vergüenza. Las historias y las canciones de los necrófagos se sucedieron ante las llamas, y aunque cosieron brochetas… Las negaron amablemente por el aroma dulzón de la carne podrida. Y cuando les preguntaron por qué Montenegro para sus festines, una gul de cabello corto y ojos grandes les confesó:

—Todo el mundo lo sabe, queridos—pronunció con acento inglés—. En Montenegro habrá una carnicería, y los nos gules daremos un festín tras el baño de sangre. ¡Como extrañaba las guerras!

Un suspiro general se extendió por todo el púlpito de cuerpos enmohecidos y harapientos. Aunque al principio su pestilencia y aspecto eran desagradables, fue comprensivo con las criaturas e intentó razonar con ellos. Mario era amable y gracioso, y le enseñó sus insignias de teniente antes de ser herido mortalmente por la metralla… también le contó que la guerra era lo peor del mundo, y que nunca debía ir. Le confesó al borde de las lágrimas que extrañaba a su hija, que

abandonó y nunca supo más de ella tras su transformación. Había cierto orgullo en la vida del gul, y sus canciones cosmopolitas lo reflejaban. Se unió al coro mientras María fruncía el ceño, y cantó junto a los gules el estribillo de una canción de guerra:

Se qué te marchaste sin saber
Sin escuchar, sin comprender.
Que hay una daga envenenada aquí en mi pecho.
Sé que no merezco tu perdón.

Que lastimé tu corazón…
Y hoy naufrago en este mar de tu abandono.
¡Ni yo me perdono!
¡Te amo, yo te amo!
¡Soy un idiota, te perdí, pero te amo!

Bailó con gules desnudas—tal era su aspecto tentador—, al compás de tambores de cuero, y cantaron juntos bellas baladas de todas las épocas. Pues, los muertos aman la música y el amor tanto como los vivos. Había gules bastante viejos que no aparentaban más de cincuenta años, y otras que alcanzaron la transformación a una edad temprana y conservaron la lozanía típica de los mejores años.

—¿Sabes una canción?

—No tengo buena voz.

—Amamos la fealdad tanto como la belleza—la gul entrelazó sus manos y lo hizo girar. La única belleza en su rostro verdoso y su cuerpo libidinoso cruzado de helechos… eran sus ojos ambarinos—. ¡Canta, caballero rojo!

—Es una canción tonta que viene a mi mente cada

ciclo de sueños.
La gul se rio y miró a sus congéneres con los ojos encendidos.
—Los sueños son visiones de nuestras otras vidas, algunos son tan poderosos que nos dan significado y… otros tan obscuros que nos muestran nuestros errores pasados—inquirió y aferró su cintura para acercarse más. Olía a clorofila y lluvia… Mario mencionó algo sobre el celo de las gules y se avergonzó—. Todo el mundo lo sabe…
El pelirrojo carraspeó, e intentó afinar su voz mientras los gules se prestaban para oír y sacaban a relucir instrumentos curiosos hechos con huesos y músculos curtidos, y lo acompañaron con una melodía melancólica.

En el canto de las olas.
Encontré un rumor de luz…
Por un canto de gaviotas, supe que allí estabas tú.
Despidiendo últimamente, todo lo que sucedió.
Hoy saludo a mi presente, y gusto de este dulce adiós.

Voy a navegar en tu puerto azul.
Quisiera saber de dónde vienes tú…
Vamos a dejar que el tiempo paré.
Ver nuestros recuerdos en los mares…

Y esta soledad…
¡Tan profunda!
Que en el canto de las olas, me quisiera sumergir…

Los gules aplaudieron, aunque desafinó en un par de versos… y se dejó llevar por el sentimiento de can-

tar aquel soneto en voz alta por primera vez. Sentía que la melodía tenebrosa permanecía congelada en su cerebro, y salía junto con lágrimas de deshielo. Los gules disfrutaron la balada y contaron sueños de mares e historias de lobos marinos y piratas. Invitaron a Samuel para una incursión a una playa subterránea durante la Semana Santa, y no le permitieron negarse. Uno de los gules más ancianos, que usaba un sombrero de paja gastado, le palmeó la espalda.

—¿Dónde aprendiste la canción del Mago Rojo del Anochecer? —Se lo veía intranquilo, echando extrañas miradas al cabello y sus ojos—. No recuerdo su nombre… Pero, yo peleé en las Guerras de Sucesiones de la Isla Esperanza de parte de los Sonetistas. Los gules me aceptaron entre los suyos cuando los hombres me parecieron monstruos… Nunca olvidaré a ese hombre de ojos sanguíneos como granadas, y mucho menos al terrorífico Gerard Courbet… que parecía una estatua de oro. ¡Ese nombre nunca se me saldrá de la cabeza! —Se quitó el sombrero para abanicarse el rostro curtido—. ¡Con qué valor peleamos hasta la muerte! ¡Aún recuerdo el delicioso olor ferroso de los campos sembrados de cadáveres!

Intentó averiguar sobre los Sonetistas, pero el Chivato silbó evocando el tabú de aquellos seres necrófagos que vivían entre las sombras de los sueños, y guardaron el más absoluto recelo con sus secretos. Incluso Mario negó con la cabeza, inquiriendo que era mejor no saber de aquellas arañas que tejían las telarañas de pensamiento que envolvían al mundo. Se hablaba de ellos con respeto, y con temor infundado a su dominio.

Cuando se sentaron alrededor de la hoguera de cedro y bergamota, Mario lo acompañó sorbiendo elixir de tuétano y sesos podridos en un cráneo limpio. Las gules que bailaron con él se reían juntas y lo miraban despreocupadamente, intercambiando propuestas soeces. Muchas de ellas se deshacían de los pocos helechos que cubrían sus senos y genitales, y bailaban ante las llamas de forma provocativa. Se fijó que no tenían nada de vello, salvo por sus cabelleras enredadas por ramas.

—Deberías convertirte en gul cuando seas mayor.

—No creo—reparó en María, que seguía enojada y pensativa—. Pero lo pensaré…

—¿Me dejarás comerte si falleces primero, mi amigo?

—Sería un placer, pero… quisiera ser incinerado y esparcido en el océano para vivir eternamente entre la marea.

—Prepararemos pociones y te prometo que tu transformación será rápida. Acá, a diferencia del mundo exterior, los gules somos todos iguales y nos respetamos como hermanos. La próxima vez que nos veamos, Samuel Wesen. Puede que viajemos juntos al Mundo Onírico, con permiso de los Vigilantes, y te enseñe la meseta ruinosa donde viven los Innombrables, sapientes de todas las respuestas del cosmos.

—¿No extrañas tu vida anterior?

—Me gusta ser un gul—replicó Mario, quien no dejaba a nadie entrever su tristeza—. A veces me siento solo, y quisiera tener un trago de ginebra y un cigarrillo para pasar el mal rato. No sé cómo sentirme o qué significa esto que vivo… Estás creciendo, Wesen. Es aterrador convertirse en adulto, pero tienes que vivirlo porque es parte de esa experiencia…

Y debes aprovechar cada experiencia, porque termina antes de enterarse. Quisiera volver a caminar entre los hombres y saber lo que se siente morir. —Lo miró, como quien se despide de un viejo amigo—. Si te conviertes en un gul no te pasará nada malo, y gozarás de una libertad infinita.

—¿Qué escondes, Mario?

—Las profecías corren como la peste en el Mundo Onírico, el mundo que yace flotante a tu alrededor— el gul posó el mentón sobre su puño—. Tiempos oscuros se acercan sobre Montenegro, Wesen. Traerán calamidades y muertes… y nosotros venimos por el festín de época. Los humanos ya no hacen la guerra, han descubierto métodos de exterminio más crueles en su juego de poderes por la hegemonía del planeta.

—¿Y qué me dices de los gules? —ataba cabos—. No parecen ambiciosos…

—Somos muy orgullosos. El amor, el orgullo y el conocimiento no se comen… pero, sin ellos no se puede vivir. Solo te diré, Wesen, que no debes confiar en nadie. Esa chica podría no ser quien tú crees… Hay familias de Cambiantes en Montenegro que se han fijado en ti, y sus planes involucran el robo de sangre.

Volteó a ver a María, que permanecía con el ceño fruncido mientras acariciaba su pistola. El Chivato mantenía sus ojos clavados en ella, como si quisiera ensartarla con un tizón al rojo… Los gules se levantaron en una última oda después del festín de carroña, y bailaron al sonido de los tambores con ritos antiguos y magias olvidadas.

María levantó la pistola, y disparó. Saltó ante el estruendo del cañonazo y un grito general se alzó. El

Chivato se lanzó sobre la chica y la sometió con sus zarpas en un instante. Miró a su alrededor, y vio a la gul de ojos ambarinos caer al suelo con un agujero en el pecho. No lo dudó, aunque petrificado… No supo qué hacer.

—¡María! —Gritó, apretando las muelas—. ¡¿Por qué lo hiciste?!

Omar la sometió con su peso, y María se retorcía, espasmódica.

—¡Niña estúpida!

Miró a la gul que se ahogaba en un charco de sangre, y se arrodilló junto a ella para desenredarle el pelo. Los gules lo rodearon y cientos de dedos lastimeros lo tocaron. Intentó parar la hemorragia y lo único que consiguió fue mancharse de sangre espesa y negra… La mujer gul negó con la cabeza.

—Ya no duele—miró a Samuel con los ojos enrojecidos y sonrió —. Un humano llorando por un gul. ¡Creí que lo había visto todo!

—Lo siento tanto, esto es mi culpa.

La gul tosió y una espuma sanguínea brotó de su boca negra. Mario se recostó junto a la moribunda con los ojos abnegados de lágrimas.

—Quería seguir bailando contigo—sus ojos ambarinos se apagaron…

—Te seguiría pisando los talones…

—Prométeme que me darás un beso en la frente cuando me muera. Lo sentiré…

—Lo prometo.

Pasó un buen rato antes que la gul expirase… Le acarició el cabello y se llenó de sangre mientras los gules lloraban y se abrazaban. El cuadro fue conmovedor, y permitieron al joven sostener la mano

de la gul mientras desfallecía… La besó en la frente sin miedo a llenarse los labios de moho y Mario lo abrazó.

—Váyanse por favor.

—Lo siento tanto…

El Chivato levantó a una desgreñada María por el pescuezo y la llevó sobre su hombro a pesar de los pataleos y las groserías. Sintió un vacío al salir de la caverna tibia a un frío anochecer, y María, cubierta de polvo y arañazos, se quejó de un malestar insufrible acaecido por el mal olor. Omar era demasiado alto y velludo, olía a estiércol de circo. La chica no paraba de quejarse…

—Son seres repugnantes que viven en la porquería más nauseabunda.

—¡Cállate! —Apretó los puños, quería abofetearla—. Eran hermosos y tú los mataste. ¡Eres una persona horrible!

—Se estaban comiendo a los muertos, iban a zamparse a tu amiga cuando nos fuimos. ¡Son asquerosos! ¡No soy una persona horrible por matar una cucaracha! ¡Ibas a dejarme para vivir entre ellos como un gusano más! ¡Hice lo que cualquier persona cuerda haría!

Capítulo 3: El Jardín de los Abortos.

I.

La llovizna dispersó los olores y despertó esencias dormidas en la tierra. El lobizón rastreó, con la nariz hundida en la alfombra fría de hojas muertas, y echó a correr al primer atisbo, arañando el suelo con sus garras. Se movía como una sombra silvestre, una forma del anochecer que emergía de la oscuridad… Cubierto de pelaje pardo y escudriñando el mundo con ojos amarillos tan brillantes como estrellas.

Se deslizó entre los arbustos, el vientre bajo, al acecho… olisqueando el almizcle de menstruo podrido que invadía el bosque con zarcillos de desesperación. Hedía a sangre en lo profundo de las lomas desde la Víspera de Octubre, y un poder macabro despertó de su tumba para aterrorizar el Bosquecillo Encantado de Montenegro. El lobizón hurgó entre las huellas del sendero, como si una bestia se arrastrase, y creyó escuchar a la distancia el rumiar de los grillos sobre los árboles centinelas. Su transformación parcial se había completado con el desarrollo de su cuerpo, y cada mes sentía más fuerza y vigor que el anterior... Subió un árbol curvado, y saltó sobre una rama tosca, volando y aterrizando sobre una roca negruzca, envuelta por zarzales espinosos.

Al principio sus cambios eran repentinos: sus uñas moradas crecían hasta formar espantosas garras, sus incisivos dolían, y sufría alteraciones de tamaño… Y los ojos, oscuros como pozos de aceite negro, eran recubiertos por un fulgor amarillento similar a la mantequilla. El olfato agudo y el oído nervioso… Su

abuelo siempre dijo que la transformación llegaría a los doce, pero se retrasó dos años en culminar el proceso fisiológico.

Y ahora se enfrentaba a un dilema: un animal salvaje desconocido irrumpió en el rancho de los García y mató a todos los perros y gallinas la primera noche del mes. Su tío asistió a presenciar los restos de la masacre, y quedó impresionado por el hedor nauseabundo de la sangre podrida. ¿Reconocería al dueño de aquella pestilencia? Aquel mes despertaba un poder maléfico sobre la Montaña Sorte, encantada por sortilegios más antiguos que la humanidad; donde se escondían milagros y horrores imperecederos en su espesura. Los muertos se levantaban, poseídos por fuerzas oscuras. Las maldiciones se removían en las tinieblas, como alimañas descarnadas de incontables ojos y apéndices. Brotes de locura se esparcían como la tuberculosis sobre la población… cuando los brujos invocaban extrañas providencias de otros mundos para reforzar sus poderes. Satán rugía, ansioso por sentarse en su trono, anhelando la Noche del Samhain, cuando el sueño de verano haya llegado a su final.

El lobizón esperó, envuelto en zarzales espinosos y enredaderas tupidas. Había perseguido las gotas de sangre bituminosa desde el crepúsculo, y era medianoche ya, con la luna gibosa iluminando el bosque con latidos fulgurantes. No había ninguna estrella, solo un negro sideral y aterciopelado. Cerró los ojos, afinando sus sentidos alterados por la transformación de hombre a demencial canino, y… descansó sobre los cuartos traseros; como un demonio lobuno en la penumbra. El líquido aceitoso que perseguía

portaba el olor característico de la sangre podrida del menstruo, la carne echada a perder y el embalsamador químico. En el claro, el olor era tan penetrante que lo aturdía, y la tierra removida daba un aspecto desordenado a la tierra infértil. En aquel acre se erguían los restos de un cementerio antiguo, más viejo que Montenegro, santuario que perteneció a los indígenas de la región, donde se despidieron por centurias de sus muertos antes de la sangrienta conquista. Los dólmenes eran inconfundibles: estructuras pétreas de mampostería sacrílega. Diminutos templos de espíritus que la corrupción africana profanó con nefastas consecuencias tras el mestizaje de creencias. Era un claro estéril, bañado por la luz mortecina de una noche sempiterna… Rodeado de coníferas largas y huesudas como esqueletos. Las rocas apiladas en pequeñas edificaciones relucían, aceitosas, y daban al cementerio indígena un aspecto austero de muerte y desolación. Una hendija en medio del terreno llamó su atención: la tierra de sepultura parecía recién excavada, y el miasma que supuraba hacía insoportable la proximidad.

El lobizón, de corazón humano, hizo un sobreesfuerzo por no doblarse para vomitar… Había entrenado su mente para mantenerse consciente durante el cambio, y con esfuerzo, lo estaba consiguiendo. No se dejaba llevar por los instintos salvajes, aunque seguía sintiéndose como un vagabundo en un sueño tangible. Esperó, impaciente, y oyó el susurrar de la tierra negra al desprenderse… Como de una pesadilla, vio emerger a un asqueroso engendro, descarnado y horripilante, concebido horrorosamente en el Averno por incontables orgías demoníacas. Una gasa

nubosa cubrió la luna, y no logró distinguir la silueta bípeda; ciega y estúpida, que se estremecía al desenterrar sus miembros flacuchos de la fosa.
El lobizón era joven, y tembló, azogado, gruñendo al monstruo descarnado de garras prominentes. Aquella pesadilla vomitiva era indescriptible y espeluznante, semejaba una niña sin piel: músculo gris y cartílago; con los dedos desnudos, mostrando retazos de hueso amarillento en forma de zarpas… y una sarta de colmillos ofidios que sobresalían de su rostro atrofiado y pútrido. Entre sus piernas colgaba un cordón largo y delgado, que derramaba gotas de sangre bituminosa. El ser se agachó, de cuclillas, respirando débilmente, y removiendo la tierra con sus garras. No tenía ojos, por lo que el lobizón se irguió mostrando los colmillos.
«Solo debo arrancarle la cabeza de un bocado» pensó, inquieto, mientras se acercaba con el lomo erizado. Nunca se había llenado la boca con sangre, aunque su mandíbula era poderosa. Seguía perturbado por el descubrimiento de tales seres malignos, presintiendo el advenimiento de una magia negra inefable a dominios turbios. Hasta ahora, no creía en la existencia de engendros híbridos, nacidos de la brujería más oscura, alejada de las esferas convencionales hacía auténticas contravenciones naturales. Era como decían los viejos brujos, videntes del tabaco, había que ver para creer..
El lobizón abrió sus mandíbulas repletas de colmillos.
El monstruo se giró con un grito agudo y penetrante y, le clavó sus garras en el cuello. Sintió su corazón detenerse mientras el ser encolerizado le arañaba el hocico con violentos zarpazos en un mar rojo y avi-

nagrado. Intentó derribarlo con un forcejeo al olvidarse de su humanidad, y solo consiguió hundir una pata en su boca purulenta… para que al cerrarla, los colmillos le destrozaran la carne. El lobizón soltó un aullido que parecía más un grito abominable… De un bocado, cerró sus fauces sobre la cabeza del engendro, pero fue incapaz de arrancarla al distinguir el regusto ferroso de la sangre. Se separó de un salto, sangrando a borbotones por las heridas profundas en el lomo y echó a correr entre los arbustos. Rápido, muy rápido; una bestia huyendo con tres patas asustadas y una mutilada. Fue regando su sangre por el bosque, pero no consiguió desmayarse por la hemorragia… Los gritos pavorosos lo perseguían, ahogados por la profundidad de las lomas.

Contempló su pata, destrozado, pero no amputaba… y suspiró de alivio mientras perdía la transformación por el pánico. Se mareó al regresar a su forma humana, pero continuó corriendo, ensangrentado y desnudo, bañado en sudor como un maníaco. Con los pies destrozados por espinas y el brazo salpicando sangre. Las ramas crujían a su espalda, y los chillidos eran acompañados del batir de tambores macabros…

La magia de la víspera despertó una maldición enterrada, que había madurado silenciosamente en su sepulcro desde que el invocador concertó los conjuros. Las formulas mágicas escritas en los libros malditos por los magos locos… fueron pronunciadas indebidamente, y un horror indescriptible subía de fosas innominables.

II.

—El cadáver fue encontrado gravemente mutilado—María puso una mano sobre su mesa de trabajo—. Estaba triturado: lo despedazaron de cabeza a estómago, a medio devorar.

—¿Y qué? —Sam frunció el ceño—. Fue solo un perro…

—¡Los gatos están desapareciendo desde que comenzó octubre! Más allá del bulevar se extienden los límites de la ciudad, y siempre ha habido gatos callejeros vagando en los parques…

—Que bueno… Eran una plaga.

—Y no es solo eso… ¿No escuchas las emisoras? —Intentó ignorarla, pero la chica no daba su brazo a torcer—. La estación del pueblo narra los sucesos del día, y las noticias de los periódicos hacen un llamado de alerta. En un rancho del Barrio Porvenir, la zona marginal… Un animal intruso mató a todas las crías de un sector siguiendo el mismo patrón de mutilación. Una semana después, en una granja cercana, al otro lado del bulevar de la Calle Piedad, una de las vacas fue despedazada por un animal extraño. ¡Podría tratarse del chupacabras en Montenegro!

Se levantó del asiento, con el uniforme celeste un poco arrugado, y salió del salón de clases. María lo siguió, insistente. La última quincena había sido extraña, una actividad inusual se removió bajo las dragas del pueblo. Se decía que un culto de magos negros se estableció en la Finca del Chaure, colgando un portaestandarte con dicha lechuza mítica, augurio de muerte… y celebrando un aquelarre bicentenario en la Víspera del Día de la Raza, conmemoración de muertes y tragedias. Los magos que frecuentaban la

Finca del Chaure asistirían a su vez a las peregrinaciones de la montaña durante el Día de Todos los Santos.

Montenegro aparentaba cierta impermeabilidad a las circunstancias esotéricas que acontecían, los habitantes corrientes no le daban importancia a las apariciones vistas en la Plaza Bolívar, cerca del Malecón; y los gritos a lo largo del bulevar, entrada la noche negra. Aquellas formas de neblina y cacofonías flotaban en el aire, y desaparecían con el parpadeo de los faroles.

En lo profundo del Barrio Porvenir, entre los ranchos y las fincas campestres de rústica vivencia, se contaban historias de espíritus que regresaban a Montenegro durante la época de la magia a través del Bosquecillo Encantado. Aquella zona indomable de varios kilómetros de matorrales salvajes, era el epicentro de grotescas leyendas urbanas. Gobernada por lomas de vegetación espesa, comenzaba desde el Bulevar de la Calle Piedad y los conjuntos de casas que se abrían paso entre la maleza para reclamar los dominios del hombre, bordeada por la carretera perimetral que conducía a Chivacoa; y llegando al marginado Barrio Porvenir al otro extremo de la ciudad. Dentro del terreno abandonado se podían sentir los embates de la superstición y lo indescriptible.

Durante años, en aquella infesta selva regida por los mosquitos y las lamias, se frecuentaron excursiones de brujos practicantes y cacerías infantiles de duendes. Acercarse a aquel paraje era pescar una maldición, esculpidas en barro o en altares a deidades oscuras que obraban en fronteras ignominiosas… para evocar males y sortilegios. Entre los árboles tupidos

y las coníferas, se podía sentir el flotar de una maldad supurante proveniente de fosas de vapor: altares de piedra, casitas a Santos, vírgenes enterradas, alineaciones concebidas en rituales, ofrendas a los genios y dibujos de seres terribles… Así como la presencia de sombras descarnadas en el fondo de las canteras. Los animales huían de aquella reserva temible, y más aún, los seres humanos se extendían en torno al bosquecillo, encerrando el supremo horror en un círculo hermético de construcciones; cuyo corazón era la abominación de un ancestral cementerio indígena, en cuyo apogeo se celebró un incognoscible pacto satánico durante la fundación del pueblo.

Desde principios del mes, los habitantes del bulevar—aquellas edificaciones modernas que se alzaban sobre las lomas de la Calle Piedad—, en el centro del pueblo; temían el ronquido de una horquilla que se estremecía en las noches de abundante ventisca con el chirriar de madera envejecida… y, en medio de la noche o a la temible Hora del Diablo, se escuchaba, imponente en el silencio furibundo, un hachazo seco y sonoro que retumbaba a lo largo del bosque sin nombre. Los habitantes del Barrio Porvenir, al oeste del pueblo, sufrían el mismo desorden cacofónico, fumando tabaco y prendiendo velas a Santos para alejar al espíritu que esgrimía el hacha asesina. La situación no pasó de mera superstición, hasta que una desaparición asustó a la población rural: un recién nacido fue extraviado de su cuna, y su progenitora, angustiada, confesó escuchar el carcajeo de un pájaro demencial que irrumpió en la casa durante la madrugada. Aunado a ello, los brotes de adicción a los opioides iban en aumento con la apertura de las

fronteras brasileñas y el traslado de estupefacientes en las bolsas de los viajeros…

Recordó a los policías que visitaron la tienda esotérica en busca de protección, pero ahora… El joven vino solo, con el uniforme celeste del cuerpo policial, los pantalones azules y las botas pulcras. Llevaba en el cinturón una pistola negra y una radio… La gorra con el emblema policíaco le confería un aspecto intimidante.

—¿Tú eres Samuel, no?

—Sí, señor—había limpiado las vitrinas y barrido el suelo—. ¿Busca a mi padre?

—No, te buscaba a ti.

Se paralizó, asustado, fingiendo audacia con el mentón en alto. No quería que se le fuese la confesión, y el policía notó esto con rostro divertido. En su pecho se leía el nombre «M. Blanco». Y recordó su nombre…

—¿Marcus Blanco?

—Sí, así es… ¿Estudias en el Colegio Bolivariano?

—Sí…

—¿Qué sabes de drogas?

—¿Drogas?

—¿Has visto a alguien consumiendo o te han ofrecido? —Marcus le sonrió, tenía un rostro fresco y juvenil de ojos castaños—. Esto será confidencial, y ayudará a combatir el tráfico de drogas en tu institución. Necesitamos erradicar el consumo de estupefacientes en los jóvenes.

Frunció los labios. Pensó en Finchester, y en que llevaba una semana de faltas en la asistencia del mes.

—Lo siento, señor—negó con la cabeza—. No sé nada. En cuanto a las drogas, sé… que debo mantenerme alejado de ese mundo.

Marcus no dijo más, pero reconsideró el hablar acerca del muchacho que huía de clases y se sentaba en el estadio de béisbol abandonado para fumar y hablar solo, como un loco. Solía ver a Finchester en las gradas, bajo la techumbre herrumbrosa del estadio vecino… El joven delgado apestaba a tabaco y químicos, y su aptitud era borde y cínica. No parecía un misógino o un misántropo, pero muchas veces lo vio llorar en su soledad sin saber si otro cigarrillo o un tiro en la cabeza serían su mejor medicina. A veces murmuraba lucubraciones a los vasallos de su castillo en el cielo… y otras, deambulaba por los corredores del colegio como si huyera de fantasmas. Finchester escondía un secreto oscuro.

Se adelantó a las rápidas piernas de María, y cruzó por el amplio corredor que conducía a los baños, adyacentes al plácido salón musical que estaba de descanso. Una voz lo llamó por su nombre. Se topó con un joven rubio de ojos dorados…

—Samuel Wesen—lo llamó, con una sonrisa ardiente. Vestía el uniforme celeste, era delgado y de rostro refinado… No parecía latino—. ¿No me conoces, cierto?

Se acercó a aquel despacho con las manos a la espalda, y María se posó a su lado. El joven debía ser un año mayor que ellos porque era un poco más alto, y olía a perfume de naranja. Su cabellera dorada relucía reflejos cenizos, y cuando hablaba, exhalaba un aire de benevolencia bendita. Del despacho salió una joven morena con cara de inocencia y cabello rizado, era delgada y de ojos oscuros propensos a una malicia desbordante.

—Es el Presidente Gerardo—dijo la morena. La reconoció: era Andrea Túnez, de la otra sección—.

Estábamos planeando las Fiestas Navideñas de Montenegro, pero Jesús le contó al Presidente de lo ocurrido en tu salón y quiere hablar contigo.
El rubio sonrió, tenía el rostro lleno de lunares tan negros como la oscuridad.
—Es verdad—le hizo una seña—. Quisiera hablar contigo.
Miró a María, y entró a solas con el Presidente… Se sentaron en un pequeño despacho con ventilación, y Gerardo lo recibió detrás de un escritorio colmado de papeles y lapiceros. Parecía muy joven para corregir todo ese papeleo, pero todo él exclamaba serenidad y pulcritud. Aunque, había cierta oscuridad en sus ojos dorados. Le pidió relatar su versión de la historia, y él solo se encogió de hombros, rectificando chismorreos y refutando algunas exageraciones. No recordaba la sombra alta que cruzó la habitación al momento del desmayo de Daniel, ni la luz rojiza que flotó en el techo según Ana, tras la caída del relámpago pálido.
Gerardo cruzó los dedos frente a su rostro y asintió.
—No puede jugarse con fuerzas que no se comprenden. Eres muy valiente, Samuel. No cualquiera se enfrenta a lo desconocido con tanta generosidad. Daniel puede ser difícil… pero no lo hiciste solo por él. Asumo que querías proteger a los que estaban contigo.
—No… bueno, sí—se sonrojó ante los elogios del Presidente. Siempre creyó que era una figura imponente y formidable, ajeno a los problemas cotidianos… pero era un joven amable y admirable—. Tenía miedo, usted sabe… Solo hice lo que vi en las películas para trasnochar. Si puedo ayudar… entonces, está bien.

—Quizás tú puedas ser el próximo presidente cuando ya no esté aquí.
Se rascó las orejas enrojecidas y carraspeó.
—No quiero, lo siento…
Gerardo dejó escapar una risita y desenvolvió un caramelo de menta para ponerlo bajo su lengua. Le ofreció uno a él, que imitó el proceso.
—Tú podrías ayudarme, Samuel—ladeó la cabeza—. Montenegro es un pueblo gobernado por las tinieblas y el crimen. Puede que no lo notes, pero cada uno de los Jinetes se ha unido para luchar contra la oscuridad. Desde que me nombraron Presidente… he querido lo mejor para la juventud de este pueblo: calles limpias, inclusión social, diversión sin conflictos y oportunidades para destacar. Los eventos de los Jinetes son mucho más que jerga y hedonismo: son carnavales para la felicidad y el amor. El amor es todo lo que necesitamos, es el remedio por excelencia… pienso que, con suficiente amor, un corazón alcanzaría la inmortalidad—el rubio decía cosas muy bonitas y sonreía mucho… Pero conocía esa sonrisa forzada y, sintió melancolía—. Podrías ayudarme… como ayudaste a tu grupo. Pienso que eres el candidato perfecto… ¿Sabes lo qué pasa en el instituto?
Sostuvo la mirada penetrante del Presidente por unos segundos, y bajó sus ojos ante el fulgor aurífero.
—Yo creo que… Finchester vende drogas.
—Entiendo.
—Pero eso no es prueba suficiente. Es decir, puede que se las compre a alguien. Pero, definitivamente, él usa drogas.
—¿Y por qué Finch consume sustancias?
—Creo que… se siente muy solo.

—Gracias, Samuel. Tienes el don del discernimiento. Pero no se sintió mejor al soltar aquella confesión, estaba abatido por tantas cosas que ocurrían… Que no sabía dónde comenzaba su concepción del mundo, y terminaban los sueños y los mitos. Fredy no había vuelto a casa en una semana, y Melissa hacía los pedidos de tabaco, velas e indumentaria habitual a los surtidores. Debían hacer cientos de pulseras ornamentales con piedras preciosas, pero la fatiga lo carcomía. Aún pensaba y le daba vueltas a la matanza de animales callejeros y las carnicerías en los corrales de los ranchos, y que… solo era cuestión de tiempo para que una persona fuera víctima de la criatura que rondaba el bosquecillo. Pensó en los gules, y que posiblemente los amigos necrófagos que fueron piadosos con él, corrían peligro.

Melissa lo miró largamente detrás del mostrador.

—¿Qué tienes, Samuel?

—¿Has ido a la Finca del Chaure?

—Sí—la pelinegra acomodó un mechón detrás de su oreja—. Viví mi niñez en el Barrio Porvenir, en una finca campestre que tuvo mi familia… Hasta que nos mudamos al centro de la ciudad. Nosotros, los Blanco, tuvimos un enfrentamiento con los Arciniega… y la disputa escaló tanto que la mudanza fue el único remedio—arqueó las pestañas al escuchar esos apellidos. Nelson, que llevaba una semana ausente, pertenecía a los Arciniega—. La Finca Chaure es una casona inmensa sobre una montaña que domina un paisaje agreste y fresco, rodeada de sembradíos de café, plátano y cacao. ¡Los caballos y las cabezas de ganado pastan en los matorrales rodeados de cercas infranqueables! Es inmenso y bellísimo. Tiene una

piscina muy profunda, asaderos, un mirador con tarima para la música, un salón de baile, chozas privadas y bodegas. El sol del atardecer baña las techumbres de madera con fulgores rosáceos, y la casona de la colina despierta con bellas luces al anochecer, cual dragón adormilado. El club campestre fue fundado hace cien años por un hombre muy rico, que se dice le vendió su alma al diablo al encontrar unas monedas de oro enterradas en su rancho… y cuyos descendientes no vivieron lo suficiente para gozar las riquezas heredadas. A cambiado de manos a lo largo de los años: gobernadores, magnates, empresarios, alcaldes, artistas famosos y mafiosos… y siempre han ocurrido desgracias a sus dueños.

»Su último comprador es un misterio, pues es el líder de una congregación de ocultistas. Se sabe que un grupo de empleados custodia la finca y cuida el ganado de los ladrones. Los criados limpian la casona y las cabañas, preparando todo para los retiros del culto a la finca para celebrar sus orgías. Nadie del pueblo ha entrado en la Finca Chaure en décadas, y se cuenta, que la maldición satánica es más fuerte que nunca en Noche de Brujas… siendo presidio de los fantasmas errantes que murieron en su tierra.

»El rancho de los Arciniega es el más cercano a la finca, y esa gente miserable se las arregla para sobrevivir a orillas de un mal imperecedero. Creo que el viejo William Arciniega, sus hijos y nietos, siguen a la espera de una oportunidad para apoderarse de la Finca Chaure; cual brujo que persevera en su llamado a los diablos. Sé por mi abuela, que viven en la espantosa pobreza, en un rancho viejo y mugroso donde crían gallinas y pescan en la laguna… y que

son unas alimañas pedantes: el abuelo está viejo y enfermo, casi no sale de su aislamiento; Claudia es una bruja con cuerpo de sapo, y sus hijos son malandrines sin futuro; Juan es un alcohólico sin cerebro, y su hija Lucía está loca y se escapa de juerga cada vez que obtiene dinero de no sé qué medios—Melissa se mordió la lengua en su desahogo—. Lo siento, los Blanco odiamos a esas gentes que viven en la miseria. Mi abuela Diana supo que debíamos salir del barrio cuando los hijos mayores de William Arciniega… se mataron entre sí por una mujer.

Se mordió el labio inferior, no quería preguntar por Nelson. Melissa describía a esa familia con un sublime desprecio, y cada vez sentía menos respeto y cariño por su consideración hacía los que pertenecían a un estrato más bajo en la sociedad. Durante algún tiempo la tomó por mujer amable y comprensiva; femenina como una sacerdotisa… pero ahora, la veía como era en verdad, y le estaba dejando de gustar. Las mujeres no eran diosas incomprendidas, todas resultaron ser lamias seductoras y chupasangre.

—¡Apareció en el periódico y dio mucho para hablar! —Melissa entornó sus ojos, oscuros y bellos—. Creo que el homicida se llamaba Joel… y huyó después de matar a su propio hermano. ¡Ay, pobre mujer! Cayó en la locura cuando le arrebataron a su hijo y se le entregó a esas gentes… Quedó bloqueada para siempre, y vive encerrada en el Psiquiátrico Bolivariano de Ciudad Zamora como una lunática. ¡Y cuando se escapa es lo peor! ¡Se le van los tiempos y es un peligro! —Sus labios se unieron en una mueca de disgusto—. Los Arciniega son tan extraños… que siento que no son personas. Mi abuela suele reu-

nirse con un hombre, un brujo muy poderoso llamado Saúl Túnez, primogénito de una familia arraigada a las creencias esotéricas y el estudio de la metafísica.
»El Taumaturgo es un hombre viejo, aunque conserva la fuerza de la juventud en su cuerpo. Se había enemistado con sus hermanos menores: un presbítero y otro erudito de las ciencias ocultas; y se trasladó de Chivacoa, ciudad vecina, a nuestro Montenegro por un pleito. Tiene una hija, la cual quiso regalar a mi familia como criada. Fue hace pocos años, pero mi abuela se negó, dijo que no iba a compartir el secreto de nuestra familia con una desconocida . Aún así, el Taumaturgo visita a la abuela para limpiar la casa de las fuerzas oscuras que arroja Claudia Arciniega y otras enemistades; lee la cartomancia y exorciza a las ánimas conjuradas. A mi tío Marcus lo rezó cuando se graduó como policía de la Fiscalía: le insertó un trozo de ámbar en el brazo junto con una oración que lo protegería de las balas. Es un hombre poderoso, y sabe mucho de las artes oscuras… suele dejar a su hija, Andrea, una muchacha muy rara, en casa, y se marcha a países vecinos en busca de libros, pócimas y artefactos. Dice que Montenegro es extravagante.
»Aún no he subido la Montaña Sorte como mis tías y primas, pero cuentan, que es una experiencia mágica e indefinible que cambia para siempre tu visión del mundo. Saúl Túnez, el Taumaturgo, ha enriquecido a mi familia con sus conjuros de abundancia y prosperidad… y ha lanzado sortilegios y ataduras para encadenar a los Arciniega en la pobreza.
»La hechicería es poderosa y peligrosa, Samuel— paseó la mirada por las estanterías repletas de chucherías paganas y fetiches mágicos—. Tu padre

desaparece durante semanas enteras, y regresa cambiado… Me da una espina de temor cuando está cerca. Es un sentido especial que tenemos las mujeres de mi familia, que somos muchas. Te he tomado cariño, y quiero que tengas cuidado con las personas que eliges para tu círculo… A veces, no son quién tú crees que son.

Escuchó su teléfono vibrar, lo sacó y leyó el mensaje de María Herrera:

«Esta tarde te espero en el bulevar, vamos a meternos hasta el cuello en la Oscuridad».

Suspiró, tomó el Crucifijo de la Buena Muerte de una de las repisas, y le dijo a Melissa que saldría… y que se llevaría la llave porque regresaría de noche. La chica entornó los ojos con una sonrisa pícara, y le hizo un montón de preguntas acerca de mujeres y meterse en problemas.

III.

María vivía en la Calle Piedad frente al bulevar, y solía sentarse en las bancas de piedra de la alargada plaza de vetustos árboles cuando la soledad la abrumaba. Sam la descubrió sentada en un banco, a la sombra de un olmo, con el cabello erizado como la melena de un león. Llevaban abrigos para el frío de la noche, pantalones cómodos y zapatillas.

La chica giró la cabeza y se ajustó los lentes, sus labios caídos aletearon en un amago de sonrisa.

—¡Aléjate, demonio! —Levantó la cruz de ébano como un cura ante una legión infernal—. ¡Te destierro a lugares secos sin reposo!

—Eres un ridículo…

Los dos miraron por última vez la civilización de cemento que rodeaba el bulevar, cruzaron la cerca y se internaron en la espesura… a través de un camino abierto en la vegetación por las infrecuentes exploraciones llevadas a cabo por los gentiles. Si caminaban en línea recta por unas horas, en dirección a la salida del sol, llegarían a una quebrada de agua que conducía al Barrio Porvenir… pero su intención era hallar indicios del mal que acechaba Montenegro, que desollaba vacas, y mutilaba y devoraba animales. María teorizó la prevalencia de una criatura maligna, materializada por los malos pensamientos como una evocación de terrores negativos.

Descendieron desde las cimas de lomas abruptas, que avistaban el valle vegetal de altas coníferas, frondosos zarzales y enredaderas tupidas; en busca de altares mágicos para exorcizar su oscura fuente, y baterías de espíritus capaces de contener influencias

negativas. Creía que era una entidad física, no del todo incorpórea, y que debían encontrar su madriguera y prenderle fuego.

El atardecer caía sobre la techumbre de ramas verdosas, y cada hora hacía más frío. El cielo se cubrió de escarlata, y después, de un violeta aterrador que asemejó el rostro de un muerto. Aún no anochecía, pero no se hallaba claridad en el túnel de vegetación que recorrían. Las cigarras zumbaban en las arboledas ante el cese de la brisa con un llamado ensordecedor… y los sapos cantaban con ronquidos solemnes. El sendero, a veces dificultoso por los zarzales espinosos, los condujo a la entrada de una cueva, que se abría como una herida purulenta al pie de una montaña enana. Las rocas rodeaban la entrada, formando estructuras piramidales con símbolos horripilantes…

Un guijarro voló a toda velocidad, y reventó a sus pies con una explosión de tierra y hierbajos. Retrocedió, atento, y sus ojos se encontraron con el semblante salvaje y temible del Chivato, todo vello y cuernos. El imponente egipán de feo rostro chotuno, dientes chuecos y pelaje hirsuto… permaneció sentado en la techumbre sobre la entrada de la caverna. Mitad simio, mitad fauno.

—¡Ustedes dos! —Dio un potente salto con sus patas velludas, y aterrizó sobre las pezuñas a varios metros frente ellos—. ¡Los gules siguen llorando la muerte de uno de los suyos! ¡Bien que no han entrado en sus tierras! ¡Pero, posaron sus sucios pies en las mías! ¡Váyanse, más allá de esta caverna solo se perderán para siempre en el Mundo de los Sueños! ¡Ni se les ocurra entrar… o las pesadillas que escapan de las Puertas de Piedra se los comerán!

María dio un paso y se cruzó de brazos con la mandíbula levantada. Sin la pistola se veía más pequeña, pero igual de intimidante.
—Tus amigos se están comiendo a los animales de Montenegro.
Omar soltó un berrido parecido a una carcajada.
—¡Los gules solo comen muertos en estado de putrefacción y son incapaces de arrebatar una vida sin permiso! —Imitó la postura de la chica—. A diferencia de los humanos, naturalmente…
—¿Entonces qué ocurre con el ganado mutilado y los gatos actuando extraño?
—¡Ah, que niña más fastidiosa! —El Chivato silbó y desplazó el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. ¡Pregúntale a los Arciniega! ¡Ellos hicieron el Juramento de Protección! ¡El Pombero y yo solo somos Guardianes, y nuestro poder está disminuyendo! ¡Estoy febril, por la Providencia! ¡Váyanse antes que caiga la noche, y aléjense del cementerio y los horrores sepultados en su tierra maldita!
—¡Eres fascinante, Omar! —María echó andar con paso firme para bordear la entrada de la caverna y bajar la pendiente hacía el corazón negro de aquel bosque tropical.
—¡Hey, arpía! —Omar parecía asustado, pero era incapaz de despegar su vigilia del portal de la caverna. Un temblor imperceptible agitó las piedras equilibradas, derribando algunas con un susurro de tierra—. ¡Ah, maldito Cadejo enfermo!
El Chivato renunció a su empresa de contrariar a María, y se apresuró a reparar los sellos que protegían aquella puerta a los inframundos esquivos del mundo vigil. Sintió aprensión ante la tarea solitaria

del fauno, que colocaba piedra sobre piedra y murmuraba hechizos indescriptibles a los espíritus para preservar el frágil mundo de los hombres… Miró la caverna, negra y demencial, y un soplo de infinito horror cósmico a misterios inenarrables lo hizo tambalear. Vio alejarse a María, y apresuró detrás de ella mientras la lengua del Chivato confería enredados sortilegios en una lengua litúrgica, demasiado antigua para ser recordada por la raza humana.

La noche cayó con pesadumbre sobre ellos: un telón negro y pesado, sin estrellas, pero tan iluminado por la luna veraniega que podían guiarse sin linternas. María dirigía la procesión, e intentaba recordar el camino, con la certeza que podrían regresar sagazmente en caso de polvorosa; encendió la linterna con la temeridad de quien reconoce las formas sinuosas de la oscuridad, que se desdibujaron ante sus ojos en un circo de locura. Las sombras retrocedían en las tinieblas, y sí realmente aquel Bosquecillo Encantado de carácter feérico era habitado por duendecillos, estos hacían actos escrupulosos que desconcertaban: arrojaban ramas a sus cabezas, hacían susurrar los arbustos cuando no soplaba el viento y los llamaban con silbidos agudos. La atmósfera era aterradora, misteriosa y lúgubre…

El camino siguió discurriendo en depresión tumultuosa, y sus pisadas resonaron como asperezas de cuero. Caminaron a un paraje donde reinaba el más funesto silencio: los grillos desaparecieron, las cigarras enmudecieron y los mamíferos pequeños huyeron en tropel… Llegando finalmente, a una franja estéril y muerta del bosque. Un círculo de soledad coronado por altares de mampostería, bañados de

pátina y moho. Las pequeñas casitas de piedra no guardaban ofrenda alguna, y la tierra húmeda apestaba a herrumbre y carne echada a perder… Era un hedor dulzón y desagradable, que provenía de una hendija en el corazón de tan decrépito y antiguo cementerio. Los eones transcurrieron sin misericordia, y la magia y los fantasmas se ensombrecieron en tinieblas carmesíes. Una nube cubrió la luna en un mar de gasas oscuras, y la penumbra cayó sobre ellos con augurios de muerte…

María se acercó a la hendija, avistando un horror imperecedero, cubierto de tierra de sepultura y acrecentado por los maleficios cáusticos de las tumbas. Sentía que estaba parado sobre una montaña de huesos, mirando a un abismo de humo negro… La luna con su cara pálida alumbró el firmamento, las nubes y las sombras retrocedieron a rincones deplorables… y el rumiar de la tierra lo sobresaltó.

—¡María! —Exclamó, en voz baja—. ¡Ven acá!

Extrajo de su bolsillo el Crucifijo de la Santa Muerte, de brillante ébano, temblando de pies a cabeza… y la chica retrocedió con pasos silenciosos. La visión que aconteció ante sus ojos era digno de un festival de horror: un ser descarnado, hecho de huesos amarillentos y músculos grisáceos… salió de su sepultura; una maraña de tendones que daba forma antropoide a la masa de carne putrefacta y colmillos ofidios. La luna amarillenta y famélica bañó un aborto malnacido de un reino interregno de demonios deformes… cuyo andar socavó la efímera comprensión que tenían de las leyes naturales, proyectando su esfera de creencias a un abismo habitado por miles de abominaciones. El ser parecía un niño desollado en extrema des-

nutrición, sus brazos flacuchos llegaban al suelo en desproporción, rematados en zarpas protuberantes de hueso desnudo, afiladas como garras; su rostro era una máscara de carne, sin ojos ni nariz... solo un morro de caimán infecto de colmillos. La columna jorobada era una sarta de espinas y en algunas partes de su fisionomía purulenta, el músculo ausente daba paso a huesos calcáreos… Ciego y estúpido, parecía mirar en su dirección, chasqueando las mandíbulas deformadas por el excedente de colmillos podridos.

—No te muevas, María—Sam levantó el crucifijo en señal sagrada, y sintió los dedos sudorosos de la chica entrelazados con los suyos—. No sé cómo… pero al igual que los gules, este engendro no respira y no posee latidos. No puedo escuchar ninguna función vital en su organismo…

El ser diminuto dio un paso, con la boca abierta en una exhibición de dos hileras de colmillos deformes y puntiagudos. Una saliva bituminosa brotaba de sus fauces como brea espumosa, y al acercarse más, notaron un bulbo que sobresalía de los vasos de su ombligo como un miembro largo y flácido… cortado en su extremo y sangrante de un líquido aceitoso.

Dio un paso atrás, temeroso, bañado en sudor frío y conteniendo el aliento. María permaneció detrás de él, turbada e indefensa… Hizo un esfuerzo desmedido por no desmayarse o salir corriendo. Cada minuto realizaba un movimiento de retroceso, con la cruz en alto como un manto de invisibilidad… Y el ser descarnado temblaba, jadeaba, ladeaba su deforme cabeza y se acercaba, como un mono maldito.

—*In nómine Patris*—dijo en voz baja y se persignó lentamente—. *Fílii, et Spíritus Sancti*—sintió un pálpi-

to en el crucifijo—… *Amen*.
El demonio dejó escapar un chillido y se retorció, como si lo hubiesen rociado con agua hirviendo. Un vapor salitroso se levantó, con una exclamación de dolor, y la maldición se replegó inquieto a su hendija… Llorando, herido. Apretó los labios, pálido, y sintió la cruz estremecer entre sus dedos. Pero no tardó en cambiar de opinión y emerger del hoyo. El ser volvió a tomar fuerzas, y abrió su boca para pregonar otro chillido indescriptible. Parecía a un segundo de saltar en una vorágine sangrienta de dentelladas y zarpazos.
—¡Ángel de Dios! —Anunció Samuel como un discurso glorioso, llenando su espíritu de vigor—. ¡Que eres mi custodio, pues la bondad divina me ha encomendado a ti! ¡Ilumíname, guárdame, defiéndeme y gobiérname! —Levantó el crucifijo como una antorcha en las tinieblas—. ¡Amén!
La maldición soltó un aullido y se retorció, dejando escapar vapores cáusticos de su cuerpo infecto. Sintió que el crucifijo se calentaba, y un malestar insufrible se apoderó de su cuerpo: se sentía adormilado, fatigado y el brazo le pesaba. El ser sufrió calambres y espasmos, retorciéndose pero resistiendo los embates sulfurosos de un poder superior… Los árboles se agitaron y una presencia oscura despertó de su letargo con un estremecimiento de ventiscas. Los habitantes de aquel cementerio estaban enojados, y los seres feéricos murmuraban obscenidades desde sus madrigueras. Los árboles se estremecían, a punto de arrancar sus raíces, turbados por un horror sin precedentes…
—¡Creo en un solo Dios! —Un ardor detrás de los

ojos consiguió mortificar su discurso, y sintió un hilo de sangre tibia correr por sus labios. Le sangraba la nariz con profusión, a medida que el dolor se intensificaba en su cerebro—. ¡Padre todopoderoso! ¡Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible!

El calor del crucifijo santificado se volvió insoportable, lo mantenía cerrado en su puño por pura convicción… Sentía sus dedos cubiertos de ampollas, y su sangre envenenada por un malestar febril que lo hacía delirar. El monstruo se retorció en el suelo, tirando del cordón umbilical en su barriga y chillando como un demonio… Los duendes reían y las sombras bailaban una danza dionisíaca en torno al cementerio, evocando males allende esferas de mortificación y hechicería diabólica.

María lo tocó por detrás y soltó un quejido.

—¡Estás hirviendo!

Se limpió la sangre de su nariz, con la garganta adolorida… Quería soltar la cruz y destrozarla, sentía una rabia ciega y un odio sin principio. Rezar las plegarias sagradas lo estaba quemando, y la brisa intentaba derribar su compostura. Hizo un último esfuerzo por gritar el Padrenuestro en latín, y la voz se le deshizo en un hilo entrecortado… Su garganta se irritó, seca como un desierto, y la sangre llenó su boca. La cruz se le resbaló de los dedos chamuscados como un trozo de madera humeante, y el demonio soltó un chillido demencial al saltar a ellos con las garras extendidas.

Los arbustos silbaron con un estremecimiento de hojas, y un perro descomunal saltó de su escondrijo, embistiendo a la maldición y atrapando en su hocico

la sarta de dentelladas y zarpazos. Dos esferas amarillentas brillaron en la penumbra. La sombra parda esparció su hedor a pelaje y sangre… y ambas criaturas desaparecieron con chillidos y ladridos en medio de un zarzal espinoso, y una caída oblicua en una depresión excavaba por la lluvia torrencial.

María tiró de él, y ambos echaron a correr por la espesura, franqueando árboles colosales y atravesando gargantas, sin miedo a caerse por precipicios o depresiones abruptas en el accidentado paisaje de lomas y montañas enanas. Los ruidos fueron amortiguados por la distancia, y pronto se hallaron en camino al bulevar, rodeados de tumultuoso silencio y tentáculos de neblina.

IV.

Sam había sufrido incontables pesadillas con mares estigios, llenos de sangre y demonios encolerizados que consumían la plataforma adamantina sobre la que estaba parado. El revoltoso océano de vino espumoso rebullía de seres caníbales y despiadados. Las pesadillas lo hacían vagar por cuevas sempiternas, cuyas bóvedas eran tachonadas de estrellas y sus suelos eran tapizados por huesos de todas las especies y las formas… Siempre llegaba a una Puerta de Piedra, tan pesada, que cada plancha correspondía una tonelada de pórfido. Y detrás de ese portal se escondían horrores sin límites…

Las clases transcurrieron con normalidad, y tuvo que adelantar algunas tareas para no perder puntos académicos. La física se le daba bien, pero tenía problemas con las fórmulas químicas; Melissa le ayudaba con matemáticas e inglés, pero estaba tan pérdida como él en cuestiones de química orgánica e inorgánica. Sus compañeros avanzaban con normalidad, ante la espera de las celebraciones navideñas que los Jinetes tenían preparadas. Finch aún no aparecía, y todo el mundo decía que la policía lo estaba buscando. Nelson fue el único que consiguió llegar a clases para una entrega de actividades atrasadas: cojeaba un poco al caminar, tenía el rostro cubierto de heridas y su brazo derecho estaba escayolado. Según el joven moreno, se cayó de un árbol de guayaba y se fracturó el brazo. Ezequiel le dibujó una obscenidad en el yeso, y las chicas le escribieron sus nombres con marcadores. Daniel fue el único que no habló con nadie…

Después de aquella noche febril, descansó en casa de María hasta que su estado mejoró: sufrió fiebres hasta la madrugada y en ocasiones, según la chica, murmuraba maldiciones a los intrusos de Montenegro. No recordaba haber dicho nada, solo un frío penetrante que lo estiraba y lo afligía. Su reacción corporal hacía la evocación espiritual y los rezos no fue corriente… Y rechazó cualquier crucifijo santificado por miedo a las quemaduras en su mano.

—Ya sé lo que es—asintió María, en secreto. Se habían reunido en el vacío salón de música junto a los baños—. Es un aborto maldito: una Estrige. Una bruja lo enterró en el cementerio indígena, y las fuerzas oscuras lo poseyeron cuando las fechas mágicas se acercaron. Se ha estado alimentando, y seguirá creciendo si no lo detenemos.

—¿Quieres matarlo? —Mostró su palma chamuscada, cubierta de ampollas—. Hazlo sola. Desentierra el aborto y exorciza tú misma la maldición. No quiero saber nada de cruces o rezos… Solo pensar en ellos me da náuseas.

—Si desentierro al aborto, me maldecirá el hechizo que le infunda vida y moriré—María frunció los labios, pálida—. Necesitamos a una bruja que nos diga cómo detener a la Estrige.

—Pues, yo conozco una—dijo una voz femenina. Él y María se voltearon hacía la chica morena que irrumpió en el salón—. No se preocupen. Los vi entrar al Bosquecillo Encantado desde el bulevar. Yo también he guardado mis sospechas respecto al hechizo que despertó la Víspera de Octubre. Es un mes donde la magia hierve y se puede catalizar suficiente energía para obrar proezas—Andrea Túnez se acercó a ellos

con una sonrisa maliciosa y el mentón henchido de orgullo—. No los vi con mis ojos físicos… Es decir, los seguí, saliendo de mi cuerpo, en sueños lúcidos de existencia extracorpórea. Presencié con ustedes el horror que se levantó del sepulcro, seno de la magia negra del bosquecillo, y temí por sus vidas hasta que el lobizón los salvó… Tampoco sé quién es, es un licántropo muy escurridizo.

Suspiró, y esperó que Andrea dejase de presumir sus dotes imaginarios frente a María.

—¿Cómo lo detenemos?

—Es sencillo—musitó y sonrió aún más—. Es una entidad maligna que usurpó un cuerpo físico, en este caso, el recipiente con el aborto. La energía negativa de la luna junto con la influencia del cementerio le dio vida. Es la Ley de la Polaridad… La energía reflejada por el satélite es opuesta a la del Sol. Necesitas bombardear su cuerpo con energía positiva para aniquilar la maldición. ¡Es Metafísica rudimentaria!

—Bien—se cruzó de brazos y dijo para sí—. ¿Dónde puedo conseguir un bombardero de aniones?

La bruja sonrió y señaló al cielo, a través del techo.

—Arriba, tienes el bombardero de aniones más poderoso del sistema—se cruzó de brazos, sonriente—. Solo tienes que esperar hasta el amanecer sin que regrese a su tumba.

—Nos matará—dijo María y se dejó caer en el asiento—. Es seguro, ese engendro es demasiado poderoso por influencia del cementerio… y tu cuerpo rechaza las doctrinas eclesiásticas.

—No necesariamente—Andrea se sentó junto a María y se llevó las manos a la nuca—. He intentado atrapar, infructuosamente, uno de los duendes del

bosquecillo para usarlo como catalizador. Es fatigoso usar la energía del cuerpo como instrumento durante los rituales. Aunque, podría pronunciar las Formulas Mágicas de Invocación, pero a la inversa… y así desvanecería la forma física del aborto, para así quedarme con el receptáculo de energía negativa. ¡Sería una batería sin par!

—¡Ni hablar! —Tomó asiento y se cruzó de brazos—. Quieres usar magia negra para combatir magia peor… Al menos, ¿puedes lanzar rayos de tus manos o solo sabes hablar?

Andrea le lanzó una mirada asesina que lo hubiera calcinado vivo de tener facultades combustibles.

—Para lanzar relámpagos necesitas generar una energía equivalente a la que se genera en las tormentas. Para eso, imbécil. Debes poseer en el cuerpo una sustancia conocida como «quintaesencia»; y tales fuerzas energéticas no existen más que en conjeturas de lunáticos. Los brujos extraemos nuestro poder de las estrellas y los planetas según su posición… Somos catalizadores y evocamos la energía del universo para transformarla a nuestra voluntad. La Metafísica es ese estudio primordial de que la materia y la energía funcionan como piedra angular para dar forma al universo, y la manipulación de estas esferas puede transformar la realidad.

—Bien, entonces quieres el aborto de una mujer para canalizar hechicería.

—Mi padre piensa que el cerebro de la mujer es incapaz de alcanzar el mismo nivel de poder que el de un hombre, por una ridícula idiosincrasia biológica. ¡Le demostraré que se equivoca y haré mía la energía de esa Estrige!

—Eres increíble—sonrió María, fascinada.
—No puedo—puso los ojos en blanco—. ¿Todas las mujeres son así de orgullosas y malvadas?
—Sí—terció María, sonrojada por la excitación de la persecución—. Te ayudaremos a sellar el hechizo, pero nos deberás un favor. Aunque, nos gustaría saber quién es la madre de nuestro pequeño.
—Es ella—sonrió Andrea—. Ya debieron haberlo sabido… Va a llorar a los baños cada vez que se le atrasa el periodo. Tiene cara de mosquito muerto, pero no es el primer aborto que se induce.
—No…
María arqueó sus cejas finas, como si leyera la mente de Andrea. Frunció el ceño, perdido… Se sentía distante de ambas mujeres, como si fuera un iceberg alejándose de dos embarcaciones a la deriva de un mar negro. Ambas chicas entraron en el baño femenino, las esperó afuera… Estaba un poco harto de desperdiciar el tiempo, y se sentía muy cansado por el trasnocho.
Después de un forcejeo, ambas chicas salieron del baño como dos súcubos, llevando a su presa, una colegiala de uniforme celeste y pantalones añil, tomada de los brazos. A pesar que el timbre del fin del receso entonó su llamado inquisitivo, los cuatro se encerraron en el salón de música, de numerosas mesas y tarima baja… y rodearon a la chica nerviosa. María tomó el papel de confesora, y se sentó a su lado mientras Andrea cogía los mechones rizados de sus mejillas y los estiraba.
—Ana—la chica tomó la mano de la joven; era extraño ver a Ana sola, siempre estaban Bianca y Soledad orbitando su presencia—. Sabemos lo que hiciste,

querida. Lo siento tanto, es tu cuerpo y tu decisión, y no importa lo que digan los demás… Nadie es quien para opinar respecto a las decisiones que tomaste.
Ana frunció el ceño y apretó la mandíbula mientras contenía el aliento; abrió la boca para hablar y su rostro enrojeció repentinamente. Rompió a llorar en silencio, y vio como Andrea y María, sin ser estrechamente amigas, la abrazaron y le regalaron caricias consoladoras. Se mordió la lengua, no quería interrumpir el cuadro piadoso de las tres chicas abrazadas, sollozando… Se sentía un intruso en aquel mundo emocional de tacto y consuelo, y lo único que pudo hacer fue observar como un penitente que teme ser descubierto al contemplar una atrocidad.
—Mi hermana fue la que me ayudó con el primero— contó, con los ojos enrojecidos y la voz entrecortada por el hipo. Andrea se sentó en la mesa para pasarle los brazos por los hombros, y María le acarició las manos—. Estaba muy asustada, y me dejé llevar sin usar protección creyendo que la primera vez no me podía embarazar. ¡Fui una tonta! —Rompió a llorar y sorbió por la nariz con el rostro escondido en las manos. Esperaron unos minutos que se calmara—. ¡No quería tenerlo, pero tampoco quería perderlo! ¡Obligué a mi hermana con el procedimiento y me tragué esas pastillas amargas! ¡El dolor que sentí a la media hora fue indescriptible! ¡Sentía que mi vientre se quemaba, y había tanta sangre que pensé que iba a morir! Recogimos todo en un recipiente, y lo enterramos en el patio sin que nadie supiera. No creímos que había vivido, pues nunca había visto la luz… pero sabíamos que estaba muerto—bajó la mirada y rompió a llorar sin remedio. Los abrazos

y los susurros cariñosos fueron el doble de intensos. María dejó escapar lágrimas de sus ojos—. La segunda vez lo hice yo sola. No era mi intención el descuido, pero estaba borracha y tenía muchas ganas de hacerlo—enrojeció, tanto de vergüenza como de tristeza—. Había pasado mucho tiempo, y creí que no volvería a hacerlo con ningún chico… pero, volví a tener deseos, y fui una tonta por descuidarme y hacerlo tanto.

—Está bien—María tomó la mano de la chica entre las suyas—. Solo querías ser mujer y dejarte llevar… ¡Que se pudran los hombres!

—¿Y por qué solo no tienes sexo y ya? —Preguntó Samuel, despectivo. Las mujeres lo fulminaron con la mirada, y se sintió repulsivo—. ¿Qué? ¿Es tan difícil, acaso?

—¡No sabes nada, Samuel Wesen! —Le reprochó María.

—¡Sí, cállate un siglo! —Exigió Andrea.

Hundió la cabeza con las orejas enrojecidas de vergüenza.

—Soy una estúpida—sollozó Ana, cabizbaja—. Yo misma compré las pastillas y las ingerí cuando tuve oportunidad. El sangrado y el dolor fueron insoportables, pero debía ser fuerte aunque quisiera desmayarme… ¿Era mi culpa? Me sentía sola mientras dejaba caer la sangre y los restos de mi hijo en un tarro. ¡Los hombres son horribles! — Arqueó las cejas y suspiró—. ¡Son unos cerdos egoístas! Creo que nunca volveré a enamorarme… Fue el peor momento de mi vida. Ser usada y desechada, ¿eso valemos las mujeres? Tomé muchos analgésicos y recogí lo que pude en un recipiente de vidrio para darle santa se-

pultura. Lo adorné con una cinta de corona y recé por él. Fue una estupidez… pero, lloré mucho mientras le pedía perdón por haberlo asesinado.
»A pesar del dolor, los calambres, y el sangrado… que a veces regresaba. Fui al cementerio del bosquecillo próximo al bulevar. Había ido con anterioridad con mis hermanos, cuando jugamos a explorar y temíamos de ese lugar sagrado que tantos rumores despertaba. Lo enterré mientras lloraba en el centro del camposanto. ¡Dios mío, perdóname! Lloraba a intervalos mientras abría el agujero con mis manos ensangrentadas, y le pedí a los ángeles que lo protegieran… ayudándolo a encontrar descanso eterno. Nunca creí que nadie lo descubriría…
Los ojos oscuros de Andrea chispearon.
—Tu hijo se ha levantado.
Ana abrió la boca, anonadada.
—¿Cómo?
—Montenegro le ha dado vida—María se ensombreció—. Es un chiquillo problemático y desobediente… ¿Quién es el padre de la rebelde criatura?
Ana sonrió, lastimera y se limpió las lágrimas de los ojos.

V.

—Tiene que ser hoy, ¿no entiendes? —Andrea Túnez cargaba con el bolso tricolor del estado: los colores de la bandera venezolana; y caminaba detrás de Ana con una mirada meticulosa—. Lunes es el día lunar, y hoy habrá luna llena. Requiero de suficiente energía negativa, preferiblemente el doble… para así transmutar a energía positiva—puso los ojos en blanco—. ¡Ley de Polaridad! ¡No sabes nada, Daniel!
—Soy Samuel—frunció el ceño y cargó con su bolso propio, de colores similares; aunque de diferente contenido—. Odio trasnochar un lunes, y mañana tendremos doble examen: inglés e historia.
—Es mejor estar preparados—terció Andrea, que aparentemente no lo soportaba y lo miraba con amargura—. La noche estará despejada, y la luna podrá mostrarse en su máximo esplendor. Además, los astros favorecen la magia y el poder: Venus será visible en el cielo, y los filtros de amor forjarán vínculos duraderos.
Rio, sardónico. Descendió último el sendero pedregoso y resbaladizo recubierto con piedras de un río ya seco.
—Necesitamos matarlo, no enamorarlo.
—¡No vamos a matarlo! —Replicó Andrea, y le lanzó una mirada látigo—. ¡Es el hijo de Ana, y lo sellaremos en el frasco que lo contiene! Además, no seas bruto. Si rompes el recipiente de una maldición tan poderosa… esta se te regresará. ¿Quieres enfermarte de gravedad o sufrir las Siete Plagas de Egipto?
Se esperaba una pulla semejante, y extrajo de su cuello el relicario con la moneda de plata.

—Esta es la Medalla de San Benito—sonrió, y bordeó un zarzal espinoso que crecía como una enredadera, estrangulando un limonar en el bosque de coníferas—. Es suficiente protección espiritual. Además, tengo esto—levantó el bate de béisbol que le prestó Melissa: madera tosca y limpia—. Y traje muchas armas…
—Bien—sonrió Andrea con malicia—. Mátalo, estúpido, y la maldición rebotará en ti y caerá sobre la persona más cercana… ¿Quieres que se muera María o Ana?
—¡A ti es a quien quiero matar!
—¡Ja! —Andrea levantó las palmas y sonrió, dando vueltas como un caleidoscopio. Señaló la pulsera de cuentas rojas en su muñeca—. ¡Yo también estoy protegida, querido! —Chasqueó los dedos en sarcástica pantomima—. ¡Ni tú, ni nadie, podrá hacerme daño!
—¡Ya dejen de pelear! —Gritó María, enfurruñada—. ¡Están haciendo llorar a Ana!
La chica caminaba cabizbaja y decaída, se vistió de luto con un listón rojo en la cabeza. Guardó silencio y Andrea lo imitó… dejó de bambolear el bate de madera y continuó su caminata hasta el fondo de un precipicio, del que se alzaban abruptamente varias lomas en dirección septentrional. El sol se escondía, y poniente se teñía de rosáceo y púrpura en una virulenta guerra nubosa contra el añil agonizante… Los árboles robustos de ramas gruesas plagadas de hojas afiladas se sacudían por la fuerza del céfiro. El suelo estaba cubierto de hojas podridas y guijarros, y el camino zigzagueante los llevó a atravesar riachuelos nacidos de las crecidas, baches accidentados por

la erosión, y desniveles toscos. Se contentaron con llegar al decrépito cementerio con algunas horas de luz, y rápidamente la bruja desplegó sus utensilios de trabajo: una sarta de velas, un rosario, un caldero metálico y varias libretas.

Se sentó sobre una casita de piedra, y detalló aquel claro estéril, bañado por la luz mortecina que la techumbre de coníferas rodeaba con lobreguez. Algunos rayos atravesaban las ramas y caían subrepticiamente sobre las lápidas que formaban pequeños templos de espíritus. Muchas construcciones de mampostería no tenían más de un codo de altura, semienterradas por el tiempo, y adornadas de líquenes verdosos; existía una treintena de losas carcomidas como cabezas decapitadas embadurnadas de brea. El aire viciado era menos espeso que al anochecer, pero se sentía inusitadamente turbado… y rodearon la hendija central, coronada de tierra oscura y hedor nauseabundo.

Ana reprimió un sollozo y María la abrazó.

Andrea destapó un frasco metálico, y dibujó un círculo con sales ceremoniales… Lo hizo lo más perfecto que pudo y trazó una estrella de seis puntas en torno a la sepultura: Símbolo Cabalístico del Sello de Salomón, consagrada Estrella de David. La bruja se colocó un anillo de plata con una Mano de Fátima grabada, y se sentó, descalza, sobre la tierra seca frente al círculo. Los tres la estudiaron mientras dibujaba el Círculo Elemental, buscando una vela y un cuaderno lleno de anotaciones.

—¿Qué es eso? —María miró por encima de la cabeza de la bruja.

—Es mi Libro de las Sombras—sonrió Andrea. Sam

se enervó en silencio, no soportaba que la chica se tomase en serio lo de ser bruja. Lo había tomado ridículamente como profesión—. Aquí tengo dibujado los distintos Sigilos Mágicos para aprisionar demonios. Hace muchos años, el Rey Salomón reunió una cohorte de hechiceros y sabios del mundo antiguo, y crearon los sellos cabalísticos para doblegar los poderes del Infierno. Mi padre tiene una colección de opúsculos y grimorios, y los he estudiado para extraer las exégesis de la Cábala y las Clavículas necesarias para expandir mi repertorio de hechizos.

—¡Eres fantástica! —María abrió la boca de admiración y miró a Ana—. ¡Tienes que invitarnos a tu casa!

Carraspeó, y Andrea volteó la cabeza para lanzarle otra mirada cáustica. Sus ojos vampíricos parecían los de una serpiente a punto de hincar el colmillo…

—Estás celoso de que mi magia sea más poderosa que la tuya.

—¡No me hagas reír! —Soltó una carcajada y mostró la palma quemada—. No soy católico, pero… creo que el poder de Dios es incomparable a tus imitaciones de prestidigitador. Esto no es un juego, Andrea. Intenté exorcizar a la Estrige con el poder del Credo, y la Señal de la Cruz, y…

—Tú no crees en Dios, Samuel—Andrea entornó los ojos, ecuánime—. Tu fe en Jesús es dudosa y frágil… Por eso, el dominio de la Estrige se impuso al tuyo—se lamió los labios como una víbora—. Eso… o tienes sangre demoníaca. Mi padre Saúl, siempre habla de los Wesen como si descendieran de una calaña de engendros. ¿No tienes madre, verdad? Eso es porque no eres una…

—Cállate, Andrea—frunció el ceño y sintió sus orejas calentarse—. No digas cosas que no sabes…
—Mi padre siempre ha buscado la quintaesencia, y en sus conversaciones privadas lo he espiado. Está seguro de haberla encontrado—reposó el mentón sobre un puño con el cuaderno abierto sobre el regazo—. ¡Habla, Samuel Wesen! ¿Estás seguro que ese hombre es tu verdadero padre? ¡Los Magos Negros hacen descender criaturas espeluznantes de las estrellas!
—¡Ya cállate! —Espetó, sulfuroso, y se levantó con los puños apretados. Las lágrimas asomaron de sus ojos—. ¡Por supuesto que siempre quise conocer a mi mamá! ¡Cállense y déjenme en paz!
Iba a seguir soltando peroratas y maldiciones a la risueña bruja… cuando María lo abrazó, fue tan repentino que no supo qué decir… y las lagrimas cayeron de sus ojos. Hundió la nariz en el cabello de la chica para que no lo vieran llorar… No recordaba cuándo había sido abrazado por última vez, y el calor lo reconfortó. La estrechó en su pecho con los brazos, y separó sus cuerpos, inundado por una extraña sensación.
Las chicas guardaron silencio, y reflexionó en la distancia mientras revisaba su arsenal pirotécnico: un juego de petardos, cuatro huevos de dragón y tres cohetes; la tienda de fuegos artificiales le obsequió un yesquero. Desconfiaba de la Cábala, y la piel chamuscada en su palma era un funesto recordatorio de su escasa convicción… El bate era liviano, y se creía capaz de partirle la cabeza a la Estrige con un movimiento explosivo.
—Están sucediendo cosas extrañas—Ana se abra-

zó las rodillas, bañada por un halo de atardecer que caía sobre su tez… Sentada sobre un templo diminuto—. En Ciudad Zamora se avistó al monstruo del río: el mítico animal de siete cabezas volteó una embarcación y cientos de personas lo atestiguaron, para horror de sus mentes.

—¡Yo también leí esa noticia! —Confesó María, entusiasmada—. ¡El monstruo no había aparecido desde el incidente con el cadáver que el río depositó a orillas del pueblo Soledad! ¡No era humano, o no del todo! ¡Era una sirena!

—Sí, pero el cuerpo desapareció…

—¡No desapareció, se lo robaron! El vídeo de seguridad muestra a este grupo de ladrones y al sacerdote con cabeza de cerdo hurtando el cadáver del frigorífico… y, bajando al sótano para desaparecer dejando una nube de azufre. ¡Fue todo un episodio de locura en Ciudad Zamora!

—En Montenegro también tenemos historias tenebrosas—presumió Andrea, a quien el claroscuro del anochecer le daba un aspecto lúgubre—. Un diablo recorrió el centro y visitó una tienda durante el Viernes Santo, y varias personas murieron al verlo. El híbrido ha aparecido en muchas partes del país, y los que se han encontrado con él… mueren o enloquecen. Son muchos los cazadores furtivos que se han encontrado con este ser, y temen vagar solos por nuestros bosques. ¡Me gustaría encontrarlo e interrogarlo! ¡Podría estudiar las propiedades de su cuerpo!

»¡Pero eso no es nada! La carretera que atraviesa el Sorte hasta Chivacoa, la que está maldita por cientos de trágicos accidentes. A la medianoche, muchos conductores han visto la Carreta, una entidad maldi-

ta que representa la muerte y la peste. Es una enorme carreta impregnada por un halo amarillento y enfermo, que permea la carretera con un nauseabundo olor a descomposición. Los más viejos cuentan que es augurio de víctimas por las epidemias de paludismo y cólera que asolaron nuestra región hace cien años. Algunos camioneros cuentan que no va tirada por ningún animal, y otros… que es remolcada por dos caballos decapitados con las grupas zurcidas con alambre de púas. ¡Quisiera subirme y vagar a paisajes horribles, sembrados de cadáveres y plagas!

—¡Y los Canaimas en nuestro Río Yaracuy! —María estaba eufórica—. Los pescadores no se internan en las bifurcaciones río adentro por temor a estas criaturas anfibias, de grandes ojos y manos palmeadas. Los más viejos los han visto cazar en grupo como niños ahogados, silbando para avisar a sus congéneres la ubicación de barcazas para hundir. ¡Muchos balnearios fueron cerrados por repentinas desapariciones de niños! Arrastran todo lo que atrapan hasta el agua profunda, y allí… lo devoran sin siquiera turbar la superficie. ¡Dios mío, el río arroja cientos de huesecillos durante las sequías! ¡Los han visto en las alcantarillas cuando los arroyos se secan por el verano!

—Y aún no hablamos de la Finca del Chaure—Andrea hojeó sus bocetos de símbolos cabalísticos—. Esos pájaros son de mal agüero. El ave es muy bonita, pero sus hábitos nocturnos son inquietantes. Las brujas presagian la muerte, el dolor o el parto por su ulular. Dicen que si un pájaro blanco te sigue… quizás no veas el día siguiente. Esos pájaros diabólicos anidan en las casonas y árboles frutales de la

finca, y lloran durante las fiestas orgiásticas que los magos que allí residen llevan a cabo en las noches festivas. ¡Daría un ojo por saber lo que esconden en sus bodegas, y desvelar el secreto detrás de sus ritos paganos! Los Chaure lloran, y encaran los espíritus inmundos que se niegan a traspasar al otro mundo.

Pensó que el imaginario de Montenegro era muy activo. Él mismo había contemplado a los gules en su esplendor… y concluyó que no eran seres tan desagradables. Pero, presumir la existencia de sirenas, duendes y hadas rayaba en lo descabellado… Miró la hendija donde se escondía la Estrige del último asomo de sol, y reflexionó la posibilidad de que un dragón durmiese en las cavidades profundas del pueblo… En el corazón de una montaña hueca como una larva titánica.

—Está anocheciendo—Andrea encendió una docena de velas a su alrededor, y las fijó con cera derretida al suelo. La Estrella de David en el círculo era terrorífica, e insinuaba un aspecto de recalcitrante horror y magia negra—. Despertaré a la Estrige, y lo sellaremos en su propio recipiente mediante un Hechizo de Inversión, que revertirá la polaridad de su energía negativa.

Las chicas levantaron los rosarios en sus manos, de pie, detrás de Andrea. Esperó, sosteniendo un yesquero y la mecha de un huevo de dragón, brillante como un escarabajo de jaspe; el bate reposaba en su regazo. El anochecer llegó más rápido de lo esperado, y una marea de tinta oscura cubrió el cielo con pesadillas y temores indescriptibles. Los árboles dejaron de estremecerse, y toda criatura guardó silencio ante el enunciado de un terror encarnado que brotaría de

su gruta, donde se disputaba el estado desordenado de la vida y la muerte. Se preguntó sobre la naturaleza de las abominaciones que tuvieron lugar en aquel camposanto, que perturbaron para siempre aquella extensión… desprovista de vida. En las carreteras y zonas rurales podían encontrarse zorros, perros salvajes, roedores y tigres… pero en el bosquecillo central de Montenegro, solo existía gris vacío y terrores provenientes de concepciones ignoradas.

Había escuchado de las horquillas que pululaban durante la época colonial para ejecutar piratas ingleses, y de una tragedia que aconteció durante las Candelarias, cuando se ahorcaron ocho grumetes que desembarcaron en Montenegro robando jóvenes en la ribera del Orínoco, y que fueron apresados y ejecutados por sus delitos al llegar al pueblo. Por muchos años, corrió la creencia de que uno de los ingleses capturados perdió un libro marciano, tomado como botín hace muchos años en una guerra extranjera… Aunque indescifrable, nunca se deshizo de él, poseído por su hipnótico conocimiento. Este manuscrito contenía un poder abominable, y se hundió en las aguas para nunca aparecer.

En Montenegro se sucedieron gobernantes sanguinarios, que ahorcaban piratas bandidos y quemaban a los páganos que se negaban a la sumisión y destrucción de sus dioses autóctonos. Antes de la primera colonia coexistieron las tribus indígenas, adoradores de dioses mágicos y temerosos de caníbales sin cabeza y diablos que habitaban las cumbres titánicas de los tepúes; montañas gigantes cortadas limpiamente en su cima, similares a tocones de árboles primordiales. Tales macizos fascinaron a los españoles durante

la época colonial, y Colón aseveró en sus bitácoras que el Jardín del Edén estaba oculto en Venezuela.
Fueron los españoles quienes trajeron la muerte y la enfermedad a una tierra antigua, sembrada de pesadillas que esperaban su germinar. Cientos de miles de muertos por virulentas epidemias traídas del primer mundo, e insurrecciones entre los Caciques por coaliciones con los europeos. Fosas a rebosar de cadáveres sin nombres… Asentamientos desolados por la cólera, la fiebre amarilla y el paludismo. El mestizaje de sangre y culturas… Los habitantes de Montenegro no lo sabían, pero caminaban, dormían y vivían sobre tumbas.
Los gobernantes de la primera colonia temían las incursiones de ingleses y portugueses; y recibían mercancías de todas las costas indias en una mezcolanza de razas e idiomas que trajeron conocimientos ocultistas a un caldero que empezaba a hervir. Fueron incontables los esclavos negros comerciados, traídos de las costas de Cartagena y Nueva Inglaterra. Después de diezmar a la población indígena, Montenegro se convirtió en el epicentro del comercio de esclavos del país… y los magos de todos los rincones del mundo zarparon de sus puertos para subir la Montaña Sorte, invocar pactos con los seres de la espesura y enterrar sus tesoros. Hace doscientos años, existían más de cien círculos herméticos de hechicería en el pueblo; cada gobernante poseía una cohorte de magos para rivalizar con las colonias vecinas que se disputaban el oro de las regiones auríferas del Oriente del país. Cientos de miles de extranjeros desembarcaban en el Malecón para hacerse con esclavos, especias, morocotas de oro y libros de alquimia y taumaturgia.

Pero llegó la Revolución Bolivariana, y los puertos se cerraron con el batir de los tambores y el estruendo de los cañonazos. Los batallas hundieron barcos, sepultaron familias y saquearon poblados en una puja inspirada por el masón Simón Bolívar y sus fuerzas rebeldes, contra los reales mantuanos de ascendencia española: una aristocracia criolla de caudillos y terratenientes. En Ciudad Zamora se reunió el Congreso de Angostura junto con cientos de masones que dictaron el futuro de su revolución contra la tiranía de las monarquías, hasta que la Batalla de Maracalí cubrió las avenidas populares y los ríos de sangre. Montenegro no se quedó atrás: con la guerra sobrevino un éxodo masivo de círculos herméticos a todo el país y las Américas, y el pueblo quedó sumergido en tinieblas, en medio el interregno y las casas abandonadas.

Los jóvenes más sagaces zarparon a una guerra de la que no volverían, los más sensatos regresaron con sus padres a tierras del otro lado del mar. Los mercantes empobrecidos, brujas prostitutas, magos avinagrados y eruditos de las ciencias negras fueron abandonados por los financiamientos del comercio. La peor calaña pervivió en Montenegro bajo el designio de un oficial bolivariano conocido como Enrique Palacios, figura ensombrecida por frecuentar círculos ocultistas y poseer una difamada colección de libros traídos de tierras más lejanas que la India; se decía que bajo su cargo se dispuso un fiel mago de raíces chinas, que conocía los secretos de la inmortalidad y la trascendencia. Durante su corto mandato, se encargó de borrar los registros civiles que probaran la existencia de gobernantes españoles anteriores

a su pronunciamiento. Muchos diarios y periódicos en circulación de la época, plasmaron sus intereses por lo excéntrico y lo sacrílego: asistía a misa en una pequeña capilla, puesto que la Iglesia Maldita de San Lucas aún no se había fundado; al anochecer recorría la calle principal del Malecón rodeado de figuras envueltas en sudarios negros, que no eran otros que los sabios extranjeros abandonados por sus patrocinadores europeos; solía conducir reses a la Montaña Sorte como ofrenda para los moradores de aquellas tierras encantadas, y durante ciertas fechas iba escoltado por sus magos para concertar rituales a favor de las batallas del Libertador.

Un diario de la época narra su deceso como un misterio. El manuscrito perteneció a un joven llamado Pedro Arciniega y relata los sucesos con un comprensible horror. Al atardecer de un Miércoles de Cenizas, a Enrique Palacios se lo vio llevando un cofre inmenso en un carruaje tirado por dos portentos palafrenes, sus magos lo acompañaban en una procesión a la Montaña Sorte para celebrar un ritual después de extraños movimientos telúricos acontecidos durante el Carnaval. El púlpito civil, enervado por sus impuestos descarados y su pésima administración, creía ciegamente que el contenido del cofre no era otro que las morocotas que conservó el banco durante la época de auge que acrecentó el pueblo con maravillas traídas de todo el mundo. Los ladrones y los gentiles se mezclaron para ponerle fin a las usurpaciones e impedir que el caudillo enterrase el oro del pueblo en algún escondrijo de la montaña; y armados con picas, trinches, cimitarras y fusiles… hicieron llover plomo con una tormenta de pólvora

sobre la turba en una escaramuza sangrienta. A Enrique Palacios lo ahorcaron allí mismo, y a su mago chino le aplastaron la cabeza con una piedra hasta convertirla en pulpa… para que así, no reviviera al susodicho con su nigromancia.

Pedro Arciniega plasmó en su diario que los hechiceros huyeron, insultando y maldiciendo… y escribió que el cuerpo del chino continuó retorciéndose como una serpiente unas dos horas después de machacada su cabeza; y que, al caer la noche, su cuerpo se pudrió tan rápido que de él solo quedó un charco de plata líquida con hedor a metal derretido… donde flotaron sus ropas extravagantes de seda roja.

La muerte de Enrique fue tan indescriptible como fascinante: improvisaron una horca con una rama de mangal y un nudo corredizo de cáñamo… y lo colgaron mientras se debatía e invocada seres mefíticos que jamás acudieron a su llamado.

—¡ADONAI, JIRET! —Gritaba, enloquecido, a una convulsión del desvanecimiento—. ¡IGNOMINUM, ODRAREG!

Consiguieron ceñirle el nudo al cuello, los huesos de su columna crujían y sus piernas se retorcían. El rostro blanquecino nunca ennegreció por la asfixia, y sus ojos no perdieron esa turbación inexpresiva… Colgó durante unas tres horas, en las que los hombres del pueblo se turnaron con los brazos fatigados para mantenerlo ahorcado, ante la incapacidad de la caña para atarlo. El hombre continuó maldiciendo, con las manos atados a la espalda y los pantalones abajo, mostrando unos sucios calzones grises… Sus palabras romances resultaron inteligibles para el púlpito que le daba muerte, y pronto se horrorizaron

ante el caer de la noche y el pronunciamiento de sortilegios inenarrables. Fue el padre de Pedro, Rafael Arciniega, quién le disparó en el pecho… y el cuerpo se vio proyectado al suelo, aparentemente descoyuntado. Abrieron una fosa maquinalmente y lo enterraron, mientras se ahogaba en su propia sangre con los pulmones perforados de metralla.

El horror sobrevino al romper la pesada arca que contenía el supuesto tesoro: tapiado con clavos, el olor azufrado de un león muerto los hizo retroceder… y el cadáver del animal cayó al suelo. Nunca supieron la razón del traslado del león, pero más adelante, en una de las quebradas de las cientos que hay en las montañas… encontraron un hueco excavado en el suelo arcilloso. De las amenazas de Enrique Palacios, Pedro cuenta estupefacto, que su padre murió al amanecer del día siguiente por un infarto fulminante… y que seis meses después, una plaga de ratas destruyó los alimentos de todo el pueblo, para sumirlo en la más miserable hambruna de la historia de Venezuela.

Despertó de su ensoñación con el rumiar de la tierra. La luna salió de las montañas como una moneda de plata bruñida ribeteada de fulgor incandescente, y los árboles silbaron con el ulular de las hojas. Las chicas rezaban mientras la bruja sostenía una vela entre sus manos, y era rodeada de flamas amarillentas que parecían luciérnagas horripilantes en charcos de grasa. La tierra negra en el centro del círculo saltó en terrones, y el hedor a podredumbre le irritó la nariz. Los voces de las oraciones se entremezclaron, y los árboles se estremecieron. La luz crepuscular cayó sobre el cementerio, y asomó una cabeza violácea,

embadurnada con mantilla de placenta… Escuchó una espiración de espanto, y un berrido.
La Estrige emergió de su sepultura como un recién nacido, extendiendo sus miembros a un mundo desconocido con las zarpas retorcidas… Mascando el vacío con sus mandíbulas deformadas por colmillos. Arrastrándose, gateando y tambaleándose como un demonio ciego y estúpido. Su aspecto creció al de un enclenque de doce años, descarnado, y cuyo cordón umbilical colgaba de forma grotesca. Los dedos desnudos eran horribles garras de hueso, y se descomponía como una momia.
Ana cerró los ojos para que no la vieran llorar, y se estremeció en medio de rezos y sollozos.
—¡Gobernante de las Tinieblas! —Proclamó Andrea con los ojos cerrados. Cada palabra suya era un redoblar de tambores en el infierno, y un estremecimiento de frío y espanto—. Te conjuro, Satán, enemigo de la salvación humana—el brillo de la luna se debilitó por las nubes—. ¡Reconoce la justicia y la bondad de Dios Padre! Te conjuro, Satán, príncipe de este mundo, reconoce el poder y la fuerza de Jesucristo, que te venció en el desierto… prevaleció en el huerto y te despojó en la cruz—las ramas de los árboles se retorcieron con vida propia —. Retrocede de esta criatura que, sin nacer, Cristo lo hizo hermano suyo y, muriendo, lo adquirió con su sangre.
La Estrige soltó un chillido y un ventarrón se extendió por el camposanto como el rugido atronador de Satanás y sus legiones de príncipes. Un arcángel soltó los grilletes del infierno, y se liberaron males en raudales cáusticos que hicieron tambalear los diminutos templos y estremecieron los árboles. El chi-

llido ensordecedor cayó como la marea embravecida sobre un arrecife… y la sal ceremonial se evaporó en densas nubes violáceas. Una electricidad le erizó los cabellos. La doble energía negativa se intensificó con un chisporroteo, y un perfume de naranjos se arremolinó en vendavales de niebla y espesura.

La ventisca que sopló fue tan fuerte que cerró los ojos por la polvareda, y vio desfallecer cada una de las velas que rodeaban a Andrea. El círculo de sal se deshizo con el resoplar de fuerzas oscuras… y la última vela, que reposaba en las manos de la bruja, se extinguió con un suspiro. Una tenue penumbra cayó sobre ellos, y la Estrige fue desdibujada por hilos de plata y luceros.

María abrió la boca, temblando de pavor con el rosario estrujado. Ana se desmayó con una convulsión… El Hechizo de Inversión falló, y la Estrige se retorcía, dominada por fuerzas tenebrosas y esferas de comprensión esquivas a nuestra voluntad. Levantó sus zarpas y se lanzó a Andrea con un grito agudo y estremecedor… y se encogió ante la explosión de un huevo de dragón. La esfera de pirotecnia envuelta en papel lustroso brilló con la mecha encendida, y detonó frente a la Estrige con un estallido de luz.

Andrea resbaló al levantarse y cayó de pecho, y volvió a lanzar otro huevo de dragón con el mechero encendido. Falló por mucho, lanzando muy fuerte el huevo verdoso, que explotó en los matorrales. Vio sobre su hombro como María auxiliaba a la desvanecida Ana, reposando su cabeza en su regazo mientras intentaba despertarla… Y Andrea seguía turbada.

—No entiendo—gimoteó, con los ojos como platos—. El hechizo debió funcionar… La polaridad

y la energía… El Sello de Salomón… Los Sigilos…
Encendió un petardo, y lo lanzó cuando las chispas saltaron. El explosivo trazó un arco y dio en los pies de la Estrige con un estallido más luminoso que sonoro. Miró a las chicas indefensas, y maldijo por lo bajo antes de arrancarse el medallón del cuello y lanzárselo a Andrea. El relicario golpeó a la chica en la frente. Esto la hizo recapacitar.
—¡Dibuja un círculo de sal en torno a ustedes tres! —Gritó, creyendo que eso podría salvarlas—. ¡Sálvanos, Andrea!
La chica tembló, y se levantó como una autómata. Se agachó junto a María y con su tarro de sal dibujó un círculo protector… Esto lo hizo maquinalmente, llevada por un impulso de supervivencia grabado en el instinto y en las células. Por supuesto, ese «sálvanos», era proteger a los que pudiera mientras…
La Estrige dejó escapar un chillido y saltó a él como un mono gritón, pudo percibir el olor nauseabundo del cordón umbilical al rozarle cerca de la cara. Levantó el bate, que estalló en cientos de astillas al ser atrapado por las mandíbulas del ser… contuvo las horcadas, con el largo de sus brazos impidiendo que los zarpazos le abriesen las carnes. Tomó impulso y empujó aquel necrófago putrefacto con las fuerzas de sus piernas en un debate de embestida. No pesaba mucho, pero le costó un esfuerzo sobrehumano empujar aquel ser más allá de los matorrales y…
—¡Samuel!
El frío vacío de la noche lo abrazó con espinas y piedras, al rodar por la caída arenosa de un precipicio escondido por el claro estéril. Un mordisco en la cabeza lo aturdió, y dio cuatro vueltas sobre arbustos y tocones

asentados en la arenisca de esa colina que se deshacía. Los chillidos del monstruo delataron que sufrió impactos similares en su descenso, hasta que se separaron en un aterrizaje polvoriento y abrupto. Intentó no desmayarse, sintiendo la cabeza caliente y pegoteada de sangre. Perdió el bate, pero el bolso en parte amortiguó los golpes… Sus miembros estaban entumecidos, pero el rumor de los arbustos cercanos le asustaron tanto que se levantó, bañado en sudor y tierra.

Había caído de un precipicio considerable, y la escalada en la oscuridad por la tierra arenosa era imposible. Miró a su alrededor y un paisaje de robustas coníferas, espesos zarzales y montículos tapizados de hojas muertas… se desdibujó como un caleidoscopio de fatiga y somnolencia. La luna prestaba suficiente iluminación, pero se sentía perdido en medio de un bosque siniestro. El yesquero aún encendía, seguía aferrada a su mano cubierta de espinas… y sentía una de las rodillas lastimadas. Se tocó la parte superior de la cabeza, y notó que sangraba abundantemente… También tenía un corte en la pantorrilla que se provocó con un tronco, y los antebrazos llenos de moretones y espinas.

Se colocó el bolso en el estómago, y abrió el primer cierre para extraer varios de los cohetes en varillas… Uno se rompió y esparció la pólvora en el interior de la alforja. Escuchó el restallido de un arbusto, y el estremecer de una enramada… Vio una forma sinuosa y esquelética que rectaba en la penumbra, levantó el cohete y encendió la mecha.

El silbido lo sobresaltó, y escuchó un chillido ante el despliegue de fuegos fatuos y cegadores con el estallido del cohete.

—¡Aquí! —Gritó a todo pulmón.
Echó a correr, sintiendo aquel nauseabundo olor detrás suyo, saltando sobre las ramas como un simio rabioso intentando abalanzarse. No supo cuánto corrió, pero la luna se escondió detrás de una montaña y las cigarras zumbaron al ralear de la ventisca. Se escondió bajo la sombra de un árbol carnoso de ramas bajas, que lo escondía en su interior como una comadreja. ¿Estaba bañado en sangre? No podía saberlo, no hubiera podido distinguir las formas de su cuerpo ni aunque tuviera la mano frente a la cara. Lo único que escuchaba era el crujido de las hojas y las ramas…
Tenía que reventarle la cabeza. Vivo o muerto… no se movería sin cabeza. Había pensado en quemarlo, pero la gasolina era muy cara y difícil de manejar. Se decidió pues, cogiendo un cohete y buscando la mecha con los dedos… Podía entrever la imagen de la Estrige ante sus ojos como un ser nocturno, estiró la mecha con los dedos y…
El cohete salió disparado a la oscuridad. Se sobresaltó, y escuchó un chillido que se aproximaba como una bola de violencia… El demoníaco engendro penetró en su escondrijo, y se sobresaltó de espanto… y sus manos desprendieron una incandescencia rojiza. El chillido se deshizo con un reguero de chispas carmesí. La pólvora del morral se encendió de súbito. Se arrancó el bolso del pecho y lo lanzó lejos del árbol carnoso de ramas protectoras, sofocado por el calor... Lo siguió un estallido de luces cerúleas, rosáceas y doradas con un resplandor cegador y una tormenta ensordecedora. Uno de los cohetes subió al cielo y reventó con una escaramuza de chispas ver-

dosas… Los petardos estallaron como una ametralladora.
Luego, siguió un silencio aterrador, un vacío de sonido donde solo podía sondear los latidos de su corazón y los estertores de sus jadeos deshilvanados. El hedor a pólvora y fósforo confundió los aromas, y el resplandor cegó sus rutinas. Sus oídos aún zumbaban cuando el horrendo chiquillo de piel chamuscada se lanzó a su cuerpo en una vorágine de horror. Gritó, sintiendo zarpazos rasgar la tela de su espalda… sintió un latigazo de dolor y se giró con la mano extendida. Fue entonces cuando escuchó un sonido de succión, y una vibración flotó en la oscuridad… Se desprendió una forma de energía cinética de su brazo con un escalofrío y empujó a la Estrige fuera del árbol de ramas caídas.
Se arrastró, con la espalda ardiendo de dolor y un sabor ferroso en la boca… y una mandíbula atestada de colmillos se cerró en su zapato. Intentó patear y unas garras se afincaron a su pantorrilla, destrozando el calzado a dentelladas. Escuchó un crujir de ramas… gritó, y una elefantina forma negra se abalanzó sobre el aborto maldito como una sombra del anochecer. Escuchó un chillido aniñado, seguido de bufidos caninos y ladridos ásperos… Aquella silueta parda y gigantesca atrapó a la Estrige con su hocico por la nuca, y lo arrancó del árbol en un vórtice de oscuridad, pelaje, zarpazos y quejidos inhumanos. No podía ver nada, la sangre le cubrió los ojos… Lo último que escuchó fue un grito de dolor, como el de un recién nacido, que se perdía en la distancia.
Buscó instintivamente el árbol, fatigado y ensangrentado… Llorando de dolor y con un agudo ardor

subiendo por su pierna derecha. No podía hacer movimientos bruscos porque se pasmaba de dolor, y la cabeza le daba vueltas. No logró conseguirse de pie y se recostó contra el tronco, sin importar las culebras o las hormigas de aquella selva. Estaba muy frío, y embotado… Se adormecía por momentos, cubierto de sangre tibia.

La silueta que entró bajo el amparo del árbol lo escudriñó con ojos amarillos y brillantes. Era un ser cuadrúpedo cubierto de pelaje pardo… Una de sus patas cojeaba y estaba cubierto de arañazos sangrantes y mordidas. Se acercó, el doble de alto que él, con la cabeza baja… Lo olisqueó, y le lamió la sangre del rostro con su áspera lengua.

Los lengüetazos se sintieron como besos cálidos, y sin darse cuenta, cayó dormido como un plomo. Abrió los ojos en la oscuridad, y detalló una forma familiar que se desdibujaba en las tinieblas.

—Dormiste cuatro horas—dijo un joven, lo conocía… Pero el aturdimiento le impedía recordar—. Mi saliva posee potentes coagulantes, y tu sangre peculiar me ayudó a reponer mis heridas—extendió el brazo, el mismo que el lobizón tenía mutilado; curado y sin cicatrices—. Es muy dulce. Hacía semanas que no comía carne roja. Los granos no son una fuente eficiente de hierro, y en los bosques escasean animales. Además, no soy de comer carne cruda, ni siquiera cegado por la transformación.

Abrió la boca para hablar, y sintió la garganta adolorida.

—¿Las chicas?

—Fui con ellas—dijo el joven, con voz serena—. Vieron al lobizón, pero no temieron. Preguntaron

por ti, y con afirmación les hice entender que estabas bien. Era peligroso tenerlas acá, los espíritus inmundos abundan y son más peligrosos que ese niño muerto. Se fueron cuando su amiga despertó y las seguí con la mirada mientras salían de esta tierra maldita.

—No es un niño…

—Vi tus fuegos artificiales y corrí, temiendo lo peor. Intenté matarlo, pero es demasiado impredecible, y… creo que soy incapaz de arrebatar una vida.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Está amaneciendo, por eso todo está tan oscuro.

Era cierto, el cielo se tornaba púrpura a medida que se acercaba el amanecer. Se forzó a levantarse y salir del árbol, entumecido por el dolor. Caminó despacio en dirección al camposanto que se alzaba desde el precipicio donde cayó. Si se apresuraba, llegaría antes del amanecer. Intentaría bordear la colina por un camino sinuoso poblado de matorrales, el camino sería más largo, pero era más seguro que escalar la tierra floja del despeñadero. Una mano lo ayudó a mantenerse de pie, y el crepúsculo cayó sobre el rostro moreno del achaparrado Nelson Arciniega.

—¿Qué haces?

—Debemos impedir que regrese a la tumba—dijo, cansado—. El sol destruirá la maldición que le da vida.

—Bien.

Intentaron apresurar la marcha, subiendo por tumultos o bordeando depresiones en el paisaje accidentado. Nelson iba semidesnudo, los retazos de la vieja ropa que llevaba le daban el aspecto de un indigente… Descalzo, le costó atravesar los zarzales.

No habló de su transformación, y cuando estaban llegando al cementerio, vieron que el cielo empezaba a clarear… Apuraron el paso, pero el ascenso se le dificultó por sus piernas adoloridas. Temieron no llegar a tiempo, pero sufrieron un desconcierto al encontrar a Andrea Túnez estableciendo un dominio contra la Estrige.

La chica estaba de pie sobre la hendija, e invocada una zona de dominio para doblegar al monstruo. Se lo veía cansada, al borde del desmayo… Rociaba a la Estrige con sal y repetía en voz baja una sarta de plegarias en conmemoración a fuerzas metafísicas.

—Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas…

La Estrige se debatía: quería desfigurar el rostro de la muchacha, pero una fuerza cabal se lo impedía; una afluencia de energía positiva la sometía, incapaz a su vez de destruirla… Andrea lanzó el último puñado de sal y soltó una carcajada.

—¡Ya amaneció, engendro! ¡Nadie puede vender a la Gran Bruja de Montenegro!

La Estrige se torció al ser bañada por la fragancia del amanecer, y miró a la chica con la boca abierta… Rápidamente, se convirtió en piedra, y se deshizo en una montaña de cenizas.

—¿Te gusto eso, Samuel?

Andrea levantó el pulgar, sonrió, y cayó desmayada por la fatiga.

Capítulo 4: La Leyenda de Algarrobo

I.

Freduar Wesen regresó el Día de Todos los Santos, cubierto con una gabardina negra y un sombrero de copa. Se ausentó un mes fuera de Montenegro y llegó a la tienda como un espanto decembrino. Habló con Melissa respecto al mantenimiento del negocio y le cedió los contactos para el abastecimiento de tabaco, artículos y plantas mágicas. Subió al estudio, donde depositó varias cajas, y se encerró en su habitación como un vampiro que regresa al ataúd.

El resto del mes, Sam procuró que sus heridas se cerraran, y Melissa no notó sus ausencias y dolencias. Andrea limpió sus heridas con alcohol y le regaló algunas bolsas de Maca para reponer la sangre perdida. Tanto Nelson como Ana no hablaron de esa noche, y él los imitó. El moreno leyó su intención de preguntarle sobre el lobizón, pero este se llevó un dedo a los labios y negó con la cabeza. María había desaparecido, y no asistía al colegio desde entonces… ignorando todos sus mensajes. Se preocupaba por su ausencia, así como la desaparición de Finchester, que era habitual durante la época navideña.

Noviembre llegó con ajetreo por el fuero de profesores de impartir sus materias antes de vacaciones. Las actividades esotéricas llegaron a su pináculo el Día de Brujas, con numerosas procesiones de cultos vestidos de blanco por las calles ornamentadas y aquelarres concertados en las quebradas septentrionales. El Malecón del Río se llenó con una multitud de peregrinos de todo el continente que venían

a la Montaña Sorte para invocar espíritus y confesar sortilegios. La calle principal celebró una comparsa de tambores, maracas, guitarras de cuatro cuerdas y cantautores del folclore que subieron por las carreteras de tierra hasta las colinas pobladas de sueños mágicos y austeras leyendas. Las fiestas de Chivacoa se hicieron escuchar entre los murmullos como un festival precioso y colorido, y los alcaldes de ambas localidades disfrutaron de una ostentosa reunión en la Finca del Chaure.

La alcaldesa de Montenegro, Virginia Alvarez, abrió la festividad con un discurso que conmemoraba el folclore del pueblo, y las leyendas de la Montaña Sorte, que eran motivo de orgullo y veneración para los parroquianos. Durante un fin de semana, las calles se llenaron de alegría, música y licores. Los brujos extranjeros llenaron la hostelería, y los ríos fueron visitados por numerosas familias y círculos ocultistas. Se celebraron limpias y purificaciones, quiromancia y cartomancia; ceremoniales en ritos de abundancia, prosperidad y fertilidad. Las posesiones de los brujos al ser transformados en Materia de Espíritus fueron el evento principal… y a lo largo de todo Montenegro, Chivacoa, Quibayo y las lomas circundantes… se elevaron altares dedicados a panteones de todas las clases: desde Cortes integradas por Santos populares hasta dioses vikingos.

Montenegro bailó, gritó, temió y sufrió resacas con temporales lluviosos que se precipitaron sobre las montañas con bendiciones y purificaciones. La perfumería esotérica vendió pulseras, conchas y amuletos como nunca… y las existencias de tabaco—casi sesenta kilos de rollos de nicotina—, se extinguieron

en un parpadeo. Hicieron la fortuna con estatuillas de yeso e imágenes santificadas. Ni hablar de las cajas de velas que se esfumaron antes del anochecer. La policía impidió que los motines crecieran y controlaron el desorden público que imperó con la embriaguez: hubieron peleas, un par de accidentes de tránsito, desacuerdos entre los feligreses y los católicos que por suerte no escalaron de disputas verbales, y un par de niños desaparecidos que fueron encontrados horas más tarde.

Una llamada desconcertó a la Prefectura, pues una mujer detrás de la línea denunció que un Cereton la espiaba desnuda en la ducha. Cuando el oficial le preguntó qué era, ella le dijo que un brujo se hacía invisible y robaba sus restos de sangre de menstruación, cabellos y uñas para usarlos en sus ritos. Tras muchas réplicas, el oficial Marcus Blanco tuvo que entrevistar a la mujer, que era acolita de un culto femenino de adoración a María Lionza; y según sus jovencitas, eran espiadas por los brujos perversos del Culto de la Serpiente Emplumada. Contó que estas formas grasientas las seguían cuando se bañaban desnudas en las quebradas y se les aparecían en sueños como animales monstruosos... para abusar de ellas. Marcus permaneció con ellas el resto del día, pero a falta de pruebas se negó a actuar.

Ocurrieron cosas extrañas. Un brujo convulsionó en una quebrada y se ahogó… cuando lo sacaron del agua, este despertó, hablando con voz rasposa en una lengua ininteligible; muriendo después de salir de aquel trance. Una irregular desbandada de algarabanes y loros verdes sobrevoló los cielos teñidos de sangre por el anochecer, y todos concordaron que

no era su época de migración. Los fenómenos inexplicables llegaron a su apogeo en la víspera: los vasos y platos volaban de las mesas, las sillas se movían y se oían voces; y toda esta actividad anómala ocurrió a una escala aterradora, no hubo casa que no presenciase un cambio en las energías. Testigos aseguraron que algunos visitantes del festival, que aparecían y desaparecían en las calles, llevaban muchos años enterrados en el cementerio comunal. Los gatos que infestaban la ciudad, desaparecieron a medida que la masa de peregrinos aumentó. Hubo también un disgusto por el hedor de cierta prole de indigentes que seguía a la multitud desde lejos… Y un grupo de jóvenes que exploraban los bosques tropicales de la zona, se toparon con un diablo que los ahuyentó a pedradas.

Incontables fueron las historias de brujas, fantasmas y monstruos que fueron piadosamente lavadas por la lluvia torrencial que culminó la festividad de peregrinación. La familia de Melissa asistió, y aunque ella lo invitó… se sintió avergonzado de ir, y prefirió quedarse en casa. Esa noche fue predilecta para la realización de hechizos imperecederos, porque Marte se avistaba sobre las montañas como un lucero rojizo, brindando mayor poder para los Maleficios y Encantamientos de Atadura y Saeta.

Esa noche Andrea le escribió un mensaje interesante: «¿Quieres acompañarme a cazar un duende?».

Borró el mensaje, optando por ignorar a la bruja y pensó en el silencio de María. ¿Estaría enojada? Escuchó una respiración en el estudio y saltó de la cama, desconcertado, dejó el teléfono en las sábanas y se dirigió al cuarto vecino, contiguo a la habitación

de su padre y la bodega de mercancías. La puerta estaba abierta, y un charco de líquido aceitoso brillaba en el suelo, formando un rastro cristalino… reparó en los pequeños arroyos mefíticos, y se precipitó al estudio con el corazón desbocado.

Sobre el techo se precipitó un gato con un maullido delicado.

La puerta crujió al abrir, y encontró la habitación en penumbra. Encendió la luz presionando el interruptor, y el despliegue de horrores y maravillas procedentes de mentes enloquecidas se desdibujó a su merced, como el vistazo espantoso al laboratorio de un alquimista: las dos mesas estaban repletas de matraces e instrumentos químicos, llenos de líquidos coloridos. Tres repisas inspiraban su curiosidad ante la colección de tomos y nombres estrafalarios. Sintió admiración por las repletas estanterías que escondía su padre, que no se comparaban con las de la tienda; incluían autores de ocultismo como Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Nicolás Flamel, Geber, Boyle, Elphias Levi y el egipcio Zósimo. Los títulos relativos a temas taumatúrgicos, alquímicos y cabalísticos que poblaban la última estantería del estudio… bastaron para inspirarle un temor imperecedero. Olvidó las gotas de agua aceitosa que se evaporaban en tentáculos somnolientos, y cruzó la sala para coger un volumen de cuya portada rugosa se leía el título abominable «El Libro de los Grillos», en cuyo prefijo se especificó la traducción de Andrés Bello. No supo cómo, pero concluyó que se trataba de un libro prohibido… Uno sacrílego, del cual había oído decir cosas monstruosas a raíz de mitos indescriptibles que rodeaban al Libertador y su círculo revolucionario.

También estaba el Garra Negra, del maléfico Nicolás Fedor. Vio a su vez extractos del manuscrito del Mar Muerto, los papiros de Enoc y Noe; los evangelios apócrifos de María Magdalena, Judas y… extractos de otros libros innombrables que se desprendían del inenarrable Libro de los Grillos. Leyó la Turba Philosopharumla, las investigaciones ocultistas de Newton, los diagramas de Tehvlar, las Formulas Mágicas de Andrés Bello, La Clavis Alchimiae de Fludd, y el Diario de los Sueños de Matías Juárez. No supo cuánto tiempo retuvo aquel libro, sin abrir, en sus manos… sintiendo el correoso cuero negro estremecer en sus dedos. No lo abrió, y cuando lo devolvió a su hueco… escuchó el rumor incierto de insectos nocturnos silbando en la techumbre. No había ventanas, pero el picoteo de un pajarraco lo asustó, por el sonido de sus pisadas… debía ser un animal bastante grande, y su mente se infectó en leyendas de nahuales y brujas cambiaformas.

Dio media vuelta, y contempló un horror indescriptible que lo escudriñaba con ojos demoníacos desde su cuadro de locura: un ser antropoide, envuelto en una túnica grasienta y cuya cabeza deforme correspondía tres anillos de miriápodo, plagado de retorcidas tenazas, rematado por dos colmillos prominentes e inyectados de ponzoña. Aquel ser repulsivo clavó sus ojos ciegos en la espalda de Samuel, cuyo fondo horripilante era un paisaje desolado y ruinoso, habitante de una constelación desconocida plagada de soles negros. El Demonio del Meridiano, el Hombre con Cabeza de Ciempiés se agitó, y el temor que infundió en su espíritu fue suficiente para expulsarlo del estudio. Cerró la puerta… Pensando en las ra-

zones de su padre para albergar tan horrible óleo. Se asomó por la ventana del segundo piso, que daba lugar a una pasarela y en la calle vio alejarse un gato blanco como la nieve.

Tenía trece llamadas perdidas de Andrea, y una sarta de mensajes que no paraban de llegar. Levantó el teléfono con aprensivo temor y leyó:

¿Quieres ir a cazar duendes conmigo?

En estas fechas sé dónde se esconden, y las jaulas de pajaritos los atraen… Los dulces de maíz los enloquecen y nos darán todo su poder.

Sé que tienes el teléfono en la mano y no quieres responder.

Si no quieres atrapar un duende, entonces podemos invocar algún espíritu juntos… La noche es preciosa y si tú estás aquí será mejor.

¿Por qué no respondes mis llamadas?

¿Me estás ignorando?

No voy a seguir llamando.

Creí que eras más serio, pero veo que solo eres un niño.

RESPONDE.

Eres un inmaduro.

Frunció el ceño, y miró con aprensión las caritas furiosas que la chica enviaba. Entró una llamada de Andrea, y la colgó por inercia. No supo qué hacer al respecto… y el mensaje de respuesta llegó segundos después:

«*Me las pagarás*».

—Las mujeres están locas—pensó en voz alta. Llamó a María, pero la chica no respondió…

Los primeros diez días del mes fueron pesados, y pasaron más lento de lo habitual: esperó ver llegar a María, y rehuyó de Andrea en los pasillos. Existía mucho revuelo aquellos días por el concierto orga-

nizado por el Presidente y sus Jinetes. Todos querían escuchar al Cantante Misterioso, y adivinaban su identidad como entretenimiento en los ratos libres.
—Yo creo que es el nuevo—Salvador le lanzó una mirada.
—Este año nos hará la revelación—sonrió Bianca, ruborizada—. Yo creo que es Jesús, el mejor amigo del Presidente… O podría ser Ronny, el que es muy alto. El Presidente Gerardo es el único que conoce la verdadera cara del Cantante Misterioso.
Andrés se giró en el asiento, jugueteando con sus lápices.
—Es pequeño, podría ser de nuestra clase.
Reparó en la ausencia de María al lado suyo, y de Finchester, que se sentaba al fondo y siempre olía a tabaco. Nelson agitó la mano en un saludo, con uno de sus ojos morados y el párpado caído por la hinchazón. Se compadeció, las cicatrices tardaban en sanar, y las costras picaban cuando sudaba. Podía caminar con normalidad, y los raspones en sus codos le daban un aspecto desaliñado y portentoso.
Ezequiel le pasó un brazo por los hombros a Violeta y le besó la mejilla. La chica miró al suelo mientras estiraba los rizos castaños de su cabellera. Daniel también había faltado desde comienzos del mes, y según los rumores, durante el festival se lo vio compartiendo con extraños jóvenes del culto que residía en la Finca del Chaure; y que cada semana recibía nuevos miembros de toda la región. El incremento de robos y violencia en las avenidas adyacentes al Barrio Porvenir daba mucho que conjeturar para la Prefectura, y todos coincidían que las lacras provenían de aquel barrio limitante, siendo el hampa fuente de corrupción durante la época navideña.

—Mi madre dice que no me junte con esos muchachos—contó Andrés —. Los que habitan en las zonas más afectadas comienzan robando y terminan asesinando en nombre de cultos satanistas. En Montenegro se mueven cultos oscuros que buscan la perversión del hombre. Esos adoradores de Satanás atraen jóvenes a sus fiestas y les meten ideas locas en la cabeza…

—En la Finca del Chaure se visten de gala—Soledad se enderezó en la silla—. Mi padre siempre asiste a las fiestas, aunque no dejan ir a los muy jóvenes. Las fiestas duran hasta la medianoche y luego comienza la verdadera pesadilla: se visten todos de sotana, utilizan máscaras y sacan tambores para invocar a los ancestros de la humanidad. Todos saben que esa tierra está maldita desde los días de Algarrobo, y la aparición del Diablo… Mi padre asistió junto a la alcaldesa, y los rociaron con sangre de unos cuencos mientras unos brujos negros como el carbón, les recitaban conjuros africanos. ¡Asistir es una verdadera pesadilla! Mi papá no lo dice, pero yo sé que se desmayó al contemplar el verdadero horror que se esconde en las bodegas de la finca. ¡Y eso que mi papá no se asusta con cualquier cosa! —Soledad palideció—. No sé qué escondan, pero no creo que exista un secreto infinitamente más aterrador que aquel que es escondido con celo por los magos negros.

—El Padre Boris contempló el espectáculo del pueblo desde el campanario de la Iglesia Maldita—dijo Salvador, de quién todos sabían era monaguillo—. Me dio permiso para ir, y rezó por mí… y cuando regresé, me contó que desde la colina avistó un humo rojizo que cubría el cielo de Montenegro como nie-

bla sangrienta. Me dijo que mientras reprendía a las fuerzas armadas del infierno, se abatió sobre la basílica un temporal parecido a un vórtice de nubes... ¡Y los relámpagos caían sobre las montañas lejanas con voces de trueno! ¡La niebla provenía del Barrio Porvenir, y de la Montaña Sorte y sus hechizos! ¡El pueblo está maldito por el fantasma de Algarrobo! ¡Enrique Palacios sigue rondando las montañas, y pudo haberse mezclado con la gente del festival!

—Yo vi una jauría de perros gigantes—añadió Bianca, turbada—. Íbamos en camioneta a visitar las quebradas, y de repente pasaron frente a nosotros… Unos cuatro perros oscuros. ¡Parecían osos! Eran de mi tamaño y corrían a una gran velocidad. ¡Dios mío, se los puedo jurar! ¡Algunos de ellos tenían ropa y otros iban desnudos!

Volteó a ver a Nelson sin que nadie se diera cuenta, y el moreno negó con la cabeza mientras se encogía de hombros. Los alumnos desocupados siguieron agregando ingredientes y eslabones a la leyenda de Algarrobo, entre apariciones y maldiciones. El profesor Arquir, quien había entrado para impartir matemáticas, notó esta inquietud y dejó caer su pesado maletín sobre el escritorio.

—Carlos Figuera Algarrobo—dijo con su audaz voz de oficial de marina. El profesor era grueso como un barril, de bigote oscuro y cabello espeso—. Nuestro primer alcalde elegido por sufragio. No lo conocí, no soy tan viejo… Pero mi abuelo votó por él, y durante su época fue el candidato favorito de muchas familias. Carlos Algarrobo era oriundo del pueblo, de padres aristócratas, arruinados por la recesión de la Guerra de Independencia… Los Algarrobo fueron

una estirpe de antiguos esclavos emancipados. En cambio, el apellido Figuera corresponde a caudillos que gobernaron luego de las guerras de sucesión.

»No se tiene antecedentes de Algarrobo, salvo que provenía de una familia muy pobre que vivía en lo que se convirtió más tarde en el Barrio Porvenir. Se sabe que su familia luchó para que él estudiará derecho, y se graduó como abogado pudiente en la Real Universidad de Nueva Bolívar. Durante su época como estudiante, corrió el rumor de que tomó cursos de metafísica, y ciencias ocultas… frecuentando círculos de brujería y amigos eruditos de las ramas prohibidas.

»Cuando regresó a Montenegro, abrió su despacho de abogado y se labró un nombre al fundar la Defensoría Pública en la Prefectura de Policía que estaba comenzando a trabajar en el país. Las leyes no poseían la misma solidez que hoy día, y la moralidad era flexible… pero fue un abogado y juez robusto; y del que corrían rumores estrafalarios: que leía la mente del jurado y era capaz de vaticinar el desenlace de un caso con la lectura del rostro de los acusados. Fumaba el tabaco y predecía las calamidades…

»Durante diez años, el periódico circuló noticias de sus casos, y fueron incontables las solicitudes y trámites que firmó. Por las noches paseaba por el Malecón del Río, y visitaba las quebradas de la montaña para limpiarse en sahumerios junto con sus antiguos colegas universitarios. Asistía a misa en la capilla que funcionaba junto a la Prefectura, siempre vestido de traje los domingos por la mañana… y su oficina era un manantial de libros que encabezaban los mayores autores de todas las ciencias: matemáticas, medicina,

humanidades, filosofía, metafísica y Cábala. Era un voraz lector de atlas y enciclopedias, y sus amistades, hombres cultos de la mejor constitución, lo alababan en sus labores de profesión. Siempre deseando conocer más, y enriqueciendo su posición…

»Entonces se lanzó a la política y su elección fue aplastante en comparación con los otros candidatos. Carlos Figuera, llamado Señor Algarrobo por sus cercanos, desempeñó la máxima autoridad del pueblo y mostró su verdadera cara. Fue entonces cuando mudó todas sus pertenencias a la casona de la Finca del Chaure, expropiando el abandonado terreno y remodelando las casuchas para comodidad de sus allegados. Extranjeros de tierras remotas llegaron al pueblo, trayendo libros y saberes arcanos… y se asentaron en la finca.

»La leyenda cuenta que Algarrobo buscaba un libro, necesitaba cierto hechizo para realizar un milagro incomparable… pero para eso, debía recitar una fórmula mágica plasmada hace eones por una raza extinta. Saqueó infructuosamente los escondrijos donde el difunto Enrique Palacios guardó sus alcancías y sus grimorios. Incluso… llegó a desenterrar hectáreas de terreno en busca del cuerpo momificado del difunto oficial bolivariano.

»Las reuniones en la Finca del Chaure se convirtieron paulatinamente en desfiles de lo macabro: tambores, disfraces, orgías y sacrificios en ceremonias religiosas. La gente tomó el hábito de persignarse al ver el aspecto envejecido y lunático del alcalde: su pulcro traje oliva fue reemplazado por una túnica negra, en vez de zapatos lustrosos calzaba alpargatas con campanillas. Llevaba un rosario de piedras ne-

gras al cuello e incontables pulseras ornamentales en los brazos… Sobre su cabeza, hace meses tan negra como el azabache, se coló un turbante para ocultar el gris de un envejecimiento prematuro. La modestia de su virtuosa educación fue reemplazada por una quietud intrigante… Ya no se lo veía en el despacho de la Prefectura, ahora designaba delegados o telegrafiaba directamente al gobernador del Estado.

»Los poderes de Algarrobo se manifestaron de formas misteriosas: acontecían lluvias repentinas, relámpagos sin nubes, los animales huían de su presencia y era temido por los católicos como un Príncipe Satánico. Su fama como brujo eclipsó su pasado prestigioso, y pronto la neblina de la superstición lo cubrió con un velo de miedo y veneración. Los campesinos, vecinos de su finca, lo veían convertirse en un abominable pájaro y en un canino de ojos rojos y tan negro… que su forma desaparecía al anochecer.

»Lo temían por Nahual, y siempre que los perros lloraban a la medianoche, o que una vaca amanecía destazada… culpaban al brujo. Su inclinación por lo oculto creció, y aquel hombre elegante que defendía limpiamente en los tribunales… desapareció de la vista pública. Se convirtió en cabecilla de un círculo hermético que comenzó a inhumar huesos del camposanto. Los casos de secuestros y desapariciones no tardaron en hacerse entrever, y las goletas de vapor afloraron en el río trayendo inmundicias asiáticas y vascas.

»En este punto de la historia, Algarrobo era respetado, temido y poderoso… más de lo que cualquier mortal podría imaginar. Entonces la leyenda comienza a tomar los hilos de la trama fabulosa… El hombre

quería casarse con una jovencita de alta alcurnia, hija de la casa Blanco, franceses refinados que se mudaron al país por las convulsiones de la Primera Guerra Mundial, deshaciéndose del apellido Delberg. Esta familia se enriqueció con rentas vitalicias y comercios de perfumes; pero escondían un secreto que Algarrobo ansiaba. Se decía que eran descendientes de los vascos, y que tenían en su sangre la fortuna y la suerte. Querían a la joven Victoria Blanco como su más grande tesoro, y aunque sus pretendientes eran muchos… Algarrobo era el más perverso de ellos, pues quería a la joven por interés, más que por su belleza.

»Algarrobo deseó a la muchacha y ofreció una dote sin par, sumado a su poder como autoridad del Estado. Amenazó con hurtar las propiedades de los Blanco si se negaban. Existía entre los jóvenes pretendientes uno que destacaba: Juan Arciniega, jinete famoso y dueño de unas quinientas reses en más de cien hectáreas de terreno. La familia Arciniega era acaudalada, y sabían del amor que sentía el joven por la preciosa Victoria, aún así… La obligación terminó con las nupcias para Algarrobo y la infelicidad para los Arciniega y los Blanco. Y entonces ocurrió aquello…

—¿Qué ocurrió, profesor? —Preguntó Soledad.

—Los Arciniega pactaron ante el Trono del Diablo en la Montaña Sorte—Arquir no señaló a nadie, pero todos miraron a Nelson con expresión frívola—. O eso es lo que cuentan los viejos… Porque el trato a considerar fue demasiado costoso para la familia. La víspera de la boda se celebró en la Finca del Chaure: los invitados de Algarrobo, la novia y su familia. Todos brindaron por la unión y los festejos llenaron de júbilo tan triste deber. A la medianoche, el contrato

de los Arciniega hizo su llamado infernal. Belcebú liberó a sus perros del Averno, y una jauría de rabiosos e inmensos animales se precipitó sobre el salón de baile para despedazar a los invitados y al anfitrión. Fue un baño de sangre. Se dice que Algarrobo fue rodeado por bestias de un tamaño desproporcionado, y que… en medio del pandemónium, se esfumó de la existencia…

»Algunos atestiguaron un relámpago caer de improviso, y un humo rojizo que subió al firmamento mientras huían los invitados en desbandada. La viuda y su familia huyeron sin que los tocase un colmillo, pero la mayoría de los presentes fueron despedazados a dentelladas y devorados. No sé sabe con exactitud lo que ocurrió aquella noche de pesadilla, salvo que el brujo había desaparecido y que la boda había sido un baño de sangre.

»Los Arciniega volvieron a reclamar a la joven, pero ella se negó, horrorizada. El joven jinete sufrió incontables desgracias después de aquello: sus padres enfermaron y murieron en menos de una semana, se cayó del cabello y no volvió a galopar en competencias por lesiones… Y su ganado empezó a morir. La riqueza de la familia se consumió rápidamente por la enfermedad y las desgracias… hasta que las tierras se fueron cediendo a los actuales propietarios del Barrio Porvenir. Algarrobo maldijo aquella tierra, y aún se escucha su vagar en forma de perro monstruoso durante las noches sin luna.

»El féretro que se enterró estaba vacío. Nadie sabe qué buscaba el brujo en las montañas, o si realmente consiguió consumar la cúspide de su hechicería con el libro maldito que persiguió con desesperación. En

cuanto a su muerte, puede que no haya sido tal… o que necesitaba casarse para cumplir con un ritual necesario para su permanencia en este mundo. No soy de creer en brujería, pero de que vuelan… Sí vuelan. Hace cien años que su cuerpo físico desapareció, y no creo que alguien pueda recordar cómo era en verdad, puesto que no se conservan fotografías o retratos de época. A excepción de la descripción de su cabello ceniciento, y su palidez mortuoria. Carlos Figuera Algarrobo escondió muchos tesoros y convivió con los espíritus de la montaña. Puede que sus cofres de oro estén encantados. Su historia es otro horror inimaginable que yace sepultado en Montenegro.

Salió del salón al primer timbrazo, necesitaba pensar. Se alejó de los pasillos en dirección al salón de música, que estaba desocupado… y entró a la amplia sala de sillas vacías. La chica lo esperaba detrás de un escritorio…

—Sabía que vendrías—señaló Andrea, triunfante. Levantó un frasco de vidrio hermético, a rebosar de vinagre con el cadáver de un sapo ahogado—. Esto es para atraer al enemigo. ¡Es infalible!

—Que miedo.

—Tenemos que hablar, Samuel—insistió la bruja—. Esta es una situación muy delicada… Creí que eran solo suposiciones, pero realicé una prueba: metí el escarabajo en sal, y esta incineró al animal con una llama carmesí. ¿No sabes lo que significa? —Negó con la cabeza, y la morena puso los ojos en blanco—. Tú no sabes nada, nunca. Son lamias…

—¿Lamias?

—Creo que es una de tus compañeras de salón—cruzó los dedos sobre su vientre—. El escarabajo

me lo dijo…
—No puede ser…
—¡Créeme, es peligroso! ¡Debemos descubrir quién es antes que un muchacho salga herido!
—Alguien saldrá herido con tus inventos.
—Algunas lamias tienen pies de pato, o colmillos de serpiente escondidos en las encías—aseveró Andrea—. Pueden tener alas de murciélago en la tupida cabellera, y sienten una irresistible atracción por el oro. ¡Se alimentan de la sangre y los fluidos de los hombres para mantener su juventud!
—No son diferentes de las mujeres que conozco…
Andrea le golpeó el brazo, y buscó un bolígrafo en su bolsillo.
—Dame la mano.
—¿Para qué?
—Necesito tu sangre—la chica presionó el botón y la lanceta resonó con un pinchazo aterrador—. Voy a cazar a la lamia, y la haré mi esclava con un peine de oro.
Escondió las manos detrás de la espalda.
—¡Tú eres la lamia!
—¡Ojalá fuera una lamia! —Andrea volvió a presionar el botón de la lanceta—. ¡Si la capturo, me haré transfusiones de sangre para robar sus poderes!
—Estás loca.
—Dame tu sangre.
—¡No!
Andrea entornó sus ojos, como un gato malicioso.
—Ya veo—sonrió y escondió las manos detrás de la cintura—. Yo podría darte mi tesoro más valioso a cambio de una gota.
—¿Qué?

—Tú sabes.
Sam se sonrojó.
—¡No!
—Bien, entonces te confesaré mi mayor secreto.
—Nadie quiere saber eso…
—Mi padre, Saúl Túnez, asiste a las reuniones privadas de la Secta de Brujos en la Finca del Chaure— al ver la expresión en los ojos de Samuel, mudó su expresión frívola a una picardía maliciosa—. Como sabrás, mi papá es un magnífico mago que trata con la mayoría de círculos herméticos, pero… Desde que llegamos a Montenegro ha formado parte, activamente, de este aquelarre de brujos de todo el país. No se me permite asistir, pero una vez conseguí disfrazarme de alcahueta y mezclarme con los brujos de sotanas negras, y… vi lo que escondían en las bodegas. Escuché que buscaban algo en las montañas… Una maldición más antigua que la humanidad. Excavaban fosas y hablaban con los seres incorpóreos de la espesura en busca de aquel misterio. Te lo diré todo, solo quiero una cosa.
—Bien—estiró el brazo—. Pero solo un pinchazo.
—Tonto—sonrió la bruja—. Yo quiero es otra cosa…
—¿Qué?
—Un beso.

II.

El redoblar de tambores se abatió con un llamado atávico de regiones macedónicas. Sam sentía la respiración de Andrea agitarse en la oscuridad, estaban escondidos dentro de una bodega a rebosar de cubas de ron… y el olor a caramelo era empalagoso. La opresión de los barriles no le permitía moverse con libertad, y permanecieron en la obscuridad hasta entrada la noche.

—¿Sigues allí? —dijo una voz femenina.

—Sí… ¿Dónde estás?

Sintió el hombro de la joven esparcir calor sobre su pecho. El batir del cuero y los cánticos pintorescos que provenían de los salones contiguos hizo latir su corazón, como un llamado a sus antepasados que permanecía grabado en su alma. A veces escuchaba el corazón de Andrea estremecerse cuando una de las puertas se abría, o su respiración pasiva y silenciosa durante el vacío de tiempo. Habían entrado en la Finca del Chaure, cruzando los caminos verdes entre los ranchos vecinos, saltando un muro no muy alto… y un corral de vacas hediondas y gordas. Los pastizales eran espesos y frescos, y la ausencia de perros facilitó su infiltración.

La hacienda era más grande de lo que imaginaba, pero Andrea conocía los caminos escondidos entre las edificaciones y las siembras. Pasaron unos quince minutos metidos hasta el cuello en naranjos y limoneros, sacando espinas de sus zapatos… y vieron fascinados desde una gallera como un joven conocido vaciaba una cubeta de maíz desgranado a las gallinas de un corral con aspecto de choza. El joven regorde-

te llevaba botas plásticas y pantalones de mezclilla, y estaba manchado por el barro apestoso que llenaba las cochineras del fondo. Daniel regresó por donde vino, y les dio oportunidad para escabullirse de la gallera de palafito y techumbre de palmeras entretejidas, para recortar hasta las reservas de licores… donde se escondieron hasta el anochecer.

Aún no tenía una impresión completa de la Finca, pero debía tener unas veinte hectáreas de extensión; entre vida campestre y modernismo. Un vistazo al salón de baile en el mirador de la colina le reveló la riqueza de los anteriores dueños, y aún faltaban las albercas, llenas con el agua cristalina que extraían de las venas de la tierra, que discurría tan generosamente bajo el Barrio Porvenir. Los robustos árboles florecían con jugosas frutas cítricas, y los animales pastaban copiosamente en rebaños gordos.

—¿Puedes ver?

—No—mintió, a quien la oscuridad le otorgaba una extraña visión del mundo.

—Bien, porque me voy a desnudar.

—Que asco.

Fingió que volteaba a otro lado, y las hileras de barriles se desdibujaron en las tinieblas con un cubismo irregular y una geometría no euclidiana… que adquiría tonos y dimensiones donde la sustancia y superficie no existían. Vértices se abrían en senderos liminales, y recodos de plano. A veces creía distinguir formas, y adivinaba proporciones tangibles… Fue así como consiguió correr a medianoche de la Estrige, sin tropezar o chocar contra árboles, caer en chascos o romperse la espina en desfiladeros; podía ver en la penumbra como si sus ojos se ajustasen

lentamente a la ausencia de fotones.
Andrea se alejó un poco, convertida en un espectro del crepúsculo, negrísimo y rematado en un tupida guedeja. Quería verla desnudarse, una parte hormonal bullía en su interior y soñaba con mofarse de la confidencialidad de la joven. Escuchó el cierre del pantalón correrse, y sus mejillas se calentaron.
—¿Es necesario desnudarse?
—Sí, ponte la sotana negra y cubre tu cabeza con el trapo de manera que solo tus ojos se vean—vio aquella silueta delgada bajarse los pantalones y sintió un pálpito—. Tus ojos se vuelven castaños cuando vistes colores oscuros, ¿no sabías? Si te hubiera pintado el cabello de negro sería mejor.
—No…
La piernas de Andrea eran delgadas y cuando se quitó la camisa, se transformó en una súcubo aterradora que esperaba detrás del umbral… Se quitó la camisa y los pantalones rápidamente. Odiaba a Andrea, y el sentimiento era mutuo… No quería ser parte de su mundo de fantasía y locura. Al parecer la chica no llevaba sostenedores por su escaso pecho, pero estos senos de puntillas atrevidas sobresalían en su forma de comadreja. Se puso la sotana por la cabeza y se anudó el cordón para ceñirse la cintura… Se colocó unas botas de plástico con olor a humedad, y la capucha sobre la cabeza para esconder el rostro. A través de los dos agujeros pudo vislumbrar a Andrea recogiendo su larga cabellera y poniéndose la túnica. Tuvo problemas para encontrar el cordón, así que se lo pasó… La chica le agradeció con una risita diabólica.
Andrea se le hacía una mujer fálica, demasiado empeñada en demostrar que podía comprender los

Grandes Misterios, y manipular las Fuerzas Superiores; estaba muy alejada de lo femenina y maternal que era Melissa… y por eso le costaba mucho verla como mujer, cuando su cerebro no estaba inundado de hormonas y químicos pueriles.

Era quince de noviembre, y se celebraba el Día de San Lucas en la provincia de Montenegro. La Iglesia Maldita ofreció una misa en honor al santo patrono del pueblo, y los brujos respetaban la leyenda como una más… Porque involucraba el deseo sempiterno del hombre, de persuadir y desafiar a los dioses. La fiesta en la Finca del Chaure fue anticipada, y Saúl Túnez rechazó amablemente su invitación a la velada por un viaje que le correspondía hacer hasta la Víspera de Navidad.

Escondió su ropa bajo una hilera, despidiéndose para siempre de aquella camisa vieja y esos pantalones gastados.

—Espera—Andrea tomó su hombro y lo giró—. Debemos protegernos de las maldiciones que serán invocadas esta noche.

—¡¿Qué haces?! —Intentó separarse cuando la chica metió una mano bajo la sotana.

—¡Te voy a rezar con sangre de basilisco!

—¡Los basiliscos no existen!

—Samuel, eres tan terco—sintió los dedos fríos de la chica dibujar una cruz en su pecho—. Lo que no existe es a su vez una paradoja. Una invención… de lo que pronto ocurrirá con la intervención requerida.

—¿Qué? Eso no tiene sentido—apretó los puños en la oscuridad—. A veces pienso que sueltas la primera basura filosófica que se te ocurre para demostrarle a todos lo inteligente que eres.

Andrea tiró de su cordón.
—¡Eres insoportable!
Los dos se alejaron de su escondrijo, entumecidos por la estancia de pie, y salieron por la puerta interior con el aliento pasmado. La bodega era un conjunto de almacenes, de los cuáles, la mayoría eran trancados con candado. Los brujos de las cabañas salían en tropel para dirigirse al mirador en la colina. Habían negros, amarillos, blancos y morenos; de todos los tamaños, edades y discapacidades… Todos envueltos en sotanas negras y ostentando collares según sus ápices de conocimiento ocultista. Eran medio centenar de hombres y mujeres, en una multitud fúnebre que conmemoraba la suerte de Lucas y su lucha contra Satanás en rebelión de Dios. Algunos portaban aires que reconocía, otros eran absolutos desconocidos.
Trepó la escarpada colina del brazo de Andrea, más acostumbrada a las subidas… y la inmensidad del mirador de techo octagonal se precipitó ante sus ojos con jirones de incienso, redoblar de tambores, zumbar de maracas, y el humo de un inmenso brasero… cuya lengua de fuego se extendía como un pilar flamígero. Las losas de basalto estaban dispuestas en rectángulos, y conformaban círculos de piedra y ritos paganos… y los tamborileros cesaron su fragua cuando la multitud se reunió en un gran elipse de cuerpos.
El mirador era adornado con guirnaldas de colores y listones en sus pilares. De las vigas ennegrecidas colgaban atrapasueños y arañas cristalinas; en cada esquina refulgían braseros quemando especias y lámparas de hierro con formas grotescas. Los tratadistas

se reunían en coros de más de cinco personas para discutir temas prohibidos y concertar reuniones privadas durante las siguientes fechas. El simbolismo y la religiosidad dominaban la fachada y las vestimentas relucían cruces, estrellas, pentagramas, arabescos, runas y jeroglíficos.

—¡Ojalá hubieras estado aquí durante el Festival de María Lionza! —Dijo Andrea aferrando su brazo—. ¡Vinieron brujos y magos de todo el país y las fronteras vecinas! ¡Desde el Círculo Ocultista de Puerto Bello hasta los Adivinos de los Andes! ¡Mira las insignias que llevan, representan su estrato y sus conocimientos adquiridos!—Señaló los medallones de distintos metales que brillaban en los pechos de los allí presentes—. Mientras más precioso es el metal, mayor es la riqueza y los méritos del erudito en su estudio. El Búho representa la Metafísica, es realmente una rama extensa que se divide en muchos saberes cósmicos; el Sol forma parte del caudal de magia prehispánica, hechicería indígena que los colonos mezclaron con creencias propias, tiene muchas caras, pero es la más común… Es muy diversa, dependiendo de las tribus estudiadas demográficamente; la Esmeralda la llevan los alquimistas; la Luna alberga los misterios de la Cábala, y sus diversas fases, es decir, las manifestaciones del Dios Hebreo en la Tierra; la Estrella es un espectro africano, amo del Vudú y los Ritos Negros—la chica se estremecía por la euforia—. Cuando bajé de la montaña, tras perderle la pista a los duendes… Pude distinguir insignias prodigiosas entre los extranjeros: nahuales, estrellas de siete y nueve puntas, Ojos de la Verdad, la Hansa y una pirámide. Los magos de

Montenegro se dejan llevar por las creencias de la tierra, y no ven más allá de sus ojos.
—¿Y qué significa el Pentagrama?
Pudo adivinar la expresión de Andrea con su resoplido. Esa pregunta la consternó…
—El Pentagrama es el símbolo de la magia negra— respondió con aprensión, disimulando el nerviosismo—. Son estudiosos de la ciencia negra que gobierna a los Demonios, y sus pactos para conseguir poderes inimaginables. Sus maleficios cáusticos son prodigiosos, y manejan la lengua de los Ángeles y los Demonios para trazar Sigilos de voluntad incalculable. Los fenómenos que evocan trascienden las leyes naturales en auténticas contravenciones, infinitamente peligrosas y deletéreas. No hay mago negro que no esté envenenado por maldiciones; siempre que se cruza ese umbral… el alma es legada a las regiones infernales.
Reparó en los brujos de sotana negra y broches pulidos… buscando indicios de Daniel sin acertar. Uno de los tamborileros llevaba un pentagrama de plata en el pecho, y un rosario de cuentas negras como perlas. La mayoría de tamborileros eran jóvenes músicos con broches de plata, todos pentagramas del arte prohibido… Los reconocía vagamente, pero las capuchas estaban dispuestas de tal forma que los contornos de su rostro eran indescifrables. Pero reconoció un par de ojos oliva, que sostenían un palo de agua pintarrajeado de rojo. Cada vez que el joven le daba vuelta, las cuentas en el interior del bambú reproducían el aullar de la lluvia sobre las lomas. Eran seis los músicos, chicos y chicas, y no aparentaban mayoría de edad. Pero las estentóreas insignias

argentinas en sus pechos refulgían con reflejos aterradores…

Caminó del brazo con Andrea a través del gentío pululante del mirador que detallaba con presteza las constelaciones del firmamento, y el color achocolatado de la Vía Láctea y el vacío sideral. Los círculos herméticos de los pobladores de Montenegro discutieron temas prohibidos y jugaron carta española mientras ingerían cerveza oscura y aguardiente en seco. Jugaban complicados juegos de baraja, se echaba la suerte a las cartas y se fumaba tabaco. Se pasearon ante historias de guerra en la frontera colombiana contadas por veteranos coroneles del ejército, que hablaban con orgullo sobre aquellos días de locura durante el servicio: la vigilia en la selva, accidentes en el polígono de tiro, la enajenación que procedía al Pensamiento del Loco, las fugas después de las torturas… y los sangrientos operativos contra la guerrilla.

Un negro alto y envejecido se quitó la capucha por el calor, y bebió de su jarrón de aguardiente mientras le contaba a un corpulento hombre sus experiencias. Se detuvo detrás, y miró el muñón que sobresalía en la manga de la sotana negra… La cicatriz del desgarro era grotesca, y las marcas de garras en el rostro del mulato delataban un encontronazo con quimeras indescriptibles.

—El cuartel es para lunáticos, es imposible aguantar un lustro en aquel infierno peor que el presidio— dijo el negro con voz rasposa, engullendo un trago de elixir color caramelo—. Era un horror tras otro: comíamos bajo una mesa como perros, y nos servían migajas para quebrantar nuestra mente. Todo el día

estábamos corriendo o trabajando hasta reventar, y por las noches nos plantaban en pelotón hasta que se hacía de madrugada. Sin importar la lluvia o el sol… éramos pobres pecadores en un círculo dantesco. Nos ponían a pelear, y si ganamos un encuentro, nos hacían pelear contra dos… y así; en caso de perder, nos reventaban las nalgas con tablazos hasta vomitar sangre. Flexiones, sentadillas, trote hasta la fatiga… Nos clavaban de cabeza en posturas dolorosas, desnudos, y nos daban golpes en los genitales. Una vez a un compañero que le decían Gorila, por su resistencia al dolor, lo sorprendieron los tenientes en el baño, y lo obligaron a hincar la cabeza como un avestruz… y le encajaron un puño en el culo y los testículos. El hombre se desmayó…

»El Pensamiento del Loco era lo peor: me agachaba durante seis horas en una postura incómoda con la cabeza en el suelo, solo pensando; venía el sol, la lluvia y la noche… hasta que enloquecías. Querían destruirnos mental y físicamente: parecíamos unos esqueletos durante el primer trimestre, y solo pensábamos en la fuga. Si lográbamos, no nos buscaban… pero en caso de ser atrapados, nos encerraban en una zanja del tamaño de una jaula de pájaro, bajo el desagüe de las letrinas. Durante un día no veíamos más que tinieblas, desechos y agua estancada.

»El primer trimestre era para probar nuestra resistencia: inhalamos gas lacrimógeno, nos insultaron y maldijeron hasta que rompimos a llorar, nos desgastaron físicamente y nos deformaron como demonios. En seis meses no éramos seres humanos, solo máquinas… pero había límites. Existía un obstáculo llamado Vuelta La Mierda: una zanja lle-

na de excrementos humanos y animales… que debíamos atravesar rodando. El Sargento Alvarez nos colocó en fila y nos gritó: «¡¿Montaña Sorte o Vuelta La Mierda?!».

»La orden fue clara, y un tropel de mi curso se precipitó a rodar por el fétido camino de deyecciones. Eso se me hizo imposible, ¿mis camaradas rodando sobre mierda en vez de asistir a una montaña? Los cursos de supervivencia eran duros, pero mi orgullo agonizante seguía sin desaparecer. Fui el único de todo el curso que no se ensució, y el Sargento me sonrió, diciéndome que estaba loco.

»Me dieron un fusil y un cargador, y me soltaron junto al pelotón que cuida la alcabala que colinda entre Chivacoa y Montenegro con Ciudad Zamora y Puerto Bello. Solo los locos asistían a ese lugar, pues las leyendas de las ánimas que habitan en la Montaña Sorte eran temidas por el batallón. Una sola noche estuve a la falda de aquellos montes escabrosos, infectas de espíritus y monstruos… y el horror que viví al encontrarme con mis compañeros transformados en pesadillas fue suficiente para desertar.

Contempló el muñón del brazo arrancado y las cicatrices en el cuello y rostro del negro. Un medallón de plata con forma de búho desvelaba los Misterios Menores de la Metafísica, y por lo que el viejo contaba… solo era versado en ciencias superiores y encontronazos con lo inenarrable. Los tambores iniciaron una procesión terrible, y todos se santiguaron bajo la claraboya en el centro del mirador. Descubrió que el bracero que ardía con solemnidad estaba formado por cariátides de bronce, que quemaban hierbas esenciales y troncos perfumados. El hierofante

y su cohorte de magos negros ejerció un redoble de tambores y maracas… Los brujos acudieron en tropel, al clímax de aquella mascarada.

Daniel asistió con una cabra joven, cuyo pelaje inmaculado era de un blanco níveo. Lo traía en sus brazos como un tesoro, y la depositó a los pies de aquel líder brujeril vestido completamente de negro, y con el pecho escindido por un relicario con un pentagrama de oro macizo. Tembló al contemplar esta figura maligna, cuya cabeza era un yelmo argentino y morboso de Lobo Sonriente. La presencia de aquella figura controvertida excitó las murmuraciones de los brujos y el ulular de los pálidos chaure en las arboledas cercanas. Sopló una brisa sin sonido, y de súbito, los tambores cesaron su bombeo.

Daniel tomó el palo de agua y le dio vuelta, y el chisporroteo de las lentejas en el interior creó una atmósfera esotérica de serpientes y silbidos estelares. Los tambores redoblaron su intensidad, y las maracas se estremecieron como los cascabeles de víboras y las pezuñas de los diablos. Se sorprendió acercándose a Andrea para reconfortarse, ante la orgía de sonidos que impregnaba el salón circular y el humo recalcitrante que lo adormecía con lubricidad. El aliento le salía cálido, y la máscara le incomodaba los labios… El brasero detrás de la figura híbrida chisporroteo antes de arder con una potencia ignominiosa, y las flamas arrojaron una horrenda sombra que rectó sobre las losas como una mancha grasienta.

El Lobo Sonriente levantó un cuchillo de hueso, y con sus manos pálidos rebanó el cuello de la cabra. Un chorro de sangre brotó con un berrido, y Daniel levantó al animal degollado para esparcir una lluvia

sangrienta sobre el gentío. Ni se inmutó de perplejidad. Una gota roja cayó sobre su párpado izquierdo, y bajó como una lágrima de fuego. Andrea levantó las manos haciendo símbolos con los dedos para recibir aquel ungimiento pagano. Uno de los jóvenes magos llenó un cuenco de sangre espesa, y con sus dedos roció sangre a los brujos más lejanos. Los agradecimientos se hicieron escuchar con vehemencia.

Vio al Lobo, cuya cabeza macabra refulgía con jirones de plata lunar, hundir sus dedos en los cuencos y dibujar símbolos cabalísticos en las frentes de los que, con presteza, se retiraban la capucha e inclinaban su orgullo. Uno de los jóvenes magos, una muchacha no muy alta, tomó el palo de agua y lo abrió por el medio… dejando caer un raudal de arroz, peonias, lentejas, garbanzos, ciempiés y serpientes de anillos rojos y blancos. La muchacha sin rostro tomó una de las serpientes por la cola, y la azotó en el suelo como un látigo; el restallido zumbó en sus oídos, y el cuero transmutado rompió el sonido con chasquidos.

Los brujos más desafiantes se precipitaron en fila para mostrar la espalda al instrumento. Daniel fue el primero de ellos, se arrodilló de espalda frente la joven y el restallido del látigo cortó la tela negra y abrió su carne. Hizo un esfuerzo tremendo por no gritar, y el látigo volvió a zumbar con un chasquido amortiguado por la piel y las costillas del joven regordete. Aquella depravación se repitió tres veces más, hasta que la carne viva del joven asomó con borbotones de sangre… y una exclamación de aplausos y vítores revolotearon como cuervos. Había caído sobre las manos con el rostro descompuesto bajo la máscara, y su espalda mostraba orgullosamente unos seis latigazos.

El Lobo Sonriente se acercó al joven de ojos verdes, y lo abrazó en su incorporación. Le quitó la capucha con manos amables, revelando un rostro martirizado y enrojecido que lloraba desconsoladamente. Aquella figura palmeó los hombros de Daniel y le dibujó una estrella en la frente.

Los brujos se turnaron para recibir azotes, y otros desplegaron machetes romos para probar su fe en la doctrina mediante el dolor; bajando espíritus capaces de hacer invulnerable su cuerpo. Los alaridos, chasquidos y regueros de sangre conformaron una orquesta dionisíaca de horror, terror y locura en conmemoración a la Oposición de San Lucas contra las Leyes Judeocristianas. La sangre manó en raudales, y los hechizos gnósticos sumergieron aquella tribuna en trances y canturreos ininteligibles.

Andrea quiso acercarse a la ceremonia para recibir su Signo en la frente, pero la tomó de la mano y la alejó.

—¿Qué haces?

—Vámonos, esto no me gusta nada.

Una mujer enseñó unas tetas de grandes pezones oscuros, y un hombre se las embadurnó de sangre… Esto la excitó grandemente, y aquella consumación de horrores parecía precipitarse a un desenlace crapuloso con el rasgar y desnudar de los cuerpos mutilados. El dolor y el placer. Los licores y los estupefacientes quemados en ascuas despertaron sentidos aletargados y reprimidos. Sentimientos lúbricos que permanecían dormidos, y esperaban asomar como demonios en momentos de libertinaje: con la ingesta de la sangre y la consumación del horror visceral.

Salió del mirador, tomando a Andrea de la mano y juntos bajaron la colina a uno de los salones de baile

desocupados. Los azotes y los gritos fueron sofocados por una brisa piadosa… que se llevó el olor ferroso de la sangre. Se escondieron en uno de los salones circulares de amplio espacio y barra desocupada, repleta de copas y vasos cristalinos para servir bebidas. Quería marcharse de aquella Finca del Horror, y regresar corriendo a sus cuatro paredes de encierro sagrado y aislamiento pacífico. Habían llegado demasiado lejos, y era tiempo de regresar a casa y matar lo que obraba dentro de sí.

—Lo siento, no puedo seguir contemplando esto.

—¿Por qué? —Andrea jadeaba—. Todo es muy hermoso.

—¿Hermoso? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Es repugnante!

Andrea se cruzó de brazos, y meditó sobre su cuestionamiento. Lo mismo había pensado María de los Gules, y ellos resultaron ser seres felices en su miseria. Pero, la violencia y la lubricidad eran demasiado… Estar reunido junto aquel tropel de brujos abigarrados lo espantó, y sus creencias descabelladas fueron degradantes. Veía aquel Lobo Sonriente de yelmo argentino como una representación del mal: una figura satanizada que encarnada el salvajismo y el horror; si hubiese tenido a mano una pistola, él…

—Ustedes no pertenecen aquí—dijo un hombre alto. Vestido completamente de negro, con el rostro escondido en una capucha—. Nunca los había visto.

Se giró, y sintió el mundo colapsar cuando aquel hombre—que crecía como un gigante ante cada zancada—, recortó la distancia apresuradamente y tiró del pecho de su sotana con un desgarro de tela. El pelirrojo se quedó sin aliento y Andrea dio unos pasos atrás, sin saber si correr o gritar…

—¡¿Quién eres y por qué estás vestido como ellos?!
Negó con la cabeza, sudando frío y tartamudeando. Intentó levantar las manos, y sintió una fiera embestida que lo aturdió… Fue como un martillazo en la mandíbula, seguido de una bofetada de calor. Cayó al suelo con el rostro encendido… Andrea se interpuso, rogando.
—Por favor—repetía, exasperada—. ¡Solo queríamos ver!
Se quitó la capucha, revelando un rostro juvenil y lloroso. El cabello negruzco cayó sobre sus hombros como un racimo de serpientes muertas… El hombre dio un par de pasos atrás, con las manos en la cintura. Jadeó, y se quitó la capucha como pudo, la boca le sabía a sangre…
—¡Niños! —Replicó el hombre, y reconoció su voz autoritaria—. ¡Dios mío, menos mal los encontré yo!
Era Marcus Blanco, el policía que frecuentaba la tienda esotérica y conocía de vista y conversación. Lo ayudó a levantarse, apenado, y junto a él atravesaron las bodegas y los naranjos sin ser vistos. Marcus les hizo jurar que nunca volverían a la Finca del Chaure, y que no debían hablar de lo ocurrido… Que estaba encubierto en una misión de alto peligro, y que un horror sin precedentes estremecía los cimientos de Montenegro.
—Tienen que esconderse hasta que salga el sol—les exigió mientras los dejaba pasar por un agujero en el cercado del ganado. El humo del mirador se tornaba blancuzco, y los quejidos subían a tonos inhumanos—. Aléjense por los ranchos cercanos y eviten acercarse al interior de la montaña. ¡Maldición, esta noche los diablos andan sueltos! ¡No miren atrás, en dirección a la Finca… o él los atrapará! ¡Deben

correr e ignorar las voces que los llaman desde las sombras! ¡¿Me escucharon?! ¡No importa que tan humanos parezcan! ¡Si las estrellas comienzan a caer, deben esconderse hasta que esos fuegos fatuos desaparezcan! ¡Nunca regresen a esta tierra maldita y no miren la luna si no quieren ser poseídos! ¡Es una noche de tinieblas y los espíritus inmundos pueblan estas leguas! ¡No sé cómo explicarlo, pero nuestro mundo: el plano físico en el que creemos habitar; es una superposición de muchas esferas, y en noche… las dimensiones se rasgan para dar cabida a seres horripilantes que nacen de las pesadillas!

III.

—Siempre te veo llorar, Donna.
—¿Me conoces?
—¿Eres Donna Blanco, no? —Sam se reclinó sobre la parada del bus—. Eres de la otra sección…
—Sí—la chica se limpió las lágrimas con los pulgares—. Lo siento…
—No deberías dejar que los demás te vean llorar, es de mala educación.
—¿Qué?
—Eso me dijo mi padre.
La chica de cabello rizado sorbió por la nariz en una mueca confusa. Su cabello castaño claro era una mata de rizos espesos, era muy blanca, y de ojos almendrados… Siempre la veía en la parada del bus al salir de clases, pero nunca tomaba la misma ruta que él.
—¿Cómo sabes mi nombre?
Se encogió de hombros, despectivo.
—Lo escuché.
Donna tomó uno de sus rizos y lo estiró, sonrojada.
—¿Siempre estoy llorando?
—Es extraño, podría decirse que te conozco con anterioridad, ¿nunca hemos hablado antes?
La chica negó con la cabeza.
—Creo que… es porque Melissa es mi prima.
—¿En serio?
—Sí… Ella quería que vinieras con nosotros a la quebrada, pero no quisiste ir—le dedicó una mirada extraña—. ¿Prefieres estar encerrado? ¿No te sientes solo?
Frunció el ceño, y acarició su mentón. No podía creerlo… ¿Una chica comprensiva y afectuosa? Una fémina que no lo intimidaba. No parecía una lamia

sanguijuela o una bruja manipuladora, y su perfume era muy agradable. Había visto a Donna anteriormente, pero esta vez la detalló como un escultor reconoce una estatua finamente tallada y modelada por un artista admirado: era una Venus mimosa de cabello rizado, y rostro enternecedor.

—¿Soledad y aislamiento? —Cruzó los dedos y miró los nubarrones grisáceos que se arremolinaban sobre Montenegro—. He estado meditando mucho sobre eso. A veces, pienso que me alejo de las personas sin razón. Siento que me miran como un bicho raro…

—No eres raro—Donna le tocó el hombro—. Crecer es difícil, y Melissa ha dicho que no tienes una familia corriente. Me dijo que te costó hablarle al inicio, como si tuvieras miedo de decir algo equivocado… pero, que te has abierto más al mundo hablando con los clientes. Está orgullosa de ti.

No pudo evitar sonrojarse al escuchar lo que Melissa pensaba de él.

—¿Melissa?

—No le diré nada, tranquilo—le golpeó el hombro con la delicadeza de un gato y sonrió disimuladamente—. La próxima ocasión, espero que podamos conocernos personalmente.

—Pero, no quiero verte llorar.

A mediados de noviembre la expectación con el Presidente y sus Jinetes crecía en raudal. Todos hablaban de la Gran Fiesta a la que asistirían cantantes juveniles, y la comparsa después de la celebración. Se sintió aliviado con el despejar de las tareas, pero la ausencia de María le preocupaba… La chica no había aparecido, y no respondía sus mensajes. Finchester sí regresó a clases, luciendo un ojo morado y los

brazos llenos de cortadas… Esta vez el ausente era Nelson, pero no le prestaba atención a los rumores que circulaban en torno al Barrio Porvenir, y las frecuentes denuncias por infartos repentinos causados a un virus desconocido.

Volver a ver a Daniel en clases lo llenó de un desasosiego indescriptible: miraba su rostro afable y sus carnes flojas enternecerse con un repugnancia inquietante. Sus ojos oliva poseían un brillo grasiento que, aunque imperceptible, podía entrever sus maquinaciones perversas. Aquella noche de tinieblas se refugió en una casona junto a Andrea, protegida por incontables hechizos imperecederos, que los mantuvieron alejados de los gritos y las turbas que pululaban en la montaña embrujada. Una fuerte lluvia se precipitó hasta la madrugada, y tomaron el primer autobús al centro con los ojos apesadumbrados.

Finch fue el primero en salir escopetado del salón ante el timbre del receso. El salón se vació aparentemente, y los únicos en el aula fueron Ezequiel, Violeta, Daniel y él… que seguía concentrado en resolver los ejercicios matemáticos que dejó el profesor.

—Regresaste—dijo Ezequiel—. Creí que te ibas a retirar…

—Déjalo—se quejó Violeta—. No busques más pelea.

—Daniel es un cobarde—sonrió el chico, herido en su orgullo por el episodio de enajenación—. Le doy un pechero y se vuelve a llorar. Nunca se defenderá, porque solo sabe tener miedo.

—¡Cállate, maldito! —Le espetó el blanco de mejillas rollizas y se levantó, enfurruñado—. ¡Te voy a romper esa boca!

Ezequiel se levantó, con las venas del cuello tensas y los puños cerrados. Ambos recortaron la distancia con pasos firmes y vacilantes, pero Daniel recapacitó con la diferencia de altura cuando el moreno le puso una mano en el pecho. Aún así, el regordete apretó los dientes y empujó a Ezequiel con las dos manos… El joven dio unos pasos atrás con una máscara frívola, y de un empujón, mandó a volar a Daniel hasta la puerta cerrada.

Dejó de despejar las fórmulas, y frunció los labios. Pensó en María, y que quizás ella se hubiera levantado para impedir una trifulca… pero ella no estaba, se había ido y no sabía si volvería. Daniel chilló por el ardor de sus costras abriéndose con el aterrizaje… pero se levantó, llorando, y lanzó un gancho. Ezequiel no esperó: detuvo el gancho con su antebrazo, y con el otro brazo le propinó un puño recto en la nariz. El joven retrocedió con la cara llena de sangre, pero el matón no cedió en su jarana… y le soltó un múltiplo de golpes a la cara, hasta que Daniel estuvo en el suelo con la cara y la camisa celeste ensangrentadas.

Sam empujó a Ezequiel, que chocó contra la pizarra.

—¡Es suficiente!

—¡NO TE METAS!

El joven se abalanzó con las manos como garfios, y el pelirrojo saltó atrás con las manos en alto.

—¡No voy a pelear contigo! —Se dirigió a Daniel, que sangraba abundantemente de su nariz, labios y párpados hinchados—. ¡Míralo! ¡Detente, por favor!

Ezequiel levantó un puño, amenazante, pero no bajó la mirada. El matón apretó las muelas, y Violeta apareció entre ellos para apaciguar las ascuas de su no-

vio. Daniel soltó una carcajada y escupió el exceso de sangre en su boca.
—Te dije que me las pagarías—rio, pero no hizo más. Se levantó adolorido y salió del salón.
Daniel no regresó, y todos aseguraron que se fugó de clases. Volvió a su asiento con las piernas temblorosas, en su arrebato había empujado a un muchacho una cabeza más alto y con brazos desarrollados. La fuerza de Ezequiel era prodigiosa, y nunca había medido las propias en peleas escolares. Al terminar la última clase, le llegó un mensaje de Andrea:
«Capturé a la lamia, la tengo maniatada en el salón de música. ¡No creerás quién es!»
Paseó la mirada por los asientos vacíos, y tragó saliva por la pobre muchacha caída en las redes de locura de la bruja. Salió apresuradamente por el corredor principal, y se topó con una muchedumbre que seguía al Presidente Gerardo, acompañado del alto y delgado Jesús, y del gigante Ronny. Les llovían preguntas, y el rubio sonreía negando con la cabeza, negándose a responder cualquier cuestión referida a los eventos organizados por los Jinetes.
—Presidente—una chica con el uniforme beige del cuarto año tomó a Gerardo del brazo—. ¿Y cómo organizarán la seguridad? Las calles se han vuelto peligrosas.
—No se preocupen—rompió su silencio—. Trabajaremos en conjunto con la policía para velar por la seguridad de la juventud.
Pasó junto a la multitud de estudiantes, y se alejó de la caravana, yendo hasta el final de la hilera de salones que correspondían los edificios rectangulares. Llegó hasta el fondo, junto a los baños, y se topó

con la puerta trancada del salón de música. Llamó a Andrea, la chica no tardó en abrir los cerrojos y desarmar la barricada de pupitres.

—¡Samuel! —Sonreía con malicia. Su piel morena le daba el aspecto de una ninfa de fuego, y la larga cabellera negra se desparramaba en sus hombros como zarcillos de azabache. Delgada y alta, lozana y fresca—. ¡Tenía razón! ¡Es ella! ¡El perfume de tu sangre la atrajo como una mosca a un farol!

—No recuerdo haberte dado mi sangre…

—La tomé de esa espina en tu mano—dijo. Miró por encima del hombro de Andrea, y vio una chica morena que deliraba en una silla con las manos atadas—. ¡Tenías que ser tú! ¡La había visto mirándote como con ganas de comerte vivo!

Soledad se estremecía en sueños, y sus párpados se agitaban. Se acercó y le apartó el pelo pegado a la frente por el sudor… Estaba delirando por fiebres peligrosas.

—¿Qué le hiciste?

Andrea sonrió, mostrando los incisivos superiores, más afilados de lo que recordaba.

—Burundanga.

—¡Andrea!

—¡Es ella! —Señaló la bruja con firmeza—. ¡No estoy loca, Samuel! ¡El escarabajo me lo dijo, y no es propenso a las mentiras! ¡Las lamias odian las cruces y la sal consagrada es su veneno! ¡Hubieras visto su expresión cuando le arrojé sales ceremoniales en el cabello! ¡Se dobló por la cintura del dolor y corrió a lavarse! ¡Fue entonces cuando rocié este alcohol con tu sangre disuelta y Soledad enloqueció como una fiera!

Se llevó las manos a la cabeza.
—¡Nos meterán a la cárcel por agresión!
—¡No! —Andrea tomó sus manos y las bajó—. ¡Destaparemos una lamia y te salvaré de sus colmillos!
—¡Soledad es una buena chica! —Estudió la expresión serena que mantenía la joven, a pesar de las pesadillas que la asediaban. Descubrió los granos de sal gruesa en su cabello rizado y sintió pena—. ¡Te echaré la culpa, definitivamente! ¡Yo me voy!
—¡Samuel Wesen! —Andrea entornó los ojos—. La palabra de una mujer en la corte penal, vale más que la de cien hombres. Sal por esa puerta y pasarás el resto de tus días en la Cárcel de Ciudad Zamora. Escuché… que los violadores son los que reciben los peores castigos por los reos.
—Andrea—palideció, dubitativo—. Tú no me harías eso…
La chica se cruzó de brazos.
—Te dije que me las pagarías.
Sintió sus ojos llenos de lágrimas.
—¿Qué más quieres de mí, mujer?
—Quítale los zapatos a Soledad Rodríguez.
—Me van a matar las mujeres…
Intentó negarse, pero la chica lo amenazó con testificar en su contra… y no tuvo más remedio que obedecer: pidió perdón a Soledad, y se agachó para desatar los cordones de sus zapatos. Quitó el calzado con esfuerzo y se sorprendió del olor peculiar que desprendían sus medias: estanque y caliza. Andrea insistió en quitarle las medidas, y se apresuró: los pies que descubrió eran largos y planos, y los dedos estaban todos al mismo nivel: eran pies similares a las

patas palmeadas de las aves acuáticas.
—Que raro…
—¿Ves? —Le reprochó Andrea—. Te lo dije: pies de pato. Soledad no es un ser humano…
—Es cruel burlarse de las condiciones de los demás, Andrea—se quejó el muchacho—. Odio que no seas empática. Soledad nació con una deformidad, y tú sacas conclusiones precipitadas. Debemos despertarla.
—Es cierto—concluyó Andrea y sacó el frasco de colonia de su bolsillo—. Presta atención, imbécil.
Roció a Soledad con el alcohol, y la nube de gotas sanguíneas impregnó el salón con un aroma afrutado y dulzón, ligeramente cítrico y robusto. Soledad se estremeció, y abrió sus ojos oscuros, contraídos como las pupilas de un gato… Esto lo asustó, era la primera vez que veía esa reacción a un perfume aderezado con sangre. La chica clavó sus ojos en él, e hizo rechinar los dientes.
Andrea se cruzó de brazos.
—¿Ya ves? Acércate más, y verás como te lanza una dentellada.
—Lo siento—se quejó Soledad—. Creía que podría mantener el secreto.
—¿Qué? —Abrió la boca—. ¿Entonces si eres una lamia?
—En parte—Soledad escondió sus pies palmeados bajo la silla—. Mi madre es una lamia, y mi padre la tomó como esposa…
El pelirrojo arqueó las cejas, meditando inconscientemente en los pobres hombres que se rebajaban al casamiento con engendros.
—Una lamia y un humano no pueden estar juntos—

Andrea se persignó visiblemente—. ¡Es una abominación que se remonta a la caída de Sodoma! ¡Los híbridos tienen que arder en el Infierno!
Tiró de la cabellera de Andrea y la chica se mordió la lengua.
—Cállate, Soledad no es un monstruo.
La bruja le golpeó el hombro con el puño.
—¡Caíste en su seducción!
Suspiró, Soledad no era particularmente hermosa: su cabello rizado era muy espeso, era demasiado delgada y de piel ambarina… pero sus ojos azabache eran muy grandes y brillantes. Aún así, no se sentía esencialmente atraído por sus encantos.
—Que va—se encogió de hombros—. Esos pies de pato espantan. Además, las lamias tienen cuerpo de dragón, senos provocativos y cara de mujer voluptuosa. Y… lo siento Soledad, pero pareces una tabla de carpintería. No creo que seas un híbrido de lamia… solo naciste con pies feos y tienes padres crueles.
—¡Lo siento, pero soy una lamia! —Replicó Soledad, mientras se calzaba los zapatos—. No puedo acercarme a una iglesia porque enfermo.
Sam se golpeó la frente con la palma… ¿Por qué las mujeres se obsesionan con la idea de ser especiales? Pensó, pero se mordió la lengua.
—Autosugestión.
—¿Y su manía con la sangre?
—¡¿Qué sé yo?! —Se encogió de hombros—. ¿Parafilias?
—Mi madre muerde a mi padre en el cuello para chupar su sangre.
—Pobre hombre—suspiró y se dejó caer en un asien-

to—. Como sea. Puede que existan seres que desconocemos, y que muchas razas se hayan mezclado con la humanidad antes de desaparecer. En Montenegro, por supuesto… más de una chica tiene gotas de lamia en su sangre, y puedo asegurarlo. Duendes, faunos, trasgos, hadas, quimeras… La mayoría de los españoles provienen de regiones célticas y germánicas. Los mestizos propios de esta tierra debieron heredar estas leyendas.

—Es que yo salí a mi padre—sonrió Soledad, risueña—. Mi madre tiene los cabellos dorados, y es blanca como la leche. Ella nadaba desnuda en un estanque hechizado, en lo profundo de la montaña. Un jeque árabe la compró y la obligó a venir con él a la montaña como sacrificio para sus dioses paganos. Pero consiguió escapar, aunque cayó en un arroyo y no pudo salir durante cien años. La maldición de las lamias fue impuesta por Dios, debido a estas hermosas mujeres que manipulaban a los hombres y arruinaban familias. Yahweh reveló su verdadera forma: dragones codiciosos con senos y rostros bellos.

»Con el tiempo, desarrollaron sortilegios para esconder la deformidad de sus cuerpos, y requirieron de sangre masculina para acrecentar esta belleza artificial. Si caían en agua, no podían salir por mérito propio… siendo presas de la feminidad del elemento. Mi padre rompió su maldición, y la llevó a vivir con él en nuestro barrio, alejados de todos… Este es mi secreto, y les pido que lo guarden.

Andrea desenfundó un crucifijo de ébano. Soledad saltó con un aullido y sus ojos se contrajeron como los de una culebra.

—Su transformación aún no se completa—dictami-

nó la bruja—. Como híbrido, tiene que ingerir sangre de hombre para que su cuerpo sufra la maldición hereditaria. Se dice que Algarrobo era hijo de una lamia y un brujo…

Soledad se abalanzó sobre Andrea, derribándola con una embestida. Las chicas giraron sobre el suelo como víboras, pero la morena consiguió posarse sobre la bruja… mostrando unos colmillos ofidios que brotaban de sus encías. Samuel actuó por impulso e intentó quitar a Soledad de encima con sus brazos… El forcejeo fue rápido y sucio, cerró sus brazos alrededor de la chica, y sintió un mordisco frío en su antebrazo, seguido de una humedad tibia que brotó en manantial.

IV.

—Samuel—Marcus parecía lóbrego, su rostro reflejaba la flacidez del cansancio, como las excrecencias fungosas de un roble infestado por la plaga—. No debes decirle a nadie que estuve en la Finca del Chaure. ¡Mucho menos a mi hermana Melissa! —Recogió las mangas largas de sus antebrazos nervudos—. Yo tampoco diré nada, pero debes prometerme que no volverás a ese solariego de diablos. Sí, lo sé, pero los estoy investigando por orden del superior. Se está reuniendo gente importante de ese mundo avinagrado en la finca…, brujos con recursos que se han involucrado con trata de blancas y sacrificio de menores. En las regiones adyacentes se reportaron desapariciones de niños, junto con el incremento de las beatificaciones en Montenegro. Empero, Algarrobo se cubría con un manto de armiño y lo rodeaban hechiceros dignatarios… y durante esos tiempos los rumores de niños desaparecidos no se difundían con la misma solidez que hoy, pero aún así, los rumores de infantes enterrados en la Finca del Chaure, acrecientan el horror fantasmagórico de esa tierra. Más de un esqueleto diminuto se ha encontrado al hurgar el huerto en época de cosecha. No sé que acecha alrededor de la finca, pero los campesinos de la comarca han visto desaparecer borrachines en medio de la noche, cuando los perros lloran en jaurías, temerosos de los males que acechan desde los albores de la existencia.

Se rascó la nuca, inquieto. Paseó la mirada por la desolación que reinaba en la tienda, de tenebrosas estanterías y guirnaldas santiguadas. Su padre había

colgado atrapasueños con extrañas plumas rojizas, y un par de cabezas de mono disecadas bajo la campanilla del portal.

—Creo que… algo malo va a ocurrir en mi colegio.

Marcus se puso lívido y apretó los labios.

—Te daré mi número telefónico, y durante las horas de clases me pasaré frecuentemente por el Colegio Bolivariano en la patrulla.

Presentía que un acontecimiento nefasto se avecinaba al cierre de clases. Finch asistió la primera hora, pero se fugó en medio de la segunda materia sin decir nada a nadie. El asiento vacío de María fue ocupado por Ana, y Soledad ocupó el que alguna vez fue el asiento de Nelson Arciniega. Aquellos se desvanecieron en una bruma deshilvanada de niebla, lejos de la pesada vida cotidiana. Estuvo toda la mañana inquieto, mirando por encima del hombro a Daniel, que ni reparó en su inquietud: estaba demasiado concentrado en escribir una larga nota.

El timbre de receso rompió el silencio, y la mayoría se levantó para merendar y estirar las piernas: Ronny y Patricia salieron tomados de la mano, Mariann desapareció con una sonrisita en dirección al despacho presidencial, Andrés y Salvador hablaron en voz baja de una cacofonía que captaron con no sé qué aparato a una hora imprecisa en el camposanto; y el resto permaneció en sus cubiles, pasando el rato con amigos y bostezando despreocupadamente. Miró largo rato a Ezequiel, que le regresó una mirada hosca, reclinándose junto a Violeta.

Azogado, escuchó un tintineo y miró de reojo a las tres chicas de la esquina que hablaban por lo bajo con risitas disimuladas.

—¿Qué tanto miras? —Preguntó Ezequiel, hosco—. Se te va a salir la cabeza.
Separó los labios con la boca seca, y no pudo voltear a tiempo cuando un chasquido metálico traqueteo en sus oídos. Se dio media vuelta en el momento que Daniel saltó de su silla y descargó un disparo con una pistola. El resplandor lo cegó y trastabilló… Lo único que vio después del cañonazo fue a Ezequiel caer de su silla con un agujero en el pecho que enrojecía su uniforme como una flor escarlata que se abre. Los gritos desataron un pandemonio infernal, y Daniel cruzó rápidamente el salón para trancar la puerta con seguro.
Violeta se lanzó sobre el cuerpo desvanecido de Ezequiel con el rostro descompuesto, y las chicas de la esquina rompieron a gritar y se lanzaron al suelo. Olía a pólvora y fósforo.
—¡Violeta! —Señaló con la pistola Glock a la chica—. ¡Así va a terminar! ¡Te entregué mi corazón, y me regresaste un ramo de espinas!
—¡¡¡Daniel, por favor!!!
—¡Esto es lo que merecen las zorras manipuladoras como tú! —El regordete enrojeció, y las lagrimas saltaron de sus ojos—. ¡¡¡Todos esos años que fuimos amigos y me decías que me querías!!! ¡¿No significaron nada?! ¡Yo te amaba, di todo por estar contigo!
Violeta rompió a llorar.
—¡¡¡Daniel, no!!!
—¡¿Por qué con él y no conmigo?! —Gritó el joven, y levantó la pistola ante una vorágine de gritos—. ¡¿Es porque soy un buen chico?!
Jaló del gatillo y un disparo atronador llenó la estan-

cia de ruido ensordecedor. Las chicas se abrazaron, llorando, y mantuvo la cabeza baja… sacando el teléfono para llamar a Marcus. Un golpeteo se escuchó del otro lado de la puerta, y las voces de los profesores se aproximaron desde un vendaval ajeno.
Daniel lo apuntó con el arma.
—¡¡¡Suelta ese teléfono!!!
Dejó el aparato en el suelo con la llamada saliente… y levantó las manos.
—Daniel… no...
—¡Cállate, miserable! —Giró, con la pistola en alto—. ¡¡¡Ahora yo tengo el control y todos me tienen respeto!!! ¡Ya no soy el gordo Daniel o… la ballena blanca! ¡No, nunca más! ¡¡¡Ahora, ustedes me respetan!!!
El joven llego hasta la esquina del salón con furiosas zancadas, y tomó a Bianca del brazo. La chica se resistió con chillidos y las amigas soltaron horribles sollozos. Daniel la golpeó con el mango de la pistola en la cabeza, y le propinó una patada a Ana para alejarla.
—¡¡¡Ven, maldita perra!!! —La arrastró, desordenando las sillas a su paso, y la colocó frente al pizarrón en postura de orador. Le apuntó con la pistola en la oreja—. ¡Una vez dijiste que preferías estar muerta a ser mi novia! ¡¿ERA VERDAD?!
Bianca negó con la cabeza tan fuerte que por poco se le cayó de los hombros. Daniel se echó a reír… Se acercó con las manos en alto, no sabía lo que hacía, pero la inquietud se apoderó de su espina.
—¡¡¡A ese, que es grosero y pugilista, todas lo idolatran!!! —Señaló a Ezequiel con el índice. El muchacho reposaba en un charco de sangre con Violeta sobre su pecho envuelta en llanto… creyendo que

podía levantarse y protegerla. El rostro de Daniel era un poema macabro: estaba destrozado por los golpes y la hinchazón, y las emociones que transmitía eran palpables—. ¡¿Los chicos buenos qué?! ¡¿Qué pasó con los que escriben cartas y hacen dibujos?! ¡¡¡A esos, ustedes los manipulan y los destruyen para subirse el ego!!! ¡MENTIROSAS!

—Daniel, se te puede disparar…

—¡Los voy a matar a todos aquí! —Ante esas palabras, las chicas de la esquina rompieron a llorar con más fuerza y Bianca escondió el rostro en las manos—. ¡Todos se burlaron de mí por años! ¡¿Creyeron que me iba a tragar todo como niño bueno hasta la graduación?! ¡¡¡Le robé la pistola a papá para matar a los que me lastimaron!!!

—¡Daniel, no! —Levantó la voz, vacilante.

—¡Cállate, Samuel! —Dirigió el arma a Violeta—. ¡Mataré a esta perra mentirosa! ¡Yo creía estar solo, pero no era cierto… porque ella prometió estar conmigo! —Miró al pelirrojo, llorando, y bajó su tono altanero—. ¿Y ahora? Ni siquiera me mira a los ojos. ¡Te mataré, sucia hipócrita!

Saltó al frente cuando oyó el cañonazo, pero fue más una caída que un salto. Quería detener la bala, no importa cómo, y se lanzó… con ese pensamiento en la cabeza. Escuchó el restallido del cañón, y el fogonazo de pólvora nubló la estancia. Un golpe gomoso llegó a sus oídos y el silencio cayó como un telón. Daniel permaneció de pie varios segundos después de disparar, y cayó al suelo conteniendo la respiración. Se cercioró de que la bala no lo había atravesado: tenía el pecho y los miembros intactos. Violeta lloraba en silencio, hundiendo la nariz en el pecho de Ezequiel con el rostro ensangrentado.

—¿Cómo hiciste eso? —Daniel palideció y bajó la pistola—. ¿Eres un Santo, acaso? —Retrocedió unos pasos y Bianca cayó al suelo, temblando débilmente—. ¿Un milagro? La bala rebotó a un metro de ti, y se incrustó en el pizarrón. ¡Mira ese agujero negro!

Se incorporó mostrando las palmas, con una rodilla hincada. Negó con la cabeza…

—Sé que te sientes solo, Daniel—dijo suavemente, meditando cada palabra—. Piensas que no tienes amigos, y que todo el mundo quiere hacerte daño. Duele mucho estar allí… donde nadie te conoce. Te preguntas a ti mismo por qué siempre estás tan enojado. No recuerdas desde hace cuánto tiempo vives así: soñando con olvidarte del mundo y desaparecer. Estás harto de todo, pero sigues fingiendo que está bien seguir así… escondiendo las cosas nocivas que te atormentan. He estado allí, en esas noches de insomnio, cuando no sabes si escapar de todo o un tiro en la cabeza sea la solución.

Daniel volvió a levantar la pistola apuntando a la cabeza del muchacho.

—Tú no sabes nada, Samuel. La vida ha cambiado… y nada es como antes. Hemos crecido en un mundo dividido y sobrepoblado… Nacimos en la época de la esclavitud y el aislamiento sistemático. ¡Cada quien decide cuándo terminar su sufrimiento!

Un golpetazo atronador hizo crujir la puerta, que pronto cedería tras la avalancha de golpes.

—¡ABRAN LA PUERTA, ES LA POLICÍA!

Marcus había llegado pronto, y estaba a punto de derribar la puerta… cuando Daniel se llevó la pistola a la cabeza.

—¡ES LA ÚNICA SOLUCIÓN! —Gritó, con el cañón del arma en la sien—. ¡Mi alma ya fue vendida y quiero arrancar este dolor de mí! ¡Lo que un día fue amor, hoy es una enredadera de púas!

—¡NO, DANIEL!

Se abalanzó y sujetó la pistola con sus dos manos. Daniel le golpeó un párpado con la frente, y sintió su cara llenarse de sangre al momento… Ambos chicos giraron en el suelo, Daniel era más pesado, pero extraía fuerzas de fronteras desconocidas mientras sudaba a torrentes. Colocó las rodillas sobre el pecho de Daniel, y le volteó el rostro de un puñetazo… La pistola voló lejos de su alcance, y la puerta se desprendió con un crujido.

Daniel rompió a gritar en aullidos desesperados mientras Marcus entraba en el salón. Sus alaridos retumbaron en las paredes, e hicieron vibrar las ventanas… Eran los gritos de un hombre destrozado que llegó al final de un camino tortuoso, para mirar un precipicio al que se le niega saltar.

Capítulo 5: Las Puertas de Piedra.

I.

—Quiero a alejarme de todos y abrir lentamente el hoyo de mi féretro para ser olvidado. Desaparecer eternamente junto a los gusanos… sin que nadie se entere. Sin lágrimas, ¿será hermoso, verdad?

Finch se reclinó sobre las gradas frías del viejo estadio abandonado… y miró las formas que se desdibujaban, como espectros de humo, en mareas de niebla translúcida. Uno de ellos era un ser negro y terrible, tiznado de brea y con el rostro tapado por una máscara roja de diablo.

—Batea, batea—repetía en susurros como un papagayo—. Sácala del estadio.

El joven pelinegro extrajo un cigarrillo y lo encendió, llenándose los pulmones con el humo nacarado.

—¿Puedes recordar el último partido que se jugó en este lugar?

El enmascarado guardó silencio, y clavó los agujeros de la máscara en la arena desprolija que se extendía, guerreando contra la hierba, por aquel coliseo moderno. Estaba muriendo, egregores como él—si realmente se lo concebía como un espíritu—, habitaban lugares capaces de brindarle esencia… y morían lentamente en el olvido Aquel ser era inofensivo, y parecía animarse con la compañía.

—¿Quieres que rompa tu atadura?

—Batea, batea.

—Sé que no pueden suicidarse, pero es muy triste verlos aferrarse sin motivo a cada chispa de vitalidad. Son menos que fantasmas…

—Eres un… niño bueno.
Aquel resto de pensamiento tenía forma de niño desnutrido, y la máscara que cubría su cara era demasiado grande. Se sentaba de cuclillas y temblaba, azogado por un frío vacilante; pero era imposible, porque los espectros no eran afectados por el calor o la ausencia de este. Eran impresiones plasmadas en el mundo por las mentes, como las manchas grabadas en la retina por el sol. Hace veinte años que aquel estadio se caía a pedazos, pues el béisbol no era célebre entre los montenegrinos. La mayoría eran personas toscas, taciturnas y resabiadas. Muchos espíritus errantes eran ánimas, nacidas de los malos pensamientos y la euforia colectiva; un reflejo ceroso de Montenegro sobre un charco grasiento. Los errantes eran vagabundos del mundo invisible, vampiros de la energía que los creó como cascarones.
En Montenegro habían tantos espíritus como personas, algunas veces su número era superior, y se sentía su presencia fluctuar en grandes concentraciones plasmáticas. Pero su número se reducía abruptamente con la merma de influencias, y la mayoría de los días, estos entes se escondían en madrigueras de horrores. Las escuelas, orfanatos y hospitales eran santuario de pensamientos negativos que germinaban en endriagos caóticos, bufones y melodramáticos.
Finchester miró largo rato al diablillo tembloroso.
—¿Dónde está el indio?
—Muerto…
—¿Se borró su huella? No puedo creerlo, era pensante y aún sobrevivía de las festividades.
—¿Crees que? —La máscara de diablo giró a su merced, envejecida y descascarada—. ¿Podré batear sin haber desayuno?

Finch se terminó el cigarrillo y lo lanzó a la arena. Salió de allí más deprimido, puesto que el Indio, aquel ser repulsivo que se atiborraba de hojas y disfrutaba tirando del cabello de las jóvenes… había sido borrado. Quizás la muerte más triste era la de los errantes, pues llevaban existencias marginales al ser proyecciones energéticas… y cuando la fuente desaparecía, iban pereciendo hasta el desgaste entrópico. Se alejó por la Calle San Gregorio, que discurría por el centro de la ciudad, seccionada por incontables avenidas, sumergiéndose en grutas pobladas por gentes extrañas de andanzas avaras y fealdad marcada; un fantasma claroscuro notó que podía verlo, y se pegó detrás suyo… recalcitrante en su miseria existencial. En el centro habitaban muchos espectros que se rehusaban a la muerte, y… aunque eran impresiones de fallecidos que deambulaban ciega y estúpidamente, podían ser atrapados en ataduras durante años.

—Quisiera ser… un caracol—susurró con voz gutural.

El espectro era realmente pequeño, y estaba vestido con harapos zarrapastrosos. Su cara era muy sucia, y el cabello largo le llegaba a los talones. Aquellos barrios empobrecidos y estrechos de casas destartaladas daban forma a criaturas inhumanas nacidas de las frustraciones como caníbales de sus congéneres incorpóreos; debajo de estos grotescos predadores, existían las presas más miserables: los huérfanos que morían de inanición en las calles. En Montenegro existían manadas de niños sin hogar, que sobrevivían de formas extrañas y eran descuartizados por los brujos en horrendos rituales. Su tristeza, dolor y

mutilación… daba forma a estos espectros infantiles que alimentaban a los engendros caníbales.
El sector estaba demasiado tranquilo, paseó la mirada por casuchas abandonadas y derruidas, y no percibió un solo atisbo de ese mundo invisible: habían desaparecido, asustados. Transcurría un fenómeno inexplicable en el pueblo desde la Noche de Brujas, y las entidades brillaban por su ausencia en las madrugadas de llantos y los atardeceres melancólicos.
Finch penetró en un muro derruido que no tenía protecciones, y salvó una pared venida abajo por la lluvia, entrando en un edificio desolado y oscuro. El salón principal era del tamaño de un teatro, y en una de las paredes relucía un dibujo horripilante: un corazón podrido, franqueado por alambres y clavos… Este órgano carcomido por la inquisición parecía vivo, pintura palpitante en un muro seco. Adentro era un caos de sillas polvorientas, y guirnaldas de telarañas. Finchester se sentó en la silla central, y encendió un cigarrillo para esperar al artista de tan macabro espectáculo.
Esperaba que no viniera un demonio, nunca había visto uno. Presenciar la manifestación de un demonio era indescriptible, todos enloquecían ante la locura que la entidad provocaba. Una vez conoció a un yogui del Barrio Porvenir que solía consumir metanfetaminas y husmear los alteres del Samhain que concertaban los brujos en la montaña. Este muchacho también era sensible al mundo espiritual, pero sus capacidades se relegaban al sentir de presencias. Pero, esta vez decidió seguir un camino opuesto, dejando de lado las exploraciones nocturnas para tratar con espíritus vivificados, invocados cabalmente

por hechicería africana. El yogui dijo que finalmente vería un demonio, que estaba cansado de inhalar su aroma azufrado y su pestilencia a podredumbre antes de manifestarse… y se internó al bosque con unas pastillas extrañas en la mano.

Hace un año de aquello, y aún recuerda con malestar la sangre en las cuencas vacías de sus ojos arrancados. El yogui enloqueció, y fue trasladado al Psiquiátrico Bolivariano de Ciudad Zamora. Contemplar un demonio, era ver a través de la cancela del infierno… Un pequeño vistazo a Dios era demasiado para los hombres. «Si es que realmente existen el cielo, el infierno y un Dios Supremo… y no somos todos más que motas de polvo en un desierto desconocido.»

—Déjate ver, sabes que odio esperar.

—La otra noche cayó un chaparrón de agua—se quejó aquella voz incorpórea que llegó flotando hasta sus oídos desde el garabato—. Creí que mi final llegaría, lo he deseado…

—Yo podría derrumbar la pared para romper lo que te ata a este mundo.

—Lo siento—David cruzó la pared: mitad translúcido, mitad niebla. Llevaba la misma chaqueta de cuero, los pantalones de mezclilla y las botas pulcras con las que se suicidó—. Sé que solo soy un fragmento de aquella alma. Soy el deseo artístico del verdadero David… ¿Pirela? No puedo recordar mi nombre—eso pareció entristecer al pálido de rizos espesos—. Ni por qué me ahorqué en este lugar. Lo único que puedo recordar, mi estimado Finchester, es este mural. A veces puedo oler el aroma de la pintura y el impulso de la inspiración… Un deseo eufórico de creación y desprendimiento. Aunque, quisiera que

todo esto acabe, y que la pintura descascarillada se termine de caer… No quiero desaparecer, al menos yo, ese reducto del alma que se perdió… Me aterra el olvido. No soy la pasión de David por el arte, soy su miedo más profundo, el que nunca lo abandonó en sus momentos más oscuros: el miedo a estar solo.
—Me harás llorar.
—Te dije que no vinieras acá, es muy triste verme a través de ti—el fantasma se ajustó la chaqueta negra—. Solía fumar y contemplar los dibujos que hacía en este lugar. Por alguna razón que olvidé, pasaba mucho tiempo solo. ¿Te imaginas eso?
—¿Has recorrido las calles?
—Un poco, sí—David tomó asiento junto a Finch. Los tentáculos blancuzcos del cigarrillo lo atravesaban, pues no tenía sustancia sólida… semejante a una proyección holográfica. A veces era translúcido, y otras, una mancha borrosa—. Allá afuera es un desastre: los gules se esconderán en sus madrigueras hasta Navidad, los vagabundos parecen gatos temerosos de un sismo, y los más sensibles pueden percibir que un horror acecha Montenegro.
—Nunca fui creyente de la Metempsicosis, pero asumo que David aún era un alma en plena evolución espiritual—Finch dejó caer la colilla de sus dedos—. ¿Qué? Sé un poco de frenología e hinduismo. He visto y hablado con suficientes espíritus, como para discernir que las almas transmigran a otros cuerpos en una sinfonía interminable de vida y muerte… ¿Crees o creíste en Dios antes de ahorcarte? Si realmente un todopoderoso nos ha creado, sombra de suicida, déjame decirte que hizo un caos… y dudo de su cordura dejando este mundo en nuestras manos.

—Eso es muy pesimista de parte de un vivo—David sonrió, famélico—. Este mundo no lo hizo Dios, piensa un poco… Lo moldeó Satanás, intentando imitar a Dios y ganándose el infierno. Finch, mi amigo, huye de Montenegro… Un horror inenarrable ha escapado de su Averno. Las Puertas de Piedra, incontables e indecibles, dejaron escapar una entidad tan antigua como estas tierras, que moraba en las tinieblas y yacía sepultado en los sueños de los hombres. Las regiones oníricas han sido terreno ajeno a la comprensión, al que solo unos pocos aventureros se han atrevido explorar. ¿Qué ocurre cuándo estos dos mundos se encuentran? ¿Criaturas han podido rebasar las fronteras que nos dividen?

—¿Los sueños… son reales?

—Algunos sueños son tan poderosos y extraños, que crean mundos de caos por los que flotan mariposas negras.

—¿Y si el universo es el sueño de Dios?

—¿O una pesadilla?

—¿Quién cruzó desde la Puerta de Piedra y por qué están asustados los espíritus?

—Solo una parte ha salido, pues es como una gigantesca serpiente emergiendo de un hoyo—David se veía más pálido de lo común, y sus ojos castaños estaban vacíos. Nunca se acostumbraría a hablar con alguien que no respira ni parpadea—. Empezará a devorar, hasta que haya consumido todo Montenegro. ¡Eso será el comienzo! La Humanidad entera será devastada por aquel que cruzó las fronteras de su presidio en el Mundo Onírico. El que antiguamente vagó por esta tierra maldita y fue conocido como El Señor de Toda la Oscuridad.

II.

—El primero en morir expiró una semana después de la Víspera de Todos los Santos—dijo Sam con aplomo ante la boca cavernosa de engañosas proporciones—. Era un puritano de la Iglesia Maldita de San Lucas. Confesó, días antes de su muerte… acerca de un descomunal terror, escrutándole desde penumbras insondables de perdición.

—¿Y qué quieres que haga yo?

El Chivato levantó una gran piedra sobre sus hombros nervudos. Era una parodia mefistofélica de pelambre rústica y voz vacilante. Se agazapó sobre la entrada rocosa en medio del claro rodeado de foresta salvaje, y sustrajo una sarta de fetiches mágicos de hueso trenzados con un hilo de cuero. El fauno era grosero e irritable, impulsado por un misterioso motriz que lo hacía habitar la comarca y lapidar a los intrusos en su vesánica vigilancia.

Hizo ademán de reventarle la cabeza con la piedra.

—¡No deberías meterte en nuestros asuntos, humano! —Omar dejó escapar un silbido áspero—. Ustedes, plagas, solo os incumben sus menesteres. A donde quiera que van crean caos y sufrimiento. ¿Por qué te interesa? ¿Qué le pasó a tu amiga?

—No lo sé… Ella no quiere hablar conmigo.

Omar soltó un berrido a modo de carcajada.

—¡Entonces no era tu amiga!

—Tienes que entenderme, Omar—replicó—. Proviene de la montaña, y se está cobrando víctimas. Dicen que aparece en sueños antes de sorber la vitalidad de los afectados… como un parásito onírico. ¡Tenemos que detenerlo! Una amiga mía, Andrea Túnez, ha caí-

do enferma y duerme mucho. Las que cuidan de ella, dicen que es atormentada por pesadillas. Y no solo eso. Creo que en la Finca del Chaure…

—Él no te ayudará, Samuel—Nelson apareció detrás de un zarzal espinoso que rectaba sobre un ciprés desmadejado—. Omar es un Protector Espiritual, y… aunque simpatice con las criaturas que temen a los humanos, odia a estos últimos.

—Conozco bien a los hombres—se quejó con celeridad—. Antes fui uno, y sé la sazón de sus actos egoístas. No permitiré que sigan usurpando mi tierra… ¡Mientras menos humanos mejor!

Nelson rodeó el zarzal y se acercó con las manos en los bolsillos. Vestía un pantalón de mezclilla descolorido y rasgado, zapatos de tela gastados y un camisón sin mangas lleno de costuras que dejaba ver sus hombros robustos. Llevaba el cabello liso y corto, y sus ojos castaños refulgían como charcos de lodo.

—Niega lo que eres, Chivato—el moreno lo retó con una mirada volcánica—. Los Arciniega no te tenemos miedo—se acercó más y se colocó frente a él, mirando al inmenso egipán apostado en la entrada de la caverna—. Yo no te tengo miedo.

Omar soltó un bramido mientras fingía lanzar la piedra a la cabeza de Nelson. La estrelló contra sus pies con una exabrupto de rocas y tierra, después soltó un berrido sulfuroso y se alejó dando saltos con sus potentes piernas velludas. El moreno permaneció largo rato escudriñando el interior de aquella caverna oscura, como si temiese el emerger de hordas de criaturas involucionadas, procedentes de abismos subterráneos… Un rumor se agasajó desde la hierba, y vio un bulto rodante tan negro como el jolín, provenir

de los zarzales, rodando como un caucho perdido. El bulto se detuvo junto a Nelson, y un ser diminuto y negrísimo abrió dos ojos llameantes. Ahogó un grito de espanto ante el despliegue de miembros largos y el par de manos grotescamente grandes de aquel diminuto enano de ébano.

—Es el Pombero—dijo Nelson Arciniega. Le llegaba a la cintura e iba vestido únicamente con un taparrabos de palma—. Es uno de los espíritus más antiguos de estas tierras saturnales.

Aquel ser le pareció una encarnación de lo libidinoso y la crápula indígena. Sus labios eran demasiado carnosos, y sus ojillos porcinos vislumbraron lucubraciones.

—No te metas con Omar—dijo el Pombero con voz profunda y grave—. Es muy sensible, y se esconderá a llorar en su cueva hasta que caiga la noche. Ha cumplido más años como Chivato, de los que cumplió como ser humano…

—Es un mezquino—se quejó Nelson—. Sabe que eso acecha, y que es su culpa por descuidar la Puerta de Piedra—el moreno ladeó la cabeza, como si escuchara un susurro—. ¿Qué es eso?

Sam aguzó el oído a su vez, y cambió su posición a la dirección que apuntaba Nelson: un batir de alas correosas, un dilapidar de huesos y el crujir de la cerámica. No sabía exactamente a qué distancia se encontraba aquello… y siguió a al moreno cuando se internó en la espesura silvestre. Descendieron por un estrecho camino de coníferas y helechos, que no parecía llevarlos a ningún lado… y el rumiar que aureolaba en la lejanía se volvió perceptible para los sentidos comunes. Un hedor a excrementos crecía en demasía, y Nelson

se cubrió las fosas nasales para seguir adentrándose en lo profundo de las lomas. Aquella área del bosquecillo encantado correspondía al fondo de un precipicio, y la bóveda arbórea tapaba, tiránica, los rayos del sol… dando a cada superficie un aspecto gris y purpúreo. Temió encontrarse con una fiera, había escuchado sobre tigres exóticos que infestaban las regiones auríferas de oriente y migraban a las montañas húmedas. Un ruido ominoso de crujidos y pisotones los dejó atónitos, y vislumbraron la aparición de un joven de aspecto superfluo, palidez mortuoria y cabello negro y espeso de cuervo.

Era Finchester Hernández. Estaba destrozando un altar de huesos con sus pies, y maldecía a los espíritus invisibles de la montaña. Se lo veía zarandear el vacío, como un lunático atormentado por avispas inexistentes. Cerca del joven de miembros flacuchos aleteaba un… malestar de extático terror. Lo rodeaba una forma sinuosa y transparente, que estremecía la luz filtrada por la enramada de la foresta como las crestas de las olas en una marea enfermiza. El hedor a excrementos delató los relentes de una entidad putrefacta e impía. Flotó un hálito de sopor inmundo, y ante el último pisotón al altar, se liberó una conjunción nebulosa de fuerzas antiguas… Una legión demoníaca gritó por ultraje.

Finchester maldijo a la bestialidad como un histrión, y un relumbrón lo proyectó del suelo a una enramada cercana. Su cuerpo liviano salió disparado como un pistón, y las ramas crujieron ante el empuje de su caída. Quiso bajar por la pendiente, pero Nelson se lo impidió. Miró los ojos del moreno achaparrado y sintió un escalofrío: sus ojos cafés fueron reemplaza-

dos por un charco grasiento de pupilas amarillentas. Eran los ojos del lobizón…

—¿No puedes verlo, verdad?

Entornó los ojos, y la masa sanguinaria de gran envergadura derivó a una silueta translúcida y oscura que se revolvía en una apoteósica diablura que inspiraba horror y aprensión. Empero, aún era demasiado difusa para distinguir sus verdaderas proporciones, pero era indescriptible: tentáculos rojizos, ojos reptilianos, cabezas de víbora y aberraciones evolutivas incognoscibles… Un revoltijo demoníaco que palpitaba y se estremecía, como un caleidoscopio de locura que se dilataba y encogía, pasando de lo invisible a lo palpable con cada parpadeo. La amorfa sombra se arrastraba con chillidos abominables, y su olor supurante se evaporaba en una letanía gaseosa y mefítica. Finchester se levantó, descoyuntado, y se enderezó, cubierto de arañazos. Llevaba pantalones de mezclilla oscura y una camisa deshilachada de azur oscuro con letras celestes. Con el altar destazado a un reducto de piedra y huesos, y los ídolos africanos pulverizados… La abominación se evaporó como un gigante de paja al que se le rocían chispas de lumbre.

—Te vas a matar—Nelson bajó con cuidado por el sendero inclinado que conducía a la depresión del terreno—. Los Paleros del Samhain invocaron Innombrables a nuestro mundo, en su afán de desvelar los ritos que cruzan las fronteras de la vida y la muerte, y trascienden las limitaciones y trabas de la carne. Pero tales turbas, corruptas en su aversión, son infestadas por parásitos, e… incapaces de abandonar nuestro plano por las ataduras, engendran una abominación. Reparó en el moreno al que todos tomaban por po-

bretón y embrutecido, como una versión masculina y benévola de la metafísica Andrea Túnez. Finchester se enderezó, adolorido, y los miró, desconcertado.
—Esa cosa mató a mi amigo.
—Los espíritus no pueden dañar a los vivos sin provocación—Nelson se extrañó—. Una Fuerza Mayor les impide manifestarse en nuestro mundo…
—Él… no estaba vivo.
—¿Tú eres el último Hernández, verdad?
—Él mismo que viste y calza—sonrió, enigmático—. Y tú eres el último Arciniega. No te preocupes, me iré enseguida de tus dominios y no volverás a verme por acá… Y tú—miró al pelirrojo con el ceño fruncido—. Eres Samuel Wesen, cabello rojo. Debí decirte esto antes: aléjate de María. ¡No quiero verte cerca de ella!
Sus palabras fueron tajantes, y sin más, se marchó con los puños apretados. Estudió en la expresión meditativa de Nelson y tomó el autobús a casa con una extraña sensación en el pecho. Estaba terminando noviembre, y sentía que toda su vida estaba cambiando: se preocupaba por la ausencia de María, por la fiebre de Andrea y ahora, una sensación de inquietud no lo dejaba tranquilo. Soñaba que vagaba por la foresta que circundaba Montenegro en dirección a la temible montaña, y que sombras negras le seguían el rastro… Veía engendros reculos de alas correosas que llenaban el cielo nocturno con enjambres de pesadilla. Un rostro negro en un remolino de nubes tormentosas, y un aguacero de mercurio que derretía las techumbres de Montenegro.
Estiró los brazos a un roble carcomido por un hongo cerúleo, de fosforescencia fantástica, y sus manos se hun-

dieron en el musgo picoso. Encajó los dedos en la superficie rugosa y tocó un cataplasma tibio y resbaloso. Rápidamente escuchó un resuello, y empezó a escarbar con desesperación. Arrancó y apartó aquel hongo brillante, y descubrió un rostro pálido y enfermizo. Andrea agonizaba, enraizada al roble y cubierta de hongos…

—Samuel—abrió los ojos enrojecidos, y tosió excrecencias fungosas—. Tienes que salvarme…

Paseó la mirada por la arboleda de aquel bosque siniestro, y vislumbró los árboles muertos, infestados por la plaga fosforescente. Sus ramas se extendían al cielo en postura de clemencia, y sus raíces protuberantes se adherían a la tierra infértil como las rodillas flageladas de víctimas de tortura. Una sombra monstruosa voló sobre la luna como un miasma, y su densidad profirió un nombre antiguo.

Una música provenía del estudio, acompañado del hervir de matraces y los tintineos metálicos propios de una experimentación química.

Mantenemos ese amor en una fotografía.
Creamos esos recuerdos para nosotros mismos…
Donde nuestros ojos nunca se cierran.
Nuestros corazones nunca se rompen…
Y el tiempo está congelado por siempre.

Así que puedes tenerme.
Dentro del bolsillo de tus pantalones rotos.
Sosteniéndome cerca hasta que nuestros ojos se encuentren.
Nunca estarás sola.

Y si me lastimas.
Bueno, está bien cariño.
Solo las palabras sangran dentro de estas páginas.
Abrázame y no te dejaré ir.

—¿Papá?
—¿Samuel?
—¿Estabas recitando poesía?
—No—su padre estaba reclinado en un cómodo sillón de cuero, con un libro andrajoso en las manos, que parecía extraído de una colección estrafalaria—. Escuché que un niño en tu escuela se voló la cabeza con una pistola, ¿quieres hablar de eso?
—No—Notó que en el estudio hacía mucho frío, tanto, que el aliento se le congelaba. Unos matraces hervían copiosamente con líquidos coloridos, alambiques y retortas creaban un panorama mágico y misterioso. La estantería de libros versados en artes prohibidas le daba un aspecto austero al rostro lóbrego de su padre, cuya cabellera castaña rojiza, oscurecida por los años, comenzaba a encanecer—. Es sobre una amiga…
Freduar Wesen cerró el libro de un espetón y lo dejó caer sobre su regazo. Sus ojos duros y rojizos lo sondearon profundamente, como si pudieran descifrar los secretos más íntimos de su cerebro.
—Está enferma, y no han podido descubrir la causa de su fiebre—bajó la mirada—. Creo que no es una enfermedad… Es el Mal.
Fredy mostró las palmas.
—¿Intentaste rezar?
—Rezar me hace daño—dijo, sin pensar—. Sostener un crucifijo me inmoviliza el brazo.
—¿En serio?
Asintió, severo, y su padre dirigió la mirada a los instrumentos que brillaban sobre una superficie metálica. Miró de soslayo el cuadro empotrado en la pared, cuyo horror fue cegado por un sudario. Fredy pare-

cía abstraído en su oficio, como un astrólogo neófito que se sumerge en las profundidades infinitas de las constelaciones. Contemplar los fantasmas de los astros es escalofriante, y los ojos distantes de Freduar eran gigantescos soles rojos… extintos hace millones de años, y tan lejanos que su luz apenas rayaba el telón de sus iris.

—Es lo mejor—dictó aquella estatua viviente; mitad mármol, mitad emperador—. No te relaciones con la chusma de Montenegro. No sabes qué intenciones esconden detrás de su actuar.

—Pero…

—Aún eres joven, Samuel—Fredy volvió a abrir aquel libro, como si de verdad le interesase su contenido ignoto—. Te he dejado vivir una vida normal por dos años. Tienes catorce. Pronto, te diré la verdad de los Sonetistas y la Isla Esperanza. La razón de que estemos en Montenegro y porque… no eres una persona ordinaria.

III.

María esconde un secreto vergonzoso.
Los tétricos corredores de aquel conjunto de edificios colegiales la intimidaban, y tanteó las paredes con sus manos para asegurarse de que no era una pesadilla. Había cometido un error, y estaba pagando las consecuencias. Bianca iba del brazo de Soledad y ambas iban caminando con sonrisas pícaras. Ana se recogía el cabello en una cola.
—Habrá un evento—le sonrió Bianca—. Mejor dicho: será El Evento. Los Jinetes planean un festival de conciertos, y terminará en una gran comparsa. El Presidente usará un disfraz increíble.
—Vendrán muchas personas disfrazadas—Ana adelantó al grupo—. Tenemos que ir en conjunto. Podríamos vestirnos de brujas.
—¡Todas se vestirán de brujas! —Le espetó Bianca, gesticulando, indomable—. ¡Tenemos que ser innovadoras!
—¿Diablas?
—¡Solo los hombres se visten de diablos!
—¿Gatos?
—Se reirán de nosotros.
—¿Monjas?
—Hace mucho calor.
—¡Eres imposible!
Las chicas rompieron a reír. Soledad suspiró y forzó a Bianca a sentarse en un banco de piedra. María las imitó, no tenía muchas ganas de conversar.
—Y yo quiero saber quién es el amor de mi vida.
—Sol—Ana puso los ojos en blanco—. El Cantante Misterioso debe ser feo. Es la única razón por la que

solo canta encapuchado. ¿No viste su tamaño? Es muy bajito, ¿quién crees que sea?
—Yo quiero que sea Salvador—se sonrojó la chica—. Lo he escuchado tararear letras, y tiene voz parecida.
—Que va—Bianca sacó la lengua con una mueca—. ¿Estás sorda? No se parecen en nada. Además, Salvador estudia para ser Sacristán en la Iglesia Maldita de San Lucas. Quiere ser Diácono, y no dejará que las hormonas le frían el cerebro. ¿Qué tal el músico Santiago?
—Es muy guapo—sonrió Soledad—. Pero, está enamorado de su guitarra y se ha besado con la mitad del colegio.
—El Chico Herpes—Bianca se estranguló a sí misma—. Pero, no es el Cantante Misterioso. Siempre apertura los conciertos del Presidente, y tiene más fanáticas que canciones buenas.
—Siempre hablas del Presidente.
—¿Qué tiene?
Soledad sonrió con picardía.
—¿Te gusta?
Bianca frunció el ceño y, se cruzó de brazos.
—Es admirable, pero es como Jesucristo. Se la pasa todo el tiempo en su oficina organizando eventos y seminarios… Se me hace aburrido a morir. Creo que él podría llegar a ser el próximo presidente del país, o un tirano capaz de levantar otra vez la Gran Colombia como una potencia guerrillera tras el cese del conflicto. Piénsalo, podría convertirse en dictador y armar una guerra mundial como ninguna otra.
—Él no es así—Soledad asintió—. Además, según dicen las malas lenguas… Andrea Túnez está emba-

razada. ¿Y quién creen fue el semental?
—No—Bianca sonrió con malicia—. Debe tener malaria, por eso ha faltado tanto.
—No es verdad—Soledad sonrió, lobuna—. Resulta que ella y el Presidente han estado muy ocupados en su despacho. «Organizando los eventos».
María dio un respingo, y todas repararon en ella.
—Andas muy callada.
—¿Qué tienes?
Pero el interrogatorio no pudo continuar porque un muchacho alto, delgado, de rostro parco, raquítico, uniforme de último año y ojillos malignos… se posó detrás de ellas como una gárgola. Las chicas guardaron silencio ante la figura que las intimidaba.
—No se atrevan a hablar mal del Presidente—dijo Jesús con voz mandona—. Es un chisme sin pies ni cabeza. Andrea no está embaraza, y su colaboración ha sido importante. Deben saber que el Presidente no tiene tiempo para relaciones sentimentales. Él mismo renunció voluntariamente a tener pareja.
—Lo siento—gimoteó Soledad.
—Perdón—sollozó Bianca.
—No volveremos a hablar sin saber—Ana bajó la mirada.
Jesús se cruzó de brazos. Era demasiado delgado, un esqueleto con piel… pero su fuerza era hercúlea, y corrían rumores atroces de su pasado como delincuente juvenil. El joven les mostró la espalda y se marchó…
—¿Qué le pasa? —María frunció el ceño.
—Es Jesús Alvarez—Soledad tembló—. Era el líder de una pandilla de malandrines que aterrorizó los colegios de Montenegro. Repitió cuarto año dos veces

hasta que sus compañeros criminales se graduaron. Usaba un estilete para amenazar y robar… y siempre iba escoltado por los hermanos Arciniega: Diego y Alejandro. A sus secuaces no había nadie quien los parase… Cuando esos tres se reunían eran capaces de quemar el pueblo. A Ezequiel lo encerraron en el baño en primer año, y golpearon a todos los que intentaban frenarlos. Eran agresivos, indomables y maleantes.

—¿Y qué les pasó?

—El Presidente los acomodó a palos—sonrió Bianca, jugando con su cabello—. Los Arciniega se graduaron y Jesús ahora es su mano derecha. Sigue siendo un bandolero tosco, pero se ha corregido. Menos mal que cambió, hubiera terminado en la cárcel o se hubiera convertido en Cereton. ¿Saben? Todos los brujos que están llegando al pueblo son unos viejos pervertidos y asquerosos… Siempre los veo fumando y bebiendo, fingiendo ser inmaduros. Y miran a las mujeres como si fueran expresidiarios—Bianca arrugó la nariz—. La policía los tiene en la mira porque ha habido rumores de saqueos en los cementerios comunales. Los camposantos más antiguos fueron abiertos, y los féretros exhumados desaparecieron sin dejar rastro.

María frunció el ceño y contuvo el nudo de náuseas que se arremolinó en su estómago al recordar el insípido hedor de los gules que comían podredumbre y se revolcaban en porquería.

—El solo pensar que un brujo me espía mientras me baño es horroroso—Soledad arqueó las cejas—. Mi padre colgó cruces de palma para proteger la casa e hizo un círculo de cal…

—María—dijo una voz aterciopelada como un mar de calma—. ¿Podemos hablar?

Miró al pálido Samuel de rostro pacífico, y no pudo evitar fruncir los labios. Sus brazos enclenques estaban aderezados por arañazos rosáceos, y el color achocolatado en sus pupilas lanzaba destellos sanguíneos. El cabello rojo era un cauce de vino tinto y ondulaciones de fuego.

—¿Qué quieres, Samuel?

—Creí que haríamos esto juntos.

—Pensé que odiabas estar con ella.

—Podemos ayudarle.

María se cruzó de brazos.

—Lo siento—dictó, con voz ronca—. Pasaron cosas, y no estoy en un buen momento—se levantó y se despidió de sus amigas—. Estoy agradecida de todo lo que pasamos juntos, pero no puedo; lo siento. Si te quieres alejar lo entenderé, y espero que puedas perdonarme.

—María…

La chica echó andar sin mirar atrás, pero al llegar al final del corredor… Falló y miró por encima de su hombro: Samuel se había ido. Suspiró con alivio, y corrió a los baños a sentarse sobre el inodoro mientras pasaban las náuseas. Había cedido ante los sentimientos y cayó por el precipicio. Nadie podía saberlo, incluso si estaba sola en ello… Tenía que deshacer aquel problema.

Estaba embarazada.

IV.

No había nada en el bosque…

O eso era lo que Sam temía fervientemente al adentrarse en la negra espesura del bosquecillo maldito. Más negro que la noche, como los tentáculos putrefactos del diablo y los tribunales demoníacos que crepitan en las tinieblas del Averno. Más solitario que el último rescoldo del infierno, salvado por rutilantes pórticos de huesos renegridos. No podía vislumbrar las sombras que se desdibujaban detrás de las coníferas y los fagáceas… salvo por la enseña, extraña e impasible, de que no estaba deambulando junto a los vivos.

El cielo avistado a través de las copas tupidas, obscuro e infame, cuyo único lucero era un punto rojizo del mal agüero que titilaba en la distancia, ardiente y espasmódico. La luna sin rostro era indescriptible: un pozo infinito de sopor inmundo y derroteros presagios. Temblaba y jadeaba, obligando sus piernas a no volver por el camino accidentado que garrapateaba en desniveles y depresiones súbitas. Esperaba el avistamiento de ojos felinos o movimientos viscosos a sus pies… pero el negro silencio era imperturbable. Un relumbrón de dos esferas amarillentas lo sobresaltó, y no gritó por puro estremecimiento.

—¡Eres tú! —Un silbido áspero saltó a él con una catadura de pelaje hirsuto y hedor a circo—. ¡Imbécil, petirrojo! —La figura mefistofélica del Chivato se desdibujó como un ser alto y peludo, de largos cuernos retorcidos—. ¡Estás buscando que te meta un pedrusco en la cabeza! ¡Lárgate de aquí si quieres vivir!

—¿Qué está pasando en la foresta del centro de Montenegro?

—¡Todo es hermoso y silvestre!
—No mientas, Omar—No se acobardó ante la montaña de carne y pelo que le espetaba al rostro con su aliento hediondo a clorofila—. Hace unas semanas corrí de la Finca del Chaure, y escuché voces procedentes de la Oscuridad. Creo que… un Mal ha penetrado en las defensas que tanto te esfuerzas en colocar.
Omar se retorció, soltando un berrido.
—¡Patrañas, petirrojo!
—Eres muy orgulloso, y niegas que pudiste haber fallado.
—¡¿Ya te vas?!
—¡Escondes un secreto, Chivato! —Se irguió todo lo que pudo y levantó el mentón para plantarle cara al fauno—. Tienes miedo, eso se puede entrever. Desde la Víspera de Todos los Santos, se puede sentir electricidad en el ambiente… Y las defunciones misteriosas. ¡Van veintiséis víctimas de una inexplicable enfermedad! ¡Déjame entrar a la otra cara de este lugar y haré lo que pueda!
—¡¿Lo que puedas?! —Omar abrió su boca colmilluda para vomitar una risa de chivo—. ¡¿Y qué va hacer un petirrojo diminuto que no sabe volar!? ¡Dios, si lo podemos llamar de esa forma, le impuso limitaciones a sus creaciones! ¡Ustedes los humanos solo saben contrariar las leyes naturales proyectando su debilidad! ¡Los humanos difícilmente llegarán a entenderse! ¡Sus mentes son barriles de pólvora negra a un chispazo de reventar!
—Que interesante—una voz se difuminó detrás de una encina, y brotó la figura de un joven delgaducho—. Sabía que guardabas secretos, Samuel

Wesen—Finchester empuñaba un estilete en su mano y miraba al Chivato con los ojos entornados—. ¿Omar? ¿El Diablo del Centro? Los espíritus vagabundos temen tus andanzas egoístas. No creí que fueras real… Pero estoy aquí, Chivato. ¡Tienes que llevarme al otro lado!

—¡Más humanos! —Omar parecía rabioso y soltaba espumarajos—. ¡Humanos vanidosos y egoístas!

Finchester lo señaló con el puñal.

—He destruido todos los altares que bloqueaban tu magia—miró al Chivato—. Llévanos, si lo que me dijeron de ti es cierto. Sé que puedes catalizar la quintaesencia para conducirnos hasta el Mundo Onírico. ¡Es personal! ¡Odosha, el Señor de Toda la Oscuridad! ¡Acecha nuestro mundo!

Omar se retorció, debatiéndose entre arrancarle la cabeza a Finchester y al pelirrojo… o ceder ante las provocaciones. Les dedicó una mirada extraña y dejó escapar un silbido profundo y ensordecedor. El fauno se alejó con paso apresurado, y los muchachos lo imitaron, temerosos del rielar de unos genios malignos que flotaban en las tinieblas. El Chivato los condujo por un sendero de espesa foresta, ceñido de pedruscos titánicos que parecían centinelas petrificados… y árboles ataviados de enredaderas brillantes, entonando una melopea maléfica y ancestral. La mirada de Finchester era inquietante, y el estilete afilado que jugueteaba en sus dedos lo mantenía inquieto. Siguiendo al gigantesco fauno, podía palmar un viento mefítico que los sumergía en las profundidades de un espejismo de hielo y sombras.

Cerró los ojos, ensimismado. Se lo había prometido al Presidente…

—Lo siento, debió ser difícil para ti—Gerardo abrió un chupete de yogurt con fresas, y se lo metió en la boca mientras hablaba detrás de su escritorio—. Lo de Ezequiel fue una pena, pero los doctores dicen que se recuperará. Afortunadamente, la bala se incrustó en su clavícula y no penetró en puntos vitales. Daniel será internado en el Psiquiátrico Bolivariano de Ciudad Zamora, para cumplir una condena adecuada a su falta—mordió el caramelo y sus ojos centellearon—. Gracias, Samuel. Impediste una masacre al actuar con prudencia.

Se sonrojó ante el Presidente, y el aroma azucarado que desprendían los gabinetes de su escritorio lo extrañaron. Gerardo era alto y sus ojos dorados esgrimían llamas soeces. Le preguntó por Andrea, pero el Presidente dejó aquello en sus manos…

—Mírame, Samuel—extrajo un cubo oscuro de su escritorio. Era de un material cristalino negro con reflejos endrinos. El Presidente resopló—. Sé que lo sabes: Montenegro es una ciudad construida sobre un portal al infierno. Los diablos hacen fiesta en la montaña, y los brujos celebran aquelarres indescriptibles. Vivimos en tinieblas, pero veo en ti a una luciérnaga. Sé que podemos luchar juntos y traer la claridad…

—¡Petirrojo! —Finchester lo señaló con el puñal—. ¿Sabes a lo que nos enfrentamos?

Sam frunció los labios.

—Vivimos en un mundo de sombras… donde los sueños son más reales que nosotros.

Finchester infló las mejillas y se golpeó la frente con el puño.

—Poético—pulsó un botón y el estilete se convirtió

en un cartucho—. El Señor de Toda la Oscuridad. Odosha, según los indígenas de la región. Es un cúmulo de terror encerrado en el Mundo Onírico hace muchísimo tiempo, y ha zarpado a nuestro plano desde las Puertas de Piedra como un gusano cósmico. ¿Sabes lo qué significa? Se está alimentando de los espíritus humanos, pues aún sigue atrapado en el portal. Es como un gigantesco rastrero que tarda meses en salir de su caverna… Es realmente indescriptible. La única forma de parar su desenfreno es…
—¡Abajo! —Chilló Omar y se agachó—. ¡Tírense al suelo o nos matarán!
Escuchó un aullido y se lanzó de pecho con los ojos clavados en la obscuridad circundante. Finchester lo imitó con el rostro ceniciento, y ambos vieron al Chivato murmurar amargamente mientras una candileja revoloteaba en la distancia, entre los árboles, como un fuego fatuo que emergía de una laguna emponzoñada. Una náyade de flamas amarillentas que gritaba y bailaba al compás de horripilantes tam-tam, bajo una luna sangrienta en una vertiente oleaginosa. El Chivato parecía desesperado, y gesticulaba violentamente, como si la desaparición de esa criatura fuera un deseo insaciable. Aguantó la respiración, y sintió el golpetazo de una mano robusta. Los ojos llameantes del fauno relucieron como estrellas muertas…
—¡Es tu culpa, maldita mala sangre!
—¡Cállate, miserable! —Murmuró Finchester, apretando los dientes—. ¡Tú nos metiste en esto!
Omar se encogió con una carcajada de chivo. Pero el fulgor enfermizo desapareció, y el Chivato dio orden de reanudar la marcha… Avanzó con el corazón encogido, y miró a Finchester de forma distinta: lo

defendió a pesar de odiarlo, ambos eran los únicos humanos después de todo. Bajaron por una pendiente oblicua a un escondrijo en medio de una garganta, y Omar se inclinó sobre un samán hueco para sacar fetiches mágicos de hueso y marfil, un fajín de baldaquín verde que se ciñó a la cintura, un par de ajorcas con célebres jeroglíficos y un venablo de hueso coronado con cascabeles. Este último se lo puso en las manos, y detalló que no era muy largo: le llegaba a la cintura y era muy rugoso. Los cascabeles tintineaban como guirnaldas, y un pentáculo remataba la punta del báculo. El asta era adornada con lazos gastados y una extraña parafernalia de símbolos cabalísticos.

—¿Qué es esto?

—Es una Potencia—recalcó el Pombero, que daba vueltas y se perfiló a sus pies como una niño negrísimo—. Todas las Puertas requieren Llaves. Incluso en los sueños, solo se nos muestran resquicios que traspasaban las fronteras de un pasaje pretérito.

Levantó el venablo y sintió el pentáculo palpitar. Las ramas de los árboles se arrebolaron ante una ventisca formidable, trocando la enramada con estupor, invocando una fuerza feérica que provenía desde espacios desconocidos en raudales cósmicos. La convocación se electrificó en un remolino de esencias perfumadas que delataron la presencia de un Altísimo. Las manos se le entumecieron, y un relampagueo de tentáculos sublimes recorrió su cuerpo.

El Chivato llevó dos zarpas a su morro dentudo y silbó a la oscuridad. Los redaños de un portento metálico traquetearon detrás de la pared robusta de foresta, y una perorata de incitaciones al demonio lo llenó de terror. Ruedas pesadas se abrían paso por el

sendero pedregoso, encallecido por los embates de la lluvia… y una caja herrumbrosa saltaba, sorteando obstáculos en contravención a las leyes aplicables de movilidad y física. La Carreta saltó ante el Chivato y se detuvo ante ellos, como una invitación a abismos talmúdicos de magia negra y secretos ancestrales.

Era una caja fúnebre alargada y desprovista de chófer y palafrenes, conducida por una extraña energía; junto suyo se podía respirar el hedor de la muerte y la enfermedad. La vejación atravesaba la penumbra sobre cuatro sendas ruedas, y su mundanalidad gritaba epidemia, plaga, cadáveres y fosas comunes.

El Chivato se subió de un salto, y el Pombero desapareció en la arboleda, rodando con las manos nudosas unidas a los tobillos. Se apoyó en una de las paredes de la Carreta para subir, y Finch lo imitó con una mueca. La rigidez cayó sobre su cuerpo al amparo del avance de la maldición que le daba vida al vehículo… y se sintieron volar a dos centímetros del suelo descomunal, bordeando árboles, y salvando precipicios. Su corazón bombeaba violentamente ante el despliegue terrorífico de la velada, tambaleándose por la velocidad del carro, que no respetaba leyes aerodinámicas o superficies tangibles en su desplazamiento. Finch se aferró a la parte delantera de la Carreta, y el Chivato parecía horadar caballos invisibles con una fusta imaginaria; maldecía y gritaba, sosteniendo en lo alto sus fetiches mágicos… en honor a deidades venerables de rancio abolengo. Entrar en contacto con fuerzas que desconocía lo hicieron dudar acerca de la filosofía gnóstica, y la existencia de un demiurgo… Había ojeado morigeradamente algunos axiomas del mago Cornelio Agripa y diversificados

saberes científicos, en un intento de profundizar en la indagación de dimensiones impúdicas… proclives a la hipotética persistencia de fuerzas y conciencias allende al Cosmos concebido.
Esgrimió el Venablo de hueso con un tintineo musical de cascabeles.
—Perdón, Samuel—Ezequiel frunció los labios para contener el llanto. Llevaba el brazo escayolado—. Todo esto fue mi culpa. Fui tan… insensible y egoísta con Daniel. Yo provoqué su estallido… y si hubiera lastimado a alguien más, por mi culpa… yo…
—Pobre Daniel…
—Yo lo obligué—el joven se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Durante años lo maltraté y lo empujé a cometer una atrocidad. Cuando somos jóvenes no medimos las consecuencias de nuestras acciones. Nuestras palabras son tan poderosas, que pudieron provocar que un joven tan amable como él…
—No fue tu culpa.
—Sí—asintió Ezequiel con los ojos abnegados—. No digas que no. No me mientas, tú no eres así.
Bajó la mirada, el yeso de Ezequiel estaba marcado con cientos de nombres y caricaturas. Se preguntó sí, en caso de una tragedia, alguien lloraría por su perdida… Quizás Fredy se pondría melancólico y lo extrañaría, pero no se sentía merecedor de lágrimas o dignos honorarios. Cuando muera, partiría solo y olvidado… así como su vida. No se preocupaba por el cielo o el infierno… adonde sea que vaya a parar su alma, descansaría eternamente en la soledad y las penurias.
—Duele la soledad—carraspeó y apretó los puños—. A veces… es demasiado. En algunas ocasiones, no quisiera estar aquí. Todo se cae encima y mis

órganos explotan como bengalas pidiendo socorro. Pero, nadie va a venir a salvarme. Eso lo sé… Soy un bicho raro, y estoy bien con eso: sé que nunca podré encajar en ningún sitio. Mi mente me traiciona, y mi cabeza se llena de pensamientos desagradables como un avispero. Si soy sincero, creo que he pensado mucho en la muerte. En no querer estar vivo… Antes pensaba más en ello, pero ahora… creo que le he dado otra oportunidad a estar aquí.

La Carreta Maldita brincó a un palmo del suelo, serpenteando lomas y gargantas pobladas de espesa foresta, como espectros grisáceos remontando las profundidades de la noche eterna; podrían haber partido a tierras remotas, pobladas por fantasmas… o infiernos avistados en los más incólumes sueños. Omar esgrimía sus fetiches de hueso trenzado y profería silbidos estelares a la eternidad negra que predominaba bajo un cielo encapotado, esquilmado de fútiles constelaciones. Los árboles zumbaban ante la proximidad, vertiendo hojas curiosas y ramas partidas en el cajón que los transportaba… Hasta que un ímpetu consiguió dilapidar las ruedas del vehículo y los proyectó en una refriega de oscuridad y entumecimiento.

Finchester cayó al lado suyo sobre una superficie blanda y húmeda cubierta de grama pálida. Cierta fosforescencia era repelida por los árboles de formas retorcidas, y le abdicada a la foresta una profusión de verismo y fantasía plagada de sombras, proyecciones, superposiciones e ilusiones. La luz mortecina que desprendían las superficies era cansina y abrumadora… pequeñas luciérnagas flotaban sobre charcos mefíticos, y construcciones semiderruidas

de mampostería indescriptible se alzaban como picachos, solo para derrumbarse abruptamente bajo suspicacias de tragedias y eras olvidadas. Aquellas murallas cortas fueron construidas hace milenios —sino millones de años—, con bloques de material opalino, unidos con un mortero cristalino que parecía vidrio molido. De allí provenían los resplandores que repelían las superficies ahogadas de líquenes.

No perdió el báculo de hueso e hizo tintinear las campanillas con delicadeza. No ocurrió ningún suceso importante, y Finchester levantó un dedo, nervioso.

—No quieres que ellos vengan—señaló los pesados tentáculos de oscuridad, las sombras elefantinas y sus resuellos indulgentes—. ¿No los entiendes?

Cerró los ojos, ladeando la cabeza en dirección a las siluetas antropomorfas desdibujadas en la espesura, y distinguió un susurro inenarrable… Un promontorio de zafiedad que auguraba aquelarres dionisíacos: una orgía de nereidas lúbricas, íncubos malsanos y súcubos cortesanas de rituales satánicos en los que las sangrías y el sufrimiento adquirían un papel esencial para las artimañas. Se sintió embutido por aquella hechicería maléfica, y sus piernas cedían, inútiles, bajo el peso de cuerpo.

—No escuches sus hechizos—solicitó Omar, ávido de amuletos—. Son almas corruptas que perdieron sus recuerdos en tiempos pretéritos… y su único anhelo es el conocimiento. Se les conciben con muchos nombres, pero estos cazadores son los Innombrables, que habitan más allá de las regiones oníricas.

Estaba pálido, y enfermizo… La sensación del calor en su cuerpo lo estaba abandonado.

—¿Dónde estamos?
Omar le dirigió una sonrisa controversial, y su rostro chotuno formó una mueca confusa. Caminó detrás del alto fauno y vislumbró una mano sobresaliente de los hierbajos en el suelo… Se acercó y contempló cuatros dedos y un rostro esculpido en basalto que refulgía con fiereza. Aquella estatua permanecía sepultada, semienterrada como un vestigio de tiempos extraños y terrores provenientes de eras olvidadas.
—No sueltes el Venablo de San Lucas.
—¿San Lucas? —Frunció los labios—. ¿El Santo?
Omar dejó escapar una risa rasposa.
—Era un Mago Hebreo—levantó un crucifijo de hueso—. Siempre había creído que eran meras patrañas, pero provino de tierra adentro, de los llanos orientales sembrados de antiguas supersticiones y ciencias autóctonas. Al llegar a Montenegro, se metió en toda la basura satanista que pulula en sus barrios marginales y los círculos herméticos del centro… y se enemistó con el Altísimo—señaló el cielo con una zarpa—. Una maldición cayó sobre él, y la única forma de redención que encontró con Dios… fue construir una iglesia en su honor.
Sospechaba de los límites de aquel terreno maldito, pero nunca creyó encontrar precipicios y desniveles abruptos por el camino serpenteante; y las montañas puntiagudas se alzaban en la distancia, cubiertas de gasas nebulosos como sitiadas en marismas azotadas por la marea embravecida. Las montañas desiguales describían un paisaje atormentado, poblado de matorrales y rocas gigantescas. Finchester iba último, y Omar a la cabeza…
—¿Qué es eso?

Omar entornó sus ojos negros.
—¿Qué?
—Parece un latido.
—¡Payaso!
—¡En serio!
Ladeó la cabeza, y sintió un latigazo de terror ante el estremecer del terreno a sus pies. Era un latido visceral que provenía de las entrañas de la tierra, del corazón del planeta adormecido. Un llamado ancestral y recalcitrante que ardía como un manantial de fuego líquido… y se derramaba por las venas de los continentes con furia volcánica y aflicción carmesí. Esperó, y otra vez aquel latido demencial lo estremeció de pies a cabeza con estupor… El siguiente latido fue más intenso, y cayeron en cuenta de las pisadas de un gigantesco habitante de las regiones de los sueños rotos. Un titánico monstruo de las pesadillas. Contuvieron el aliento mientras aquella marea de nervios y sentimientos se precipitaba en raudales como una fuerza superior e indetenible. Esperaron, y vieron una sombra colosal, pestilente y grasienta que atravesaba la bóveda celestial con una tormenta de polvo y arenisca. La bestia inmensa caminaba en cuatro patas, y era tan robusta que su vientre asemejaba las montañas… Sus mandíbulas aserradas chocaban al masticar, provocando ruidos agudos como el de un enjambre abominable de insectos nocturnos. Una de sus patas pisó un claro de árboles ancestrales y dejó un hoyo del tamaño de una alberca. Parecía baboso, de consistencia viscosa, envuelto en una mucosa resbalosa y bituminosa. Sus pisadas resonaron con estruendo por todo el bosque, y la bestia inconquistable de tamaño indescriptible… ase-

mejó un gigantesco hipopótamo desproporcionado de cabeza elefantina.

Los tres se petrificaron, asombrados y horrorizados ante el avistamiento de uno de los monstruos primordiales del planeta. Omar despegó sus labios, y se santiguó con un juramento.

—«El monstruo terrestre… Vive en un desierto invisible al este del Jardín del Edén»—cayó de rodillas en postura de oración—. ¡Perdóname Dios, he sido un imbécil!

Le parecieron horas tras el transcurrir de aquel horror sin precedentes, y finalmente consiguieron reanudar su exploración a lo desconocido… ante el presentimiento de que el camino inexistente se abría paso ante los resquicios de sus mentes. Eran caminantes de la oscuridad, seres de las tinieblas que nunca conocieron la luz… ¿realmente existían? ¿Sus conciencias eran meras ilusiones del universo intentando manifestarse? Los árboles de formas cada vez más extrañas comenzaron a desvanecerse, y mientras más creía acercarse en su empresa… menos obstáculos presenciaba. Finalmente llegaron a la entrada de una caverna que se adentraba en la falda de una montaña enana, sellada por gruesos pórticos de piedra: dos planchas de ónice talladas con constelaciones, soles y planetas… que permanecían abiertas. Una entrada a las negras profundidades de la existencia, donde se removían las sustancias que nunca llegaron a formar parte de la sinfonía, y gritaban y se retorcían los horrores del tiempo y el espacio.

En medio de aquel claro de tierra muerta, los colores que desprendían las tres lunas del cielo eran irreales y fascinantes: destellos vibrantes que adquirían tona-

lidades opalinas y rosáceas. Las llamas de los fuegos fatuos bailoteando en las profundidades de las llanuras eran bellos espejismos, y los enunciados que proferían las sombras temibles les advertían de un Mal desconocido.

—¡Es su turno, monos! —Chilló Omar—. ¡Si toco las Puertas de Piedra, el Cadejo Negro me maldecirá eternamente!

Se separó de la vara y se abrió camino con los órganos enloquecidos, recortando la distancia hasta la puerta de la izquierda. Finchester hizo lo mismo con la otra. Ambos empujaron con todas sus fuerzas las planchas tibias, arrastrando la tierra asentada y sellando aquella gruta dimensional, que le dio bienvenida al Mal que operaba en los malestares y las tragedias de Montenegro. La Puerta de la que manaban abominaciones, como la copa corrupta de Babilonia. Centímetro a centímetro la pesada plancha cedió, pues era bastante liviana y los goznes parecían aceitados por manos fantasmales. Contenía la respiración y empujaba, con los brazos tensos y las piernas temblorosas. A solo un palmo de sellar los gruesos pórticos, un estruendo los tomó desprevenidos con una vorágine de silbidos y sollozos. Una ráfaga desconocida lo derribó con sopor… y cayeron al suelo, aturdidos por el espanto. Vio emerger una sombra alta y desfigurada, azabache y demoníaca, del agujero en el portal, y… ascender como un cohete hasta la infinidad del espacio. Voló como una cometa llameante y desapareció en la cara oscura de una de las lunas del firmamento.

—¡Samuel!

El malestar despertó de su embotamiento, y los males enclaustrados en aquella frontera liminal quisie-

ron zarpar a nuestra tierra. Saltó, sacando energías de lugares impensables, y golpeó el portón pétreo con el hombro, y Finchester embistió la piedra con todas sus fuerzas. Las bisagras crujieron ante el restallido de los dos portales al cerrarse.

Cayó desfallecido, con la mitad del cuerpo entumecido y los sesos almidonados. Finchester se abrazó los rodillas en una postura de cansancio: sudaba a cántaros y jadeaba considerablemente.

—Debo dejar de fumar—susurró con voz ronca—. Me está matando.

Las Puertas de Piedra permanecieron cerradas a cal y canto. Pero se mostró inquieto, miró el cielo que segundos atrás fue tapizado por lunas extrañas y constelaciones desconocidas. Nuboso y negro… reluciente por la única luna gibosa capaz de disipar las tinieblas.

Capítulo 6: Pesadilla en Montenegro.

I.

El Chaure blanco parecía un espectro pálido sobre la rama del castaño que coronaba el final de la Calle Piedad, desde allí podían avistar, sobre los tejados y las coníferas, la construcción imperiosa de la Iglesia Maldita de San Lucas, iluminada a medias por los pinceles rosáceos del atardecer. Sus chapiteles afilados relucían con los esplendores cobrizos del campanario. Del sur de Montenegro, corrían rumores de espantos en lo recóndito de las lomas y saqueos en los camposantos locales.

Marcus se agachó junto al fétido cadáver y Guillermo bebió un sorbo de su petaca.

—Otro brujo despedazado con un hacha—el joven frunció el ceño—. Le acertaron un hachazo en la parte trasera de la cabeza, y al caer al suelo, le hundieron el arma homicida en los riñones y las costillas… hasta que se convirtió en un ángel sangriento con alas de hueso y membranas de músculo .

—Un artista horripilante—el viejo Guillermo acordonó el área mientras las patrullas llegaban a la escena del crimen—. Desconozco el carácter de este brujo mulato, pero por su expresión… debió ser un hombre irritable. Lo sorprendieron en la madrugada, en esta pequeña plaza rodeada de castaños. El asesino debe ser bastante robusto, porque el desastre es propio de un filo romo y oxidado. Los hachazos lo despedazaron y la sangre salpicó todo el lugar… Es desagradable.

Marcus miró la calle vacía, de asfalto destartalado y hierbajos intrusos, bordeada por una acera depri-

mente y casuchas estrechas cubiertas de pintura pastel. Los tejados de terracota, raso y hojalata lanzaban destellos rojizos de sol dorado… y las patrullas llenaban la intersección como penitentes lúgubres.
Guillermo se frotó las manos y las guardó en los bolsillos de la chaqueta.
—¿Testigos?
—Ocurrió en la madrugada—Contó que solo faltaba una hora para el anochecer—. La llamada fue anónima, y el teléfono no pudo ser rastreado. Ocurrió lo mismo hace un par de meses en la Avenida Desesperación, solo que a esta víctima no le reventaron la espalda… La anterior fue asfixiada, las vértebras rotas en su cuello hicieron imposible dictaminar la naturaleza exacta de su homicida.
—¿Emociones involucradas?
Marcus se mordió el labio inferior.
—Pudo haber traicionado la secta de su congregación, y lo aniquilaron para evitar la difusión de un secreto importante.
—Estás mejorando, detective.
—Ahora, debemos ajusticiar una secta religiosa que se siente capaz de obrar como verdugo.
—¿Existen secretos por los que vale la pena matar?
—Lleva un broche de plata en el pecho—Marcus levantó la envoltura plástica con el artefacto—. Una estrella de cinco puntas. Un Pentagrama.
—Magia negra—Guillermo extrajo la petaca de su chaqueta y bebió un trago para humedecer su garganta—. Al negro le falta un brazo, y tiene horribles cicatrices en la cara. Lleva una sotana oscura, un rosario de piedras de río, pendientes, fetiches simbólicos y barajas manchadas de sangre. Era un brujo fascina-

do por las ciencias ocultistas, utilizadas para concertar tratos con seres abominables… Solo hay un lugar en este pueblo donde las personas de esa categoría se concentran en hormigueros satanistas.

Marcus permaneció inmóvil, y miró de reojo al insólito pájaro pálido que los vigilaba desde la gruesa rama del castaño. Aquel animal parecía un habitante extraviado de las regiones plutónicas: un demonio en fuga que auguraba la muerte y respiraba con desagradables estertores. El chaure abrió su pico diminuto para proferir el cántico más aterrador y silbante que había escuchado en vida… Y una nube oscureció la superficie tosca del conjunto de edificios que erigían la centenaria y anticuada Iglesia Maldita de San Lucas.

II.

—Perdón, Samuel—María estaba mal: su rostro era pálido y la delgadez en su cuerpo enfermiza—. Debí decirte la verdad, y no alejarme como una tonta.
—Está bien—entró en la pequeña casa habitada por la chica. La sala era pequeña, y al final del corredor se atisbaba una cocina y diversas puertas que conducían a habitaciones. El petimetre de la morada suscitaba convulsas introspecciones, pues los óleos de escenas fantasiosas llenaban las paredes y colgaban guirnaldas con formas arcaicas—. ¿Tú… estás bien?
—No—sonrió con laconismo—. Tengo un parásito adentro, que se alimenta de mí y crece sin piedad.
Sam arqueó las cejas.
—¿Un alienígena?
—¡Un bebé!
—¡¿Un qué?!
—Quiero que me ayudes a sacármelo.
—¡¿Qué te saqué qué?!
—Me voy a tomar estas pastillas, y vas a cuidarme mientras expulso el sangrado. Si me da fiebre o me desmayo, tienes que llamar una ambulancia.
El joven palideció, atónito.
—¿Te vas a desmayar?
María tomó asiento con él en un mueble anticuado de cuero. En la mesita del salón estaban todas las medicinas y las indicaciones para el proceso… Pero, aunque atendió el llamado de la chica, no lograba entender todo lo que acontecía en violentos raudales bermejos. ¿Cuándo María tuvo novio y cómo se embarazó? Eran muy jóvenes, y la pelinegra de tupida cabellera daba el aspecto de virgen incomprendida.

—Mírame, Samuel—los ojos oscuros de María, relampagueantes, parecían a un destello de inmolar la realidad como el rugido cáustico de un herensuge—. Soy una tonta, que hace todo mal y se deja llevar por las emociones. ¡Quisiera subirme a un rayo de sol y desaparecer con un estallido de luces de colores!

La chica estalló en un mar de lágrimas y la espesa cabellera le cubrió el rostro. Apretó las muelas, impávido, y le puso una mano en la espalda.

—Está bien—le regaló una caricia de consuelo—. No me voy a ir…

—Él se quedó a dormir—sollozó María—. ¡¿Por qué soy tan débil?!

Sintió una punzada en el pecho, pero reprimió aquella sensación como quien se traga la bilis amarga. María se tomó las pastillas, y estuvo largo rato con ella… ayudándole a filtrar toda su tristeza con chismorreos y cotorreos sobre las querellas que acontecieron en su ausencia. La chica habló como un papagayo enloquecido, riendo y rompiendo en llanto a intervalos… Le mostró, inquieta, la colección de libros paganos y tratados filosóficos que su padre relegó. Ojeó superficialmente anotaciones de bolígrafo acerca de hipótesis místicas de Paracelso sobre la teórica existencia de ciudadelas prehumanas más allá de las Columnas de Hércules, pobladas por razas desconocidas de sabiduría incognoscible. Leyó con marcialidad, suscitando la gloria de antaño plasmada en los chapiteles dorados de la Atlántida y las murallas carmesíes de Mu.

María le mostró bocetos teóricos de los palacios vibrantes de topacio y turmalinas que resplandecieron ante el sol naciente y las auroras plateadas de Lemu-

ria, abastecidas por miríadas de brahmanes navegantes en el seno del océano azul; amos de los Misterios Mayores y las Ciencias. Cuando empezó a sangrar, le habló despacio a través de la puerta del baño, y le llevó agua potable para no deshidratarse. Guardó silencio, e imaginó su rostro afligido mientras escuchaba la contracción de sus músculos adoloridos y los sollozos reprimidos.

—¿María?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—No.

Se reclinó sobre la puerta, y suspiró. La respiración de María era entrecortada, sofocada por el dolor y las contracciones de su vientre rezumante. Pensó en aquel mar de vino espumoso que conducía a las tierras fantásticas, pobladas durante eones, por especies sapientes diferentes a la raza humana.

—El mundo no es perfecto, pero no es tan malo… Yo estaré aquí para ti y nunca más estarás sola.

Fue entonces cuando María rompió a llorar, y sus lamentos se entremezclaron en una salmodia melancólica. Después de un cuarto de hora, la chica salió y se recostó en el sillón, adolorida y febril. Le apartó el pelo pegado al rostro. Las brumas inciertas del delirio, y el desmentido terror… se arremolinaron suscitando sentimientos desamparados y culpa.

—¿Crees que soy horrible?

—Estás loca, pero eres mágica…

María lo abrazó.

—Perdón si daño tu corazón, Samuel. Será mi culpa… y tuya, por ser tan amable conmigo.

Pero no dijo nada al respecto, sabía que había vendi-

do su alma a los diablos con su siniestra vendimia… y las ataduras se ceñían firmemente en su espíritu para torturarlo. María se recuperó rápido, tomó calmantes para el dolor y el sangrado no perduró mucho… pero seguía deprimida. Así que la invitó al Festival Navideño de los Jinetes cuando su fiebre bajó.

Faltaban dos semanas para terminar el año, y sentía que había cambiado significativamente desde el año anterior… Fue un cambio exterior, que socavó lentamente en el interior; era bueno y paciente. Las clases terminaron por vacaciones decembrinas, y se respiraba un ambiente de jolgorio y pavanas con el desplegar de las gaitas. La comparsa organizada recorrería las principales avenidas desde el centro en la Calle San Gregorio, partiendo del Colegio Bolivariano, hacía el este a paso de multitud, bombeando música y redoblar de tambores con la sabrosura del calipso en las vías más anchas hasta desembocar en el Malecón del Río Yaracuy.

Se unieron a la concurrida comparsa al atardecer, en medio de la Avenida Desesperación. La ancha carretera reverberaba por el gentío y la música que brotaba de las dos carrozas que conducían los Jinetes, mientras la policía resguardaba las calles con sus patrullas coloridas y sus uniformes pulcros. Trataban de mantenerse al final, sin meterse mucho en la multitud de jóvenes, adultos, motocicletas y autos que se abrían paso hasta llegar al río. Las líricas estruendosas llenaban el atardecer rosáceo de vida vibrante y colorida, y reconoció algunos rostros conocidos: los gules se disfrazaron con trajes navideños y máscaras para bailar a distancia prudente, bañados en perfumes.

Marcus Blanco, el joven policía de rostro pacífico, lo saludó con un movimiento de cabeza cuando pa-

saron frente a la tranca del callejón que su patrulla formaba para guiar la caravana. El olor a sudor se mezclaba con el dulzor del ron y la frescura de la cerveza… y María lo tomó del brazo al adentrarse en el espectáculo durante la apoteósica presentación de música ensordecedora. Recorrieron el Malecón, junto al río de aguas turbulentas que reflejaba los destellos del atardecer en un colorido bermejo, paladeado con pinceles dorados y sanguíneos de escarcha solar. El río crecido ofrecía un paisaje desolador y encantado, bordeado de playas arenosas y pantanos que se perdían en la distancia de su cauce indetenible. No dudaba de la existencia de caimanes, pirañas y anacondas en su lecho… pero, los frecuentes accidentes en lanchas delataban la presencia innominada de sirenas, náyades y criaturas abominables que hervían en fosas desconocidas.

María lo agarró por la cintura y lo contoneó al ritmo de gallardos tambores y guitarras de cuatro cuerdas, que inundaron de música el último recorrido al anochecer. Fue entonces cuando ambas carrozas se detuvieron en el amplio Mirador, escenario de festivales y conciertos, circundado de barandales y sillares de piedra. Las losas octogonales cubrieron el suelo espléndidamente, y las coníferas fueron adornadas con guirnaldas y galones verdes. Los puestos de comida y bebidas llenaban las calles, y eran patrocinados por el Colegio Bolivariano en una mezcolanza deliciosa y embriagadora. El púlpito inundó el espacio, bailando ante los latidos de la música como un solo ser formado por miles de cuerpos y mentes en conjunción. Había cierta ilusión bajo el plenilunio y la jerigonza, una electricidad en la baja atmósfera que incuba vacuos presentimientos…

—¡Bienvenidos al Festival Navideño de los Jinetes! —Gerardo abrió el reventón sobre una tarima armada apresuradamente sobre ambas carrozas musicales. Vestía un espléndido disfraz de pirata, de ostentosos encajes ribeteados con galones de plata y plumas silvestres. Parecía un auténtico atamán corsario: botas brillantes, pantalones oscuros, camisa cerúlea, chalana y pañoleta bordada con filigrana de oro—. ¡Vamos a celebrar hasta el amanecer para conmemorar otro año! ¡Esta noche, abriremos el concierto con nuestro solicitado Cantante Misterioso!

Un griterío colectivo se elevó hasta alturas inconmensurables, y los saltitos de la multitud sobrevinieron con aplausos estruendosos. El Presidente presentó a un individuo joven vestido de sultán: era bastante chaparro e iba completamente cubierto de telares negros, con un turbante alrededor del rostro que solo dejaba ver sus ojos de párpados morenos. Los aplausos que lo recibieron esperaban grandes proezas de las canciones en su repertorio.

María le golpeó las costillas con el codo, y le sonrió.

—¡Él es el mejor!

Intentó decir algo, pero el escándalo le arrebató las palabras cuando el Cantante Misterioso tomó el micrófono y carraspeó. Parecía vacilante, pero la melodía de cuerdas llenó el aire de vítores. Se preguntó quién estaba detrás de aquella máscara, y reconoció a alguien extrañamente familiar en su semblanza. Su voz era amable y poética, suave y dulce como la miel; altanera y melancólica.

¿Quién dice que no duelen
Las huellas en la arena?

Tu huella el mar se la llevó
Pero la luna sigue ahí
Pero esa luna es mi condena

Los gritos de los fanáticos se hicieron escuchar. Sonrió, y sintió en sus intestinos aquella dulce melodía y la elocuencia de la voz.

Despacio en la mañana
A gritos por la noche
Las voces vivas del recuerdo se disfrazan de intuición
Y en una voz tu voz se esconde

Y yo sé que tal vez
Tú nunca escuches mi canción, yo sé
Y yo sé que tal vez
Te siga usando así, robándote mi inspiración

¡Mientras siga viendo tu cara en la cara de la luna!
¡Mientras siga escuchando tu voz!
Entre las olas, entre la espuma…
¡Mientras tenga que cambiar la radio de estación!
¡Porque cada canción me hable de ti, de ti, de ti!
Me hable de ti…

La vida se me esconde
Detrás de una promesa sin cumplir
De donde nace alguna inspiración, de donde nace otra canción
Y ya no sé bien quién se esconde
Yo ya no sé lo que se esconde

El Cantante Misterioso repitió el estribillo y Sam se

limpió las lágrimas. Un matiz en aquella voz le resultaba conocido… María cantó a todo pulmón la canción, y se sintió contento por ella: volvía a estar feliz. Cantó con ella, y el Cantante Misterioso terminó su pieza con una tormenta de aplausos. Se despidió, prometiendo que volvería a medianoche para cantar más canciones y Gerardo le pasó el micrófono al joven Santiago, el cantante más popular del pueblo.

Santiago estaba entonando *Rayando el Sol* cuando sintió unos toques en la espalda. Se dio vuelta y miró a Donna, con una sonrisa radiante y los rizos castaños flotando alrededor del rostro. La emoción lo hizo abrazarla, y ella le regaló un beso en la mejilla.

—¡Samuel! —Lo tomó del brazo—. ¡Ven con nosotros! ¡Melissa quiere verte!

—¿María puede ir? —Le gritó al oído a Donna por el escándalo.

La chica miró a María de pies a cabeza, y sus ojos fueron más suspicaces que sinceros; parecía que la pelinegra no le agradaba mucho por la forma en que sonrió. Aunque fingió bastante bien, porque solamente se encogió de hombros y asintió.

Tomó a María de la muñeca mientras Donna lo dirigía a través de la multitud a un sitio más alejado junto a la baranda del río, donde se avistaba un cauce de tinta negra y el paisaje montañoso poblado de foresta al otro lado del agua. Allí la música era más suave, y se encontraban Melissa y su familia, que eran en su mayoría mujeres, de todas las edades. La más vieja era Diana Blanco, una mujer gorda con rostro de sapo que se sentaba en una cómoda silla extensible y bebía sangría con hielo de su vaso; llevaba un vestido blanco abultado, sandalias y un sombrero de

ala ancha con una cinta morada. Su aroma era indescriptible, pues era una mezcla desconcertante entre tabaco, perfume e incienso… Olía a brujería, a un camino abyecto y desviado de la mítica ciencia.
Valeria era la tía de Donna, madre de Melissa y Marcus; era una solterona, pues se casó joven con un fiscal y este murió prontamente en un accidente automovilístico cuando regresaba borracho al hogar. Se sintió mal por ello, pero Melissa no lo recordaba. La tía Valeria era regordeta, pero sin perder su forma femenina, morena y de ojos castaños, se tinturaba el cabello de rubio y vestía ostentosamente. Parecía amable, pero era una fiera al acecho que observaba y murmuraba junto a su madre con lengua afilada… Su aroma era disimulado, profundo y penetrante.
La madre de Donna se llamaba Fiorella, y era bastante esbelta y lozana, de larga cabellera castaña y sonrisa enigmática… Vestía como una joven, y bailaba las melodías con una pasividad y emoción contagiosa. Era alta y risueña, provocativa y… destilaba un perfume seductor: nacarado y cítrico como naranjas caramelizadas. Le dedicó una mirada extraña mientras sonreía, y sus dedos rosados de largas uñas le hincaron los hombros.
—¿Sabes bailar?
—¡Mamá! —Elena Blanco le sonrió, era la hermana mayor de Donna—. ¡Déjalo, no ves que es un niño!
Donna disimuló la risa y bajó la mirada, apenada. Elena se había graduado este año del colegio, e iría a la Universidad Oriental en Ciudad Zamora el próximo para estudiar Derecho; era alta y risueña como su madre, de rostro altivo y cabellera violácea. A diferencia de Donna, tenía el cabello liso y tinturado;

toda ella gritaba audacia, peligro y aventura: cantaba muy fuerte, bailaba y bebía copiosamente.
Elena Blanco le sirvió un trago de una botella con un elixir incoloro de olor dulzón, y lo acompañó con hielo y gaseosa.
Reparó en la sed que el ajetreo y el calor minaron en su garganta. Bebió, más por cansancio que por placer… y aunque el sabor dulzón era insípido, su lengua reseca le agradeció al vaciar el vaso plástico. El sabor metálico del clavo le pareció insoportable en la boca.
—Estás loco, Samuel—Elena quedó boquiabierta—. Eso era anís fuerte, y acabas de tomarte un buen trago. ¿Te molesta la vida?
—¿Cómo está Andrea?
—Viajó a Ciudad Zamora con su padre cuando se curó del virus—Elena sonrió con sorna—. ¿Estás bien?
Se pasó una mano por los labios: estaban entumecidos. No sentía la piel del rostro, y el frío le cortaba la espalda. Le parecía que el mundo zumbaba y se contraía en una tormenta de iniquidad. La mente se le había embotado, y quería sentarse a descansar.
—¿Quieres más?
—Sí.
Elena se echó a reír, y sirvió otro trago. Pero María lo agarró del brazo.
—Creo que no deberías beber, eres muy pequeño.
—¡No soy pequeño nada!
Donna se acercó a él, y Elena le pasó una mano por los hombros mientras apuraba el trago. Bebió rápidamente para no saborear la desagradable bebida, y exhaló, satisfecho. Entonces sintió ganas de bailar, y

Elena saltó con él mientras sonreía. Donna se reclinó en la baranda y frunció los labios.
—Samuel—María frunció el ceño y se cruzó de brazos—. Esto no me gusta…
Iba a decir algo, pero Elena lo interrumpió:
—¡Que se vaya, aburrida!
Dejó escapar una carcajada, y María se fue… No supo cuánto tiempo estuvo bailando con Elena, que se le acercaba insinuante y le tomaba por la cintura. Pero recordó que María estaba deprimida, y se separó de la chica diciendo que debía estar con ella. Se alejó, embotado por el alcohol, y se confundió en medio de la multitud… Habían muchísimas personas, y difícilmente podía distinguir los rostros con tantas luces y ruido. Buscó la cabellera tupida de María, entre las personas altas y bajas que se apretaban alrededor de la tarima mientras sonaba un cuarteto de gaiteros con charrasca, tambores y guitarras.

Le doy gracias al señor por haberte conocido
Pues los años que vivimos fueron de dicha y amor
Pero una sombra cubrió nuestro amor y un momento
De ese bello sentimiento
Además de sufrimientos
Desilusión, me dejó

Tropezó, chocó y pisó por error a personas en su tropel de embriaguez… Llamó a María, y dio vueltas en círculos como loco. Miró al escenario y…

Y así siempre ha de pasar que cada vez que escuchéis
Una gaita, lloraréis
Porque en mi cara pensar

Con bellas prosas que a ti te harán recordar
Todas esas lindas cosas que no pudimos lograr

Un cañonazo cortó la música como un cuchillo, y un griterío general se alzó en medio de la histeria. Perdió contacto con el mundo cuando empezaron a empujarlo y a gritar en medio de un pandemonio de disparos y correderas. Miró en derredor y alguien oscuro entre la multitud sostenía una pistola en alto, descargando balazos al cielo… sembrando terror y prosterno pánico. Una sombra tropezó con él, y un atropello de cuerpos pareció arrastrarlo en una marea sólida y sudorosa. Otra ráfaga de disparos se alzó de súbito y la cólera empeoró… esta vez fueron fieros codazos y empujes que lo arrastraron, luchando por mantenerse de pie, en una masa compacta de carne que respiraba y jadeaba.

Un codazo en la cara lo hizo tambalear y caer de costado, y por un minuto aterrador creyó que sería pisoteado hasta la muerte por la estampida… pero sus temores fueron infundados porque cayó a la sombra de un castaño adornado con guirnaldas brillantes que le daban el aspecto de un árbol de diamantes. Esperó allí, mirando a lo lejos entre el rebaño embrutecido y temeroso. Las sombras de túnicas negras esgrimían pistolas y soltaban disparos al aire. La mayoría de los heridos eran por pisotones o tropiezos, y Gerardo encaraba a las enigmáticas figuras de rostro encapuchado y collares ostentosos, corriendo directamente a la balacera mientras los proyectiles pasaban junto su cuerpo.

Estaba lívido, sudaba profusamente y la temperatura de su cuerpo parecía deshilvanada… No quería

levantarse, y su estómago se estremecía por momentos de fría crisis. La borrachera había desaparecido en parte por el susto, y no tener el control de sus facultades lo ponía en situación de riesgo.

—Samuel—María se inclinó para ayudarle—. Levántate, tenemos que irnos.

—Quiero vomitar.

La chica lo empujó lejos de una multitud que corría por la calle, inundando el espacio con peligrosa desesperación. Bordearon las aceras apretujadas, y los disparos y las correrías se tornaban peligrosas. La policía intentaba irrumpir en dirección al fuego, pero su presencia solo perturbaba aún más aquella masa de brazos y piernas luchando por el espacio.

—Por acá—los llamó una voz aguerrida.

El alto y delgado Finchester los ayudó a subir las escaleras colapsadas y se metieron en uno de los estrechos callejones de la avenida, bloqueado por un muro escarpado. El delgado subió, impulsado por pilas de cajas, y los ayudó a cruzar. Se sintió flotar en un sueño… y, aunque su aterrizaje fue forzoso y se lastimó las rodillas, no sintió dolor alguno. El muchacho no los siguió, se posó sobre el muro como un penitente que teme cruzar las fronteras de lo prohibido.

—Hasta aquí llego, Samuel. Estamos a mano.

Las personas pululaban en menor cantidad tras el muro, y las calles eran transitables bajo las luces tenues de los faroles. Caminaron por un paisaje silencioso, poblado de sombras y edificios durmientes. El jolgorio del festival era remoto, y llegaba hasta ellos desde un mundo lejano de caos y demonios encolerizados. Ya se sentía mucho mejor, aunque sus piernas

flaqueaban y tropezaba con pequeños obstáculos. María lo tomaba del brazo, y miraba preocupada a su alrededor.

Recortaron por un callejón, y la luz mortecina de la luna en su apogeo bañó una orquesta orgiástica de sombras negras con máscaras pálidas de animales cornudos. Las seis figuras saltaron a ellos desde el callejón, blandiendo látigos y machetes afilados, espectros negros formados por tentáculos de tinieblas… soltando chispas con sus utensilios de escarmiento.

María gritó de horror cuando una figura alta lo tomó de las muñecas, y sintió un fiero empujón en su espalda que lo proyectó al suelo. Cayó sobre sus manos con estupor, y se enderezó rápidamente para recoger sus piernas ante un azote metálico de chispas sobre el asfalto. Los bufones reían, oscilando sus machetes y látigos, llegando al paroxismo del horror y la crueldad. Cuando intentaba ponerse de pie, una patada lo cegaba contra el pavimento, y pronto se cubrió de magulladuras… cayendo lentamente en una letanía espantosa.

María gritaba y se retorcía, llorando y temblando ante el castigo de los diablos negros. Se arrastró, impertérrito, haciendo acopio de sus brazos para levantarse… y un chasquido atronador cubrió su espalda de dolor ardiente. Gritó, y los latigazos estallaron peligrosamente cerca de sus brazos, infundiendo terror y desesperación. Las risas burlonas, el sudor y la sangre… conformaron un espectáculo horrible. Gritó despavorido, dejando escapar lágrimas de frustración.

Un disparo atronador zumbó en sus tímpanos, y las sombras echaron a correr en una vorágine de tela os-

cura, máscaras rezagadas y armas de martirio. María lloraba desconsoladamente, convertida en un ovillo, con las ropas hechas jirones y el cabello repleto de pintura pastel. Se levantó, cubierto de zarpazos dolorosos y moretones, y vio a Marcus acercarse rápidamente con la pistola en las manos. Los maleantes desaparecieron sin dejar rastro, y el policía comunicó la atrocidad por su radio.

Pensó en que probablemente los hubieran matado si Marcus Blanco no estuviera cerca, y se dobló por la cintura para vomitar todo el amargo alcohol con la garganta ardiendo.

III.

—No me gusta la Navidad. Todo es tan colorido y hermoso, que hace contraste con mi mundo gris y monótono… Creo que dentro de mí hubo un niño que amó estas fechas, y esperaba con ansias las películas navideñas y los regalos. Los dulces—sonrió, escuchando el ronroneo del motor sobre la carretera—. Pero, ese niño empezó a ver la navidad con otros ojos. Dejó de recibir regalos… y ahora todo es una ilusión que arrastra la tristeza y el sufrimiento acumulado durante el año para reventar en estas fechas. La tasa de suicidios se dispara en diciembre. No odio la Navidad, extraño lo feliz que era cuando mi padre abría sus paquetes de galletas y nos sentábamos a ver maratones empalagosos…

Donna permaneció sentado junto a él, pegada junto suyo mientras el vehículo se deslizaba sobre la carretera bordeada de espesa foresta, en sinuosos caminos montañosos.

—¿Tu padre cambió?

—No—Cruzó las manos—. Yo cambié… al dejar de verlo con admiración, y contemplar al triste adulto que se esconde detrás de esa carcaza. Siempre fue cerrado y taciturno; centrado en sus proyectos y devorador de libros raros y películas de terror.

Donna lo invitó con sus amigos a una quebrada para disfrutar de las cortas vacaciones decembrinas y, aunque quiso que María fuera… ella se sentía muy inquieta y prefería aislarse. La mañana después del terror, no se levantó hasta mediodía, martirizado por una resaca espantosa que lo hizo vomitar varias veces y le molió los sesos. Hubieron seis muertos en el

festival, y la policía canceló el resto de eventos navideños de los Jinetes… No hubo decesos por balas, solo incontables heridos por los embates de la histeria colectiva y los desafortunados que fueron atropellados hasta la muerte. No había concordancia, ¿no buscaban a alguien en específico? ¿Querían causar terror? Las especulaciones llenaron las emisoras de radio con cotilleos de supuesto terrorismo.

María y él no fueron los únicos torturados esa noche, otros tantos casos de maltrato se dieron hasta el amanecer: golpizas, fracturas, persecuciones, humillaciones e intimidación. Estas sombras negras de muerte infundieron dolor, y el pueblo se mantenía en estado de alerta.

Trina Rocca, famosa bruja de Montenegro, se pronunció en la radio para relatar con horror lo que estaba por acontecer ante la cercanía de las Candelarias. La anciana altiva acusó a la Finca del Chaure sobre una profanación en los secretos ancestrales de la Montaña Sorte mediante ritos paganos que deshonraron las tradiciones de las entidades que defendían el territorio. Narró sueños aterradores sobre inundaciones de fuego y seres retorcidos que manaban de la tierra al abrirse con espasmódicos terremotos. A la Bruja Rocca se le adjudica el título de médium y sanadora, puesto que sus medicinas alternativas eran milagrosas al punto de revertir enfermedades incurables. Era hechicera de renombre, respetada incluso por el Presbítero de Chivacoa y el Padre Boris de la Iglesia Maldita de San Lucas.

Donna se zambulló en el agua oscura y su cuerpo desapareció con un chapoteo. La quebrada parecía un ojo de agua en el que convergían varios arroyos, y se escurrían sobre desfiladeros de piedras afiladas y

paisajes agrestes de pronunciada foresta. Hacía bastante calor, y el líquido resultaba agradable. Ronny y Patricia eran los organizadores de la salida, y usaron la camioneta de su padre para llevarlos.
Al parecer, Donna compartió con ellos la primaria, e invitó a sus amigos más antiguos. Mariann se sentó junto suyo con los pies metidos al agua, sorbiendo de a poco su bebida azucarada. El moreno Ritchie, Ana, Bianca y Soledad… jugaban a las atrapadas en el agua y reían ante el salpicar de gotas. El agua no era muy alta en aquella parte de la quebrada, y jugaron largo rato en ella hasta que se sintieron hambrientos. Ronny sacó un paquete de cigarrillos y las chicas, menos Donna, jugaron a fumar mientras los chicos preparaban bebidas con muchísimo alcohol. Recordó su horroroso malestar y denegó el trago.
—Vamos a jugar un juego—sonrió Bianca, formando un círculo con el grupo en una de las orillas de la quebrada. Llevaba un traje de baño de dos piezas, y estaba ruborizada por el sol—. ¿Qué tal Verdad o Reto?
Ritchie aplaudió, enérgico.
—Buenísimo.
—Pero Samuel no quiere beber—Patricia estaba sentada en las piernas de Ronny—. Así será aburrido.
—¿Y los pasteles? —Objetó Bianca—. Puede morder uno.
—No creo que sea buena idea—replicó Donna—. Esos pasteles los hizo Ritchie y…
—Está bien—Se encogió de hombros—. No tolero el alcohol, y tengo mucha hambre.
El moreno Ritchie arqueó las cejas y le tendió la canasta con pequeños bizcochos de chocolate. Contuvo una risa burlona.

—¿Estás seguro, amigo?
—Comienza.
Tomó la canasta, severo. Donna se sentó a su lado mientras sorbía su bebida… Llevaba una falda de bañador y un camisón humedecido que se le pegaba a la piel, mostrando un pecho generoso.
—Bien—Bianca bebió un profundo trago y sus mejillas se arrebolaron—. Samuel… ¿Quién crees que es la más bonita?
—Donna, por supuesto.
Las chicas soltaron risitas y miraron a la susodicha con gestos indescriptibles. Ahora era su turno, y él se fijó en la pequeña y morena Mariann, que estaba muy callada. No era curioso por naturaleza, pero siempre había querido saber la verdad.
—Mariann—nombró y miró a la chica de ojos pequeños—. ¿Es verdad que fuiste novia del Presidente?
—No fuimos novios—se acomodó un mechón detrás de la oreja—. Éramos buenos amigos. Creo que él se sentía solo y se enamoró de mí. Yo… Me costaba verlo de otra forma, y le pedí que fuéramos solo amigos. No quería hacerle daño. Pero, él dijo que no podía ser solo mi amigo y se alejó.
—Pero si el Presidente derrotó a Jesús y a los Arciniega—Bianca se cruzó de brazos—. Es muy guapo e inteligente, y se preocupa por los demás.
—Eso ocurrió hace muchos años—Mariann se rascó el cuello—. Gerardo es un chico intermitente y extraño. ¿Sabían que su familia murió en un incendio cuando era muy pequeño? De cara a los demás es muy alegre y carismático, pero estar con él a solas es… cansado. Éramos muy buenos amigos, y creo que… siendo novios, lo hubiera destrozado. No quería hacerle daño… pero aún así lo lastimé.

—El Presidente es muy extraño—recalcó, reflexivo—. Siempre está ocupado, y raras veces lo he visto salir de su despacho. No sabía lo de su familia… debió ser muy duro para él siendo solo un niño.
—Es una buena persona, aunque él no lo sepa. Piensa que es malo y egoísta, pero yo sé que es bueno… Aunque me odié por romperle el corazón.
—No creo que te odié—Soledad le puso una mano en el hombro a Mariann—. Solo… estaba triste, y confundió el cariño que te tenía. O quizás sí se enamoró de verdad…
—Recuerdo que yo quería estar con él, y lo había pensado. Pero Gerardo se fue a Nueva Bolívar por un tiempo, casi un año, y creí que me había olvidado. Eso me dolió. Cuando regresó… quiso que estuviéramos juntos. Me lo pidió, pero no pude aceptar… El amor es un veneno. Sabía que lo iba a lastimar, porque era mío su corazón y no había atadura más peligrosa en el mundo que esa. Soy una novia horrible, él me entregó su amor y yo le regresé una caja de cenizas. Un ramo de espinas ensangrentadas. Siempre que miro nuestras fotografías, tengo recuerdos míos y suyos de otra época.
Las rondas se sucedieron, y después cambiaron el juego a Yo Nunca. Como no tenía mucha experiencia en la vida, comió bastantes pasteles ya que… nunca había besado, ni tantas otras cosas soeces que sus compañeros decían. Después de terminar seis bizcochos, se sintió muy mareado, y todos lo miraban risueños, conteniendo la risa.
Ritchie pasó una mano frente a sus ojos.
—¿Cómo te sientes, Samuel?
—Bien.

—¿Quieres algo?
—Un beso.
El moreno rompió en carcajadas mientras aplaudía como bufón.
—Déjalo, Ritchie—Donna lo ayudó a levantarse, mientras el mundo le daba vueltas—. Esto fue una mala idea…
Bianca rompió en carcajadas y cayó sobre el regazo de Ana.
—¡Mira su cara!
Donna lo condujo a una de las carpas de descanso y lo recostó como pudo. No estaba cansado, pero se sentía flotando en silencio por países nubosos de quietud. Masticó ruidosamente, y las sensaciones de su boca fueron apagadas y distantes. Sus manos estaban llenas de hormigas energéticas, y veía manchas violáceas y puntos negros.
—¿Donna?
—¿Sí?
—¿Crees en Dios?
—Sí, a veces me cuesta creer… pero estoy segura que existe un Creador Universal.
—Yo no—sonrió, frívolo. Sus pies estaban muy fríos—. Pienso que la existencia de un demiurgo o una Providencia, son meras conjeturas que intentan explicar la vacía presencia de los seres humanos en un universo agonizante—la chica lo miró largamente—. He meditado sobre eso, en mis momentos más privados… y sentí el miedo recalcitrante a la infinita soledad que conlleva existir—le acarició el cabello, mimosa—. Los cimientos de la religión son el infundado temor a la muerte y la insignificancia de la vida. Para un hombre que acepta la realidad de la muerte y

la pequeñez de su reducida existencia… la religión es solo otro oropel que describe la absurda moralidad de la sociedad.
Donna se recostó a su lado, sintió su calor escindirse junto a su cuerpo con una agradable sensación.
—¿En serio te gustan las chicas?
—Creo que sí.
—Dijiste que era la más bonita que conocías…
—Creo que me gusta más María.
—Lo siento—Donna se acercó aún más, tan cercana, que sintió su respiración en el cuello con un escalofrío—. Es solo que…
Lo besó con timidez, el tacto de sus labios al presionar contra los suyos fue tierno y muy suave. Muy húmedo. Donna se agazapó sobre su pecho y comenzó a repartir besos por todo su rostro… Las sensaciones cálidas se extendieron por todo su cuerpo, y los besos de la chica avivaron ese fuero interno que hervía, se retorcía y estiraba en su pecho. Sus manos la tomaron de la cintura, y la chica comenzó a bajar por su pecho huesudo… descubriendo la camisa empapada y besando a su vientre con latigazos de fuego y truenos.
—Donna…
—Cierra los ojos, te va a gustar.
Sintió los dedos de la chica deslizarse por su piel y quitarle lentamente los pantaloncillos con un movimiento de arrastre para dejar al descubierto aquella parte intima. Un relámpago lo estremeció cuando los dedos de Donna se cerraron en torno a su miembro…
—No tan fuerte…
—Lo siento.

Reparó en que la chica buscó un pequeño tubo de plástico en su bolsa, mientras lo acariciaba y su respiración lo estremecía. Nunca había tenido una erección tan grande y dolorosa. Se estaba preguntando para qué era aquello cuando un estremecimiento involuntario ocasionado por el placer lo hizo doblarse… Contuvo el gemido ante la humedad y calidez que ofrecían los labios de Donna en un movimiento de vaivén cuando se introdujo aquella parte suya en la boca. Estar dentro de otra persona es una sensación indescriptible. La electricidad brotaba de su pecho y corría por cada parte de sus circuitos, iluminando focos y quemando transistores. Aquel calor crecía y lo sofocaba, como hormigas de fuego garrapateando sobre su vientre… Un martillazo de dolor lo hizo recoger las piernas.

—Donna… Los dientes.

—Lo siento.

La chica continuó con sus movimientos de lengua y labios, y la lubricidad de su saliva lo poseía y lo succionaba. Sentía que lo estiraban como una cuerda en tensión, a un palmo de romperse. Contuvo el aliento ante este estremecimiento, y no pudo contenerse al realizar su propios movimientos pélvicos, sintiendo que algo estaba por salir.

De repente, sintió que una parte de la piel se enredó en los dientes de la chica… y un dolor atroz lo hizo gritar. Donna dejó escapar arcadas con la boca llena de sangre, lo miró con los ojos llorosos y se dobló por la cintura para vomitar copiosamente sobre el suelo de la carpa. Se quedó pasmado con el miembro titilante y el frenillo roto. El líquido verdoso se extendió como un charco grasiento…

Donna se limpió los labios ensangrentados con el dorso de la mano.

—¡Lo siento!

Le ardía el glande, y la sangre manchó su ropa interior. Y antes que pudiera responder, la chica salió escopetada de la carpa. No supo cuánto tiempo estuvo escondido, apenado por salir e indeciso por el mareo que lo envolvía… pero un grito lo arrancó de su ensimismamiento. Saltó de la carpa para desairar sus pensamientos con las piernas flojas y los muslos ensangrentados.

A orillas de la quebrada se escuchaban gritos desenfocados que reverberaban a través de la espesa foresta y su bóveda de ramas. El río se había teñido de añil con el descender del atardecer y el alto Ronny reposaba boca abajo con una mancha rojiza extendiéndose por su cabellera negra. Parecía un gigante derribado… A su alrededor el desorden delató un espectáculo de horrores que aconteció durante su embotamiento: las carpas fueron derribadas, los alimentos dispersos y las botellas esparcidas. Hubo un enfrentamiento, y se llevaron a todos… Menos a Soledad que lloraba desconsoladamente con las piernas desnudas llenas de arañazos.

—¡Samuel!

—¡¿Qué pasó aquí?!

—¡Se los llevaron a todos!

—¡¿Quiénes?!

—Los seres viscosos del agua—sollozó la joven morena, incapaz de levantarse por impotencia—. ¡Fue horrible! ¡Salieron del agua como un pelotón de duendes espantosos con piel leprosa y ojos ambarinos! ¡Llevaban trinches y picas de huesos! ¡Yo me

escondí trepando un árbol, mientras hacían llover piedras y se llevaban a todos! ¡A Ronny no pudieron cargarlo porque era muy pesado! ¡Ana, Bianca, Mariann y los muchachos! ¡Esas perversas criaturas chillaban y se reían con malicia mientras agitaban sus zarpas palmeadas!

—¿Dónde está Donna?

—¡No lo sé!

Miró el centenar de huellas que cubrían el suelo arcilloso y se perdían en la distancia, entre los árboles, en dirección septentrional. Pensó en las cavernas que poblaban aquella región, y los horrores que se sucedían cada segundo mientras aquella tropel de tritones viscosos marchaba por tierra…

IV.

—¿Sirenas, dices? —Mario Luna bebió un peligroso trago de la botella de anís de su mano—. No lo sé, Samuel. Los único que conozco así por esta región son los Canaimas: seres incorpóreos que habitan las lagunas donde se ahogaron muchas personas. Es raro verlos, y nunca jamás osarían dañar a los vivos.
—¡Es verdad! —Tenía la camisa y los pantalones deshilachados—. ¡Secuestraron a mis amigos! ¡Vine corriendo a la primera cueva que encontré y pronuncié la contraseña que me enseñaron para llegar a su madriguera común! ¡He recorrido una distancia impensable en tan poco tiempo! ¡Es brujería!
Los gules formaron un círculo maloliente a su alrededor, eran figuras enmohecidas y silenciosas. Sus murmullos eran vacilantes, pero los miembros más viejos asentían ante conocimientos perdidos y antiguos que podían explicar los fenómenos descritos.
—Podría ser—explicó un gul visiblemente anciano, que fumaba uno de los cigarrillos que le regaló—. La magia de Montenegro ha ido creciendo con cada ciclo, y puede que un intermediario haya sido capaz de pregonar las fórmulas adecuadas para someter a estos espíritus del agua. Es muy improbable, pero si el jovencito Samuel nos necesita… debemos ser recíprocos.
Los gules asintieron, fumando y bebiendo los regalos que les trajo. Algunos rompieron sus restricciones e ingirieron con gusto los bizcochos con marihuana horneados por Ritchie. Los cigarrillos circularon en la multitud y se acabaron rápidamente, pero la distribución del alcohol fue más equitativa. La alegría que conllevó el ofrecimiento de estos presentes fue

suficiente para satisfacer el corazón de los gules, que lo tenían en alta estima.

—No somos seres belicosos—Mario entornó sus ojillos—. Pero, eres nuestro amigo Samuel Wesen, y romperemos las reglas para ayudarte.

Una veintena de gules rompió el juramento de paz, y se sumó a Samuel y Mario para empuñar fémures mordidos y huesos afilados. Algunos desenvainaron herrumbrosas cimitarras, estoques y puñales, para armarse en una guerra contra los espíritus sublevados. Marcharon en la obscuridad, con el español Mario a la cabeza y él detrás suyo… Pronunciaron la contraseña a cien pasos de la entrada de la caverna en completa penumbra y salieron por una de las aberturas que ofrecía aquella afluencia de caminos.

Eran un grupo mugroso y zarrapastroso bajo la luz plateada del plenilunio, danzando como espectros cantarines formados por hojas cosidas y líquenes. La espesa vegetación los condujo por senderos precipitados a abismos de silencio, rumiar de grillos, cantos caóticos de cigarras y el ulular de las ramas ante la música del viento.

Mario Luna lo nombró terrateniente, y los gules lo obedecían sin dudar ante la procesión armada que recorría los vaivenes del terreno. Una gul de cabello enmarañado le dio una tibia unida a un peñasco afilado que asemejaba la cabeza de un hacha afilada, y bamboleaba su arma, deslizándose en el mar de oscuridad y ramas junto a sus compañeros desnudos de piel correosa y rudimentario equipo. Sentía que avanzaban a ciegas, pues las huellas siguieron el curso del río, y más tarde se esfumaron en una dirección, para reaparecer cincuenta pasos más adelante

en otra. Aquello los confundía, y avanzaban más lentamente de lo que hubieran querido.
Sam se estremecía ante la frustración, rastreando en lugares equivocados y perdiendo el tiempo en círculos. Los gules que se adelantaban, aunque buenos oteadores nocturnos, no obtenían avances significativos. Y cada minuto que pasaba era una eternidad, debían tener unos tres horas buscando en vano y el agobio los torturaba.
—No te desesperes, amigo mío—le aconsejó Mario, autoproclamado Jefe de Guerra—. Eres el Coronel, no debes ser irracional. Cabeza fría, ricos sesos putrefactos y cráneo suave.
—Es que… cada hora que pasa, siento que ellos se alejan más de nosotros.
—Pronto encenderán la hoguera para la ceremonia—Mario levantó su fémur—. Nos subiremos a la arboleda a vislumbrar el humo, y los atacamos antes que sacrifiquen a los jóvenes. Deben ser magos negros que necesitan sangre joven para concertar su aquelarre. Hace muchos años que no se atestiguan estos rituales de sacrificios. La magia es cíclica, Samuel, cada cierta cantidad de años puede disminuir o acrecentar su poder. La Montaña del Sorte es un gran catalizador de energía primordial. Un punto magnético del planeta. Esta puede tener alteraciones en su flujo según los desplazamientos de las capas tectónicas, las modificaciones en el eje terrestre, los movimientos de los planetas y las estrellas… o un simple fundamento inconsciente.
»En todas las edades han surgido civilizaciones que prosperaron al aprovechar estas fuerzas que rigen la naturaleza. Celebrando ritos en conmemoración

a los dioses que se alimentan de estos puntos energéticos, haciendo fructíferas sus épocas remotas. Pero, llega un punto en que sus ritos se convierten en blasfemias, y sus dioses requieren ofrendas sangrientas y ceremonias horripilantes que asemejan baños de sangre en lenguas indescriptibles. En las negras ciudades gobernadas por las tinieblas, sus demonios han gobernado sobre torres titánicas como soberanos de lo impío. La ira de esos dioses imaginarios se ha materializado con el colapso de las eras y el entierro de continentes enteros.

»Aquellas razas que avanzaron profunda e indebidamente en la ciencia, la magia y la alquimia… fueron arrebatas de la faz de la Tierra, por una Potencia desconocida que impide su ascensión a divinidades. La gente aún murmura, en voz baja… sobre la caída de Roma, la destrucción de la Atlántida y la aniquilación divina de Sodoma y Gomorra. Pero, los registros han borrado a Lemuria de sus atlas universales, y nadie recuerda las Dinastías Celtas de la Ciudad Eterna.

—Es horroroso—sostuvo el hacha por un momento con ambas manos y miró la luna llena que derramaba su luz sobrenatural sobre el bosque blanquecino—. ¿Sacrificios a dioses por prosperidad? ¿Juventud, riqueza y estatus? Yo… no sería capaz de bañarme en sangre para…

—¿Hasta donde seríamos capaces de llegar para cumplir nuestras ensoñaciones? —Mario lamió el fémur con su lengua azulada—. Convertirte en gul, y vivir tantas décadas te hace cuestionar la moralidad que rige la Humanidad. Somos criaturas salvajes y egoístas, y al igual que las otras razas que pisaron esta esfera antes de nosotros… solo pensamos en el

triunfo individual y el nepotismo para nuestra progenie. Los Adoradores del Sol en la época prehispánica cubrieron sus pirámides con sangre para alterar el clima y favorecer las cosechas. Los chinos buscaron con desesperación la inmortalidad, y los habitantes de Sodoma llegaron aún más lejos en la hibridación y la exploración sacrílega de las ciencias negras.

»Esclavos de la ambición, estirpes célebres de nuestra moderna era buscaron pertenecer a sectas de alto poder, practicantes de cultos y rituales de magia negra; invocando deidades muertas y entidades del Vacío… a las que ofrecen su virtud, voluntad, y sangrientos sacrificios animales y humanos… para obtener sus favores y triunfar en las industrias. La maldad en su anhelo de poder, dinero y fama… no tiene limitaciones. Para un corazón egoísta, el único obstáculo en su ambición es la moral y la ley.

Pensó en su deseo más intrínseco, quería… vivir sin preocupaciones.

—Creo que… la mayoría de nosotros somos mediocres seres insignificantes, y moriremos sin ser recordados. Ese es nuestro más profundo terror, debajo de nuestra piel, nos carcome la idea de que nuestra alma también desaparecerá eternamente.

Un par de ojos cerúleos saltaron a sus pies desde los arbustos. Se encaramó como una mancha blanca sobre las raíces protuberantes de un roble anciano. El gato de espeso pelaje níveo ronroneó, y entornó sus ojillos amables. Se acercó al animal con el hacha en alto, pero le pareció una criatura inofensiva.

—Se están acercando—dijo el gato con voz femenina. Reconoció el tono, pero los matices eran demasiado agudos y silbantes—. Pero, cometen un error

al esperar contemplar el humo de su hoguera, pues sus braseros están hechizados por sortilegios protectores que los harán invisibles ante los ojos del enemigo—meneó su cola con una gracia felina inusitada—. Se los han llevado a un claro despejado, rodeado por una altiva muralla de cedros… Su hechicería es poderosa, por no decir indestructible durante este ciclo de tiempo. Pues… Júpiter los favorece gracias al plenilunio, y su poderío forma un dominio absoluto.

»Escúchame, Samuel; debes guiar a los gules cien pasos en dirección septentrional, y otros cien pasos al este, hacía las lomas talladas por los embates sulfurosos del malestar volcánico. Esperen en aquella colina, hasta que la luna se esconda detrás de una nube negra… y pronunciaré el Hechizo de Liberación para abrir una brecha en su dominio.

—¿Puedo confiar en ti?

—No tienes otra opción, Wesen.

Los gules, aunque quejumbrosos, obedecieron las órdenes y siguieron al gato cauto que saltaba sobre la enramada, escalaba sagazmente los troncos y daba vueltas alrededor del pelotón mugriento. Anduvieron los primeros cien pasos al norte, y las estrellas rutilantes se escondieron en un firmamento nuboso y ennegrecido.

La gata blanca descubrió fetiches simbólicos dibujados en papeles unidos a los troncos con cera derretida, y los gules se extrañaron de no haber avistado tales brujerías en su cruzada. El felino murmuraba por lo bajo, en cavilaciones imperceptibles que los gules temían con infundido respeto… puesto que aquel animal se movía y actuaba con una gentileza y una sabiduría extraña, adecuada a la situación.

Los otros cien pasos al este fueron más pesarosos, porque iban en discordancia con la trayectoria recorrida y eran cuesta arriba. El ejército se quejó mientras ascendía por un terreno dificultoso, y las lomas se sucedieron en pronunciadas pendientes hasta que el paisaje dio lugar a una colina lisa, cuyas paredes abruptas caían vertiginosamente a prodigiosa altura. El paisaje avistado desde la colina era desigual, montañoso y poblado de foresta excepcional. Desde aquella altura la luna los vislumbraba en su apogeo, y se demoraron media hora más… hasta que una nube inmensa y plasmática la cubrió con un torrente de oscuridad.

El gato saltó, irguiéndose como un gran felino sobre una pendiente africana. La oscuridad bajó en portentosos tentáculos, y la mortecina iluminación juzgó impropio aquel despliegue de fuerzas.

—María Lionza—dijo la gata, y el eco proyectó su conjuración a espacios liminales—. Madrecita, madre de la raza mestiza. Confiando en tu inmensa bondad, ruego en el nombre de la Divina Providencia que me ayudes, me liberes de todo mal y me brindes tu Santa Protección—la ventisca se levantó lentamente, pasó de un resoplar… a un verdadero temporal en cuestión de segundos. La voz etérea de la gata flotó como una nube, y la energía negativa vibró con pulsaciones—. Hermosa y querida Madre, tú… que has llegado hasta la Corte Celestial y presides la Corte India… y estás rodeada de ángeles, arcángeles y serafines. ¡Escucha mi plegaria! Yo—susurró su nombre de seña imperceptible—, admiradora y creyente en ti, pido en el nombre de Dios me irradies con amor, armonía, paz, y prosperidad—meditó en

aquella hechicería de polaridad positiva. Y vislumbró el picacho distante de la Montaña Sorte, santuario de la invocada que era llamada a su petición—. Concédeme la gracia que te pido. Sabes que mis deseos son por el amor que siento… Son honestos, puros y bienintencionados—su cabello se levantó con la ventisca que sopló y los gules retrocedieron—. Te ruego, Madre mía, que me ilumines y estés siempre junto a mí, prestando tu protección y ayuda a esta… tu devota hija.

La luna aclaró casi al terminar la conjuración, y los gules avistaron luces de ignición en lo profundo del bosque. El humo subía en raudales desde aquel claro, y las formas eran incompresibles. Buscó a la gata con la mirada, pero esta había desaparecido. Se decidieron pues, ansiosos de librar la batalla antes de la medianoche. Bajaron la pendiente y se inmiscuyeron en las sombras de los árboles, como excrecencias fungosas que tomaban vida y emergían retorciéndose de las ciénagas infestadas.

Caminantes de las sombras, el presuntuoso tam-tam de los tambores palpitaba al ritmo de sus corazones, y los árboles brillaban, fosforescentes ante el malestar de incandescencias que brotaban de pozos sulfurosos junto con abominaciones mefíticas. Se acercaron al palpitar, y la irradiación de aquella fogata rojiza lanzó destellos vibrantes y sombras horripilantes al espectáculo de endriagos viscosos desplegado ante sus ojos.

Los seres diminutos bailaban en torno a la hoguera principal, que era un brasero argentino con forma de pentáculo, alimentado con ramas gruesas plagadas de frutos amarillentos. Eran al menos una cin-

cuentena de seres antropoides de un metro de altura, de piel viscosa y extremidades palmeadas de zarpas negras… que esgrimían lanzas de hueso; eran lampiños, hermafroditas y batracios. Sus ojos ambarinos relucían con luz propia.

Los gules se escondieron en los arbustos ante la orden de Mario, y esperaron. Las sombras más altas se paseaban cerca del brasero, eran brujos de larga sotana negra y máscaras chotunas de largos cuernos retorcidos. Portaban rosarios de piedras y fetiches simbólicos que rememoraban sus artes oscuras. El Lobo Sonriente que dirigió el aquelarre en la Finca del Chaure brilló por su ausencia, pero aquellos magos negros imitaron el horror, obligando a los Canaimas a tocar las maracas y los tambores con el trascendental y rítmico bombeo… que lo transportaba a paisajes prehistóricos, regidos por dioses tiranos y saurios homínidos.

Los jóvenes secuestrados permanecían dentro de un círculo, maniatados, y sumergidos en trance por la ingesta de humo contaminado por alucinógenos. El único que parecía herido por rasguños era Ritchie, que debió prestar oposición durante su captura. Los Canaimas bailaban en círculos concéntricos, hinchándose y encogiéndose según las permutaciones de la música y el llamado abismal que poseían los cánticos de los magos negros. Uno de los brujos, un tipo alto, tomó un cuchillo de hueso y se acercó al círculo central, donde los jóvenes se estremecían sobre el suelo como serpientes moribundas.

Esa fue la señal, porque los gules cayeron sobre el campamento con la furia de un ventarrón. Saltó detrás de Mario, meneando el hacha de hueso vio-

lentamente para espantar a los batracios. Los gules resultaron ser seres violentos y rapaces, no dudaron en abrirse paso entre los Canaimas con vigorosos golpes de fémur y puñaladas. Mario repartió porrazos con su fémur, y lo imitó a su sombra… incapaz de rebanar o hincar el filo del hacha en la cabeza de algún batracio. Los gules cayeron como una línea aplastante mientras los Canaima rompían filas, y los brujos se negaban a actuar… Vio un destello blancuzco saltar sobre las copas de los árboles, y a la gata maullar sortilegios en su idioma altivo.

Fue entonces que los magos negros se negaron a una confrontación, y se reunieron como una cohorte para esfumarse en un ventarrón de humo espeso e incienso. Se pronunció una fórmula altiva y desaparecieron como una impresión que se esfuma en niebla. Vio emerger del humo nacarado… seis pájaros negros de indescriptibles características y ojos demoníacos, batiendo sus alas oscuras, y sobrevolando el vacío del cielo hasta desvanecerse.

Los Canaimas chillaron, tomando sus lanzas y lanzándose a la refriega; haciendo llover piedras en un pandemonio infernal. Fue entonces cuando la superioridad numérica chocó grandemente contra la ventaja de los gules, y los seres viscosos acometieron con violencia. Las lanzas de hueso se rompían, clavándose en los estómagos de los gules, y las acometidas se sucedieron con rotundo éxito.

Mario chocó con él en su retroceso, y una lanza lo alcanzó en el pecho con un desgarro de cuero… El gul se torció con un juramento, y los anémicos batracios chillaron, embistiendo con los ojos ambarinos refulgentes de malicia. Uno de ellos saltó con la lanza

en ristre, y Sam le abrió la cabeza con el hacha. El movimientos fue rápido y desastroso, el filo del arma hendió el aire y se incrustó en la cabeza protuberante del ser atrofiado… derramando sus sesos en una pútrida sopa grisácea.

Arrancó el hacha y la lluvia de piedras se precipitó como granizo mientras tomaba a Mario de los hombros y lo alejaba, adentrándose en las filas de los gules que resistían las acometidas. La herida sangraba abundantemente en su pecho, despidiendo un hedor avinagrado. Ejerció presión, llenándose las manos de un líquido tibio semejante a la tinta podrida… Los gules cerraron filas a su espalda, rompiendo cabezas con sus fémures e intentando clavar sus puñales. Los Canaimas eran escurridizos y burlones, mofándose y acometiendo con barbaridad.

—¡Mario!

—¡Pelea, soldado! —Proclamó el gul, haciendo presión sobre su herida para evitar el chorreo incesante—. Nosotros somos más duros de lo que crees. ¡Toma tu hacha, y no me decepciones!

Pero fue incapaz de volver a esgrimir el hacha, y los gules continuaron resistiendo, mermando sus fuerzas con sincopado estremecimiento. Resistieron asiduamente la embestida de la jauría, y devolvieron las piedras con potencia guerrillera… Y pronto los Canaimas empezaron a caer, con la cabeza descompuesta en una masa pútrida. Eran sorprendidos por piedras desconocidas que brotaban de la oscuridad y les aplastaba el cráneo. Su número se redujo constante y lentamente, hasta que los gules ofrecieron una última acometida, arriesgando todo para aniquilar al enemigo en una mortífera formación de cuña.

Samuel respondió con piedras, y lanzó fémures cuando se le agotó el suministro. Los Canaimas se dispersaron ante la inminencia de su derrota, y perseguirlos fue imposible ya que se convertían en seres invisibles sin sustancia cuando sus instintos se desvanecían. Los cadáveres viscosos de tritones enanos se hincharon, y se convirtieron en charcos de agua fétida.

Omar salió de su escondrijo junto a la gata blanca, una vez concluida la batalla.

—¡Petirrojo! —Se acercó dando zancadas furiosas con sus velludas patas—. ¡¿Qué estás jugando, estúpido?!

—Déjalo, Omar—proclamó la gata blanca, interponiéndose como una mancha felina—. Como Protector Espiritual, debiste haber interferido a tiempo, si Samuel no hubiese intervenido… habría sido tarde para los chicos. La magia de estos brujos era oscura, tanto, que pudieron burlar tus velos y ataduras. ¿No te lo dijeron los sapos?

—¡Sabes que nunca me dicen nada, gata impertinente!

La felina se paseó con gracilidad.

—En fin, menos mal llegaste a tiempo para ayudar a esta tropa de gules. Quizás… no seas tan malo como dicen todos en Montenegro.

Omar silbó y se cruzó de brazos con indiferencia. De la veintena de gules que lo acompañó, seis murieron por heridas devastadoras, dos moribundos fueron rematados y la gran mayoría poseía cortes, rasguños y laceraciones. Notó un golpe en su cabeza que sangraba en hilos, y recordó el intercambio eufórico de piedras… Aunque parecía ileso, algunos peñascos

lo alcanzaron durante el fragor, y no quería ponerse a descubrir sus moretones. El Chivato cortaba los cordones de los jóvenes, e intentaba romper los conjuros que los mantenían inconscientes.

—Mario…

El gul que alguna vez fue Mario Luna permanecía boquiabierto, mirando con perplejidad las estrellas luminosas de un cielo encantado. Su rostro reflejó una paz gélida. Se sentó, abrazándose las rodillas, junto al cadáver de su desdichado y mugriento amigo. Si pudiera santificar a una persona, sería al maltrecho Mario Luna… que se convirtió en gul para huir de las trincheras y la soledad.

—Descansa, amigo—cerró los ojos del gul y bajó los suyos para que no lo vieran llorar—. Espero que mi muerte sea tan gloriosa como la tuya—sonrió, pesaroso—. No… tú no hubieses querido que yo muriera nunca. Querías que me convirtiera en gul para poder hablar contigo eternamente.

Capítulo 7: La Danza de los Niños Sin Ojos

I.

When you were here before
Couldn't look you in the eyes
You're just like an angel
Your skin makes me cry

You float like a feather
In a beautiful world

I wish I was special
You're so very special
But I'm a creed
I'm a weirdo
What the hell am I doing her?
I don't belong her…

I don't care if it hurt
I wanna have control
I wanna a perfect body
I wanna perfect soul
I want you to notice, when I'm not around

—¿Puedes quitar esa música? —Guillermo se pasó una mano por la barba grisácea—. Me estás deprimiendo.

Marcus levantó una piedra del suelo, y la lanzó con fuerza sobre los naranjos que pululaban cerca de los establos.

—Es un clásico del rock.

—No me gusta.
—¿Y qué te gusta?
—La música llanera, por supuesto—Guillermo recortó la distancia detrás del anciano mulato de espalda prominente que los dirigía—. Es poesía pura. Es el canto de las olas, y el rumor de la luna.
—Señores oficiales—anunció el mulato de pelo canoso. Vestía una sotana negra, pañuelo rojo, turbante y parafernalia católica como un alegórico Papa Negro—. Os ruego disculpas, no podré mostrarles en su totalidad nuestros depósitos. Pero si es menester, podré proporcionar los números de nuestros acaudalados invitados y sus generosas donaciones. El dueño de la Finca del Chaure se ausenta la mayoría del mes, aunque se establezca en Montenegro… envía emisarios frecuentemente para enterarse del mantenimiento de su terreno. Tenemos caballos, reses, gallinas, cerdos y gran cantidad de árboles frutales. Es un sitio autosuficiente, que extrae agua de las entrañas de la tierra mediante aljibes y es visitado por los queseros de Ciudad Zamora gracias a su abundante leche.
»Como pueden ver, los salones de fiestas son limpiados regularmente por los obreros, a los que se les paga y alimenta adecuadamente. La mayoría son vecinos de la comarca, y están agradecidos por la oportunidad de trabajar. Los depósitos funcionan para almacenar los adornos festivos y las reservas de alimentos, licores e indumentaria de trabajo. Sobre nuestras fiestas, cabe mencionarles que tenemos invitados de todo el país y el extranjero, y que somos devotos de religiones llamadas equivocadamente paganas. No somos satanistas, como algunas comunidades nos

tachan… Creemos en la abundancia que nos ofrecen las ánimas de la Montaña Sorte, y brindamos guía espiritual a todos aquellos que quieran pertenecer a nuestro grupo.

»Durante décadas, este rancho ha sido escenario de desgracias y conflictos que terminaron en gran tragedia. Venimos de todas partes: desde los recónditos Llanos Negros, hasta la metrópolis vecina de Puerto Bello. Somos sabios autóctonos de Egipto, escaladores del Himalaya que atestiguaron las ruinas antiguas sobre los picachos inmaculados, y arqueólogos vascos que exploraron las catacumbas antiguas que datan de hace medio millón de años… bajo las madrigueras del viejo mundo.

Guillermo se pronunció como una sombra alta de tez grisácea, mostacho poblado y ojos oscuros.

—¿Quiénes han venido a la Finca del Chaure para conversar con el propietario?

—La gran mayoría pertenece al Culto del Meridiano—dictó el brujo y les mostró la espalda, echando a andar hasta un conjunto de edificios rectangulares que quedaban al otro extremo del mirador sobre la colina y la mansión—. Asiáticos, indios, musulmanes… ¿Todos somos una sola especie, no? Los iluminados han traído sus hallazgos a este refugio terrenal que conmemora la existencia de seres incompresibles. La civilización, sin embargo, aún no está preparada para lo que se esconde detrás de la Constelación del Dragón. Pocas son las almas que han visto más allá de los cúmulos nebulosos de estrellas, y comprendieron, horrorizados, la inmensidad de los terrores provenientes de otros tiempos, ulterior a existencias físicas y cuantitativas.

Marcus sintió su lengua adherirse al paladar con cierta aprensión. Aquel hombre oscuro, de rostro curtido y ademanes meticulosos; se movía y expresaba como un ser que almacenaba infinitos estanques de sabiduría inmemorial. Los broches de oro que ceñían su sotana tenían formas curiosas, que dominan niveles de conocimiento heterodoxo, distante de dictámenes convencionales arraigados en la ciencia moderna. La Luna era la insignia más reluciente, brillante por su novedad; la Esmeralda tenía pequeñas incrustaciones de estas piedritas verdes, y debía representar un rango elevado en aquel caudal de conocimiento ignoto; el Búho bien podía ser otro adorno, y aunque estaba pulida, delataba esa antigüedad que solo los muebles bicentenarios y las pinturas adquirían con el pasar de las décadas. El supuestamente anciano mulato conocido como Agustín, refulgía de vigor y celeridad en sus miembros.

Guillermo se adelantó, y le dedicó una mirada penetrante a su compañero.

—¿Qué opinas del Barrio Porvenir?

—Es… rural—dijo Marcus, por lo bajo—. La mayoría de las calles no están asfaltadas, y se respira un aire de deterioro y atraso. No tienen ningún edificio, y la vegetación tupida crece sin control sobre parques abandonados y casas destartaladas. Las personas se ven… embrutecidas, como si sus cerebros hubieran dado un paso atrás en las líneas evolutivas. La pobreza es patológica, y la superstición es tan común como los vicios. La degeneración cultural genera parias que imitan sin rechistar las doctrinas gubernamentales. No soy político… pero en caso de serlo, crearía un país a partir de este modelo social

de embrutecimiento, y así regir sobre una tierra rica poblada por gentuza ignorante.
—Sabes que hay un plaga de ignorancia cuando una comunidad tiene más iglesias, que escuelas y hospitales.
—¿No quiere ser candidato presidencial?
—No gracias—sonrió el anciano—, aún intento recuperar los rastros de humanidad que me fueron disueltos al graduarme de policía.
El camino empedrado los condujo a la parte trasera de la gallera, donde un edificio rectangular y alargado se extendía, durmiente. Agustín abrió la puerta de aquel depósito al rebuscar un llavero, y les indicó que entrasen. La oscuridad retrocedió, y el aire viciado en aquel refugio hermético exhumó una pestilencia azufrada, hedionda a pantanos abismales, de los que brotaban horrendas burbujas de podredumbre. Al encender las luces, se desplegó un paisaje tortuoso sembrado de terrores cósmicos que rumiaban las paredes y se retorcían en las esquinas, poseídos por influencias espantosas que no pertenecían a las ensoñaciones de nuestro mundo.
—¡Vírgen! —Guillermo dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos.
Marcus ni siquiera pudo contestar. Las pinturas al óleo y frescos que pululaban en las paredes exhibían paisajes enigmáticos, reinantes de un caos prehistórico que iba más allá de las junglas jurásicas y las cumbres mesozoicas… pues la inminencia de un desastre hacía plausible el vistazo a ventanas atemporales que conducían a eras donde el planeta aún era joven, y la corteza virgen se deshacía en estallidos de magma y tormentas radioactivas que hacían refulgir los océa-

nos primigenios. Y más allá, se podía atisbar sombras de un futuro remoto, recalcitrante de pesadillas descarnadas que brotaban de grietas en el firmamento y mareas sanguíneas.

Aquella figura se repetía en cada cuadro, a veces como único ser al fondo del paisaje, otras... era protagonista de epopeyas dantescas. Como si sus manos esqueléticas pudieran derrumbar los pilares del mundo y deshacer la corteza terrestre en mares estigios de tormento. Un Hades antropoide de grasienta túnica negra, deshilachada, cuya cabeza de artrópodo miriápodo parecía el injerto de un ciempiés repugnante en un cadáver momificado. Bajo su brazo viscoso, un pesado libro murmuraba maldiciones, y—por la Providencia—, si se concentraba en las imágenes podía escuchar, desapercibido y minúsculo… el rumiante chirrido de los grillos y los insectos nocturnos. Las impresiones de horror lo descompusieron, el solo imaginar que aquella era la colección artística de Algarrobo… lo asustó; el susodicho había venerado aquella deidad cancerígena, y recordar que la llamó en sus momentos finales, y que esta prestó oídos sordos… Lo hizo meditar sobre las cavidades infinitas de la religión, intentando llenar las profundidades del vacío cósmico.

Las estatuas eran encarnaciones pétreas de la figura, algunas eran miniaturas de pórfido que replicaban aquel horror en pinceladas. La más alta ocupaba una esquina, y era un espécimen de dos metros y medio de altura que arañaba el techo con las antenas de su cabeza protuberante. El solo presenciar la abominación le provocó arcadas, puesto que el escultor plasmó un horror cáustico en el detalle de la vestimenta

y la veracidad del endriago… que, creyó que podría tratarse del auténtico demonio, petrificado por un hechizo ignominioso durante miles de años. La perfección del mármol delataba la fascinación—u horrenda obsesión—, que el artista sintió, asediado por incontables pesadillas en paisajes apocalípticos, empujándolo a una faena horripilante y fantástica que bien podrían delatar las auténticas proporciones de la demoníaca entidad. La pátina verdosa que recubría la estatua arrojó indicios de procedencia helénica, o mucho más antigua que la era romana… ¿Fue esculpida por manos humanos? La antigüedad de aquellas reliquias ensombrecía su posible historia.

—El Culto del Meridiano es más antiguo que las religiones más importantes de la actualidad—dictó Agustín con voz grave, somnolienta—. Era viejo cuando las pirámides de Egipto fueron construidas, y la Atlántida agonizaba. Es adorado honradamente por ciertas tribus africanas, atrapadas en el atraso. Aunque sus templos fueron destruidos por las incursiones de dioses falsos, su doctrina se basa en la igualdad. En que los seres humanos somos todos iguales hasta que uno marca la diferencia. Respetamos las creencias ajenas, y alabamos la supremacía temporal de los distintos dioses imaginarios. El Demonio del Meridiano es un ser de infinita destrucción, y pronto vendrá a nuestro universo para dar terminada su existencia. Es la encarnación de la Muerte, y sus adoradores han decidido dar un paso a la culminación de la eternidad en la esclavitud y el sufrimiento que conlleva la Sinfonía de Vida y Muerte, interrumpiendo el ciclo de reencarnación que convierte a los espíritus en materia, transmutando sus

sustancias esenciales… según el tiránico mandato del Origen Divino del Todo.
Los palimpsestos que llenaban las paredes con muescas, eran replicas de una lengua abominable; palabras demoníacas evocaban contravenciones naturales… Sortilegios que, blasfemados en voz alta, eran capaces de abrir la tierra con temblores y estremecer las fauces del océano. Marcus se estremeció al intentar descifrar los jeroglíficos horripilantes, y una punzada lo alcanzó detrás de los ojos.
Le pidió a Guillermo conducir la patrulla mientras regresaban al centro de Montenegro por la larga carretera que bordeaba el Bosquecillo Encantado, desde el Bulevar hasta el Barrio Porvenir. Estaba inquieto, y no conseguía borrar las impresiones de aquel ser espeluznante que gobernaba las pesadillas de los hombres ilustres en distintas épocas, sin concordancia de tiempo o espacio: desde pintores del renacimiento hasta cavernícolas con arcilla. Sin conexiones aparentes, solo la intervención de aquella Potencia desconocida en las mentes de los Iluminados.
Guillermo se lamió los labios.
—Es fascinante.
—¿Qué?
—La existencia de Dios…
—Ese no es Dios—replicó Marcus, ansioso—. Dios nunca inspiraría temor. Dios no puede verse de esa forma.
—¿Y crees que Satanás, sí?
No quiso responder aquello. Los crecientes reportes por tráfico de estupefacientes poblaban la ciudad, y arrojaban pistas sobre un laboratorio clandestino en el Barrio Porvenir. Creyó que podría requisar e in-

cautar las drogas, que supuestamente se escondían en la Finca del Chaure, pero se equivocaba… Debía seguir investigando para encontrar la fuente de contrabando. La gran parte de los cargamentos ilegales del país eran transportados a Brasil y Colombia, partiendo de las minas auríferas cercanas a Ciudad Zamora. Aquello estaba fuera de su jurisdicción, por ende, la afluencia de droga provenía de una fuente cercana que rivalizaba con los carteles orientales, y estaba en auge.

Guillermo le aconsejó que dejara todo seguir su curso. La policía vigilaba las calles y tenía agentes en movimiento alrededor de los círculos criminales de Montenegro. Aún así, ocurrían desgracias que no se podían impedir: robos, ajustes de cuentas y pandillas. Después del tiroteo en el Festival Navideño del Malecón, los Jinetes perdieron impulso y pospusieron sus eventos hasta el próximo año. Se acercaba Navidad, y la población se mantenía expectante ante el descubrimiento reciente de un cadáver a la orilla del río.

Una semana después del tiroteo, el cadáver de una mujer apareció en las redes de los pescadores: flotó río abajo desde las afluencias que provenían del Barrio Porvenir. El cuerpo estaba destrozado. La autopsia dictó que la causa de muerte fue el ataque de un canino de gran tamaño, anormalmente gigantesco, que la atacó y la devoró hasta dejarla irreconocible. Los restos de ciénega y el estado malogrado en su cuerpo arrojaron indicios de un secuestro para posterior asesinato en las bajíos del barrio, donde las lagunas pantanosas son comunes y con las crecidas, vomitan sus desperdicios al río principal. La bestia le

desgarró el cuello, el rostro y el vientre… y lo más aterrador, fue el hallazgo de grueso pelaje pardo.
Un pelaje asociado a un rumor que circulaba por el Barrio Porvenir desde hace varias generaciones, y que sembraban en la comunidad el terror hacía la familia Arciniega.

II.

Corrodo Gini era un hombre inusual, enigmático y espeluznante. Alto y recto, de rostro limpio adornado con pequeñas arrugas y desprovisto absolutamente de cabello. Llevaba un sombrero de copa y un traje verde, de elegancia y finura extravagante, inmaculado como un abogado de prestigio. Sus mocasines de gamuza taconearon el suelo de tablas con zumbidos espectrales y ecos obnubilados… Su perfume cítrico se mezclaba con el almizcle de libros viejos, alcanfor y hierbabuena. Era un olor particular, tan fuerte y colorido que podía palparlo; era una quintaesencia peculiar que destilaba su alma a través de los poros.

—¿Tú eres Beta W-32?

—¿Disculpe? —Frunció el ceño—. Mi nombre es Samuel…

—¿Samuel? —Gini entornó sus ojos, despectivo—. Ya veo. W-14 debió lavarte el cerebro.

Le dedicó una larga mirada a Samuel, como si al concentrarse pudiera sondear en las profundidades de su mente, taladrando bajo sus párpados con sus ojos aguamarina, opalinos y brillosos. Cuando se movía, emitía un imperceptible silbido que se confundía con el ulular de un viento feérico… Un rumiar afilado que asemejaba los sables del diablo. Su padre, Fredy, salió del estudio para recibir al invitado, que se movía y expresaba como un viajero que provenía de una tierra encantada y remota. Ambos hombres subieron los escalones para hablar con libertad en el estudio. Los miró desaparecer mientras limpiaba el polvo de las repisas y organizaba los fetiches en los anaqueles. María no lo llamó para celebrar juntos Navidad, y

pasó la gran parte del descanso trabajando con Melissa en la tienda. No supo más de los jóvenes que rescató, lo único que llegó a sus oídos fue que Patricia quedó inconsciente durante una semana, y tras despertar… los doctores se preocuparon por la inutilidad de sus piernas. No pudieron determinar la causa de su parálisis, salvo conjeturas debido al estrés vivido. Ronny estaba preocupado por su novia, y se lo veía triste al recorrer las calles empujando la silla de ruedas donde Patricia estaba confinada. La pareja daba paseos diarios por las calles desoladas al atardecer…

Cuando finalmente comenzaron las clases, comprobó que todos parecieron olvidar el trauma gracias a una milagrosa amnesia. Nelson Arciniega lucía moretones disimulados en su rostro moreno, y le hizo un saludo militar cuando lo vio. María se volvió a ausentar del colegio durante todo el mes de enero; el único intermitente en la asistencia seguía siendo Finchester Hernández, que solía escaparse al cambio de turno.

En voz baja se murmuraba sobre un evento de bailes organizado por los Jinetes para la Fiesta de las Candelarias, a principios de febrero; a pesar del temor infundado por el terrorismo en Navidad, la policía colaboraba activamente para apaciguar estos miedos. Por murmullos de Andrés, de quien todos decían era hijo de Santeros, durante la Víspera de las Candelarias los Brujos del Sorte invocarían Potencias en la montaña.

—Hicieron lo mismo durante la comparsa—murmuró Salvador, que siempre le llevaba la contraria a Andrés—. Esa noche estaba junto al Padre Boris en

el campanario de la Iglesia Maldita de San Lucas. Hemos descubierto madrigueras de extraños murciélagos y ponemos repelente para que no llenen la capilla de excrementos. No asistí a la comparsa, porque el paganismo del Carnaval es placer de diablos. ¡Y te juro, Andrés! Que miré por un momento la Montaña Sorte mientras el concierto llegaba al clímax, a su mejor momento, y… vi un rayo rojizo subir al cielo desde el corazón de la cumbre. ¡El Padre Boris también lo vio y se persignó! ¡Esa noche invocaron una Potestad en el mismo sitio donde siglos atrás se irguió el Trono del Diablo! ¡Y mira, a esa misma hora comenzó el tiroteo en el Malecón! —Salvador se mordió el labio inferior—. No murió nadie por balas, pero el terror se cobró víctimas. ¡El terror palpable que utilizan los satanistas en sus rituales de sufrimiento para llamar demonios!

Salvador era Sacristán, y estudiaba para convertirse en sacerdote católico. Era un joven erudito de las sagradas escrituras, y sabía cuán desagradable podían ser las tinieblas que envolvían Montenegro. Su deber era internalizar las exégesis bíblicas, y obrar como portavoz del único sacerdote con que contaba un pueblo atrapado en la superstición y el misterio. No exageraba cuando hablaba de catalizadores energéticos que se servían de las emociones; compartir con Andrea le enseñó que existía un mundo invisible, que vibraba en las sombras ajenas al ojo, y daba forma al Universo de maneras insospechadas. Miedo, amor, odio, ira o tristeza… cada dimensión era diferente, y se formaba a partir de estas emociones emanadas como proyecciones. Se encendían hogueras en las montañas, como lejanos fuegos rutilantes,

y se adoraban necias figuras paganas en conmemoración a ritos más antiguos que los dioses antecesores al idílico Altísimo Gobernante.

La Víspera de las Candelarias, segundo día de febrero, se esperaba con paciencia religiosa y… los reportes de sirenas avistadas en el Río Yaracuy por pescadores poblaban los noticieros. Pensó con indulgencia sobre los anfibios viscosos que secuestraron a los chicos, y en las desapariciones que ocurrían en los ranchos más alejados del pueblo. Había hablado con Donna de lo ocurrido, pero ella tampoco parecía recordar y arguyó que pudo tener una mala digestión por las drogas, ocasionando pesadillas en su trasnocho.

—Samuel—lo llamó Soledad, acompañada de Andrea—. El Presidente quiere verte.

—¿Andrea?

—Samuel—la chica se veía más alta y su cabello había crecido mucho desde el año pasado—. Al fin pude regresar, fui a Ciudad Zamora junto a mi padre, que frecuenta círculos masones… y pasamos Navidad en Chivacoa, con mi tío Carlos, que es Presbítero de la parroquia. Mi tío Eduardo también vino, pero de él no puedo hablar mucho porque está trabajando en los Llanos Negros para el Cartel. Es un brujo muy poderoso, más que cualquier pretencioso de Montenegro.

La abrazó, y la chica soltó una risita.

—Te extrañé, bruja.

—Gracias—dijo, risueña—. Yo también te extrañé. Te vi, mientras corrías a toda velocidad por el mundo onírico montado en la Carreta endemoniada junto al Diablo del Centro. ¡Me tienes que contar todo!

—Lo siento, Samuel—Soledad se acercó—. Sabía

que no te creerían, así que les seguí el juego. Fingí no recordar nada. Los hechizos que ese… diablo nos murmuró al oído, no funcionaron conmigo. Creo que mi mitad lamia rechazó gran parte de los sortilegios, pero no pude hacer nada contra los mesmerismos de aquellos brujos. Quería mostrar mi verdadera forma y espantar a los tritones, pero las sombras cayeron sobre mí… y me sometieron con sortilegios.
—Está bien—Asintió, no quería recordar aquello—. Pude rescatarlos, aunque uno de mis amigos murió.
—¿Estás bien?
—Sí, a su manera… consiguió hacer realidad su sueño—Se rascó la nuca—. ¿Qué es la inmortalidad? Para mí es nunca morir, para él… era ser recordado por siempre.
Andrea le contó en voz baja sobre las andanzas de su tío Eduardo en los Llanos Negros, de sus aventuras montando caballo y persiguiendo a los malandrines rivales en moto junto a un mocho apodado Perrote, que conducía más rápido y arriesgado que nadie más. No podía revelar el nombre de su jefe, pero este confiaba plenamente en la hechicería de Eduardo Túnez, y lo tenía en alta estima. A su tío Carlos, Presbítero de Chivacoa, no le gustaba aquello, pero no intentaba convencer a su hermano de abandonar aquella vida. Su padre Saúl expandió su colección de libros prohibidos gracias a sus contactos; al parecer, ascendió un grado mayor en la jerarquía masónica y se le permitió el acceso a una biblioteca secreta en algún escondite de Ciudad Zamora. Los tíos adoraban a Andrea y la consintieron con regalos caros.
Despedida Soledad, los dos esperaron tendido rato fuera del despacho del Presidente de los Jinetes. Vie-

ron salir a Santiago, quien se estuvo presentado en el concierto durante el tiroteo.
—¿Quién era el Cantante Misterioso?
—Ni idea—se encogió de hombros—. Se iba a revelar a medianoche, pero el evento se interrumpió por tú ya sabes qué…
—Es una celebridad. Había apostado que era alguien del Colegio. Podría ser…
—¿Yo?
—¿Cantas?
—Cuando estoy muy borracho.
—Samuel—Andrea se mordió el labio, como quien va a soltar una verdad dolorosa—. Debes tener cuidado…
—¿Por qué?
Pero enseguida fue llamado por Gerardo, y no le permitieron pasar con la chica; quién renunció a ser su secretaria por la pesada carga de trabajo y no por los chismorreos de sus amoríos con el Presidente. El rubio tenía un trozo de turrón blanco en las manos, y lo degustaba plácidamente, sentado al otro lado del escritorio. En su mesa se apilaban las propuestas de diferentes artistas que querían participar en sus eventos, y otras fundaciones que financiaban sus celebraciones. Siempre estaba en busca de patrocinadores, y la alcaldía lo apoyaba activamente durante la época turística.
—Samuel Wesen—los ojos dorados del joven lanzaron destellos afilados—. Supe lo que ocurrió en la quebrada. No te preocupes… Es de admirar que tomaste decisiones pensando en los otros. La policía sigue investigando a los terroristas que se esfumaron misteriosamente después de sembrar el terror… ¿Fue una locura, verdad? Seis personas murieron

por mi culpa—sus dedos se mostraron inquietos—. ¿Quieres un dulce? ¿No? Bueno… Los espíritus del río han caído bajo el poder de los magos negros de la Finca del Chaure, ¿sabes que esconden?

—No, señor. He intentando investigar, pero más allá de sus creencias poco ortodoxas… No encuentro motivos para…

—Ha habido desapariciones—el Presidente cruzó los dedos con una mueca—. Entre Montenegro y Chivacoa existen gran variedad de ranchos apartados del barullo de las carreteras y la inmensidad de las poblaciones. La mayoría son autosuficientes, comunidades sin ley conformadas por agricultores analfabetos; crecen niños sin presentar en el registro civil, y se crea toda una sociedad apartada de nuestra esfera territorial. Estos son los blancos predilectos para los ritos de hechicería moderna: personas que formalmente no existen. Los desaparecen, mutilan y sacrifican en horridos ritos para apaciguar la sed de sangre de sus ídolos. Cientos de personas, de todas las edades, pertenecientes a estas comunidades descentralizadas, desaparecen sin dejar rastro…

—¿Usted cree qué…?

—Miles de brujos y magos negros frecuentan estas montañas durante todo el año. Círculos herméticos que ahondan en las ciencias negras se congregaban acá, y no dudo sobre sus intenciones mórbidas. Te he visto, Samuel, y quiero que seas mis ojos y oídos moviéndote en la multitud… Juntos podremos desentrañar el misterio de Montenegro, ver más allá de leyendas sin sentido como el Trono del Diablo o… Carlos Figuera Algarrobo. La policía investiga, pero son ineficientes debido a las restricciones legales que

protegen a los extranjeros y a la gente adinerada; pero tú, mi amigo, puedes moverte entre los mundos como un fantasma.
»Se están removiendo magias antiguas y poderosas, que yacieron durante centurias, enterradas bajo la pestilencia y el olvido… Montenegro no es lo que crees: es un ser vivo que palpita y ronca en las profundidades—miró los papeles en su escritorio, y sus ojos lanzaron destellos auríferos—. Es una pena lo de Patricia… Ronny debe estar deprimido. Y… gracias por proteger a Mar.

III.

Me despedí, pero te mentí
No me quería alejar
Disimulé, me aguanté
Pero es que ya no puedo más

Quise borrarte y olvidarte
Pero te vuelvo a encontrar
Todos los días salgo a caminar
Hago mil cosas pa' no pensar
Me lleno de adornos
Sufro de trastornos
Siempre te quiero llamar

No quiero nada, nada, nada…

—¡Deja de cantar y empieza a hacer lagartijas! —Rugió el profesor Rafael con la paleta de entrenamiento en la mano—. ¡Los jóvenes de ahora no sé qué tienen en la cabeza! ¡Viven en un mundo de fantasía!
El gimnasio del Colegio Bolivariano se habilitó con

un suelo de goma, numerosos espejos, un saco de boxeo y equipos protectores para entrenamiento defensivo. El profesor deportivo que abrió el Club de Artes Marciales era el retirado maestro de defensa personal de la policía, Rafael Pérez, un hombre añejo y robusto de rostro paralizado y carácter exaltado. Era cinta negra de quinto grado en Taekwondo, Judo y experto en distintas disciplinas de contacto; un viejo cascarrabias obsesionado con su juventud salvaje.
—¡Vamos, Nelson! ¡Abre más las piernas, tienes que ser de goma! ¡Estira la rodilla! ¡Patea con todas tus fuerzas y levanta los hombros! ¡Has cien abdominales antes de irte!
Nelson estaba bañado en sudor y jadeaba como una locomotora. Los músculos de sus piernas estaban agarrotados, y sus pulmones adoloridos funcionaban aceleradamente… El Profesor era más alto que él, y sus golpes demoledores lo empujaban, le acertaban y lo estremecían. Raquel también se inscribió en el curso junto a él, y aprendieron las patadas básicas el primer día junto con un condicionamiento físico moderado.
—Que fuerte eres—Raquel era morena y guapa, de sonrisa lobuna y cuerpo esbelto—. Tienes hombros gruesos para tu edad.
—He trabajado bastante desde pequeño.
—Es bueno que un niño aprenda a trabajar como un hombre—Raquel jugó con uno de los mechones a los lados de su flequillo—. La mayoría de los muchachos que conozco son flojos y aniñados. ¿Tú no eres así, verdad?
—No creo.
—Eso espero—entornó sus ojos opresivos—. Eres muy guapo.

Nelson Arciniega frunció sus espesas cejas negras.
—¿Yo? —Se miró los brazos velludos y se pasó una mano por el cabello liso—. ¿Estás segura?
—Sí—sonrió, entornando sus ojos mientras jugaba con los mechones de su flequillo. Sus ojos negros lanzaron destellos azabache—. Pero, tienes que afeitarte ese bigote de perro sobre tu labio superior.
Nelson se tapó la boca con una mano de nudillos peludos.
—Está bien.
Las lecciones se efectuaban tres veces a la semana, y le costó adaptarse a las rutinas de flexibilidad, movimientos repetitivos y condicionamiento con ejercicio cardiovascular para mejorar la resistencia. El boxeo de sombra, las patadas al saco y las lagartijas… se acentuaron sobre sus hombros como pesados grilletes. El entrenamiento con Raquel hizo más ameno aquel sufrimiento, pues muchos alumnos asistían un único día de ejercicios infernales, y no regresaban por más…
—¡No le tengan miedo a los golpes! —El profesor levantó el cojín para que Nelson pateará—. Aprendan a pelear, porque pronto la sociedad caerá en la barbarie y los humanos se medirán con garras y colmillos.
Nelson vivía entre la frontera del mundo rural y la virulencia de la modernización. El Barrio Porvenir seguía siendo un conjunto de ranchos: hectáreas y hectáreas de terreno virgen, colinas, montañas y precipicios indomables; con algunas callejuelas de asfalto carcomido, edificios abandonados y plazas infestadas de vegetación. El rancho Arciniega no era más grande que un par de hectáreas, un terreno baldío

poblado de coníferas y casuchas destartaladas en el que, en años mejores, alguna vez se alzaron caballerizas y vallas para enclaustrar al abundante ganado.
Los Arciniega eran toscos, acostumbrados en demasía a las vivencias rurales y temerosos del urbanismo imperante; aunque hace un par de años, sus primos mayores se escaparon sin pensar a las grandes ciudades de los países vecinos, y no sabía de ellos desde entonces. Su prima Lucía también aspiraba grandeza, y en secreto contaba los días para huir del rancho y vivir en Nueva Bolívar, Maracaibo, Puerto Bello o Ciudad Zamora. Su tía Claudia era una solterona regordeta, ensimismada en su mundo desde que sus hijos se esfumaron tras graduarse, y pastelera de una de las panaderías del centro. Su tío Juan, igualmente despreocupado, trabajaba de jornalero en cualquier labor que surgiese… y solo lo veía entrar y salir de su choza; a pesar de los regaños de Lucía, él nunca abandonaría el vicio del alcohol y el juego. Y Lucía, a su manera, imitaba esa actitud despreocupada de la familia, y desaparecía durante semanas en no sé dónde. Los Arciniega habían caído en una maldición impuesta por su propio egoísmo.
El único realmente obediente a su abuelo William era Nelson, que todas las mañanas antes de ir al colegio alimentaba a las gallinas con el maíz y le servía sus medicamentos. Su abuelo sufría de gota, y se esforzaba demasiado al moverse, incluso para ir al baño; se la pasaba recostado gran parte del día. Sus articulaciones crujían, y le imposibilitaba moverse. Le costaba ver al robusto hombre que escalaba árboles a los cincuenta años… convertirse en un esqueleto pálido que temblaba al contener las convulsiones

de su dolor. Con los dos varones más jóvenes en fuga, el único para ayudar era Nelson, que compraba los víveres que podía con la pensión de su abuelo y estiraba lo más posible los huevos que producía el rancho. Sus tíos no abastecían la despensa, nunca compartían las escasas comidas con ellos.

Las primeras manifestaciones de su licantropía comenzaron hace dos años, cuando sus primos mayores se escapaban a la laguna sin decirle… para que no los acompañase. Sentía un voraz apetito, y ciertos olores creaban paisajes nítidos que daban forma a oasis de sensaciones. De niño siempre vio al mundo a través de un lente gris y opaco… Siempre fue desapegado, y no recordaba gran parte de su infancia. Había un olor almizclado que se deshacía en un mar de texturas, y un fulgor sulfúreo que relucía en la penumbra. Veía unos ojos verdes llameantes, ojos abismales que lo perseguían en sueños y una fiera albina de colmillos babeantes. Le dijeron que sus padres murieron en un accidente automovilístico cuando era muy niño… Aunque, no recordaba nada relacionado, y cuando hacía preguntas todos escondían la mirada.

No sabía qué acontecía con su cuerpo, los olores ferrosos incitaban un hambre en un cenit, y ciertos sonidos agudos lo aturdían. Durante las tormentas eléctricas era especialmente sensible… Sus sentidos se iban agudizando con anormalidad, tanto, que el solo expresar que podía oler puestos de comida distantes o escuchar los latidos de otros corazones… espantaba a sus compañeros. Se guardó para sí mismo estas cualidades, hasta intentó fingir que no existían para no ser llamado loco; pero empezaron a ma-

nifestarse agresivamente, y a irrumpir en su cerebro a raudales incomprensibles. Soñaba que corría, envuelto en pelambre espesa y sediento de sangre, por un bosque tropical y espeso; ante sus ojos no existían tinieblas, solo insípidos olores que se mezclaban en una sinfonía gloriosa. Estas ensoñaciones lo asediaron por meses, sin descanso, hasta que el llamado de la naturaleza lo incitó a correr... y lo llenó de una vigorosa energía que inundó sus músculos de fuerza y vitalidad.

Tenía mucha fuerza, podía levantar el triple de su peso y correr a alta velocidad durante mucho tiempo. Sus proezas en resistencia eran sobrehumanas, y sus sentidos podían captar espectros sensoriales más allá de los comunes. Sus molares crecían cuando estaba muy excitado, así como la queratina de sus uñas se reforzaba y crecía como las garras de los felinos. Los Arciniega poco hablaban de esto, y aunque sus primos manifestaron estos fenómenos, se guardaron el secreto. La transformación se dio por sí sola, durante persecuciones a olores dulzones que le inspiraban una euforia incontrolable… Se sintió seguro durante estos arrebatos, como al perder la sobriedad y confiar en los instintos.

Nelson terminó de practicar las técnicas, y masajeó las plantas de sus pies adoloridos. Tenía fuerza y resistencia, pero era músculo bruto, pues no tenía dominio de su mente y movilidad durante momentos cruciales. Tampoco sabía pelear, solo imitaba a los grandes depredadores en su fuero salvaje cuando cazaba animalitos en la foresta. No quería sufrir otro arrebato en su forma de lobizón, pues la última vez, el Chivato tuvo que inmovilizarlo para no deshuesar una res robada.

—¡Malditos Arciniega! —Se quejó el fauno—. ¡Controla a la bestia, peludo! ¡O te comerás a alguien y tendré que meterte una pedrada en el cerebro!

El Juramento de los Arciniega era tan antiguo como Montenegro, pues estos eran descendientes mestizos de las tribus indígenas que se asentaron en la Montaña Sorte durante la época prehispánica. Estos humanos primitivos—según lo que le contó Omar, que fue erudito durante su vida humana—, no provenían de este mundo, pues, cruzaron desde un túnel de jaspe y habitaron junto a la temprana Humanidad durante la catástrofe climática conocida como Muerte Fría, cuando se congeló gran parte del planeta. Los Arciniega poseían genes latentes de Cambiantes, y algunos de sus miembros podían trasformar sus formas físicas… Desconocía la existencia de más Cambiantes en Montenegro, pero el Chivato afirmaba esta conjetura. Pedro Arciniega, su tatarabuelo, realizó el pacto ante el Trono de Satanás y el tribunal de las Fuerzas Superiores, con el fin de proteger los territorios de la Montaña Sorte de cualquier contravención que buscase apoderarse de sus secretos… Y fallaron, puesto que Enrique Palacios insufló el Mal en las entrañas de la tierra, y Algarrobo despertó Potencias indescriptibles.

—La casa Arciniega cayó en desgracia desde que los lacayos del Libertador robaron las piedras negras que daban forma al ancestral Trono de Satanás—el Chivato silbó, parado sobre un tronco podrido como una silueta mefistofélica—. El imbécil de Pedro Arciniega, engreído jinete y torero, pactó con la Diosa, y le ofreció la Protección Terrenal de sus tierras con tal de librar al pueblo de la plaga de ratas y la maldición generacional que impuse sobre ellos.

—¿Tú impusiste un maleficio sobre mi familia?
—El Libertador, aspirante a la grandeza en la escalera de evolución espiritual que los masones idearon— comenzó Omar, cruzando sus patas velludas—. Me cedió a mí, Enrique Palacios, el título de caudillo de esta colonia… cuando expulsamos a los españoles. Era un hombrecito obsesionado con la elevación al último grado de la masonería, y se sirvió de Potencias y sortilegios oscuros para alcanzarlo. No es el Santo de las Dificultades que los libros de historia plasman en ostentosos devocionales, no; era un millonario aburrido y mujeriego, un instrumento ideal del Gran Arquitecto para la liberación del hombre ante el sojuzgamiento. Se sirvió de nigromantes como yo, e incluso se cuenta que llegó a descifrar el Libro de los Grillos que los masones escondían en Ciudad Zamora. Como sea, las cartas de sus terratenientes pedían sacrificios de fuego a Baal y piadosas oraciones a Ares… con tal de favorecer su comanda.
»Esta tierra tiene secretos inmemoriales, más antiguos que la humanidad. Durante décadas, sabios herméticos de países remotos buscaron reliquias y antiguas estructuras en las cavernas de Montenegro… encontrando resquicios de civilizaciones pretéritas, y aprendiendo de sus ciencias olvidadas. Pero, al profanar estos sepulcros despertamos Potencias dormidas, y sojuzgar su voluntad en nuestro mundo requirió sacrificios y hechizos antiguos que son solo menciones temerosas en los grimorios actuales. Los Libros Malditos de la Creación son resguardados bajo llave por las sectas más importantes del mundo, con tal de que nadie sea contagiado por su alienación. En mi colección literaria, llegué a poseer

traducciones del Libro de los Grillos, y temí del poder que habíamos desenterrado en aquellas tumbas prehumanas… liberando un Mal innombrable e incontrolable.

»Quise crear un velo alrededor de Montenegro para evitar que escapase para desolar las naciones vecinas. Iba a sepultar el cadáver del león en el corazón del caos, y forjar los eslabones que se cerrarían en torno a la Montaña Sorte como una cadena. El Dominio de un Mago es incorruptible, y las fórmulas mágicas que conjuré para salvar a la Humanidad podrían encerrar a esta Legión de seres descarnados que provenían del horrible Vacío Primordial, allende al Origen Divino del Todo… Anterior al Tiempo. Quería ganar tiempo para volver a sellar la fisura, pero los malditos Arciniega se rebelaron a mi dictadura, cuando los hechiceros de mi corte buscaban redención.

»Fusilaron sin piedad a los magos provenientes de la India y Medio Oriente, le destrozaron la cabeza a Huang, e intentaron ahorcarme y me dispararon. Aún así, no podía morir por todos los elixires alquímicos que preservaban mi vida. Herido, la Diosa, en su piadosa existencia, repudiaba mis pecados… pero me liberó de mi sufrimiento y me convirtió en lo que ves para castigarme. La inmortalidad tiene un precio, la busqué y lo único que hizo fue llenarme de temores… Es como si llevase toda mi vida buscando algo que no existe.

»No pude enclaustrar el Mal acá, pues gran parte de los bailarines infernales escaparon y otros se escondieron en las montañas; pero… incontables calamidades han ocurrido desde entonces: guerras mundiales, epidemias, hambrunas, desastres y odio.

El mundo entró en una era de dolor y oscuridad desde que estos seres innombrables fueron liberados de sus prisiones. Puede que Bolívar haya sacado el Libro de los Grillos de su somnolencia, pero yo pronuncié los pasajes en el lugar proscrito cuando las estrellas se alinearon. Merezco la maldición que me convirtió en monstruo…

«Es tu deber hacer valer el juramento de tu tatarabuelo—repitió el Chivato, en las profundidades insondables de su mente. Nelson Arciniega recortó por un callejón y salió a un estadio abandonado—. Se han despertado terrores ulteriores de las fosas negras, en estas tierras se pronunciaron conjuros que invocaron Potencias desconocidas y temo que en esta ocasión…».

—¿Este no es el pequeño Arciniega? —Escuchó una voz socarrona desde las gradas cercanas en el estadio abandonado, y media docena de caras morenas se giraron a su merced—. ¡Míralo, es el pequeño Nelson! ¡Que feo es!

Los ignoró, y siguió de largo mientras aquellos estudiantes de uniformes de último año le gritaban cosas y se acercaban. Su olor era particular: un almizcle aceitoso junto con la profunda emanación de un pelaje mojado. Algo en ellos lo turbó, fue como si se encontrase con miembros de una especie hostil que aparentaba mezclarse con la humana. No pudo recortar por el conjunto de edificios abandonados, porque aquellos jóvenes de uniformes variopintos saltaron por sus tejados y le cerraron el paso. Debían ser el otro colegio: el Divino Niño Católico cercano al Barrio Porvenir, pero al que su abuelo se rehusó que asistiera.

—¡Es el pequeño Arciniega! —Sonrió el más alto, el de voz socarrona y rostro moreno. Llevaba el uniforme beige desabotonado, y una camisa blanca debajo, salpicada de sudor; tenía una cicatriz oscura en la mejilla. Era flanqueado por dos jóvenes de miradas obscenas, de mismo uniforme—. ¡¿Dónde están tus primos?! ¡Mira lo que me hicieron en la cara con su estilete! ¡Ese Jesús ya no se la pasa con ellos! ¡Mejor, él no era uno de nosotros!

Nelson retrocedió en medio de aquel callejón de edificios alargados, y vio dos sombras altas con uniformes celestes de curso inferior. Eran igual de altos y morenos, de caras aplastadas y ojos suspicaces.

—¿Nosotros?

—¿No sabes quiénes somos?

—No—dijo con aprensión. El olor de aquellos jóvenes no le gustaba, y sus ojos refulgían de un modo peculiar y salvaje… como si la oscuridad en sus cuencas hirviera en charcos de brea líquida—. No los conozco, y no tengo nada que ver con Diego y Alejandro. Los dos eran peleones, yo no soy así.

—Que mal—exclamó el de la cicatriz y se tronó los nudillos—. Somos los González. Yo soy Enrique, y tus primos se metían con nosotros cuando aún no habíamos cambiado. ¿Tú ya puedes convertirte?

Enrique se acercó con una sonrisa maliciosa, Nelson dio un paso atrás.

—¿Convertirme?

—Diego me perseguía en su forma de perro monstruoso—dijo el de la cicatriz. Señaló al joven junto a él, de rostro altivo y nariz aguileña—. A Manuel, Alejandro le comió su conejo. Fue muy triste—le lanzó una mirada a los jóvenes de uniforme celeste que le

cerraban el paso a Nelson—. Roberto y Carlos eran más pequeños, pero tus primos les robaban el dinero para comprar cigarros—señaló al último con el pulgar, que estaba a su diestra: uniforme beige desabotonado y manchado de grasa, panza prominente y rostro bobalicón—. Mi primo Jorge es un poco retrasado, aunque es bastante grande, y una vez hicieron que se orinase encima del miedo. Eran crueles adefesios que se mofaban de los más débiles…

Nelson disimuló el temblor en sus piernas y levantó las manos.

—Ya les dije que ellos no tienen nada que ver conmigo.

—Los Cambiantes sabemos reconocer a los nuestros—dijo Enrique González, con lascivia—. Tu olor a perro mojado es… insoportable. La forma en que cruzamos las miradas, podemos intercambiar pensamientos hostiles. Somos más territoriales que los seres humanos corrientes, y nos impulsan instintos salvajes más fuertes—se llevó un dedo a la frente—. Soy muy inteligente, Nelson. He concluido que somos diferentes del resto de personas. Es… como si a diferencia de los hombres, que fueron creados como servidumbre por los dioses, nosotros hayamos sido programados para la guerra. Somos más agresivos, y estos instintos ancestrales nos impulsan a matarnos entre nosotros desde el primer instante que se manifiestan los poderes. No somos una pseudo especie, somos los Soldados de Dios—parecía hacerse más grande con cada palabra—. Los González somos más numerosos que los Arciniega, porque mientras ustedes se mataban entre sí y agonizaban tras los estragos de la Gripe Española… nosotros prosperamos. ¡No volveremos a

ser pisoteados por los lobisones! ¡Somos linces salvajes que corren por los cerros!
Nelson se anticipó a la embestida de Enrique, y levantó los puños, pero cerró los ojos y el golpe lo alcanzó en el ojo con una sacudida sorda. Escuchó un grito y alguien saltó del techo cercano para separarlos. Los González los rodearon, dando pasos atrás para evitar la confrontación directa.
—¡Atrás, malditos salvajes! —Finchester levantó su estilete afilado—. ¡Les abriré huecos en el estómago!
Jorge, el gordo y retrasado, dio un paso mientras sonreía como bobalicón y la saliva manaba de su boca. Tenía el cabello muy corto, casi pegado al cráneo como una sombra marrón… Enrique le puso una mano en la barriga y lo apartó con gentileza.
—No, gordo—replicó, con suavidad—. Aún no… Sé que te gusta pelear, pero no podemos mostrarnos frente a él.
Los González se retiraron, lanzando miradas furibundas y amenazas a Nelson. Finchester guardó su estilete en el bolsillo de su pantalón y Nelson se limpió la nariz con el dorso de la mano. Esperaron largo rato, mirándose fijamente.
—¿Quieres fumar conmigo?
—No.
—Como sea—se encogió de hombros y encendió un cigarrillo—. Nunca dejes que nadie te diga quién eres, porque tú eres el único que decide lo que pasará mañana.
—¿Qué?
—Lo siento, estoy muy drogado.
Finchester sonrió, pálido como un muerto… y cayó desvanecido en la inconsciencia.

IV.

La Víspera de las Candelarias en el bulevar se cubrió de guirnaldas, listones, disfraces y cajones de sonido. Los Jinetes organizaron un festival precioso decorado ostentosamente con motivo del carnaval, y los diablos rojos bailaban al ritmo de los tambores azotando sus látigos de cuero. El Presidente le confió la misión de asistir, y observar como infiltrado a los distintos grupos que asistían a las fiestas con tal de evitar otro atentado. Sam se movía al compás de los tambores, pues gran parte del alumnado del Colegio Bolivariano se prestó para interpretar los instrumentos, y podía reconocer a los Jinetes bailando bajo las máscaras estrafalarias de diablos y disfraces.

Andrea y él asistieron a las reuniones de los Jinetes y escucharon durante rato tendido las proposiciones a las que Gerardo era asediado. En un pizarrón se anotaban las consideraciones y todos se reunían sobre taburetes para debatir. Jesús era taciturno y correspondía el cuerpo de seguridad, le preguntaron si quería disfrazarse de diablo y ante su negativa le otorgaron una radio para vigilar las aptitudes de los extraños de aquella masa ruidosa y convulsiva.

—Pensé que no te gustaban estos eventos—dijo María. La chica llevaba un vestido azul, pantalones de mezclilla y botas sin tacón.

El bulevar era una plaza alargada sembrada de coníferas y sillares de piedra, y en su redondel se erguía la tarima de las presentaciones. Al pie de esta, los diablos y las agrupaciones bombeaban música con estruendosas vibraciones. Había recorrido el bulevar dos veces junto a María, y a pesar de los séquitos

de jóvenes dejándose llevar por la euforia del alcohol; no avistaba ningún inconveniente. El primero en presentarse fue Santiago, que abrió el concierto cantando Te Veo, acompañando la balada con su guitarra y llenando el público de vítores.
—Me estoy acostumbrado a Montenegro.
—¿Cómo estás, Samuel?
El público rompió en aplausos cuando Santiago dejó de interpretar Debí Suponerlo, y una mezcolanza de tambores, charrascas y guitarras llenó el preludio con un receso de bailes y cantos. Los diablos rojos hicieron saltar chispas con sus látigos, y el público retrocedió, agresivo, queriendo atropellar a los bailarines infernales... Este acto se repitió con desazón, y alegría, pues los jóvenes sagaces se anteponían a los chispazos de los diablos, y retrocedían a su vez. La siguiente presentación fue el debut de una joven cantante con voz preciosa que entonó Adiós Amor estupendamente, acompañada de gaitas y acordeones.

Miro tus ojos y no eres feliz
Y tu mirada no sabe mentir
No tiene caso continuar así
Si no me amas es mejor partir

—No lo sé... ¿Por qué me preguntas eso?
María frunció el ceño.
—Te veo... preocupado y cansado.

¡Adiós amor me voy de ti!
¡Y esta vez para siempre!
¡Me iré sin marcha atrás porque sería fatal!
¡Adiós amor yo fui de ti, el amor de tu vida!

Después de la canción, sobrevino un receso contemplativo para presenciar el retumbar de los tambores, el bailar de los diablos y la presentación de un grupo de fantasías, con vestidos cortos y abundante escarcha; Ana, Bianca y Soledad bailaron con cascabeles en las cinturas al ritmo de los tambores... y la noche se llenó de furor.

—Por favor—María cruzó los dedos sobre su vientre—. Tienes que dejar de asistir a las reuniones de los Jinetes. Te van a llenar la cabeza...

—María—apretó las muelas y resopló—. Gerardo se preocupa por las desapariciones de niños en los poblados cercanos, mientras tú te escondías en tu habitación. Niños de Ojos Negros se los llevan... Los han visto a la medianoche, y nadie sabe de dónde provienen estos espíritus.

—Samuel...

—¡Con ustedes! —Gerardo se posó sobre la tarima, contrario a las advertencias de Jesús con que no debía exponerse. Llevaba un disfraz de cuerpo completo teñido de morado, con cintas rojas en las muñecas y un antifaz de guacamayo con plumas de fantasía—. ¡Uno de los hijos más famosos de la ciudad! ¡Nuestro Cantante Misterioso regresa a casa!

El público se apretó frente al escenario impuesto en medio de la calle cerrada. Los aplausos, gritos y vítores revolotearon como cuervos ante el despuntar del alba carmesí en campos desolados por la matanza. El Cantante Misterioso levantó ambas manos, cubierto con un traje verde con listones y cinturón ceñido, y una máscara de robot hecha de cartón. La voz que manaba del interior provenía de un micrófono incorporado a la máscara, y sus ademanes despertaban estremecimientos.

—¡Puede que hoy finalmente nos revele su rostro!
Los aplausos estallaron peligrosamente y los tambores retumbaron con palpitaciones. El Cantante Misterioso saludó y le dio un abrazo a Gerardo, que era una cabeza más alto. Notó que el Cantante Misterioso no llevaba guantes, y se apreciaban sus manos morenas cubiertas de abundante vello. La música comenzó a brotar con acuidad nítida, y lo transportó a un mundo de infinito desasosiego. El público calló completamente y los rítmicos tambores cesaron. Lo único tangible era el tintineo de la balada romántica, y la escarificación que esta producía en los corazones de los sueños.

La tarde se aleja
El cielo está gris
La noche padece sin ti
Callado en la playa, te lloro en silencio otra vez

Me ahoga esta pena
No puedo vivir
Las olas no me hablan de ti
Sentado en la arena, escribo tu nombre otra vez

¡Porque te extraño!
¡Desde aquel noviembre!
¡Cuando soñamos juntos a querernos siempre!
¡Me duele, este frío noviembre!
¡Cuando las hojas caen a morir por siempre!

¡Noviembre sin ti!
¡Es sentir que la lluvia me dice llorando que todo acabó!
¡Noviembre sin ti!
¡Es pedirle a la luna que brille en la noche de mi corazón otra vez!

El público repitió el estribillo a todo a pulmón. Desde que comenzó el año, los reportes de desapariciones se dispararon con los avistamientos de niños sin ojos; en algunos reportes las desapariciones iban de la mano con su presencia, pero generalmente eran eventos separados. Gerardo y Andrea discutían en secreto sobre estos seres, y lo incluían en sus discusiones sobre la incierta naturaleza del mundo. La bruja conjeturó que se trataba de egregores: seres nacidos de la energía, y que posiblemente sean eco de un pasado trágico. Montenegro estaba sembrado de tragedia, y la última gran epidemia que tuvo lugar por poco diezmó la población, sobretodo la infantil, que se ahogó en los estertores de la Gripe Española hace cien años.

Gerardo y Andrea indagaron en los bancos de información recopilados en el Ayuntamiento desde hace doscientos años. Encontraron registros de defunciones por brotes de cólera, malaria, fiebre amarilla y alimentos contaminados por excrementos de ratas. Los documentos del Hospital San Juan arrojaron indicios sobre un ciclo benigno, que latía en las entrañas de Montenegro, y se precipitaba horriblemente en una vorágine de muerte y enfermedad. Estos períodos de crisis oscilaban entre los treinta y los veinte años, aunque había casos en que el proceso se aceleraba a diez años y los estragos ocasionados eran incalculables. Miles de enfermos colapsando las instituciones, y cientos de muertos abrasados en fosas comunes. Hace cuarenta años, se abrió una fosa en el Bosquecillo Encantado entre el bulevar y el Barrio Porvenir, y fue llenado con cadáveres de niños sepultados por la fiebre amarilla.

Una carta de Algarrobo, escondida entre montañas de papeles ictéricos, fue pescada por Andrea de un baúl con los ribetes oxidados. La Alcaldesa Virginia Alvarez les permitió el acceso a las bibliotecas colmadas de anaqueles polvorientos, pues el sistema de archivo virtual reemplazó hace muchos años los registros impresos. Fue en una de las cajas de hace cien años, que Andrea extrajo el sobre junto a recibos de mercancías. El contenido de la carta era aterrador, puesto que hacía acopio de un altivo contenido sugestivo y esotérico.

Me dirigí a usted, Señor Courbet, pregonando mis intereses sobre las Potencias Menores que duermen en los resquicios de Montenegro, puesto que los montenegrinos ignoran la causticidad de su influencia. Es menester, sin ofender, que su instrucción para la Larga Revelación el pasado Viernes Santo, lo único que consiguió fue cobijar mi mente de temores ante una ínfima e inefable Potencia Mayor que yace dormida, y que mis allegados iconoclastas, podrían tachar de Presencia Sobrenatural.

Temo haber condenado mi mandato a una estación de virulencia, puesto que eso necesita crecer y alimentarse como un parásito chupasangre. Como los sanguíneos que su merced utiliza en sus ensayos de nigromancia. He considerado su petición de dejar descendientes, puesto que aún no encuentro la Semilla de los Primordiales y dudo de su existencia; aunque el orden artificial de la Humanidad nos hace reflexionar sobre la naturaleza exacta de las razas. El orden de los esclavos, guerreros y monarcas siempre ha existido... como una preponderancia intrínseca de nuestro reglamento social, basado en una idiosincrasia propia de una especie artificial.

Temo que estoy lejos de alcanzar mi permanencia física como

vosotros, así que me encargaré de fundar una familia en base a las doctrinas de la hechicería plutócrata. He tomado mi decisión, y la víspera de la boda le haré saber de mis descubrimientos en el campo de la existencia más allá del envoltorio de carne que nos encierra. Puede que las Potencias Menores se dobleguen a mi voluntad, e impida que Montenegro, tierra maldita por mis predecesores, se derrumbe en la Oscuridad.

Carlos F. Algarrobo, Alcalde de Montenegro.

Andrea palideció al escudriñar el contenido ignoto del manuscrito, que ante la defunción repentina acaecida durante las nupcias de Algarrobo, su envío al Señor Courbet debió haber caído en el olvido. La naturaleza inventiva de la carta expresaba los principios ocultistas y desvaríos histriónicos de la oscura alienación que caracteriza los últimos días del hombre. Courbet debió ser otra figura clave en la locura del personaje, y, por algún extraño sentimiento, pensó que no era persona mortal. Algarrobo se refería a él como una figura trascendental, sesgada por un aura de inmortalidad. En contraposición, lo que el mago negro exponía en su epístola sobre las Potencias Menores iba de la mano con los picos de energía negativa que se producían en fechas tiznadas de actividad anómala. Las apariciones acontecían en días tenebrosos como el Viernes Santo, cuando el Diablo hizo acto de presencia en el centro de Montenegro.
Ante la incógnita, la alcaldesa les permitió hurgar en el antiguo despacho de Algarrobo, que fue cerrado durante décadas por el mal agüero que rodeaba la estancia en aquel archivo. Las telarañas cubrían las esquinas y las repisas polvorientas, y el aire viciado que

exhumó aquella cámara les irritó los ojos. Las repisas, aunque pobladas por libros, presentaban huecos en su colección; pese a esto, era una de las bibliotecas más completas en cuanto a ciencias ocultistas: desde la alquimia hasta la nigromancia en sus secciones. Los opúsculos científicos comprendían un nutrido acervo de saberes en lenguas extranjeras, pues pocos eran los diarios de la época escritos en español; en cambio, abundaban textos ingleses, portugueses, alemanes y pergaminos en latín.

Las mesas del reducido espacio se apretaban, compitiendo por el espacio, atestadas de plumas rojizas, tinteros manchados, papeles e instrumentos metálicos polvorientos. Gerardo repasó el despacho con la mirada y revisó los cajones del escritorio, después de cincuenta años de sombras y secretos.

—Creo que Algarrobo no murió durante su boda sangrienta...

Pequeñas cosas que vivimos tú y yo
Aquellas cosas que el tiempo no olvidó...
Aún están presentes
Aún siguen latentes tus recuerdos
En mi corazón

Ha sido imposible sacarte de mi ser
Llevo grabados, tus deseos en mi piel
Y en cada parte mía, y en el silencio más profundo...
Escucho tu voz

Y es que no puedo sacarte de mi mente
Estás atada sin saber a mi suerte
Y es que en mis sueños estás siempre presente

—No tienes que relacionarte con ellos—María buscó abrazarlo—. Podemos hacer esto juntos, e iremos a todos esos lugares que...
—No puedo confiar en ti—la apartó bruscamente—. Lo siento, María. Tú tampoco confías en mí, y te alejas... Te desapareces por semanas, y luego me buscas cuando me necesitas. Eso... me confunde. Realmente no sé cuáles son tus intenciones conmigo. ¡Me escondes todo como si no fuéramos amigos!
María se cruzó de brazos, y las lagrimas rodaron por sus mejillas.
—Samuel...
—Ya estoy muy grande como para perder el tiempo con personas que no me valoran—se alejó, mientras la canción culminaba su último estribillo—. No debí involucrarme contigo. No sabes lo que quieres.
Le enseñó la espalda y se marchó, mezclándose con la multitud y alejándose en dirección opuesta a la marea de gente que iba a la tarima para presenciar al Cantante Misterioso. Llegó hasta el final del bulevar, y avistó la avenida bloqueado por las patrullas de la policía. Las personas seguían viniendo y marchándose por los callejones en medio del plenilunio... Y al final de la avenida, al doblar la esquina en busca de tranquilidad, atisbó una sombra altiva y perruna, de brillantes ojos rojos como estrellas de la muerte. Sintió un latigazo de frío recorriendo su espina, y levantó el radio.
—Andrea.
La línea se escuchaba distorsionada y sucia.
—¿Samuel?
—Acabo de ver un perro muy grande al final de la

avenida—dijo, intentando escuchar la voz de la chica bajo el ruido de la música y los gritos—. Fue muy extraño... Como si fuese una sombra erguida, y tengo la sensación de que pude ver a través de su pelaje.
—Ten cuidado... No te alejes mucho.
Echó a andar por un estrecho callejón que cortaba directamente a la avenida donde vio al inmenso canino. Tenía el radio en la mano, y caminaba con cautela. No quería pensar en María, y en las palabras que dijo exaltado... Caminó despacio, en medio de la gruta por la que discurrían casas en ambas direcciones. Descendiendo por un túnel oscuro a regiones habitadas por luz mortecina y espectros cerúleos formados por fulgor lunar. Dobló en la dirección y salió a la avenida, avistando fugazmente la cola tupida del inmenso animal... adentrándose en uno de las grutas de casas que daban paso a una calle ciega. Se acercó al callejón, pensando en el tamaño descomunal de aquel perro: en cuatro patas debía ser más alto que una persona erguida. Pero la sensación de que su pelaje oscuro era translúcida no lo dejaba tranquilo...
—Andrea—llamó—. Ven, llama a Jesús y los otros. Está escondido en la calle ciega... donde se mezclan las grutas.
Pero no hubo respuesta. El barullo del espectáculo se reanudó con el batir de tambores, y el jolgorio llegó hasta sus oídos como murmullos lejanos. Hacía mucho frío en aquella estrecha calle, y las casas trancadas por muros se sumergían bajo un silencio imperturbable. Esperaba encontrar, al doblar la esquina, la figura lobuna de aquel espectro negro de mirada llameante. Se asomó, y no vio más que oscuridad y un fulgor lunar que se escurría por el suelo

como un charco de plata. En medio de la estrecha calle cegada por casas, pudo ver un collar de cuentas rojas desparramado y se acercó para recogerlo.
—No te asustes—un escalofrío lo sobresaltó y se giró para contemplar una figura envuelta en una túnica negra con máscara del mismo color. Llevaba rosarios al cuello y collares de conchas y piedras de río.
—¿Quién eres?
—Belial.
La figura alta lanzó un destello de plata, y pudo distinguir el broche del pentagrama en su pecho. Era uno de los brujos de la Finca del Chaure, y esgrimía un largo bastón de Samán rematado en un diminuto cráneo de infante. La máscara que cubría su cabeza le daba el aspecto de la brea y la penumbra, y sus ojos inquietos brillaban como bolas de cristal. Era un hombre, y por su fisonomía lo conocía de algún sitio. Sus manos enguantadas en gamuza negra se cerraron en torno a la cabeza del bastón, y taconearon el suelo con un ritmo macabro.
Se levantó un eco, y el rumor de pasos débiles lo rodeó... En una singular sinfonía de horrores y cantos. Creyó ver las sombras levantarse en siluetas bituminosas, grotescas y tangibles; y el fulgor enfermizo de la luna se escindió en una mortaja lúgubre. Las sombras se levantaron, una docena de ellas, bailando en círculos con voces infantiles.

Los Chimichimitos estaban bailando el coro-corito...

Pregonaron aquellos espectros diminutos, seres sin forma que se retorcían en un círculo obsceno al ritmo del tam-tam que palpitaba del distante bulevar

como un órgano cancerígeno. Eran incontables los diminutos seres, se tomaban de las manos y se estremecían repitiendo aquella canción en un ritual. Aquellos espíritus se agazaparon... a menos de un metro formando un círculo en torno suyo. Las formas se retorcían y oscilaban como almas de niños muertos...

—Márchate—fue la voz de trueno del propio Satanás.

El lobizón pardo, tan alto como un adulto, surgió de una de las grutas con sus ojos amarillos refulgentes. El estupor infundió temor en los espectros, que uno a uno fueron retrocediendo y disolviéndose en el suelo hasta formar parte de las sombras. El licántropo gruñía como un león encabritado, y su presencia imponente se acentuó aún más cuando mostró los colmillos al mago negro, bautizado Belial. El hombre de la máscara dio un paso atrás, escondiendo las proporciones de su cuerpo ante la sombra de una pared cercana... y fundiéndose como un ser de inmensa oscuridad, haciendo un ruido ominoso y húmedo al desvanecerse.

Un disparo lejano resonó en la obscuridad, y el lobizón levantó las orejas con el lomo erizado.

—Mierda—replicó Sam—. Eso provino del bulevar. Entonces, el Presidente...

V.

—La redada se efectuó una semana después de las Candelarias, puesto que los vecinos de la localidad reportaron un incremento en la afluencia de automóviles entrando en este sector del Barrio Porvenir—Andrea estaba sentada junto al Presidente en su escritorio, y Sam la precedía junto al alto y delgaducho Jesús—. El Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas… solicitó una investigación activa a este conjunto de terrenos visiblemente desocupados. Ante la falta de cooperación de los propietarios, descubrieron el funcionamiento de un laboratorio clandestino de opioides, que operaba desde hace meses y distribuía la droga a los carteles de Oriente bajo el designio del Italiano. Se arrestaron a diecinueve personas, todos ellos extranjeros e ilegales, y armamento variado: desde granadas hasta fusiles.

»Aparte de eso, los vecinos de la localidad afirmaron que anterior al laboratorio, en el rancho se reunía un culto satanista que sacrificaba animales y, supuestamente niños, en sangrientos aquelarres nocturnos. La zona fue revisada, pero no se encontraron huesos en el imaginario camposanto. Lo que sí hallaron sepultado… fueron bolsas de plástico con abundantes estupefacientes. Lo que más extraña del caso, es que en el laboratorio se encontraron figuras alusivas a Santos de las Cortes Espirituales, como María Lionza y José Gregorio. Sin duda, estos extranjeros no eran los artífices, puede que los líderes sigan escondidos en las localidades próximas, o hayan huido a las fronteras. La Policía Nacional está librando una

guerra contra las drogas en el centro del país, y por lo que sabemos, el Cartel del Llano lidera la disputa regional por la supremacía de las fronteras brasileñas y colombianas.

—Es un grupo delictivo que venera la brujería negra—Gerardo cruzó los dedos sobre la mesa—. Sus cabecillas frecuentan Montenegro en sus peregrinajes a la Montaña Sorte; devotos de María Lionza y otros dioses de la región. Es bien sabido, que un grupo de la élite venezolana se reúne en la Finca del Chaure una vez al año para el Ritual a Moloch, anteriormente celebrado en la presidencial Casa Solariega de Nueva Bolívar. Cada mes de julio, desde que la hacienda está funcionado… un selecto grupo de influyentes y acaudalados individuos de la cúpula del país, se reúne en la Finca del Chaure, para canalizar el flujo de la poderosa y magnética Montaña Sorte.

»El aquelarre prohíbe la entrada a los medios de comunicación y, durante dos semanas, la propiedad celebra ritos y peregrinaciones a los bosques de secuoyas que pueblan el corazón de la cadena montañosa. Se ha visto al presidente Rómulo Marcano y su círculo patriótico en estas ceremonias, para concertar noches orgiásticas y encuentros con los seres que habitan los pequeños lagos y barrancos que discurren hasta profundidades nunca antes estudiadas. Prenden fuego a efigies y estatuas gigantes de María Lionza y otras encarnaciones… en una representación teatral que simboliza la riqueza y la prosperidad militar de la nación. Pero, algunos lo consideran un ritual pagano de connotaciones satánicas. Un recordatorio de las verdaderas afiliaciones del ejecutivo y sus ministerios.

»Puede que estos capos y políticos se reúnan en Montenegro, y hayan plantado las semillas de la corrupción. La superstición que conlleva la adoración de Potencias malignas, es propicio de seres humanos mentalmente trastornados que viven en su propio infierno… Un hombre incapaz de cultivar su mente, será instrumento de agentes capaces moldear su voluntad y causar su propia destrucción. La Policía Nacional sabe de estas reuniones, pero estos hechiceros han comprado su silencio… aliados con fiscales y líderes políticos.

—El Presidente Rómulo es Santero—señaló el moreno Jesús—. Siempre viste de blanco, y acepta abiertamente sus doctrinas ante los periodistas quisquillosos. He escuchado de ritos a gran escala en los camposantos donde se concretaron grandes batallas durante la época de Independencia, aunado al misterio de las estatuas presidenciales en puntos cardenales. El Presidente de la República, los Ministros, la Jefatura Militar y…

—¿De qué sirve luchar contra el Mal? —Gerardo sonrió y bajó la mirada, sus ojos dorados se apagaron como velas al ser sopladas—. Si… ha permeado en cada estrato de la sociedad. ¿Existe realmente la oscuridad, o es solo la ausencia de luz? Nacimos en un mundo envuelto en telarañas de acero. Las arañas que conforman las grandes mentes nos envuelven en sus redes, nos esclavizan con ignorancia, nos envenenan con sus mensajes y nos venden la cura cuando el daño es irreparable. Nacimos aquí, idolatrando imbéciles que nos roban la atención, consumiendo contenido basura. Vivimos en una jaula de ilusión, sedados con ilusiones… mientras nos chupan la sangre.

Andrea frunció los labios en una mueca confusa.
—Presidente…
—Pueden irse.
Últimamente, los accesos de melancolía sobrevenían en la conducta del Presidente, seguidos de períodos de misantropía y episodios de desasosiego. A veces se explayaba en presurosas conjeturas sobre el aparente caos en que vivía el mundo, y cómo podía ser una invención artificial de un grupo en lo alto de una jerarquía. El intelecto del Presidente no era cuestionable, pero sus arrebatos de melancolía se hacían cada vez más perdurables… Gerardo comenzaba a desglosar los sistemas sociales que conformaban la estructura del mundo, y en silencio, sufría… y se lamentaba como un dios con el corazón destrozado al escudriñar las injusticias de su mundo. Notaba esta dolencia como propia, pero callaba ante la irracionalidad e insignificancia de su pensamiento.
—¿Estás bien? —Andrea lo tomó del hombro.
—Creo que dejaré de asistir a las reuniones—dijo, risueño—. Hacen un trabajo maravilloso, y me cuesta encajar en su desempeño. Estarán bien sin mí, voy a dedicarme a otros pasatiempos menos rigurosos.
—¿Cómo qué?
—Me preocupa no ser feliz.
—Samuel…
No había sabido nada de María desde su pelea, y se ausentaba de clases tanto como de costumbre. No quería pensar en eso, y entró al gimnasio habilitado en uno de los salones del segundo piso de los edificios escolares. Se quitó los zapatos, llegando a tiempo para los estiramientos dirigidos por Nelson. Era el miembro más nuevo del grupo, conformado

en gran parte por alumnos de segundo año: Andrés, Mariann, Bianca, Violeta, y Raquel; que era un año mayor que ellos.

El Profesor Rafael Pérez era un experto en métodos de tortura física, y los hacía estirarse hasta límites dolorosos, correr haciendo acrobacias y practicar técnicas de defensa: pulsiones, derribes, caídas y patadas. A veces el grupo sufría un incremento, pero el duro régimen de entrenamiento los ahuyentaba. En ocasiones, sentía que los músculos y los tendones de sus brazos y piernas estaban a punto del desgarro.

Aprendió rápidamente las patadas frontales y laterales, algunas pulsiones y llaves; nociones de boxeo y condicionamiento físico. Nelson era buen boxeador, pues sus hombros robustos le brindaban una estructura morfológica defensiva; pero sus patadas eran muy bajas, pues su flexibilidad era nula. Andrés era competente, pero le faltaba energía; y al igual que Bianca y Violeta, holgazaneaba cuando el profesor no los veía. Raquel era temperamental, y no podía correr más de dos minutos sin fatigarse y tumbarse boca abajo, entrenaba poco y se la pasaba riendo con el entrenador. Mariann era la más habilidosa, de complexión regordeta más que atlética, pero ágil y elástica.

Al principio no veía mejoría, pero con el paso de las sesiones… descubrió que su resistencia estaba a la par con la de Nelson, y que la altura lo ayudaba bastante en cuanto desempeño. Aprendió a patear con habilidad y velocidad más que con potencia, y pulía sus técnicas de giro junto al moreno hasta ya terminada la clase.

—Bien, mejoraste rápido—Nelson bajó la paleta de pateo; era su turno de colocarse los guantes y recibir

los golpes demoledores del chaparro—. ¿Por qué estás tan motivado?
—Allá afuera hay mucho peligro—Aguantó dos golpes de práctica con los manos metidas en las almohadillas. El golpe recto de Nelson le entumecía las manos, pero se estaba acostumbrado—. Entiendes, ¿no? No… quiero volver a tener miedo.
—El miedo—lanzó una ráfaga de golpes, junto con un potente gancho a la mandíbula—. Es importante lo que haces con el miedo, porque de ello dependerá tu destino.
—¿Qué eres exactamente?
—No lo sé—se sucedieron los golpes—. A veces ni siquiera sé quién soy o qué debo hacer. ¿Venimos a este mundo para buscar un significado? Nací con esta herencia, sin saber que hacer con ella—un golpe devastador lo empujó unos centímetros—. Y parece que no soy el único en Montenegro…
Después de practicar los golpes, Nelson posó su hombro sobre el saco de arena y detuvo sus patadas rápidas, fintas y puntapiés.
—¿Otros «Cambiantes»?
—Sí—Nelson recibió el ímpetu del saco—. Ellos son… diferentes. Al igual que yo, sintieron el despertar de su naturaleza en la adolescencia. Pero, fueron agredidos por mis primos mayores y ahora quieren vengarse. Omar me dijo que los Arciniega prestaron un juramento a esta tierra, pero desconozco el alcance de esas palabras. Lo único que sé… es que mi familia es un desastre.
Descargó una patada lateral, levantando el pie lo más alto que pudo y sintiendo la tensión del latigazo.
—Nunca es tarde para cambiar.

—Cualquiera podría ser un Cambiante en Montenegro. Estas leyendas de perros grandes que deambulan en las montañas, son corroboradas por linces que arrebatan niños, y brujas que se convierten en pájaros negros de seis ojos. Bien podría ser un porcentaje reducido de la población… o aberraciones cromosómicas que proceden de bestialidades pasadas.
—Para mí—dio una rápida patada, alternó la postura y descargó otra patada con la pierna atrasada—. Eres igual que todos los demás. Un poco peludo y chaparro, pero eres buen muchacho.
Nelson sonrió.
—¿Te puedo pedir un favor?

VI.

Corriendo entre las sombras, como formas del crepúsculo encarnadas en pequeños mamíferos de patas silenciosas. Las gatas saltaron sobre los tejados, ágiles, y se escurrieron entre la foresta espesa que cubría los ranchos con altos pajonales y chaparros de encina que crecían en posturas torcidas.

Cuando se convertía en gata, sus sentidos sufrían un incremento indescriptible, en contraste con su disminución de fuerza y tamaño. Se movía con gracilidad en un mundo de caos, donde los sonidos, olores y colores adquirían tonalidades nuevas e inefables. Eran caminantes de sombras en cuerpos felinos: inmaculados o manchados… de ojos verdes o cerúleos como serpentinos.

—Donna—su hermana mayor se adelantó a la carrera, como una silueta ágil de lomo moteado con pelaje negro y amarillo. Su vientre era blanco y sus ojos dorados—. No te atrases. Los Elementales que custodian estos terrenos son invisibles, incluso para nuestros ojos.

Donna saltó sobre un tronco podrido, y se adentró en la espesura seguida por su prima Melissa, una gata gris; y su tía Valeria, una felina más grande de pelaje tupido y oscuro. Ante la luz rosácea del crepúsculo, aquellas siluetas se movían, invisibles, en la espesura de la vegetación, evitando avenidas y ranchos poblados. Las cuatro gatas guardaban silencio en su encomienda. La gata tupida y regordeta que era su tía, llevaba ceñido al pescuezo un bolsillo de tela con una espina de la Santa Corona de Cristo.

La magia de los Blanco comenzaba con la primera luna de sangre, en conmemoración a su tributo con

la Diosa de la Montaña Sorte, María Lionza. Cuando sus ancestros huyeron de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, trajeron consigo una herencia debilitada. Los Blanco eran descendientes de un maquiavélico mago que utilizaba sangre de gatos en sus rituales, y llevó a cabo cruentos experimentos de nigromancia con los cadáveres de los felinos, puesto que en la Europa de esos años se removieron círculos herméticos bajo el seno del oscurantismo, avivado por la Gran Guerra y la Gripe Española.

Ernesto Delberg fue médico y soldado, y los horrores de la guerra y las epidemias lo trastornaron, al punto de robar cadáveres de cementerios y probar en ellos sus oscuros procedimientos, intentando contrariar los axiomas de la vida. Se cuenta que utilizó incontables gatos, antes de que otros taumaturgos se reuniesen en consejo, inhabilitando sus permisos de ocultista. Esto hizo que el mago huyera, y continuase sus andanzas en los Reinos de la Muerte al establecerse en el Puerto de Montenegro. Durante diez años adquirió fama de vampiro, puesto que se le achacaron incidentes en las fosas comunes del cementerio tras las sucesivas plagas de malaria y cólera que azotaron la región; y se dice, sus horrendos experimentos lo condujeron por senderos inhumanos a un *Opus Magnus* indecible. Pero… ocurrió lo inesperado, y el médico contrajo matrimonio con una enfermera del Hospital San Juan, asumiendo el apellido Blanco.

Fueron bendecidos con dos hijas, y la reputación de vampiro misógino fue lentamente reemplazada por la de médico devoto. Entonces, el pueblo sucumbió nuevamente ante un brote de difteria que asedió los días más oscuros de su resurrección maldita… y su

estirpe fue condenada por los febriles accesos. Desesperados, los padres llevaron a cabo procedimientos que iban más allá de la ciencia convencional… y, temiendo por sus hijas, las entregaron a María Lionza mediante una peregrinación en la que fue testigo de una aparición divina. El Señor Blanco tuvo que pagar sus crímenes con la vida, suicidándose para que sus hijas siguieran respirando, y la familia se vio marcada por fuerzas mayores a las comprendidas.

«El precio de la vida, es la muerte.»

Desde entonces, las mujeres de la familia eran capaces de convertirse en gato, puesto que en sus venas corrían los caudales de la sangre felina que el nigromante ingirió en su enajenación. Los Blanco adoraban al Dios Católico, pero eran subordinados de María Lionza, y se sentían en contacto estrecho con la Montaña Sorte, que hizo emerger sus dotes mágicas. Su Magia Planetaria era poderosa, y su matriarca Diana Blanco era una de los tres grandes brujas de la región. Algunos miembros de la familia se escindieron, pero todas las hembras que emigraban de Montenegro y perdían sus tradiciones con María Lionza… prontamente, los poderes de transformación se convertían en una maldición hereditaria que despertaba para usurpar pesadillas.

—¡Vi a una mujer indígena que recorría las montañas y lloraba desconsoladamente! —Fue lo que la delgada Trina Rocca contó. Su pecoso rostro enrojecía, y sus ojos pequeños bullían… La anciana poseía cierta juventud en su porte y rostro, pero se movía como una persona mayor y cansada—. ¡María Lionza, nuestra Patrona, era perseguida por formas bestiales y repugnantes! ¡Vi también esa finca, habitada

por seres que fingen ser hombres, ardiendo... y extendiendo sus brasas sobre Montenegro!
Su abuela Diana, gorda y envejecida, de dientes amarillos y miembros gruesos, rompió su silencio político para replicar:
—He limpiado a nuestra familia con el tabaco por muchos años según la tradición. Pero, temo que esto se extenderá sin misericordia como una nueva plaga… ¡Ave María! ¡Nada puede contra Dios y nuestra Patrona!
—Temo que sí—asintió Trina, severa—. Mis sueños son reales. Sabes que es así… ¡Yo te dije cuando moriría tu madre! ¡He predicho catástrofes y me han hablado los muertos para consolar a los vivos! ¡Solo dos veces he soñado con María Lionza! ¡Cuando fuimos por primera vez a la montaña, siendo dos jovencitas! ¡Recuerdo su fragancia y su dulzura! ¡Y ahora, es atormentada sin cesar por las abominaciones que brotan de los estanques de magia negra invocados en ese Templo del Mal!
—Yo he estado en la Finca del Chaure—Saúl Túnez rompió su silencio; de los tres, él era el brujo más prestigioso de la región que comprendía los alrededores de la Montaña Sorte y Quibayo—. He presenciado sus ritos e invitaciones, y temo que… más que un llamado a Potencias Exteriores, hacen acopio de la criatura reprimida en el subsuelo. No he asistido a los Rituales de Moloch, frecuentado únicamente por los hombres más ricos del país, ni a las terribles Asambleas del Barón Garmendia… pero, estoy seguro, que una prominencia negativa yace, rumiante, bajo el suelo de ese sitio.
Saúl Túnez era un hombre excepcional, vestía siempre con

un traje oscuro de corbata añil y agujas de oro con jeroglíficos. Era alto y recto, de rostro severo y una voz pacífica que exhibía una inconmensurable sabiduría. El padre de Andrea era distinto de su hija: era más oscuro, de cabello grisáceo y personalidad taciturna. Siempre que regresaba de sus viajes al extranjero o al interior del país, traía regalos e historias. A Donna le regaló una docena de velas aromáticas, y a su abuela le otorgó una de las espinas de la Corona de Cristo, en juego con la suya encontrada en la colección de un mafioso del Llano Negro.

Odiaba la arrogancia de Andrea por ser indiferente con su padre, Donna no recordaba al suyo desde que su madre se separó. Saltó sobre una gran piedra erosionada, levitando con el lomo arqueado…

—La Finca del Chaure está al otro lado de la colina—dictó su tía Valeria, con sus ojos oliváceos cargados de furor felino.

Melissa, el gato gris, meneó su cola.

—En estos campos, dicen que Algarrobo enterró cofres llenos de morocotas.

—Sí, y también enterró vivas a muchas personas—replicó Elena, la gata moteada; y le dio un suave zarpazo con la garra en la cabeza a Melissa—. Sus espíritus deambulan, perdidos, y sollozan en las noches de tormenta.

—¡Deja! —Melissa emitió un chillido tenue—. ¡No me gusta que me toquen las orejas!

—¡Niñas! —Valeria chilló con voz aguda—. ¡Hagan silencio! ¡Sí la abuela tenía razón…!

—¡Shhhhh!

—¿Por qué le haces caso? —Elena se pasó una pata por la nariz rosada—. Son solo desvaríos de viejos. «Nuestros planes» son más importantes…

—Háganle caso a su abuela—dictó la gata tupida—. Ella nos mantiene con sus rentas vitalicias…
—Es tonto—Donna descansó el vientre sobre la hierba—. Creo en nuestras tradiciones, pero decir que nuestra familia será diezmada por la Maldición de Montenegro es… ¿extraño? Ahora todos sabemos que antes había más epidemias y plagas por la pésima higiene pública y no por un embrujo generacional. Es decir, ella se preocupa demasiado… pero, ¿qué tan grave es tener malaria con la ciencia moderna?
Melissa se erizó.
—¿Y qué hay de la Maldición?
—Es cierto—exclamó Valeria—. La hermana de tu abuela no pudo controlar la transformación. Un día perdió el control, y quedó convertida en gato para siempre. Con el tiempo, perdió sus facultades de inteligencia y se volvió salvaje. Lo que sea que ocurra en la montaña, nos afecta indirectamente…¿Quieren ser gatas para siempre?
—¡No! —Las tres chillaron con los lomos erizados.
—Su abuela nos custodia fumando los siete tabacos del mes. Protege nuestros espíritus para no sufrir el mismo destino que su querida hermana. Los rezos a María Lionza deben ser por piedad y no por vanidad. Podemos movernos entre dos mundos, pero no hay olvidar de dónde provenimos. Quiero que mis hijos y mis sobrinas no tengan que cargar con la maldición hereditaria, y puedan casarse y ser felices lejos de este pueblo.
—¿Y por qué seguimos en Montenegro?—Preguntó Donna.
—Porque… cuando las mujeres de la familia se alejan del Sorte y renuncian al voto de María Lionza—

Valeria se mostró inquieta—. Pierden la capacidad de alumbrar vida. Con los hombres no pasa así, pero todas las mujeres de nuestra prole son estériles lejos de Montenegro. Y tenemos más hembras que varones en nuestra familia. Es nuestro deber ser portavoz de la diosa, y transmitir sus costumbres para expiar los pecados de nuestros antepasados.

—Yo no quiero tener hijos—replicó Elena—. Ese es problema de Donna.

—¡Niñas!

—Será la única forma de salvar a nuestra familia—arguyó la gata moteada—. La abuela no lo sabe, pero mi madre lo ha planeado en secreto desde hace un año… Vivimos en una jaula muy grande, pero sigue siendo una prisión. Si no se nos da a escoger, ¿entonces no tenemos realmente libre albedrío? Te puedes conformar con vivir así, por la manutención de la abuela… pero yo no.

—¡Cállate! —Melissa le apartó la cola a Elena de un zarpazo—. ¡Yo también quiero tener hijos, y quiero salir de Montenegro! ¡No quiero vivir junto a los Arciniega! ¡Ya le han hecho mucho daño a nuestra familia!

—Tu hermana no tuvo la culpa—replicó Valeria, que era madre de Melissa y hablaba de su hermana Gabriela—. Solo fue joven y tonta: se enamoró de la persona equivocada; al igual que yo. En eso nos parecemos.

Melissa se lamió la pata y se la pasó por la cabeza.

—Pero, tú no estás en un cuarto de reclusión, golpeándote con las paredes y gritando locuras. Mi hermana está loca, y por mucho que reciba tratamiento… no mejora, ni lo hará.

Las gatas danzaron en la penumbra, adornada con destellos auríferos que se filtraban a través de la bóveda de espesa foresta. La colina se tornó abrupta, y pronto alcanzaron su cúspide con miríadas a un paisaje limpio, adornado de casonas, cuatreros, gallineros, piscinas y senderos de adoquines. El mirador atisbado era un complejo exquisito y gris, aún resplandeciente por las guirnaldas de la celebración. Los frondosos naranjos les sirvieron de sombra mientras los cuatro pares de ojos brillantes flotaban como luciérnagas horripilantes. Saúl las rezó con un hechizo de invisibilidad ante el enemigo, y les advirtió que la espina consagrada les protegería de los Elementales invocados por los Brujos del Sorte. Diana y Trina montaron un Altar a los arcángeles y fumaron tabaco para protegerlas, mientras ellas se adentraban a las puertas de la oscuridad.

Las cuatro se tensaron por un movimiento repentino que emergió en raudales. Una procesión de sotanas negras con máscaras azabache manó de la casona principal: una docena de figuras altivas portando venablos, como formas fungosas del crepúsculo en una simiesca hilera de largos telares que rozaban sus alpargatas. La mayoría del grupo se dispersó en las cabañas de lacayos, y otros se dedicaron a actividades domésticas antes del anochecer.

Las gatas se escurrieron entre los hierbajos, bordeando senderos de barro humedecidos por el hedor de las cochineras y los estanques. Sin prisa, saltaron tejados y se adentraron sin reparo en la altiva casona, cuyo acceso se vio perpetrado en el balcón por un mangar crecido. Donna y Melissa siguieron con cautela a Elena, de aspecto fiero, y a su tía Valeria,

más temerosa, en aquella casona de largos pasillos alfombrados. Cuyas proporciones eran alteradas por su percepción del tamaño, siendo las paredes inmensamente más grandes que ellas.

Los cuadros que colgaban de la tapicería eran grotescos y desproporcionados. Una telaraña de cristal irradiaba una luz mortecina sobre lo que parecía un gran salón amueblado, y los olores ferrosos se mezclaban con el angustiante incienso y ligustro del cuero húmedo. El techo alto era de amachimbrado, y sobre su superficie se proyectaban sombras alargadas y filosas desdibujadas en campos barnizados. Muchas puertas permanecían trancadas, pues no alojaban a nadie… y la inmensidad de la casona las precipitó con un exacerbado sentimiento de intrusión y malestar.

Los paredes eran recubiertas con pinturas horripilantes que describían paisajes prehistóricos, cubiertos de árboles extraños y animales desconocidos: artrópodos coloridos de tamaños bizarros, intrépidos saurios homínidos de mandíbulas anchas y escamas cerúleas, ancestros cuadrúpedos de los mamíferos y anfibios viscosos de formas espeluznantes. Los dinteles de mármol eran rematados con horrendos palimpsestos y relucían como decoración los bustos de filósofos perversos, esfinges de barro, esculturas de pórfido con formas semihumanas y bajorrelieves de caracteres demoníacos que cantaban blasfemias; aunado a los faroles de cristal floreado, y sables y mosquetes españoles como ornamento colonial.

La cuadrilla de gatos estudió aquel salón con aprensión, siendo testigos de un horror mágico e indescriptible que escalaba a proporciones irrazonables. Puesto que aquellos brujos de modos oscuros y religiosa per-

meabilidad, adoraban seres más allá de los ideales que alguna vez describieron a los hombres. Eran ajenos a dioses humanizados y Omnipotencias abstractas, no; adoraban blasfemias y entidades obscuras extraídas de los Avernos de la Consciencia, donde se remueven y gritan los encarnizadas engendros de las civilizaciones muertas en las estrellas negras. El panteón de endriagos desfigurados, infrahumanos y pusilánimes… confería un tétrico presagio de fuerzas desconocidas y nauseabundas que operaba en las psiques de aquella cohorte de hechiceros. Su pensamiento debía estar deforme y corrupto, si realmente adoraban con fervor aquellas aberraciones infinitas.

—Intrusos—escuchó el llamado de un hombre que perpetró en el estudio, armado con un largo venablo, cuyo cabezal era una calavera de niño bañada en plata. Vestía sotana negra, ceñida la cintura con cordones rojos y una máscara azabache con un pentagrama carmesí dibujado en la frente—. ¿Cómo dices? —Ladeó su cabeza como para escuchar los susurros del viento, con las manos enguantadas firmemente cerradas en el puño del báculo, y… paseó su mirada fría por los sitios donde los gatos se escondían—. Ya veo.

Donna se ocultó detrás de un sillón, con el lomo erizado. Sus compañeras también se escondieron lo mejor que pudieron. Aquel brujo de rostro negro levantó su venablo, y lo hizo chocar el taco con un estruendo seco en el suelo de madera. Fue entonces cuando la vorágine de locura se despertó, y un azote feérico hizo estremecer las mesas y los sillones del amplio salón. Un grito, mitad chillido y maullido, se elevó con un sobresalto, y una bestia formada por sombras inmutables y zarcillos de oscuridad…

arrancó de un mordisco a su tía Valeria, dejando caer un reguero de fetiches de cerámica de las estanterías. La gata gris chilló, cubierta por perlas de sangre, retorciéndose en las fauces del sabueso espectral de ojos como estrellas de sangre.

—¿Hay más?

Aquel Cadejo infernal dejó caer de su boca colmillluda al gato gris, que se desvaneció en la inconsciencia con el lomo ensangrentado, y se lanzó a un sillón cercano. Donna echó a correr al momento, mientras aquel monstruo se cernía —aunque más bien parecía flotar—, detrás de ella. Corrió por la casa, a través de pasillos laberínticos, con el corazón desbocado… y salió por una abertura de la casona a una oscuridad parcial, en la cual sus ojos se acostumbraron. Los otros gatos corrían y se escondían, pero Donna era perseguida con ahínco a través de las cabañas y los matorrales frondosos de la Finca del Chaure. Pensó que moriría, y temblaba, escuchando el galopar y los rugidos de aquel mastín fantasmal… y sus patas flaquearon, incapaces de trepar.

Una sarta de pelo rojizo voló desde el tupido follaje hacía el Cadejo y, como dos dragones enzarzados, giraron sobre los pastizales convertidos en un único ser violento. Otra sombra tangible brotó como un manantial, y cayó sobre el perro fantasma en una tempestad de chillidos, aullidos, mordiscos y arañazos. Finalmente, cesado aquel pandemonio; Donna, petrificada, vio emerger del pastizal a dos linces pardos cubiertos de arañazos.

—¿Estás bien? —Dijo uno ellos con voz aguda. Era de ojos castaños y poseía una cicatriz característica en su mejilla.

—Sí…
—Me llamo Enrique González—se presentó el lince de la cicatriz—. Somos Cambiantes como ustedes, y vinimos por nuestro primo Carlos, que fue secuestrado hace días por los brujos. Tiene solo doce años…
—Mi tía…
—Cálmate—la aconsejó el otro lince, de pelaje tupido y penetrantes ojos oscuros. No eran tan grandes como un perro, pero el pelaje pardo rojizo, las orejas puntiagudas y las manchas negras en sus lomos les brindaban un aspecto fiero y desaliñado—. Yo soy Manuel, y no queremos hacerte daño.
—¡Aléjate de ella, zorro asqueroso!
La gata moteada saltó de los pastizales convertida en una fiera, y se abalanzó sobre el lince llamado Enrique, con un siseo viperino y una tormenta de arañazos. El animal soltó un aullido de dolor, y retrocedió.
—¡Corre, Donna! —Era la voz de Melissa.
La gata blanca echó a correr, perdiéndose en las voces que la llamaban. A lo profundo de los matorrales y las lomas, lejos, donde nadie pudiera encontrarla. Samuel tenía razón, era una llorona… Más adelante la alcanzó Elena, al borde de la fatiga, y encontraron a Melissa desmayada bajo un ciprés. Las tres se miraron, convertidas en gatas, y rompieron a llorar…

Capítulo 8: El Silbón y el Saco de Huesos

I.

—Encefalitis Letárgica—dictó la doctora Francismir Gómez, forense general de policía—. La causa de muerte se debe a una rara afección conocida como «enfermedad del sueño». Es realmente inusual… He investigado al respecto—la mujer regresó el cadáver del hombre a su caja metálica en el estante de la morgue. El frío calaba hasta el hueso—. Apareció por primera vez en Europa, y se extendió rápidamente por todo el mundo. Un tercio de los afectados fallecieron y de los sobrevivientes, casi la mitad terminó incapacitado… siendo plenamente consciente del horror que estaba sucediendo en sus cuerpos. Eran capaces de pronunciar palabras, mover los ojos y reír; pero… parecían estatuas vivientes, completamente inmóviles hasta que sobrevenía la muerte.

Marcus se acomodó la mascarilla a las fosas nasales.

—Desde el año pasado, se han reportado casos de muertes inesperadas en Montenegro—dijo, ajustando el adminículo con su nombre en el bolsillo del pecho, distintivo del uniforme de la Policía Nacional—. Al menos, se contabilizan unos dieciséis decesos por infartos cardiovasculares durante el sueño. Las Autoridades del Hospital San Juan están desconcertadas. Las defunciones inexplicables ocurrieron en octubre y noviembre… y luego se detuvieron hasta febrero de este año.

—Se desconoce la causa de la afección—Francis era delgada y alta, de rostro apático—. Una teoría… podría

ser la inflamación del cerebro causada por una rara cepa de estreptococos. La enfermedad desaparece y reaparece esporádicamente en distintas regiones y épocas. Nadie conoce a ciencia cierta cuál es su detonante…

Marcus recorrió con la vista las hileras de frigoríficos donde se preservaban los cadáveres para su estudio y preparación antes de la sepultura. Había estado allí muchas veces, cuando debía reconocer los cuerpos de los implicados en actividades delictivas que fallecían durante enfrentamientos con la ley. El olor frío a cloro, formol y químicos le traía vagos recuerdos de violencia exagerada; sentimientos que empañaban la superficie de su cerebro con gotas de sangre.

Se despidió de la doctora, y condujo hasta el Centro Policial de Montenegro. Guillermo lo esperaba en el Departamento de Análisis del conjunto de edificios blancuzcos en el centro del pueblo, redactando el reporte del extraño caso como una sombra simiesca detrás de un ordenador.

Marcus se reclinó sobre su cubículo, anexado a una fila de oficinas separadas por tabiques.

—El hombre era joven, y regresaba junto a su novia de una discoteca en el Paseo Consuelo—dijo—. La joven relató, pasmada, que subían a la medianoche por la Calle San Gregorio… embriagados por la ingesta continúa de anís en una noche de jerga. La prueba toxicológica probó que era fumador, y que también ingería abundantes antidepresivos. Una pésima mezcla, sin contar sus antecedentes como borracho conflictivo. Puede que la causa de muerte haya sido un shock alcohólico en vez de…

El anciano asintió, sus dedos viajaban sobre el teclado con fluidez.

—¿Y qué dijo la chica?
—La interrogué y me contó una historia perturbadora—respondió, despectivo. El detective se giró a Marcus con aire inexpresivo—. Me habló de una noche sin luna, teñida del negro más bituminoso que pueda existir en la Tierra. Me contó, llorando, que caminaban en silencio, borrachos… y que se dirigían a casa para cerrar la noche de fiesta con broche de oro. Sin saber que un horror indescriptible sería capaz de abalanzarse desde la penumbra. Lo último que escuchó fue un protuberante y agudo silbido que cortó el silencio de las tinieblas: un resoplido lejano y tenue que le erizó todos los vellos del cuerpo.
»Lo siguió una tempestad de gritos y una figura sobrenatural, como de tres metros, cargando un saco a su espalda. El horror del espanto la instó a perder el conocimiento. Cuando despertó, en la ambulancia… Notó que su novio estaba completamente paralizado, quien no tardó en morir a causa de una crisis nerviosa—el joven frunció los labios—. No sé qué creer… ¿Fantasmas? ¿Una epidemia desconocida?
Guillermo despegó sus labios mustios, y dejó escapar de su garganta una canción gutural y supersticiosa:

Su nombre
Hace temblar
Al más pintao
De la llanura

Y así
Atormenta la calma
En las oscuras
Noches de lluvia

En los días de mayo
En el llano aparece una horrible visión
En los días de mayo
En el llano… aparece el terrible Silbón

—Pero, estamos lejos del Llano Negro—se excusó Marcus, escéptico—. No, esto va más allá. No es solo una aparición de leyendas… Esa joven quedó traumatizada del espanto. La alcaldesa Virginia quiere respuestas, y no deja de ser acosada por los Secretarios del Gobernador. Todo el país se mantiene alerta por el posible brote de una epidemia del sueño originada en Montenegro. El año pasado ocurrieron más de quince muertes a personas saludable durante el sueño. ¡Esto es una crisis de la salubridad que podría condenar la región a una cuarentena! En diciembre, hubieron varios ataques psicóticos ocasionados por esa vigilia paranoica a la que muchos se sometieron por temor a dormir. Y ahora... alucinaciones nocturnas que incapacitan a las víctimas con parálisis cerebral. La farmacopea del mundo no está preparada para lidiar con estas enfermedades repentinas, indetectables y mortales. Con todo este material, tendría que contactar a la alcaldesa para llevarlo a mayores términos y…
—Quizá no sea una enfermedad—el anciano se rascó su barbita canosa—. Puede… que solo sea estrés colectivo por todo lo ocurrido últimamente. Vivimos en un mundo de claridad, pero eso no significa que las sombras no existan.
—¿Qué insinúas?
—Escuché que tu madre Claudia se fue de viaje a Ciudad Zamora.

—Se fue sin avisar, mi hermana y mis primas solo dijeron que iba hacerse unos estudios médicos—Marcus frunció el ceño, pensativo—. Creo que me están escondiendo un embarazo. ¿Cuál de ellas? ¿Elena estaría…?

—Estará bien, no te preocupes.

—Lo sé, mi madre es terrible. Temo por la gente de Ciudad Zamora.

—¿Sabes? —Guillermo le dirigió una sonrisa enigmática—. Estudié Metafísica en la Universidad Bolivariana de Puerto Bello, y luego hice Cursos de Hermetismo en los Círculos Essenes de Ciudad Zamora. Durante mi larga juventud… estuve obsesionado con la idea de una Conciencia Superior y la Inminencia de lo Divino en el alma humana. En mis pasatiempos filosóficos, leí el enunciado de un hombre llamado Giordano Bruno, cuyo cuerpo ardió en Roma, en una hoguera de crepitantes llamas… por herejía y apostasía. Su credo quedó grabado en mi mente como ese fuego infernal que le dio muerte. «Desde el principio del mundo… Un mismo espíritu interior anima el cielo, la tierra, las líquidas llanuras, el Sol y las Estrellas. Ese Espíritu del Todo… mueve la materia y se mezcla al gran conjunto de las cosas».

—¿Querías ser brujo? —Marcus sonrió, frívolo—. ¿Usted, brujo?

—Solo puedo recordar eso—se apresuró a constatar el detective, con una sonrisa irónica—. No sé porqué lo recuerdo en mis momentos privados. Pero, creo que es una autoafirmación: existe un mundo invisible a nuestro alrededor, al que somos incapaces de acceder por nuestra incomprensión. Ese cauce de vibraciones energéticas es poderoso, y crea el mun-

do tal como lo conocemos. Si nos atrevemos a ver un poco más, más allá de lo construido, entonces… ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Lo siento, señor. Soy incapaz de creer en lo que mis ojos no pueden ver. Para mí, lo único a temer es la Maldad existente en el corazón de los hombres. Me preocupan los niños desaparecidos en las localidades cercanas, y creo que, como oficiales, debemos plantar los pies en la realidad.

—No estás listo, Marcus—Guillermo sonrió y desenfundó una pistola con silenciador oculta en su escritorio. Al principio soltó una risita nerviosa, pero la mirada del detective cambió bruscamente—. Aquellos que no son capaces de ver más allá de sus ojos… Jamás podrán encontrar la salvación.

Marcus bajó las manos instintivamente a la funda de su arma, pero fue demasiado lento y los disparos se sucedieron con destellos cegadores. Fue como recibir martillazos de fuego, que lo atravesaron en las costillas con un frío espectral. Se vio caer a sí mismo, inmóvil, con el rostro descompuesto y dos agujeros rojos en el uniforme… que crecían como flores de muerte al extender sus pétalos. La oficina dio vueltas en un caleidoscopio demencial y pálido… La voz rasposa del anciano se desvaneció en un hilo.

—Sin amores ni rencores.

II.

El espectáculo de DJs locales llenó de júbilo el Malecón del Río Yaracuy, siendo el Mirador el epicentro de tarimas con equipos de sonido monumentales. Las calles se colorearon con tiendas de licores y comida callejera: carpas de rayas y guirnaldas decorativas fueron la insignia del carnaval. Las comparsas de

rimbombante calipso fueron populosas, ruidosas y ajetreadas. La localidad vecina de Chivacoa se unió al Carnaval montenegrino, y las procesiones de tambores, diablos y fantasías estuvieron a la par que las más excelsas del Callao.

Al anochecer, las caravanas de los Jinetes que partieron del Colegio Bolivariano se unieron con los púlpitos que brotaban de las avenidas, y pararon a desembocar en el malecón… con una marea espesa e incontenible de cuerpos bullentes de energía.

Se paseó entre gules vestidos de diablos que azotaban látigos y maracas, y jóvenes desnudas envueltas en encajes. Una Negra Isidora y varios Negro Pinto hicieron gala de sus cuerpos embadurnados, y bañaron al público desprevenido con agua, harina y tiza. El palco de los Jinetes era uno de los más vistosos: adornado como un petimetres de suntuoso terciopelo y faroles coloridos. Gerardo vestía un disfraz purpurino, chaleco de fajín, rosarios de cuentas rojas y turbante negro... Y Jesús Alvarez era el DJ del Colegio Bolivariano, mezclando e incrementando el volumen de sus equipos. La parte que correspondía a los Jinetes era la Corona del Mirador, reverberando de vida y clamor.

—Ven, Samuel—Donna tomó su muñeca y lo condujo hasta su grupo.

Ronny no asistió, porque Patricia no podía caminar y era peligroso llevarla en silla de ruedas. Ritchie y Andrés bebían reclinados sobre una baranda, mientras Ana, Bianca y Soledad descansaban en un banco de piedra, bañadas en sudor tras el jolgorio. Elena acompañaba a Donna como custodia, y bebía copiosamente mirando a su alrededor como un felino

alerta. Hasta Salvador había asistido al evento, pero se negaba a formar parte de la muchedumbre, y reía junto Ezequiel, cuyo brazo sanó correctamente. Algunas veces se unían a la masa de cuerpos, bajo las luces rutilantes, y regresaban cubiertos de sudor.
Donna lo acompañaba en todo momento, y juntos recorrían la longitud de espectáculos, atisbando rostros conocidos e intercambiando saludos. Subieron y bajaron un par de veces el recorrido del Malecón, disfrutando de la música y suspirando con el chisporroteo de la comida callejera. La chica no tenía amigas íntimas, pero lo compensaba con una enorme cantidad de conocidas que la abrazaban y le sonreían con calidez.
—Ya estamos muy cansadas—proclamó Bianca con la frente perlada de sudor—. ¿No íbamos a ir después a otro lado?
—Sí—terció Donna—. Esto ya aburre.
—¡Vamos a mi casa! —Proclamó Ritchie con una sonrisa maliciosa—. ¡Vivo a unas cuadras de acá y mi familia no regresará hasta pasado!
—¡Sí!
Siguió al grupo del brazo de Donna, y todos abandonaron el bullicio del espectáculo culminante y subieron a los departamentos cercanos al Malecón, con vista al oscuro y aceitoso río. La casa de Ritchie era amplia y espaciosa, de numerosos muebles y techo alto… y Andrés sacó varias botellas de licor para festejar. Las muchachas se miraron, juguetonas. Elena se sentó en un sillón y estiró las piernas para bostezar. Enseguida todos organizaron un juego, y se sentó detrás a observar con aire distraído. Realmente se sentía indiferente, el palpitar de la música distante lo animaba un poco…

—Salvador—Bianca lo señaló con el dedo—. Te reto a adivinar qué parte del cuerpo te paso por los labios.
El monaguillo soltó una carcajada y cerró los ojos con los labios fruncidos. Bianca se acercó a gatas, sonrojada, y se levantó la camisa para pasarle uno de sus senos por la cara. Sam abrió la boca…
—No sé—el joven apretó los ojos—. Es caliente… ¿La piel de la barriga?
Andrés reventó en carcajadas y Ritchie le palmeó la espalda.
—Te pasaron una teta por la boca.
—¡¿Qué?!
Salvador enrojeció con los ojos como platos y se obligó beber un buen trago de aguardiente mezclada con gaseosa. Contuvo la carcajada…
—Soledad—dictó Salvador, colorado—. Siéntate en las piernas de Samuel.
—¿Qué? —La chica abrió la boca—. Pero él no está jugando.
—¡Hágalo!
La chica se levantó con las piernas temblorosas por la embriaguez, caminó tozudamente y se sentó a horcajadas en sus muslos. El pelirrojo se acomodó en el asiento, y sintió un montón de miradas clavadas en su piel. La sorpresa sobrevino cuando Soledad comenzó a frotarse en círculos sobre su regazo, calentando su entrepierna con las nalgas…
—Sol—susurró, con las orejas calurosas—. Si sigues así yo…
—No voy a morderte.
La chica se levantó, orgullosa y volvió a su asiento. Ritchie levantó su botella con una carcajada.
—¡Donna! —Rugió como un bocazas—. ¡Querida

Donna! ¡Deberías darle un beso en los labios a Salvador!
—¡No! —Chilló Donna y le arrojó una mirada escrupulosa.
La chica prefirió beber un abundante trago de licor. Ritchie y Andrés abrazaron a Salvador con muecas lastimeras.
—Ya vendrá una mejor, muchacho.
—Otras se pierden, camarada.
Donna se sentó a su lado en el mueble, sonrojada por el alcohol y con los labios hinchados. Su aspecto despeinado era divertido, y miraba a todos como si sus ojos fuesen de plástico.
—¿Estás bien?
—Estoy flotando…
—¿Ya estás borracha?
La chica sonrió, y negó con la cabeza en una mueca que decía lo contrario. Rápidamente, se levantó y por poco cayó de lado. Elena y él la ayudaron a incorporarse, y la llevaron a una de las habitaciones del fondo, entrando en la que parecía ser de la hermana menor de Ritchie. Recostaron a Donna de lado en una cama cómoda y le quitaron los zapatos… Estaba muy borracha y se dormía por momentos, para despertar diciendo palabras sin sentido.
—Bebió muy rápido—dijo.
—Sí—replicó Elena—. Ella estaba… —miró de reojo a la puerta—. No importa. —Le dedicó una larga mirada con los labios apretados y los ojos dilatados. El cabello violáceo revoloteaba como serpientes sagradas sobre sus hombros. Rápida como un tigre, lo tomó del brazo con un zarpazo—. Ven aquí.
Sintió nervios cuando aquella chica mayor lo tumbó

en la misma cama que Donna. La penumbra cayó sobre ellos como pesadas cortinas, y las risas lejanas flotaban como estertores de chotacabras. Las formas se desdibujaban ante sus ojos como paisajes primigenios, plagados de relámpagos galvanizados y mares radiactivos de los cuales se elevaban, abruptamente, picachos escarpados y titánicos como centinelas petrificados por maldiciones sempiternas. Contuvo la respiración cuando unas manos frías lo acariciaron, arañando la piel de su vientre con uñas afiladas… bajando sus pantalones con rapidez, como el desollar de una segunda piel con garras afiladas. Un centelleo, y escuchó en las tinieblas como un ser abismal y descarnado soltaba los cierres de su cremallera, y se desnudaba la parte inferior, impoluta y perversa.
No pudo hacer más que contener el aliento, y respirar subrepticiamente bajo el silencio más pétreo e inimaginable que alguna vez haya pesado en las regiones plutónicas de mazmorras mohosas en eras muertas. La mujer se subió sobre sus caderas, y posó una mano en su pecho para retener su fuerza. Sentía sobre su cuerpo unas piernas desnudas y calientes convertidas en una escafandra de plomo, hecha de terror y prosternada confusión. Levantó las manos cuando sintió cierta presión en su cintura, y unos dedos fríos cerrarse en torno a su miembro inadecuadamente endurecido por el calor del momento. Su propio cuerpo lo traicionó, y aquel demonio de oscuridad, de llamas fogosas, se insertó una parte suya de espetón. Fue una fricción dolorosa, pero reprimió el resoplido en su garganta para no despertar a Donna. Se dobló por la cintura ante el abrazo de una sustancia viscosa y calurosa que lo atrapó con succión,

y unas manos se cerraron sobre sus muñecas para doblegar su espíritu de vuelta contra la sabana.
Cerró los ojos. No dijo nada, solo esperó mientras lo atrapaban, lo estiraban y lo rompían con convulsas oleadas de incomodidad que estremecían las patas de la cama y le provocaban ardor. Allí dentro se sentía muy caliente y apretado. Los latidos de su corazón eran incontrolables, y su respiración falló con un resuello cuando sintió una inmensa liberación de tensión brotando desde sus tripas. Elena le tapó la boca, ahogando un grito parecido a medio gemido, y los calambres mortificaron los músculos de sus piernas cuando el líquido salió con espasmos musculares. Perdió la conexión con la realidad durante varios segundos…
—Bien, déjalo salir todo adentro—la mujer se quitó de encima suyo con un chupetón húmedo, y la escuchó buscar sus pantalones en la obscuridad con aprensión. No quería mover el cuello y contemplar su horrida figura, la alguna vez hermosa Elena Blanco transmutó a un ser frío y tosco; un endriago indescriptible y cuadrúpedo que se arrastraba por el suelo y gemía inmisericorde—. Fuiste un buen chico.
Salió con un portazo. No supo cuánto tiempo estuvo recostado, inmóvil, con la entrepierna viscosa e irritada por la fricción… escuchando la respiración de Donna a su lado. Las sombras dieron vueltas por la habitación, como un caleidoscopio deprimente y grisáceo, y finalmente desaparecieron en las esquinas. Siempre imaginó su primera vez con más… besos y caricias. Se levantó, cabizbajo, mientras se subía los pantalones, y pasó de largo por el salón… donde Andrés se besaba apasionadamente con Bianca, recostados en un sillón; Ritchie dormía de pecho en el

piso, con los pies tendidos bajo la mesa; Ana y Soledad intercambiaban saliva con Salvador… Cada una sentada en un muslo del monaguillo. Ninguno lo vio salir del departamento.

La brisa fría le golpeó el rostro como una bofetada, y subió lo más que pudo, arriba, a la azotea… donde podía contemplar la inminencia del mundo y su paisaje desfigurado de casuchas irregulares, calles oblongas y edificios descascarillados. Arriba, en las alturas, en el cielo no se divisaba ninguna estrella, y era inmensamente negro e infeliz, turbio como su reflejo en el agua oleaginosa del río.

—¿Estás bien?

Levantó los ojos enrojecidos a Gerardo, que comía unos chocolates, recostado en una butaca con vista al Malecón desolado. Parecía un fantasma dorado y bufón, delgaducho y altivo ante las sombras retorcidas. Se acercó al Presidente, y contempló por el adarve las calles reducidas por la altura y las luces inmóviles de los faroles. La instrumentación del Carnaval era equipada y guardada en camionetas por los auxiliares.

Gerardo extrajo un chocolate de su envoltorio y lo masticó en silencio. San suspiró, escudriñando al rubio con ojos afligidos.

—¿No duermes?

—Me cuesta dormir—sonrió el Presidente, con los ojos hundidos—. Mis sueños están llenos de fuego y gritos.

—Mariann me contó del incendio.

—¿Cómo está ella? —Gerardo sonrió con tristeza.

—Hace tiempo que no la veo… ¿Es verdad que fueron novios?

El Presidente soltó una carcajada disimulada.
—La perdí… amar es demasiada responsabilidad para mí.
—Lo siento, Presidente—aferró las manos a la dura superficie fría—. No hay dolor mayor que aquel silencioso e interminable que se padece por falta de amor.
—No te preocupes, Samuel—Gerardo sonrió, y se puso una mano en el pecho—. Ya me pedí perdón por todas esas veces que me sentí mal sin razón y lloré… por extrañar cómo era. Estos años fueron difíciles y creía que podría sanar con amor… pero fui obtuso al pensar que me amaban con la misma intensidad. Aún así, no quiero regresar con ella en caso de volver, me dolerá, pero no quiso estar conmigo cuando mis heridas sangraban y…
El Presidente se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y le regaló una cálida sonrisa… mientras se disculpaba por la interrupción.
—¿Presidente?
—Todos creen que mi vida es perfecta, y realmente es una pesadilla. No nacemos con instrucciones, la mayoría de las personas van improvisando gran parte de su vida hasta que mueren o tienen suerte. ¿Estoy loco… o todos están por perder la cabeza? —Mordió el chocolate y bajó la mirada—. Siempre me he sentido solo, frustrado y… tengo estas sensaciones que quieren estallar detrás de mis ojos y llevarse todo lo que encuentren de por medio.
—Eso es turbio.
—Odio esto de convertirse lentamente en hombre: empiezan a verte como si fueras un estorbo, no te toman enserio y minimizas tus propios problemas.

¿Qué hay de nosotros? Los gritos dentro de mi cabeza me están consumiendo.
—No es tan malo—Samuel sonrió, trémulo—. Uno se acostumbra a los gritos de los demonios que intentan arrebatarte el control, y destruir todo a su paso. Algunos días son más inquietos que otros. Si no tuviera que lidiar con tantos demonios y pensamientos negativos, creo que sería un dios todopoderoso.
—¿Crees que yo quise ser Presidente? —Masticó el caramelo con las muelas—. Solo pasó… ¿De verdad tengo el control de mi vida?
Se reclinó, ante el despuntar de la luna llena bajo gasas nebulosas. Los cráteres relucían como emblemas de catástrofes, y pensó que cada persona hermosa, a su manera, tenía cráteres de impactos… Gerardo le pasó un chocolate de envoltorio brillante.
—Escuché que estás aprendiendo a pelear.
—No pude proteger a María, y no pude proteger a nadie—lo cogió, y lo mordió—. Quiero cambiar eso.
Despertó al mediodía del día siguiente, y pasó todo el fin de semana con ardor al orinar y dolor en la entrepierna. Se sentía febril, y tomó algunos antibióticos para combatir la aparente cistitis que Elena debió contagiarle. Caminó adolorido a la farmacia para comprar unos analgésicos y una pomada para la irritación en su uretra. Vio a Finchester sentado en las gradas del estadio abandonado. Aparentemente fumaba, y murmuraba por lo bajo. Se acercó al joven somnoliento, y se sentó al mismo nivel con la entrepierna incómoda. Quizás el podría ayudarle…
—Te ves más pálido que de costumbre… ¿Quieres un cigarrillo?
—No, gracias—se mostró inquieto—. ¿Por qué due-

le después de tener… relaciones?
Finch rompió en carcajadas y se palmeó el muslo como si hubiera escuchado el mejor chiste del mundo.
—¿Usaste protección?
—No…
El joven se llevó el cigarrillo a los labios y espiró una profunda calada.
—Ten cuidado—sopló una nube grisácea y picante—. Caras vemos, corazones no sabemos. Recuerda orinar después del coito para limpiar el conducto de bacterias…
—¿Me voy a morir?
—Es probable que requieras amputación—sonrió Finch, malicioso—. No te deprimas, la primera vez es una mierda. Difícilmente será bueno, pero con el tiempo aprenderás a escoger mejor y a darte a respetar. ¿Lo disfrutaste al menos?
—No podía pensar nada. Solo me quedé esperando mientras ella…
—¿Te obligó? —Finch apagó el cigarrillo con el metal del asiento—. ¿Te sientes bien?
—No—se encogió de hombros—. No lo sé… No tengo amigos varones de confianza, y creí que tú podrías ayudarme.
Finch extrajo un bolígrafo de su bolsillo, le descorchó el botón y esnifó el contenido de la varilla. Sus pupilas se dilataron, pero no sintió miedo ante su presencia… El joven parecía menos triste y letárgico.
—Creo que estás loco, Samuel Wesen.
—¿Y eso es bueno?
—Sí—miró los nubarrones arremolinados sobre las colinas—. Al menos acá, en Montenegro, tienes que estar loco para seguir viviendo. Gran parte de la po-

blación se ha impermeabilizado a los acontecimientos extraños que transcurren desde la aparición del Culto del Meridiano en la Finca del Chaure… ¿No lo notas? Los árboles se retuercen como lombrices, la tierra se marchita y el agua del río ahora es insípida. Durante la medianoche, un color iridiscente y horripilante brilla en lo profundo de las montañas con un llamado abominable y diabólico.

»Ese aquelarre de brujos, cohortes de magias bárbaras, han despertado con sus llamados a los habitantes de las tinieblas… Fuerzas incompresibles que operan más allá de nuestra esfera de comprensión. Terrores exteriores que pueblan horizontes inimaginables, exhortos de clamor ritualista, vanagloriándose en sangre y sufrimiento. Son seres horribles, temidos por los espíritus más perversos y malditos entre los Innombrables. Has estado en ese terreno que se yergue sobre sepulturas de espíritus, pero nunca has hablado con los errantes que vagan por el pueblo y temen el despertar de una legión demoníaca. Un miedo recalcitrante les infunda energía a las entidades que pueblan los barrios abandonados, que a simple vista parecen vacíos… pero hierven de vida espectral y se alimentan de la superstición y la brujería.

—Lo que Algarrobo buscó durante mucho tiempo—dictó…

—San Lucas dejó pistas sobre un malestar que impregna el Corazón de Montenegro, y se retuerce en lo profundo de sus cuevas como un gusano en un tronco podrido. Creo que el infierno está vacío, y aquí viven todos los demonios.

—¿Crees que hayamos despertado una Presencia indebida cuando cerramos la Puerta de Piedra?

Finch encendió otro cigarrillo, y se desperezó con la vista fija en la arena.
—María y yo… tenemos sexo frecuentemente—dijo. Sam arqueó las cejas—. Se ha portado extraño desde que está contigo, pero a veces me llama cuando se siente muy sola y… lo hacemos mucho.
Suspiró, y las manos le temblaron.
—María… abortó a tu hijo.

III.

Una oración siempre haré por tu vida
Rezaré hasta sentir que encontraste tu sueño
Cantaré las canciones que el alma me pida
Para ser esa brisa que roza en tu cuerpo

Aunque esté lejos el aura de tu alma
Llegará hasta mi vida y mis sueños mejores
Entristeces mi anhelo porque ahora te marchas
Mientras yo solo sueño en hacerte canciones

Iré hasta el cielo a buscar un arpa
Y un ángel noble que cante para ti
Todo eso haré porque no te vayas
Pero regresa, regresa junto a mi

Los arbolitos me harán recordarte
Que me muestren la luz de todita tu vida
Y en el pueblo sabrán que no voy a olvidarte
Pues verán el silencio que habrá en tu partida

Si tú te vas las palabras de mi alma
Ni que salgan del alma tendrán sentimiento
Sentiré que las brisas son fuertes y oscuras
Porque ya no estarás abrigando mi cuerpo

—Está bonito tu poema—Raquel guardó el papel—. ¿Es para mí?
Nelson se rascó la nuca.
—Es una canción.
—¿Me escribiste una canción? —El rostro de la chica se iluminó.

—Se la escribí a mi mamá.
—¿Le gustó?
—No sé—se encogió de hombros—. Mis papás murieron en un accidente de tránsito cuando era muy pequeño. Parece que uno de mis tíos estuvo involucrado, pero no quieren hablar de él. Siempre quise conocerla, y mis canciones hablan de ella. Ya te lo había dicho… pero, creo que no me prestaste atención.
—Lo siento—sonrió la morena y le acarició el mentón—. Deberías escribirme una canción. Mi último novio me sacaba a pasear en el carro de su papá.
Nelson apretó los labios ante esa irreflexiva sensación que lo atenazaba cada vez que Raquel mencionaba a otro chico. No quiso parecer inseguro por celos, y solo le sonrió despectivo. Guardó el papel con su canción, a pesar que se había devanado los sesos con esa lírica digna; era la primera vez que le enseñaba sus letras a su chica. Se sintió triste ante la indiferencia de su novia por el esfuerzo… y se conformó con escuchar los problemas que tenía con sus amigas.
Raquel era muy bonita y risueña. Siempre lo seguía durante los entrenamientos y le pedía practicar los movimientos defensivos y las pulsiones con ella. El jugueteo era divertido, y sentía que se iban acercando poco a poco… Siempre llevaba una segunda botella de agua helada para ella y después la acompañaba a casa, que era bastante cerca del Colegio Bolivariano. Se despedían con un abrazo, y a veces con un beso en la mejilla… hasta que en un arrebato ella lo besó tímidamente y Nelson le propuso de inmediato que fueran pareja, a lo que Raquel aceptó, entre risas.

Llevaban un par de semanas como novios, y se sentía ilusionado… Se sorprendía fantaseando con los besos de la chica por la mañana o antes de dormir. Raquel tenía más amigos hombres, y con frecuencia la veía por los pasillos riendo con ellos… y se sentía un poco cohibido, ya que eran chicos mayores, más altos y guapos. Si Nelson se sentía intimidado a veces, era por su reducida estatura. Le gustaba compartir con Raquel, pero se sentía extraño cuando la veía hablando con otros hombres. Una incomodidad en su pecho que ardía como un ácido recalcitrante.

A veces podía ser hostil con los otros hombres del grupo de entrenamiento. No se preocupaba por Samuel, que era dócil y ambivalente; le preocupaba Andrés, que molestaba a Raquel poniéndole apodos o pellizcando sus costillas. Andrés era alto y blanco, su cabello negro era espeso y tenía ojos vivaces; siendo un completo tormento para las chicas del club, pero amado a la vez por ellas. El muchacho se había besado con Bianca, y sus temores fueron infundados cuando Violeta le confesó que Raquel también se besó con él, un día que Nelson no asistió a la práctica.

—¡Eres un celoso! —La morena se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco—. ¡Tú y yo ni siquiera vamos «tan enserio»! ¡Y solo fue un pequeño beso! ¡Tú tienes la culpa por haberme dejado sola!

Nelson resopló, con las manos temblorosas.

—No deberías hacerlo, Raquel.

—¡Pues si no estás dispuesto a perdonarme por una tontería! —La chica frunció el ceño—. ¡Entonces deberíamos terminar!

—No, por favor—Nelson volvió a sentir aquel ma-

lestar famélico en su pecho—. No quiero terminar contigo—solo pensarlo le revolvió el estómago. Se sentía muy feliz al lado de Raquel—. Está bien… Pero, que no vuelva a pasar.

La chica le echó los brazos al cuello y le repartió una lluvia de besos en las mejillas. Los besitos de Raquel eran como pequeños dulces almidonados que impregnaban de azúcar su sistema: reconfortantes, tibios y suaves. Pero en el fondo, siempre sentía ese regusto amargo… pues, no confiaba del todo en ella. Presentía que cualquier día lo podría dejar por alguien mejor, pero guardaba silencio tragándose aquellas espinas. Siempre volvía a casa tarde, pues debía acompañar a Raquel primero, y dedicaba el resto de la noche a adelantar tarea y hacer la cena para su abuelo. El mes de febrero con sus incertidumbres, dio paso a un marzo cálido… en el que se presentó una causalidad que detonaría una pesadilla sin precedentes.

—Arciniega—sonrió Omar, a la sombra de un inmenso samán. Al atardecer, los colores nítidos del ocaso se entremezclaban con los pinceles oliváceos y grises del Bosquecillo Encantado—. ¿Por qué te ves tan deprimido?

Los árboles coníferos se alzaban como soldados firmes y rectos, cuyas raíces inyectadas en la tierra estaban a un soplo de infundirles vida. El rosáceo clamor del atardecer teñía las nubes con tonos sangrientos y soeces, y las hojas arremolinadas en el suelo formaban una gruesa película de descomposición, de olor dulzón y añejo. El Chivato era una forma mefistofélica, que recordaba el aspecto de un diablo zarrapastroso, reclinado sobre un tronco arrugado.

La luna era visible como un rostro pálido a través de la enramada arbórea de tupida vegetación… Un sueño plausible donde los sonetos tejían hileras de fantasía.

—¿Para qué me llamaste, Chivato?

—Tienes buen olfato—el fauno se señaló su nariz tosca y aplastada en el rostro velludo de ojos horripilantes—. Y oídos, sabes escuchar… pero nunca entiendes. ¡Mugroso lobizón! ¡Esos torpes humanos dejaron escapar un terror enclaustrado detrás del portal al Mundo Onírico! ¡La puerta fue sellada por sortilegios más antiguos que la temprana Humanidad! ¡Pero… el Mal escapó, y una pesadilla virulenta recorre los barrios marginales de Montenegro cobrándose víctimas!

—¿Y a mí qué? —Nelson se encogió de hombros, no tenía ánimos para confrontar las tertulias de Omar—. Tú eres el Protector Espiritual del pueblo, y es tu deber para con la Diosa.

—¡Ah, maldito perro! —El Chivato silbó, y zapateó furibundo, incrustando sus pezuñas en la alfombra de hojas marchitas—. ¡Yo protejo estas tierras con hechizos que espantan a las ánimas en pena a lo recóndito de la montaña! ¡Soy bueno, sí! ¡Pero mi magia ha perdido dominio! ¡Otros dominios se han impuesto! ¡Intrusos! —Dejó escapar un chillido estertor—. ¡La Puerta de Piedra fue cerrada finalmente, pero… un parásito aprovechó el conducto y lo atravesó! ¡Gloria a Dios que no fue un Espíritu de Pestilencia! ¡Los cadáveres volverían a abarrotar las calles por la Plaga!

Nelson se cruzó de brazos, incómodo.

—¿Qué quieres que haga, Omar?

—¡Huele, sabueso! —Proclamó con ofensivos ademanes—. ¡O ella te maldecirá!
El Chivato señaló en dirección a la Montaña Sorte, que se alzaba al norte de Montenegro como un símbolo monumental. Aquello solo acrecentó la ira del joven. No quería compararse con un perro obediente, y no se convencería por supersticiones de viejos ignorantes que crecieron en tiempos turbulentos. Además, estaba enojado, desconocía la razón… pero estar en desacuerdo con Omar encendía una mecha imaginaria en su aparente ego. Quería desahogarse con alguien de toda la basura que llevaba consigo.
Abrió la boca para replicar, pero una figura rodante lo interrumpió. El Pombero, un humanoide diminuto y negrísimo, rodó como un barril abrazando sus piernas, y llegó a los pies de Nelson.
—Detente, Arciniega—dijo con voz amable y profunda—. No te dejes llevar por pasiones juveniles que nublan el juicio y ensucian el carácter. Tus ancestros juraron fidelidad a María Lionza como campeones de su tierra… La razón que tu familia haya caído en tantas desgracias se debe al abandono de las tradiciones. Ven con nosotros, joven, y correspondería la Providencia tu buena voluntad.
Nelson Arciniega resopló, furibundo, y obedeció… desganado. El Pombero se expresaba con tal vehemencia y aplomo, que sería inoportuno no obedecer por rabietas. Se controló como pudo, y se desnudó maquinalmente para convertirse de un salto en un lobizón pardo y prominente, de refulgentes ojos amarillos. Sesenta kilos de pelaje espeso y colmillos. Ante el despliegue de aquel mundo cuadrúpedo, las sensaciones corporales se redujeron notablemente...

pero los olores y sonidos adquirieron una paleta más abundante de sabores y sensaciones. Era inverosímil la descripción de aquel paisaje nítido y profundo, de olores ferrosos e incitantes… y briznas que florecían en un mundo desconocido y misterioso.

El Pombero extendió sus manos negras al horizonte, y acercó un crucifijo de palma a las fosas nasales del lobizón. Nelson olisqueó la palma seca, notando un sabor dulzón y profundo en su pulpa seca… y un protuberante y áspero hedor le hizo retroceder. Era supurante e insidioso, parecía aletargado durante decenios en barricadas de cerebros podridos… El malestar se extendió por su cuerpo y le provocó horcadas. Era el insalubre hedor del miedo sobrenatural… El lobizón meneó la cabeza y bajó las orejas con un quejido.

—Todos los Arciniega son unos perros cobardes— Omar se cruzó de brazos.

Nelson mostró los dientes en una reyerta. Miró en una dirección, olisqueando una emanación vaporosa… y echó a correr detrás con sus potentes patas arañando el suelo húmedo. Los músculos de sus piernas se tensaron, sintiendo que trabajaba con todo el torso mientras corría como una locomotora, saltando sobre barrancos y evadiendo árboles intrusos. Las hojas enlodadas saltaban con sus zarpazos. Corría como una sombra de viento, siendo perseguido por el Chivato, columpiándose por las ramas mientras cargaba en brazos al Pombero. Los olores correspondían una sinfonía grotesca que describía formas indescriptibles… y detrás de aquel manantial de sensaciones y señales, se escondía la virulencia del malestar. La enfermedad y la tumoración que

despertaban tras una prolongada tempestad sobre un pueblo gobernado por la fiebre y la cólera, cuyas fosas se ensanchaban cada amanecer para enterrar a los desgraciados de la plaga.

Nelson saltó a un claro estéril, bañado por una incandescencia mortecina y violácea que emanaba de los árboles moribundos y las piedras negras que se erguían como sepulturas. El hedor allí era insoportable, y tuvo que disminuir la concentración para no desmayarse… Era como si abriesen una ventana a la necrópolis, y los miasmas centenarios abandonasen subrepticiamente su hermético encierro en un espiral de vapores mefíticos. La figura alta y desproporcionada coronaba el claro, de más de tres metros, con el rostro escondido a la sombra de un sombrero de paja… La blancura de sus miembros flacuchos le daba el aspecto de un esqueleto decrépito vestido con harapos podridos. El saco sobre su hombro se estremecía, repiqueteando como una caravana de huesos. Un silbido deshilvanado, profundo y agudo lo atravesó hasta el tuétano…

Nelson exhaló un vaho de aliento congelado, y tembló, azogado por un frío penetrante que cortaba su pelaje espeso, la piel y el hueso. Aquella entidad parecía un hombre, pero había abandonado su humanidad hace incontables estaciones… y lo único perceptible en su muerte era el vacío y la tristeza de su espíritu. El dolor ciego y palpitante en su negro corazón…

—Es una entidad semicórporea—el Chivato de un salto aterrizó junto a Nelson y depositó al duendecillo azabache en el suelo—. No podemos matarlo, así que tienes que debilitarlo mientras preparamos el

Hechizo de Destierro. ¡Cumple tu juramento, Arciniega!
Nelson mostró los dientes en una mueca de agresión, y se acercó con la cabeza baja… en la posición que adoptaban los canes cuando iban a pelear. Sentía su lomo erizado, y la inmutabilidad de aquel ser lo intimidaba… Fijó el cuello muy alto, así que prefirió atacarlo en el vientre desnudo para arrancarle las tripas con las mandíbulas, escudriñando la oscuridad de aquel rostro cincelado en caliza. Ladró, y un silbido penetrante y suave lo aturdió como un somnífero. Sus tímpanos vibraron… pero no retrocedió y se lanzó de un salto con las fauces abiertas.
—¿Nelson? —Raquel apareció ante él como una figura de niebla—. ¡Pórtate bien, eres el más débil de todos!
El lobizón saltó atrás, con el lomo erizado y las orejas caídas. No recordaba la postura de Raquel tan alta y dominante, y sus ademanes violentos lo paralizaron. Dos lágrimas cayeron por los ojos de la morena.
—Yo no quiero hacer esto—lloró, bebiendo colores y formas de un mundo extraño—. Pero… me obligas a separarnos. Eres muy tóxico conmigo, y yo te quiero muchísimo. ¡Debemos terminar!
—No…
—Nelson—gritó el Pombero—. ¡Se convierte en tu peor miedo para atraparte! ¡Tienes que combatirlo!
Nelson intentó mostrarse agresivo, pero se había vuelto tan pequeño que Raquel lo intimidó… solo quería sentarse y dejar de ser regañado. El Pombero tejía una cruz de palma mientras conjuraba con voz grave y susurrante:
—Creo que la mente del hombre contiene la mayor

de las fuerzas, que el pensamiento es una de las mayores manifestaciones de energía.

Las manos de Raquel se cerraron en el pelaje de su cuello, y clavaron sus uñas como puñales. Nelson gritó, perdiendo la transformación… y un empujón lo arrancó de las garras de aquel demoníaco ser que imitaba a la chica. El Chivato ocupo su lugar, y la mujer se transformó con un parpadeo: se levantó como una poderosa y horripilante bestia de pelaje rojizo y ojos carmesíes… Un morro colmilludo se cerró sobre la cabeza del fauno, y lo engulló de un bocado. Lo último que vio fueron las patas velludas de Omar desaparecer en la boca ancha y virulenta del monstruoso y elefantino depredador.

Retrocedió, desnudo, mientras aquella montaña de carne y pelo arrastraba al Pombero en postura de rezos, y de un bocado… lo devoraba completamente en un agujero negro y abismal de infinita oscuridad.

IV.

—Samuel—Melissa frunció sus cejas finas, detrás del mostrador—. ¿Qué vas a estudiar cuando crezcas?
Levantó su mirada escarlata, y cerró el libro que tantos quebraderos de cabeza le provocaba.
—No sé—se encogió de hombros—. Una profesión que dé mucho dinero por poco trabajo.
—¡Ja! —Melissa sonrió—. Eres un flojo.
—Es solo que… quisiera ir a cualquier lugar y comer lo que yo quiera. Vivir a mi manera: levantarme a la hora que quiera, aprender cosas nuevas y… leer muchos libros entretenidos.
—No sabía que te gustaba leer.
—¿Has ojeado los libros de las repisas?
—¿Los de brujería?—Melissa arqueó sus cejas—. ¿No vas a creer en eso, verdad? Creí que vivir a expensas de la superstición te había impermeabilizado como laico.
—No es… tan sencillo. Lo que es llamado Brujería, Santería o Hechicería… son sinónimos que parten del Gran Árbol de la Metafísica. Son distintas caras de un mismo dado, y sus interpretaciones buscan explicar los misterios de la ciencia y la religión.
—Samuel—Melissa le otorgó una sonrisa lastimera—. He visto a mis amigos caer en el fanatismo religioso y las doctrinas herméticas… buscando respuestas. Algunos aspiraron purificar sus espíritus por respeto o temor a Dios, debido a sus actos impúdicos; y los aspirantes a magos estudian durante años los tratados filosóficos y teológicos con—se encogió de hombros—… ¡Sabrá Dios que fines! ¡Los hombres son tan tontos que pueden desperdiciar toda su

vida en el estudio de una ciencia inútil! ¡Es esa curiosidad e inventiva masculina la que origina el caos! ¡Esas cosas no sirven, y si quieres que la Humanidad progrese sigue el ejemplo de los hombres exitosos a tu alrededor! ¡Estudia una profesión que aporte, cásate con una buena mujer que se quede en casa, ten hijos, y cuídalos hasta la muerte!

Frunció los labios, y regresó el libro de Metafísica al anaquel de ventas. Una llama dentro de él se evaporó con la espina, ¿eso es lo que significaba ser hombre? ¿Estudiar una profesión y mantener a la mujer que te dará tus hijos? Era joven sí, y quería probar el amor… más por curiosidad que por compromiso. Pero, ¿casarse y tener hijos? ¿Replicar aquel ciclo «natural» de sumisión y renuncia a la investigación de los horizontes nunca antes explorados de la imaginación? La mayoría de las mujeres que conocía, salvo raros casos, eran devotas al culto de humillación al varón, degradando a su cónyuge con el estatus de esclavo, que trabajaba por y para su familia durante cuarenta años. Solo unos pocos hombres luchaban hasta el cansancio por sus sueños, si no eran doblegados antes por una mujer. La historia estaba llena de estos personajes sobresalientes. ¿Valía la pena abandonar la curiosidad y la inventiva por la felicidad junto a una mujer? ¿Ese sacrificio podía llamarse ley natural? Miró los libros rebosantes de contenido ignoto y sugestivo que poblaban las repisas, cuyos autores indagaron durante décadas en los secretos del universo con tal de plasmar sus experiencias sobre el mundo trasparente e inmaterial que flotaba en la rutina monótona y en las tertulias de los sueños. Paseó la mirada por los nombres—en su mayoría masculinos—,

de aquellos investigadores pseudo científicos y brujos estudiosos de papiros antiguos: el Diario de los Sueños de Matías Juárez, las Clavículas de Andrés Bello, Pensamientos Herméticos del Libertador, El Mito de los Elementales del Profeta de los Andes Italo Vera, y El Mundo Invisible de Geraldine Louvre. Atestiguó volúmenes de versados en artes oscuras como el cabalístico John Dee y Eliphas Levi; así como tratados alquímicos con la estampa de Jesús Herrera y atlas universales en recopiladas enciclopedias. Tomó el libro de Matías Juárez, el excéntrico soñador, y leyó la dedicatoria en la contracubierta:
«Escribo para gente trastornada, carcomida por la soledad y marchita a causa del amor… solo ellos entenderán el mensaje grabado en mis páginas ensangrentadas».
Los hombres que habían renunciado al culto de la mujer, florecieron y fueron exaltados por saberes que estaban a la mano… Pensó que iban más allá de la esclavitud impuesta, y que gozaban de una libertad sin precedentes.
La campanilla de la entrada resonó con un tintineo agudo, y vio entrar una figura familiar y achaparrada de brazos velludos y espesas cejas.
—¿Nelson Arciniega? —Melissa arrugó la nariz como un gato malhumorado.
—¿Está el Señor Wesen?
—¿Mi papá? —Se incorporó, extrañado—. ¿Qué pasó con él?
—Necesito hablar con él.
—No creo que regrese pronto—dijo el pelirrojo—. Creo que no vendrá hasta Semana Santa. Se ha retirado a un estudio en su campo de especialización en Ciudad Zamora.

—No puede ser—Nelson le dirigió una mirada extraña, con el rostro ceniciento—. Wesen, esto va más allá de lo que podemos controlar. ¡Tienes que llamarlo!
Levantó las palmas.
—Se desaparece por semanas, ¡lo juro!
—Es que… se llevaron a los Protectores del Pueblo—Nelson se cruzó de brazos—. Un Terror ha sobrevenido del inframundo, y ha estado asesinando sin reparo. ¡Sin el Chivato o el Pombero… somos vulnerables al infierno bajo nuestros pies! ¡Los hechizos de estos seres canalizan la energía de la Diosa, y resguardan la Montaña Sorte de una fuerza oscura que late en las entrañas de la tierra!
Los dos se encaminaron por el bulevar alargado que discurría al final de la Calle Piedad, por la que corrían vecindarios y callejones cerrados. Los árboles coníferos rompían el concreto con la irrupción de sus raíces. Nelson iba junto suyo, con el semblante inquieto bajo un cielo nuboso…
—¿Qué vamos a hacer acá?
—Mi amiga nos ayudará—terció Sam—. Es bruja, y me pidió que viniera al bulevar junto al Bosquecillo Encantado.
Reconoció a Andrea en medio de una multitud de la plaza central, rodeada de árboles que ofrecían sombra y sillares de piedra. Unos jóvenes conformaban aquel círculo imperfecto, y sostenían una tertulia inquisitiva que desde lejos parecía desembocar en una violenta discusión. Tres chicos morenos de diferentes edades, un par de adultos jóvenes y unas cuantas chicas.
El moreno frunció sus cejas pobladas.
—¿Esa es mi prima Lucía?

—Samuel Wesen y Nelson Arciniega—Andrea les hizo señas—. Menos mal que vinieron.
Donna estaba allí junto a Elena. Palideció al verla y guardó silencio. Soledad también asistió, y venía del brazo junto a un joven larguirucho de barbita negra llamado Jonás González. La prima de Nelson era morena y pequeña, de rostro corriente y delgadez pronunciada. Los tres jóvenes de edad colegial eran Enrique, que tenía una cicatriz oscura en la mejilla; Jorge, alto, panzón y con cara de retrasado; y Manuel, moreno y muy pequeño para su edad… Los tres también eran de la familia González y por las miradas furibundas que le lanzaron a Nelson, no estaban en los mejores términos.
—¿Por qué está él aquí? —Dijo Jonás, despectivo.
—Nelson es un Arciniega—se apresuró a decir Andrea—. Él nos ayudará en nuestra lucha.
—¿Con qué nos ayudará? —Sonrió Enrique, sardónico—. ¿A rendirnos? Quizás sus primos pudieran hacer algo, pero él es…
—¡Cállate, inútil! —Le espetó Lucía Arciniega—. ¡¿Te crees muy machito porque Diego y Alejandro no están acá?!
El barrigudo y alto Jorge mostró los dientes en una mueca fiera, pero Enrique, su hermano menor, lo frenó con palabras tranquilizadoras. El oligofrénico se calmó, y sonrió de forma estúpida y distraída. Jonás se levantó de su banco de piedra, y Soledad se tensó con las manos en el regazo.
—¡No hablaba de los Arciniega! —Se quejó, y lo miró con recelo—. ¡Él, no es uno de nosotros!
Donna hundió la nariz en el pecho y Elena levantó la barbilla con orgullo. Andrea levantó las manos, com-

pensadora. El ambiente era hostil, y las miradas que lanzaban los González a los Arciniega eran de temer.
—Samuel es hijo de un Sonetista—dictó Andrea, y despertó murmullos entre los presentes—. Sé que durante años hemos cosechado las semillas de odio que nuestras familias sembraron en nosotros. Los Arciniega, los Blanco y los González. Samuel está enterado de los Cambiantes, y conoce a los Protectores Espirituales de Montenegro.
—Si van a colaborar con más personas—comenzó Jonás González, con las arterias del cuello tensas—. Incluidos los humanos peculiares como él—le echó una mirada furiosa a la morena—… arriesgando nuestra integridad y secretos ante la amenaza de los Sonetistas. Entonces, nuestra familia no colaborará.
Elena hizo una mueca de repulsión.
—Eres tan arrogante—sacó la lengua en mofa—. Todos los González son sarnosos e ignorantes—se cruzó de brazos y se dirigió a Donna y Andrea con reproche—. Les dije que esto era una mala idea. Tenemos mucho que perder y poco que ganar.
—¿Y nuestra tía? —Donna estaba pálida—. ¿Y Marcus?
Elena le dirigió una mirada aterradora a Samuel, y este retrocedió, azogado. La chica se levantó, y tomó del brazo a su hermana.
—Ya veremos—le dirigió una mirada despectiva a Jonás y sus primos González—. Con suerte encontrarán a sus primitos en cajas.
—¡¿Qué dijiste?!
Jonás saltó, enrojecido por la cólera, y Soledad lo contuvo como pudo gracias a las seis manos jóvenes que asieron al alto joven. Las Blanco se marcharon

rápidamente, pero Andrea intentó convencer a los González de unirse a su causa.
—¡Prefiero que me crucifiquen a trabajar con los Arciniega! —Replicó Jonás, a lo que sus primos hicieron coro—. Son unos animales. Ese Joel Arciniega una vez me dio una paliza porque lo miré feo… ¡Me rompió un brazo! ¡Eso nunca se me olvidará!—Señaló a Lucía con la mandíbula tensa—. ¡Y tus primos le hicieron la vida imposible a los míos!
—No pelees, mi amor—le pidió Soledad, suplicante—. Vamos a tu casa a calmarnos.
Jonás arrugó la nariz y se marchó a zancadas, y Soledad corrió detrás de él. El grandulón de Jorge abrió y cerró las manos como pinzas.
—¿Y cuándo vamos a ver a Roberto y a Carlos? —Dijo con voz pastosa y los ojos desorbitados.
Enrique le puso una mano en la barriga y otra en el brazo para apaciguarlo. El retrasado era una cabeza más alto que él, y se veía difícil de manejar.
—Ellos… se los llevaron.
—Roberto es mi sobrino—sonrió Jorge, pronunciado equivocadamente las erres con la lengua enredada—. Es mi ahijado—abrió y cerró las manos—. Yo soy el padrino.
—Tu ahijado aparecerá—sonrió Enrique, que se veía malvado por el contraste de la cicatriz en su rostro curtido—. Sabes que mamá te dijo que me hicieras caso, vámonos.
—Sí—Jorge echó a caminar con las piernas desiguales. Daba tumbos graciosamente y tropezaba por no mirar abajo—. ¿Y mamá te ha llamado desde el cielo?
—Sí—el chico tembló mientras se alejaba, y no escuchó su respuesta…

Andrea se dejó caer en un banco, y Lucía reprimió una carcajada.
—Te dije que esta gente es imposible. Se dejan llevar por viejas querellas, y serán incapaces de unirse para atacar la Finca del Chaure.
Nelson frunció sus espesas cejas.
—¿Y por qué harían eso?
—Los más pequeños de la familia González fueron secuestrados por confesores espectrales a medianoche—dijo su prima y se dejó caer junto Andrea—. Los hombres mayores de ambas familias se fueron de Montenegro en busca de mejores vidas… y ahora, el miembro más fuerte de los linces es Jonás González. Pero, no es tan valiente como sus tíos, y le hiere el orgullo su inutilidad.
»Como Valeria Blanco y su hijo Marcus también fueron raptados… Andrea propuso una coalición de los Cambiantes de Montenegro para enfrentar el mal en la Finca del Chaure; así como los Arciniega se dieron un festín con los esbirros de Algarrobo hace tantos años. Con los Protectores Espirituales desaparecidos, Montenegro caerá en la barbarie. Estamos indefensos, muchachos, no tenemos héroes que nos rescaten.
—¿Y yo no soy un hombre? —Nelson cruzó sus brazos peludos—. Tengo bigote desde los nueve años.
—¿Dónde has estado, Nelson? —Lucía entornó sus ojos con malicia—. ¿Corriendo por las lomas, verdad? Mientras tú vives en un mundo de fantasía, nosotras vemos la realidad. Esas tontas rencillas que nos heredan los adultos solo nos debilitan, y nos distraen de lo que realmente ocurre. Se avecina una atrocidad en esa finca que bañará de sangre el Barrio Porvenir…

—Lucía—Nelson bajó sus ojos—. Creí que el abuelo nos protegía al ocultarnos la verdad de nuestros orígenes.
Sam despegó los labios.
—¿Donna es una Cambiante?
Andrea lo miró con tristeza.
—Las mujeres de la familia Blanco se convierten en gatos. Lo siento, Samuel… pero la maldición generacional les impide salir de Montenegro sin perder la capacidad de procrear. Elena… ella cumplió con el deber que su madre Fiorella le impuso a Donna: robar tu esencia para formular un hechizo lo suficientemente poderoso para romper con el dictamen.
—¿Me usaron? —Sintió la lengua pegada del paladar—. ¿Tú lo sabías?
—Lo siento, mi padre fue el visionario y confabuló con Fiorella para huir de las responsabilidades que le impondría la abuela Diana.
—¿Yo?
—El Ceremonial debe transmitirse o… corren el riesgo de quedarse transformadas para siempre.
—Ella abusó de mí—no había querido creerlo, incluso había sido necio con el dolor punzante en su entrepierna que tardó días en desaparecer—. ¿Por qué… yo? ¿De qué esencia hablaba Saúl? ¿Qué tiene mi sangre diferente?—Le falló la respiración y se atragantó, recordando la indiferencia de María—. ¿Entonces Donna no me quiere de verdad? ¿Volvieron a fingir que me querían?
No podía respirar.
Las lágrimas rodaron por sus mejillas, incontenibles, mientras sentía que se ahogaba en un mar de fuego. Su pecho ardía y le costaba tomar aire, su boca se

convirtió en cenizas ardientes… y cayó en un espiral de hiperventilación con los pulmones colapsados. Tosió, fatigado por puntos negros y zumbidos, y la inconsciencia interrumpió sus facultades con estupor. Escuchó un grito, y su cabeza resonó hueca en la oscuridad.

V.

—¿Qué soy realmente?
—No lo sé, Samuel—Andrea selló la vasija de cerámica con una tapa hermética, y con ayuda de un pincel, le dibujó unos símbolos cabalísticos—. Los jóvenes exploran su identidad en otros, pero eso es bucear en un pozo. El verdadero significado de quienes somos se encuentra en los demonios internos de nuestro tormento—la chica se llevó el pincel a los labios con determinación—. O… eso es lo que dice Sohila Vaca, la Bruja Blanca de Ciudad Zamora.
Se llevó las manos a la cabeza, con la certeza de arrancarse los mechones rojizos.
—¿No soy un ser humano?
—Mírame, petirrojo—la chica sopló la pintura de la vasija oval y dibujó en la tapa un pentagrama—. Nos preocupamos después por ti. Montenegro peligra, y solo tú puedes conducirnos al Mundo Onírico para confinar a la entidad en esta vasija con los Sellos del Rey Salomón. ¡Deja de llorar y camina!
Nelson soltó una carcajada y se adentró, encabezando la fila, en dirección a los matorrales frondosos que proliferaban en el Bosquecillo Encantado… más allá del bulevar. Lucía iba detrás, sosteniendo la vasija de turmalina negra. Andrea preparó el hechizo haciéndole masticar romero, y usando su saliva sobre un trozo de papel con un símbolo serpentino encerrado en un Círculo Elemental… La bruja les ató brazaletes de palma consagrada en las muñecas, y le dio una vela púrpura a Samuel. Después, enrolló el papel como un pergamino y lo encendió… Un aroma afrutado y picante como la canela manó del

papiro en llamas, y encendió el cabo de la vela.
Los cuatro caminaron ante la espera sombría del atardecer, siendo bañados por la luz mortecina del crepúsculo y las formas sinuosas del claroscuro de inmundicia. Caminaron en línea recta, como sonámbulos, y la vela se fue apagando subrepticiamente con soplidos espectrales. El último hálito de fuego en la vela no tardó en extinguirse, y todo quedó ensombrecido por una noche negra y purpurea que impregnaba cada sustancia donde se escurría su malsana luminosidad. Contempló una iridiscencia enfermiza que manaba de los árboles, como si sus raíces chuparan un veneno estéril que provenía de un planeta enfermo y nauseabundo. Estas plantas extrañas se retorcían como reptiles decapitados, en una letanía grotesca y vomitiva. El suelo enlodado y lúgubre era tapizado por excrecencias fungosas; tentadoras y cretinas. Las raíces brotaban como gusanos pálidos, las ramas retorcidas, el musgo infectivo y las enredaderas tubulares… conferían a aquel paisaje un sentimiento venenoso y repulsivo, como si un malestar supurante quisiera devorar cada organismo viviente… Durante largo rato de caminata, presenciaron la infestación de aquella plaga fosforescente y triste que carcomía el reino vegetal; porque el reino animal se había extinto hace mucho.
Andrea llevaba un collar de cascabeles de serpiente para ahuyentar a los malos espíritus que encarnaban sombras desfiguradas, desdibujadas en las tinieblas desde hace eones… Nelson apartaba la mirada y escudriñaba en silencio las apariciones nebulosas que flotaban como sudarios grisáceos, y miasmas vaporosos. Se respiraba un aire mefítico y viciado, y a tra-

vés de las ramas muertas y silbantes, el clamor de un ulular distante infundió un pletórico terror ante las siluetas aparentes que huían de sus visiones periféricas. El rumor monocorde de un órgano grave resonaba con crápula, en aquel borde infinito bajo el velo de los sueños…

—¿Este es el infierno? —Lucía Arciniega tembló…

—Es un Purgatorio—Andrea Túnez se volvió con un tintineo de cascabeles—. Es una construcción inconsciente… como fueron los dioses alguna vez en sus panteones olvidados. Los libros malditos que mi padre resguarda bajo llave hablan de la Conjunción de Mentes, y su influencia en el plano metafísico. Los sueños, pesadillas y ensoñaciones… conforman un cauce de energía impensable. Nos regimos en un Universo de leyes energéticas y vibratorias. Con suficiente energía… se forman soles, planetas, vidas y almas. Los estudiosos de la magia negra han elaborado rituales morbosos e inenarrables que describen la apertura a portales de locura habitados por monstruosidades indescriptibles, que solo yacen allende las puertas de las pesadillas más tétricas de la Humanidad…

—No estoy entendiendo—Nelson los miró de soslayo con el cabello erizado—. ¿Qué significan estas montañas escabrosas y cumbres titánicas que adulteran el paisaje? Los árboles son infestados de plagas indescriptibles, y he olido una fetidez tan pútrida que los haría doblarse y vomitar…

—Esta es la Humanidad—sonrió Sam, lobuno—. Flotamos en el inconsciente de la Humanidad… En su fuero interno de estupidez y manía impropia. La decrepitud y decadencia de este inhóspito bosque es

solo una mascarada de su aborrecible ser. Los esqueletos renegridos asoman del lodazal, y las ramas oscilan como dedos mórbidos.
—Matías Juárez escribió sobre un Círculo de Transición—respondió Andrea, bordeando un conjunto de árboles envueltos por espesas telarañas blancuzcas—. Una frontera liminal, habitada por las encarnaciones desfiguradas de las pesadillas en prados inquietantes, montañas silenciosas y bosques infestados de anormales plagas. El soñador describió sus viajes como un descenso a los recónditos precipicios de la mente, más allá de la falsa moralidad y el primitivo desenfreno… Más allá de esta laberíntica arboleda deben encontrarse las mesetas vastas y desoladas, donde alguna vez se irguieron cosmópolis pretéritas, deshuesadas y enterradas, habitadas por los Innombrables.
Se adelantó para caminar junto a Andrea por un camino serpenteante sobre un desfiladero.
—¿Tu padre tiene el Diario de Matías Juárez?
—Mi padre es amigo del autor—dijo, vanagloriándose—. Es guayanés, y está como una cabra desde hace años… Lo internaron en el Psiquiátrico Bolivariano de Ciudad Zamora cuando, tras insidiosos intentos de suicidio y desmedido abuso de narcóticos para evitar dormir… fue apresado en el manicomio.
—¿Enloqueció?
—¿Qué descubrió? —Los ojos de Andrea esgrimieron ascuas—. ¿Qué se esconde detrás de los ojos? ¿Y es tan aterrador como para arrancarse los propios? El metomentodo llegó demasiado lejos en su ingenua exploración del mundo onírico, y pagó las consecuencias con su cordura… Más allá de las fron-

teras de lo creíble, se encuentra una presa de locura abismal que nos arrebata piadosamente de secretos cósmicos, que es prudente sepultar bajo puertas innominables.

Llegaron a un claro iluminado por dos lunas gibosas. Dos planchas negruzcas de piedra inmemorial se elevaban de la tierra como una vetusta Puerta de Piedra, derruida y destrozada por los embates de una furia sin precedentes. El hallazgo era desconcertante, y en su relieve adocenado se detallaban erosionados talles de constelaciones irregulares, planetas y lunas en sus distintas fases. Un palimpsesto era ilegible en su carcomida proporción, y notaron que aquellas puertas rotas eran una obra mucho más antigua que cualquier civilización ideada… La arquitectura no euclidiana le otorgaba un aspecto bizarro y desproporcionado, inconveniente desde distintos puntos de observación… y era tibia como un cadáver fresco. Pensó que aquella Puerta de Piedra fue dejada allí por precursores de la ciencia, los Primordiales del Universo… La primera raza sapiente que se atrevió a explorar los Misterios Mayores y Menores de la entretejida esfera de materia.

A través de los árboles fosforescentes vislumbraron dos siluetas altas y escarlatas, que se acercaron al portal pétreo… Poseían cabezas abominables y desproporcionadas, y sus vestiduras rojizas les daba el aspecto de fantasmas sangrientos. Olían a salitre y muerte: a un abismo de salmuera en el lecho del océano. Los jóvenes se escondieron detrás de los árboles espectrales y descubrieron el fulgor solar del oro en los yelmos fantásticos que cubrían sus cabezas. El Moloch poseía largos cuernos retorcidos y era más

alto y huesudo; el Chacal era fiero y su pestilencia a tinta podrida llegaba flotando como un miasma; y el Ruiseñor se movía, flotando aparentemente, como una aparición del príncipe infernal. Las tres sombrías presencias desaparecieron en el interior de la Puerta de Piedra, abierta como un lupanar de horror… esfumándose en un parpadeo.

Antes de poder cavilar sobre lo avistado, el silbido deshilvanado les congeló la sangre en las venas. Las sombras saltaron y se retorcieron con la conjunción de un horror indescriptible y vaporoso, una perversidad malsana que los sometió con una oleada de terror… La sombra altiva se elevó del suelo como una presencia brumosa de oscuridad perpetúa, y sus aullidos cadavéricos fueron una invocación de tinieblas. Sostuvo en vilo la vasija de turmalina con los Sigilos del Triángulo de Salomón… soltando un juramento. Nelson saltó atrás con el rostro pálido y Andrea se anticipó al cúmulo de nubes negras con un pequeño martillo en la mano.

El espectro era inmenso, formado por una negrura tangible que vibraba y se retorcía, llorando… El pequeño martillo que levantó Andrea era una réplica del amuleto vikingo que simbolizaba el carácter y la fuerza de Thor; lo levantaba con convicción e ímpetu, y consiguió encarar al cúmulo de horror que se elevaba de una fosa innominable. Depositó la vasija a los pies de la bruja, y soltó las clavijas de la tapa. Andrea pronunció un murmullo, y su voz se arremolinó en un vendaval de palabras indescriptibles que evocaban un poder superior… en un lenguaje que daba interpretación al eco de ciudades babilónicas y canteras pobladas de huesos carbonizados. El espectro de humo azabache rugió como un trueno, y se

descompuso en una vorágine de silbidos y murmullos inteligibles.
—Niña caprichosa—Diana Blanco hizo su aparición en medio del caos; obesa y de rostro severo, con camisa de flores, falda larga y sombrero de ala ancha. Señaló con el dedo a Andrea—. ¡¿Quién te crees que eres?! ¡Mísera criada! ¡Nunca serás parte de la familia! ¡Serás una sobrante!
Sam se acuclilló para aferrar la vasija con las manos.
—¡Andrea!
La chica retrocedió de sopetón ante el ademán violento de la señora Diana, propicia a abofetearla. Sam saltó atrás ante una embestida de zarcillos negros, viendo caer el talismán de la mano de Andrea, y ser envuelta fugazmente en un saco de cuero curtido unido por costuras toscas. La morena desapareció con un parpadeo al ser arrebatada por un horror que la descompensaba… Dio un par de pasos, sin pensar, hacía la abuela de Donna con la vasija en alto.
—¡Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso! —Comenzó a decir con la lengua tensa y los músculos agarrotados—. ¡Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible!
—¿Eres un buen chico, verdad? —Elena le sonrió, maliciosa, y entornó sus ojos felinos. Iba completamente desnuda, con la piel lechosa reluciente y el vello de la entrepierna subiendo por su ombligo como una cascada oscura. Extendió las manos de uñas largas, y el cabello violáceo voló ante sus hombros con el azote de un viento feérico. Samuel ni se inmutó con la vasija firmemente aferrada—. ¡Pequeño, petirrojo! Acabaste sin control, eres pésimo para el sexo.
—¡Creo en un solo Señor, Jesucristo! —Cerró los

ojos ante el ardor que lo golpeó en el pecho, y lo aguijoneó con tenazas. Se avergonzó frente a sus compañeros—. ¡Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios Altísimo… Luz de Luz, Dios verdadero… engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre!

—¿Te enamoraste de mi hermanita? —Elena fingió un puchero, y rio… sardónica. Sus senos se agitaron—. ¡Donna te mintió! ¡¿Por qué estaría con un bicho raro como tú?! ¡Ni siquiera sabes si eres humano! ¡Pudiste haber sido creado en un laboratorio como homúnculo! ¡No eres especial! ¡Le encargamos a Donna sacarte crías como una perra!

—¡Cállate! —Tosió y la boca le supo a herrumbre. Su nariz comenzó a sangrar y los ojos le ardieron… Un frío enfermizo asedió la fisionomía de su cuerpo—. ¡Por quien todo fue hecho! ¡Que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación… bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo… se encarnó de María, la Virgen, y se hizo… hombre!

—Donna no te ama, y nunca lo hará—Elena rompió en estruendosas carcajadas, y aplaudió, contoneando sus caderas anchas—. ¡Al igual que María, solo te utilizó! ¡Los hombres no tienen ningún valor en este mundo! ¡Este mundo le pertenece a las mujeres, y ustedes son nuestros esclavos! ¡Tu madre te abandonó porque tu padre era un inútil aburrido! ¡Mejor dicho, puede que no tengas madre vivípara, y… fueras sacado de una incubadora! ¡O se fue con otro hombre más encantador! ¡Nunca te van a amar! ¡Eres un bicho raro que nunca conocerá el amor!

Dejó caer la vasija, arrebatado por la rabia, y le hundió un golpe en la cara a Elena.

—¡Mentirosa!
Elena se disolvió como un espectro, y estalló en una nube negra de polvo vidrioso. Tragó aquella nube, con un sorbo de fuego y cayó por un precipicio inmaterial a un vacío insonoro de oscuridad… Un silbido agudo perforó sus tímpanos, y una risa rasposa lo atravesó de cuajo antes de caer en la inconsciencia. La risa maliciosa de Elena lo atormentó… Y concluyó que la verdadera cara de las personas es mucho más aterradora que los monstruos y los demonios.
—¡Nelson! —Lucía pareció crecer, e hincharse con los ojos dilatados—. ¡Toma esa puta vasija y deja de temblar!
Nelson obedeció, y la chica encaró al ser que transmutó de Elena a la nube refulgente… Una figura mefistofélica, encorvada, blancuzca y raquítica clavó su rostro desnudo en Lucía, y se hinchó, desfigurado… convirtiéndose en un hombre alto y musculoso como un toro, desnudo de la cintura para arriba y descalzo. Era rubio, guapo y de ojos aguamarina… apestaba al veneno de las frutas agrias. Una cicatriz horrenda y rosácea cruzaba los músculos de su hombro derecho con marcas de dentellada. Los tendones y las venas de sus brazos y cuello delataban un poder prominente… Parecía una estatua de piedra, cuyos músculos eran torneados por uniones de cables de acero.
—¿Lucía? —Dijo con voz grave, y una sonrisa lobuna. Sus ojos oliváceos portaban llamas cáusticas de fuego salvaje—. ¿Me tienes miedo?
Había visto aquel rostro cincelado en fotografías familiares, pero se veía más alto y musculoso. Las garras oscuras brotaron de sus dedos con un despliegue de corrosivo veneno… y Lucía Arciniega retrocedió, con los ojos como platos.

—Joel…
Nelson frunció sus espesas cejas, el hedor a veneno era insoportable.
—¿El tío Joel Arciniega?
—Joel no es nuestro tío—Lucía apretó los puños, con los ojos negros impregnados de fulgor amarillento—. Es una aberración…
El espectro que se hacía pasar por Joel Arciniega se apartó el pelo dorado de la frente y les sonrió, inmaculado. Para ser un Arciniega… era blanco y bien parecido.
—¿Ese es el hijo de Andrés?
—¿Andrés? —Nelson sintió la lengua pegada al paladar—. ¿Mi papá?
—¿No le han contado la verdad?
Lucía saltó, reuniendo todo el valor que tenía en su interior, y se convirtió en una bestia grisácea de ojos amarillos con rasgos lobunos y zarpas felinas. Joel recibió la embestida mostrando su cuello, y las fauces cerraron sus colmillos sobre la piel del hombre… desgarrando sus arterias. La sangre manó como un caudal negro. Vio al rubio clavar las garras de sus manos encrespadas en el lomo de Lucía, y levantarla haciendo acopio de la potencia sobrenatural en los músculos de sus piernas y brazos… Le dio un revolcón al cuadrúpedo y lo lanzó a la enramada cercana con una fuerza colosal. La bestia que era su prima aterrizó infructuosamente con un reguero de ramas rotas…
—Cuando eras niña—Joel se enderezó la cabeza, unida por músculos y tendones a su cuello desgarrado… y las heridas se cerraron sin dejar cicatriz—. Viste mi transformación y orinaste tus pantalones.

Lucía se acercó… al acecho, con las fauces rezumantes de espumarajos y el lomo gris erizado. A Nelson se le resbaló la jarra de las manos cuando Joel reveló su verdadera forma: un descenso evolutivo y prehistórico a una bestia a medio camino entre un oso y un león. Su espeso pelaje albino resplandecía, impoluto, y sus ojos verdes eran esferas de fuego… Las fauces colmilludas manaban saliva venenosa y una lengua bífida y cerúlea recorrió la hendidura de su boca. El tupido lomo denotaba un torso alargado de potentes extremidades y una cola espesa y peluda. Apestaba a cianuro y ácidos disolventes… Un estremecimiento indescriptible le recorrió la espina al contemplar la bestia inmensa.

Lucía se encogió, temblando, y de un zarpazo… la bestia albina le abrió una zanja en el pecho, debajo del cuello. Joel rugió con las fauces contraídas, y la bestia grisácea desapareció con un estallido de oscuridad. Un telón cayó sobre Lucía y la arrebató del mundo…

Los ojos de Joel Arciniega resplandecieron como fuegos fatuos. Fuegos de vacío inhumano, habitado por miedo y fragor escrupuloso… Un primitivo instinto de desasosiego e inminencia a una tumba eterna. La bestia blanca abrió una boca purulenta, y esta se expandió a una hendidura negra y circular con la dilatación de sus mandíbulas. Se convirtió en una boca ancha sobre cuatro patas, cuyos colmillos proyectaban un pozo vacío y negro de infinito terror… Vaticinó que aquella entidad era una quimera de exacerbado miedo, pústula de emociones sin refinar que devoraba con glotonería el sentimiento más antiguo jamás concebido en el Cosmos. Una crápula que digería las perturbaciones de la mente…

Nelson parpadeó, y ante él apareció Raquel con los labios pintados de rojo oscuro y un vestido provocativo. Sin pensarlo, saltó en medio de la transformación, el calor extendiéndose por su piel, con las ropas desgarrándose en hilachas, y cerró las mandíbulas en el cuello de la chica… con un crujido de vértebras. Raquel cayó desfallecida con la cabeza torcida en un ángulo espantoso…

—Eres horrible—dijo el cadáver con los ojos viscos y la boca hinchada—. Tienes unos brazos llenos de pelo feo… ¡Córtalos! ¡Además, ¿qué chica quiere ser novia de un pobretón! ¡Ni trabajando mil años serás alguien importante!

La entidad que tomaba apariencia de la chica parecía levantarse por hilos invisibles, que compusieron sus extremidades en una postura vertical e inhumana. Con las manos encrespadas se enderezó el cuello triturado, y los crujidos emitidos fueron húmedos… Raquel lo señaló con un dedo juzgador.

—¡Acéptalo, eres un perro!

Nelson mostró los colmillos en una mueca salvaje, quería lanzarse y arrancarle el rostro a dentelladas. Cada palabra lo lastimaba, bajando por su garganta como un líquido hirviendo… Un sofoco ardiente en su pecho. Temblaba, rabioso, pero aquella ira reprimida se confundía con el miedo… Por un segundo, vislumbró el rostro pacífico de su abuelo William, y suspiró.

—Lo sé—Nelson dejó escapar el aliento de sus pulmones adoloridos y se encogió—. Nunca seré como los demás. Nunca podré encajar en un grupo de amigos o… tener una novia—volvió a su forma humana, con la camisa y los pantalones desgarrados—. Eso no es para mí…

Raquel se cruzó de brazos, nerviosa.
—Una mujer de verdad nunca estaría con un infante.
—Lo sé, y me perdono por engañarme—dijo. Las lágrimas asomaron por sus ojos, melancólico—. Fue un error enamorarme de ti, pero mayor equivocación… fue creer que tú podrías amarme de la misma forma.
Raquel dio un paso atrás, asustada.
—¿Qué significa eso?
—Me voy a quedar solo—sonrió, y las lagrimas bajaron por sus mejillas con un hilo de voz—. Gracias por todos los momentos que pasamos juntos, primer amor, te llevas mi corazón con ellos…
Nelson pateó la vasija a los pies de Raquel, y la chica se hinchó en una nube negra… Fue como si un remolino fuese engullido por una botella. Un silbido profundo mezclado con un grito indescriptible llegó desde el hueco de la vasija, y antes que pudiera replicar, selló el contenido. Los tres aprisionados aparecieron a su alrededor, entumecidos y somnolientos. Lucía vomitó y Andrea se echó a reír…
Samuel se arrastró donde Nelson, con el rostro demacrado.
—Estuve cayendo por un abismo durante una hora.
—Creo que deberíamos enterrar esto.
—¿Cómo lo hiciste? —El pelirrojo frunció el ceño—. ¿Cómo venciste el Terror?
—La única forma de enfrentar nuestro miedo es aceptarlo, solo así… podremos dar el primer paso para vencerlo.

Capítulo 9: La Iglesia Maldita de San Lucas

I.

—Un demonio blasfemo despertó de su letargo para espantar a los congregados—el Padre Boris tenía rostro y voz infantil. Era regordete y sonrosado, y vestía una túnica franciscana con una Tao colgando del cuello—. Muchos dicen que el espíritu de un demonio fue liberado del infierno para castigar nuestras ofensas pagabas. Han visto a un ser negro y alado, que sale por el campanario al anochecer y arrebata perros callejeros y gatos con sus zarpas. Hubo un ataque el viernes pasado, pues un matrimonio joven había dejado a un recién nacido en su cuna... y escucharon con horror cómo, a la medianoche, un ruido indescriptible llegó hasta su habitación... y corrieron al cuarto de su hijo. Encontrando un horror demoníaco: aquel murciélago abominable golpeaba la ventana, esparciendo vidrios rotos, queriendo robar al chiquillo para Dios sabe qué atrocidades.

»El testimonio es angustiante, y aquel rostro demoníaco al otro lado del cristal... los espantó por noches enteras. El hombre gritó, la esposa se desmayó y los llantos del niño enloquecieron a los vecinos del sector. Los reportes que avistaron a esta criatura dijeron que era como un engendro reculo, alado y negro, infinitamente horrible, cubierto de escamas purulentas... semejante a los diablos neonatos de las brujas sodomizadas por las Ánimas del Llano Negro. Sus vuelos nocturnos terminan acá, en el campanario, y se adentra en las entrañas de la capilla. ¡La Providen-

cia confiesa su incertidumbre, y rogamos a Dios que nos proteja!
Salvador vestía una elegante abrigo con una camisa salmón y un pantalón de tela.
—Busqué por todos lados—dijo con escepticismo—. Pero, nada. La iglesia está por cumplir los cien años desde su fundación, y pienso que la leyenda de San Lucas nos persigue para sabotear nuestra festividad parroquial.
—Salvador es un sacristán muy laico—sonrió Boris—. Pero, él debe entender que si cree en Dios... también debe creer en las Tinieblas.
María le devolvió la sonrisa con convicción.
—Yo misma he cuestionado estos avistamientos. En Montenegro todo es posible cuando tratamos con relatos sobrenaturales, puesto que, muchos piensan que es el sitio más próximo al infierno en la Tierra. Hace centurias el Trono del Diablo se erguía en las colinas subyacentes a la Montaña Sorte, y mucho después... han surgido figuras maléficas que crecieron en esta incertidumbre.
—Te pareces a tu padre—recalcó Boris con una sonrisita inocente—. Era un hombre muy sabio... Él fue el que me encomendó llamarte si ocurría una tragedia, dijo que tú podrías resolverlo.
Aunque no era partidaria de creer en un poder superior, la impresión de aquella intimidante capilla llenó su corazón de angustia. ¿Por qué suponer la existencia de un creador? A veces creía que los humanos inventaron a los dioses para no sentirse abrumados ante la insignificancia de la vida... Antes de preguntarnos, ¿dónde está Dios? Debemos hacernos cargo de nuestros propios orígenes.

María recorrió la inmensa capilla de techo alto y abovedado, apretujado de butacas alargadas con reminiscencias de perfumes sacros e incienso aromáticos. Los Santos poblaban los altares de las esquinas, y el confesor era un cubil ornamentado de precioso marco ribeteado de plata. Los ventanales resplandecían de crisoles coloridos, en homenaje a episodios católicos de la comunidad. Sobre el altar, un Cristo Redentor presidía la misa ante la Orden Sacerdotal, cuya cabecera era el Presbítero Boris, seguido del jovencito Sacristán y los parroquianos voluntarios que preservaban la integridad de la capilla.

No siempre fue un sitio dedicado al estudio litúrgico de las doctrinas católicas, puesto que el edificio solariego era el esqueleto carcomido de un gigantesco espectro pretérito. Cuenta la leyenda que un mago judío llamado Lucas se presentó en Montenegro durante el Walpurgis; de barba blanca, túnica bordada con hilo de oro, escarpines de terciopelo rojo y un birrete negro en su calva. Este hebreo enigmático concertaba aquelarres obligatorios los viernes a la medianoche, invocando al Akerbeltz, el diablo en forma de macho cabrío negro, para besar sus llagas y ofrecer sacrificios. Este hombre era sumamente anciano y huraño, sus ojos inmensamente negros podrían desnudar las montañas y despojar cualquier objeto de los vestigios más extravagantes del tiempo. Impartía hechicería en su círculo hermético, y brujos de todos los rincones se precipitaban para morar en su seno de la montaña...

Durante décadas se vieron luces salir despedidas de las cuevas al espacio exterior, apariciones de númenes paganos, hogueras en las montañas y se achaca-

ron plagas a las conjunciones en lo alto de las lomas. El terror crecía en los habitantes de Montenegro, que eran temerosos de la muerte que tan frecuentemente llegaba sin avisar... y protagonizaba sus episodios más trágicos.

Lucas poseía un solar sobre una colina, desde la que el pueblo—que crecía en torno al río—, contemplaba los nubarrones bajar como espesas gasas hasta cubrir sus impresiones. Algunos jóvenes probaban su valor subiendo la colina para descubrir los secretos del mago, y los que se atrevían a subir muy alto... desaparecían sin dejar rastro. Cuando las nubes bajaban a la colina, los pobladores decían que el mago encendía sus hornos para cocer hechizos... que bien podrían traer abundancia en las cosechas, o un brote de cólera capaz de diezmar el poblado. En este estado intermitente de miedo y confusión, Montenegro veneró y temió al Mago Lucas. Hasta que...

—Lucas fue maldecido por un espíritu—María se deslizó por las butacas, en el camino central, contemplando los crisoles que exhibían las capitulaciones—. Un ser inmundo y escrupuloso que yacía en una morada tenebrosa... fue tentado por la soberbia del mago. Las mujeres de la comarca empezaron a desaparecer, muchos creían que las brujas del aquelarre de Lucas eran víctimas de esta maldición bubónica: madres, abuelas, hijas, y mujeres honradas morían entre gritos de horror, desgarrando su piel durante un ataque de enajenación. Los que se sabían aprendices de Lucas, empezaron a matarse entre sí por querellas sin sentido, alimentados por una rabia ciega... Todo el pueblo se veía proyectado a un abismo como un tren descarriado a las tinieblas.

»Lucas pidió expiación para sus pecados, y se juzgó por sus imprudencias esotéricas. Renunció a la magia negra y la hechicería, y con tal de doblegar al espíritu antiguo que perturbó la paz... le vendió su alma al Diablo, con tal de construir una iglesia en una noche. La primera capilla de Montenegro, puesto que anteriores misioneros fueron repudiados. Durante toda la noche, en su colina nublada por la niebla, se escuchó el arduo laburo de un incontable ejército de ángeles... o demonios. Las inmensas paredes de bloques marfileños se levantaron en horas, los fulgores celestiales impregnaron el cielo y las nubes se encendieron con destellos estáticos y luces boreales. Un sol de medianoche se atisbó desde el pueblo, y el llanto de los huérfanos se calmó con oraciones.

»Pero ese mismo sueño de redención, llevó a Lucas a su fatídico destino... pues solo le faltó un ladrillo para terminar de construir la inmensa capilla en honor a Dios y perdonar sus ofensas. Los primeros rayos rasgaron las nubes, y cayeron sobre el mago en su hercúlea tarea... condenando su hazaña con una muerte inminente. Fue nombrado santo por la parroquia, y el bautizo protegió al pueblo de las muertes que acontecieron años después de su desaparición... hasta que el Mal fue enteramente expulsado mediante Dimicatio, cuando un Obispo consagró el edificio sobre la colina.

María se acercó al confesor, y notó un espacio faltante en la pared contigua al cubil. Aquel era el ladrillo faltante que condenó a San Lucas: un retazo de un pasado vestigial. Se agachó para contemplar el vacío y metió el brazo hasta el hombro... notando un frío pétreo. La maldad secular que impregnaba aquella

construcción permeaba cada espacio, y se preguntó si alguna ramificación podría hallarse en el subsuelo... pudiendo contener una madriguera de horrores.
—¿Hay sótano?
—Una cripta—Salvador palideció—. Pero, fue sellada hace décadas por el riesgo sanitario que correspondía sepultar los cadáveres bajo el suelo de la misa. Los olores eran... insoportables.
—¿Se rellenó?
Salvador se concentró con una mueca.
—Los restos, la mayoría, fueron exhumados al camposanto que rodea la capilla. Abajo, si rompemos la pared hueca del sótano, podemos encontrar los túneles que conectan los mausoleos del Aquelarre de Lucas. Si las leyendas son ciertas, acá se construyeron solares antiguos que yacen sepultados bajo nuestros pies. Durante incontables decenios, los brujos celebraron sus ritos donde estamos parados... e invocaron presencias de nombres horribles bajo tierra.
—Bien, busca martillo y cincel... Abramos esa puerta al infierno.

II.

Andrés soltó una patada, rápido como un látigo. Sam saltó atrás y respondió con una descarga, girando la cadera, en una fiera patada lateral al estómago del joven. Su oponente se descompuso con una mueca de abatimiento, y retrocedió apretando su vientre.

—¡Sácale las tripas, colorado! —Gritó Rafael.

Dudó, con los puños en guardia. Andrés se recompuso rápidamente y se lanzó con las manos en alto. El pelirrojo halló confusión en su mirada y le propinó una patada frontal… dándole con el pie en el pecho y derrumbando su fisonomía con un potente empujón.

—¡¿Por qué dudas?!

—No quiero herir a nadie.

—¡¿Y ellos piensan igual que tú?!

Los entrenamientos se volvieron más intensos y el humor de Rafael empeoró. Gerardo visitaba el club de vez en cuando para intercambiar golpes con el saco y desahogar su rabia. Él había vencido a Andrés un par de veces, tuvo una pelea reñida con Nelson y guardaba moretones en las piernas por prolongados entrenamientos. Había aprendido a dar giros y descargar patadas, a golpear con las manos abiertas y a usar los codos para defenderse. Había practicado la patada gancho y torbellino con las paletas. Las sucesiones de patadas y los derribes… Así como algunas maniobras de pulsión cuando lo agarraban del cuerpo. Sus brazos, antes débiles y blandos, tomaron fuerza y adquirieron un aspecto nervudo de tensas venas.

Pero su cuerpo no era lo único cambiante, pues cada vez se sentía más extraño respecto a la agudeza de

sus sentidos… alcanzando grados de percepción desconcertante. Si se concentraba en desenfocar sus ojos, podía visualizar un mundo de ondas conformado por las diferencias de temperatura y las vibraciones en un plano tridimensional. Sus oídos se agudizaron aún más, capaces de detectar ruidos imperceptibles como cambios en la respiración y susceptibilidad a pequeñas dilataciones… Ni hablar de sus sentidos primarios como el olfato o la visión. Gracias a esta elevada percepción, cuando su corazón se aceleraba, podía notar nerviosismos y movimientos desapercibidos del lenguaje corporal… prediciendo los pensamientos ofensivos y defensivos de sus adversarios. A su vez, sus sueños se volvían más turbios en contraste con el desarrollo de una peculiaridad que creía impropia. Puesto que frecuentemente, se ahogaba en un mar de tinta, y veía cadáveres pálidos hundiéndose en las profundidades abismales de un océano bituminoso… Cadáveres flacuchos, putrefactos y descarnados; pálidos como la leche y de insipiente cabellera rojiza como la sangre. Por mucho que intentaba moverse, el salitre del líquido disolvía sus músculos y lo sumergían como un plomo al vacío sideral de aquella negra gruta.

La primera visión transcurrió cuando se bañaba, después de un arduo entrenamiento en el que tuvo que soportar las patadas de Nelson a sus costillas aguerridas… El agua corría por su cuerpo, muy fría, y el ardor de los moretones bajo sus axilas era quejumbroso. Cerró los ojos, conteniendo la respiración y un dolor rojo le cegó… Sus poros se abrieron como si le desprendiesen una piel curtida y grasienta. Las gotas de agua silbaron y se deshicieron en una vapo-

rosa cortina. Vio a sus pies el agua hirviendo… y su piel enrojecida. Pero no sentía un calor abrasador e insoportable, solo una tibieza tranquilizadora.
Aquello ocurría de forma imprevista, puesto que se servía un vaso de líquido para beber… y cuando se lo llevaba a los labios, lo único que sorbía era un vapor humeante. Mantenía esto en secreto, y procuraba no fatigarse en exceso y no subestimar el dolor que su mente soportaba. Los líquidos podían evaporarse ante su tacto bajo circunstancias que aún le eran desconocidas… pero, su causa estaba relacionada con…
—¡¿Terminamos?! —Raquel se cruzó de brazos con los ojos como platos—. ¡¿Tú a mí, Arciniega?!
—Baja la voz—replicó Nelson, mirando de soslayo a sus amigos—. Ya te dije que no puedo seguir contigo. Tú no me tomas en cuenta…
Raquel abrió la boca para espetar, pero se deshizo en un sonoro sollozo con los ojos inundados de lágrimas.
—¡Eres horrible!
—No…
Andrés volteó a mirar a Samuel con una sonrisa pícara.
—¡Yo te amo muchísimo! —Lloró Raquel, montando una verdadera escena en medio del tapete de goma—. ¡Te amo más de lo que tú crees!
Nelson sonrió, visiblemente eufórico por aquella declaración. Lo miró rápidamente, y las chicas se sonreían entre chismorreos. Bianca, Violeta y Mariann se cruzaron de brazos con muecas despectivas.
—Lo siento, enamorarme de ti fue un error.
—¡¿Un error?!

Raquel abofeteó a Nelson, dejando sus dedos marcados en la mejilla del moreno. Andrés abrió la boca para soltar una palabrota… Sorprendentemente, el moreno sonrió y reaccionó con un espetón. Levantó rápidamente un puño, y Raquel saltó atrás completamente pálida. Tropezó por su inercia y cayó de culo… Sam rompió en carcajadas, y las chicas lo imitaron con risas de hiena.

—¡Me las pagarás, Nelson Arciniega! —Raquel se levantó con lo último que le quedaba de orgullo, y salió corriendo… mientras escondía el rostro en las manos.

—Bien hecho—se acercó con una sonrisa, y le dio una palmada en el hombro al moreno—. Pero, creo que a Raquel le gusta la brujería.

Nelson soltó una carcajada disimulada.

—Estoy en peligro.

—Si se mete contigo, se mete conmigo.

—¡Samuel! —Reconoció aquella voz femenina, y vio a María acercarse con la tupida cabellera arremolinada en sus hombros. No llevaba sus gruesos lentes culo de botella—. Necesito hablar contigo.

Él y Nelson intercambiaron una mirada suspicaz y ambos se encogieron de hombros. Cuando estuvieron solos, María rompió su silencio:

—¿Ahora prácticas artes marciales?

—¿Qué quieres, María? —Intentó no sonar molesto, pero un timbre de arrogancia lo delató…

—¿Podríamos intentarlo una última vez? —María ladeó la cabeza como un animal herido—. Podríamos resolver este enigma y cazar al monstruo, como cuando comenzamos…

—María…

—Escúchame, Samuel—la chica le tocó el brazo—. Ódiame si quieres, pero esto va más allá de lo que alguna vez hayamos enfrentado. El secreto de Montenegro se esconde en las criptas de la Iglesia Maldita de San Lucas… La Finca del Chaure es solamente una mascarada que oculta un horror en las venas de la tierra. Te hablo de un terror alado que sobrevuela las noches sin luna, sediento de sangre, que ha despertado como una cigarra para sembrar la muerte. Hace cincuenta años que ocurrió la última epidemia de cólera, y los avistamientos de este ser traen consigo desgracias y enfermedades.

Recordó la carta de Algarrobo que encontró Gerardo en la biblioteca de la alcaldía. El horrible mensaje que nunca llegó a su destino poseía un enigmático lenguaje… como si narrase los epitafios de un cauce de brea a rebosar de cadáveres. En aquel banco de información encontraron nombres citados de la época colonial, e historias inefables de magos que esparcían la muerte y las tragedias. Estos reportes fueron plasmados con severidad, como si la autoridad a cargo sufriese una convulsiva diatriba al transcribir la capitulación de horrores que se sucedían en Montenegro y la comarca subyacente. Nombres famosos como Nicolás Curbano se repetían a lo largo de los años, con surrealistas apariciones en la cordillera andina del país… persiguiendo diablos o sanando enfermos. El Brujo sembraba las raíces amarillentas de su Herencia en las comunidades esotéricas, y se esfumaba en lapsos de tiempo imposibles de sobrevivir por un humano mortal; sin mostrar la menor decadencia de envejecimiento.

Encontraron también uno de los diarios de Chivacoa más antiguos en el registro civil, de un oficial

provinciano que llegó al pueblo para tratar un caso severo de brujería que involucraba a una mujer llamada Clara Arciniega, y uno de los episodios de licantropía más tenebrosos de la historia venezolana…
—¿Un engendro alado? —Carraspeó, y se llevó los dedos a la frente—. Dicen que Lucas perdió su alma en una confrontación mágica contra el oscuro Taita Boves, Rey de los Garabatos. Si lo que dices es verdad, no hay una sola alma en Montenegro que sobreviva para el próximo amanecer...

III.

—No solo fue un ladrillo lo que condenó al judío Lucas al Valle de Tinieblas—el presbítero Boris abrió la puerta del sótano con un crujido de la cerradura y el chirrido de goznes oxidados. Un gas polvoriento los golpeó en los ojos—. ¡Que horror! ¡Esta puerta no se ha abierto en años! ¡Es un milagro que haya conseguido la llave!

El sótano de la capilla era un cuadrilátero alargado y vacío, cuya mampostería antigua asemejaba un ancestral nido de chamanes paganos. Las losas del suelo estaban sueltas, y las estatuillas de arcilla llenaban el espacio con siluetas antropomorfas y mefistofélicas. Artesanías de todos los tamaños y formas, desde cuencos con glifos hasta esculturas venusinas grotescas y figuras fálicas. La humedad había permanecido sellada por décadas, y respirar aquel aire viciado era insoportable.

—Como saben, Lucas construyó nuestra capilla en una sola noche. Pero, nunca tomó acción de deshacerse de los dioses paganos en su antiguo solar, testigo de cientos de aquelarres malditos que llamaban fuerzas desconocidas. La Iglesia Católica envió obispos de alto nivel para exorcizar la Maldad de esta colina, y se llevaron consigo numerosos hallazgos y tratados. Los clérigos que han recibido el honor de residir en esta construcción, se encargaron de sepultar los secretos mágicos de tan infame figura, mucho antes de su canonización como Santo. San Lucas no es ni la sombra de la serpiente que fue…

Sam se adentró en aquella oscuridad polvorienta seguido de María, que miraba las esquinas como si el

edificio fuese a contraerse y sepultarlos. Aquella era la intersección de numerosos túneles que conectan Montenegro, aprovechados por los colonizadores para escapar de los piratas, y por los guerrilleros durante la sangrienta declaración de independencia. El alcantarillado cegaba algunas secciones con desechos sólidos, pero la mayor parte del laberinto pétreo era desconocido para los arquitectos del pueblo…

—Esa pared es falsa—señaló—. La mampostería desprende un frío sepulcral, como si las hendijas no fuesen obstruidas por tierra.

Con esfuerzo, lograron desprender las rocas, que no estaban adheridas… y poco a poco abrieron una boca de lobo que se perdía en una gusanera ancha y abismal. Penetraron con cuidado, resguardados por la linterna, y se adentraron en una fosa apestosa y húmeda. El sendero parecía lineal, pero a medida que se adentraban, describía una ligera curva en una bifurcación que iba más y más profundo al corazón de la colina. No había peligro de que el techo bajo del túnel colapsara, porque estaba firmemente tapiado con un material duro y reluciente como el pórfido. El túnel se ensanchó, y el Padre Boris regresó sobre sus pasos para llamar a Salvador…

En aquella cueva decrépita, de no más que unos metros de grosor, encontraron los resquicios de un posible agujero al infierno. El suelo terroso era tapizado con una alfombra de huesos pequeñitos y excrementos sulfurosos… Un camino recto se alzaba a un techo altivo que crecía con la abertura de unos escalones tallados en una especie de santuario oval en una colina hueca. Aquella cámara medía unos diez metros cúbicos, y se mantenía en pie por las uniones incólumes de bloques ciclópeos.

—¿Por qué Finchester?
—¿Finch? —María frunció el ceño—. No estamos en el mejor momento ni el lugar para hablar de eso.
—Es un idiota.
—Tú no lo conoces.
—Sí lo conozco, y es una mierda de persona.
—Lo juzgas sin saber cómo es él en verdad.
—Puede ser—apretó los labios—. Pero tú eres una buena chica, y no puedo soportar que vayas por allí estando con…
—No soy una buena chica, Samuel—los dientes de María rechinaron en la oscuridad—. Y puedo hacer lo que quiera.
—¿Dónde has estado metida todas estas semanas?
—Ocupada.
—¿Ocupada? —Sintió sus orejas enrojecer—. Te han visto entrar y salir del Barrio Porvenir. Te juntas con los lunáticos del centro y haces preguntas indebidas sobre la Finca del Chaure… y el culto que se congrega en esa hacienda.
—¿Me estás acosando?
—Me preocupo por ti.
María abrió los ojos como platos y palideció, por un instante creyó que el engendro iba a abalanzarse sobre sus cabezas.
—¿Estás enamorado de mí?
Enrojeció, y antes de poder voltear… sintió el revoloteo de un par de alas correosas agitando el aire sobre sus cabellos. Se agachó con un grito en los labios, y el chillido agudo le perforó los tímpanos. La cámara desapareció en una vorágine de gritos y un par de ojos refulgentes. María tiró de su brazo y echaron a correr, vislumbrando una masa de oscuri-

dad y tentáculos que se retorcía, flotando, agitando sus apéndices y pregonando un chillido sobrenatural. Repentinamente, perdieron el sentido de la dirección y se escurrieron por un túnel estrecho mientras los perseguía el ser desconocido, hacía una gruta innombrable que descendía a un espacioso salón subterráneo. Cayeron rodando como dos plomos por una resbaladilla, y se encontraron en medio de una bóveda con canales en su parte superior y un pozo central de mampostería. Las formas que se desdibujaron en la absoluta ausencia de luz fueron grotescas y geométricas.

—No puedo ver nada—María cayó sobre él, aferrada a su pecho como un cervatillo herido.

Sintió la respiración caliente de la chica en su cuello y el vello se le erizó. María estaba postrada sobre él, en una postura lasciva con las piernas entrelazadas. Los dedos de la chica se cerraron sobre sus hombros. Se levantó con el rostro acalorado, y… por la respiración entrecortada de su compañera, notó que estaba acelerada.

—Quédate cerca de mí—exigió, nublado—. Es difuso, pero puedo distinguir las formas en la obscuridad.

María le rozó las mejillas con los dedos, y recorrió la superficie de sus cejas con inusitada incandescencia. La veía como una forma oval desdibujada por zarcillos negros. Sus ojos eran dos espectros oleaginosos en pozos hirvientes. Si pudiera describir las formas sinuosas que se recortaban en su visión, las asociaría con cuadros pictóricos y abstractos: en algunas ocasiones parecían las imágenes desfiguradas y antropomórficas abundantes en los esquemas de Picasso; otras veces, la abstracción artística de Van

Gogh para proyectar remolinos cáusticos de nebulosas purpúreas.
Las superficies eran aterciopeladas por una sustancia densa y viscosa que permeaba las tinieblas como un hongo corrosivo. Los relieves toscos y erosionados de las paredes rocosas delataban la perenne acción de la humedad, socavando pronunciados agujeros en las esquinas de la caverna oblonga. El suelo desigual era atestado con excrementos apestosos… similares a plástico derretido.
María reprimió una arcada.
—¿Qué es ese olor?
—Parece… plástico digerido—soltó, arrugando el entrecejo e intentando distinguir los olores mezclados en aquella sustancia grasienta que tapizada el suelo como una alfombra de desechos—. Huele a vómito… Parece como si una criatura intentase digerir el plástico con las enzimas de su estómago, y regurgitar el potaje resultante para después volverlo a ingerir. Y no es solo el suelo, dios… ¡Menos mal no puedes ver este horror! ¡Las paredes están cubiertas de este vidrioso vómito; adherido y repulsivo! ¡Parece una madriguera infernal construida por un…!
—¿Un qué?
—Es el pozo—tomó la mano de María y se acercó a ciegas por ese agujero que conducía a un vacío de locura—. No deja de zumbar. Es molesto…
—Yo no puedo escuchar nada.
—La arquitectura de su construcción es muy antigua, y es revestido por una pátina verdosa—sorbió por la nariz—. Es más antiguo que cualquier cosa construida por la humanidad. Lo sé… con solo contemplar la resonancia de su mampostería. No fue hecho por

manos humanos, y que permanezca en el interior de esta colina hace eco sobre un pasado vestigial y desconocido… No es muy ancho, y temo que se haya secado hace millones de años cuando las venas de la tierra se pudrieron por los contaminantes. Creo que... estamos en el epicentro de la fuerza magnética ejercida sobre Montenegro.

»Una influencia emana del pozo como un miasma grasiento, e impregna el sistema del pueblo como una septicemia esparce sus pústulas en un cuerpo gangrenoso. Es horrible y febril, y… sea quién sea, respira y se retuerce en lo más profundo del canal. Las cadenas montañosas presionan esta piedra angular como las tenazas sobre una llaga infecta. Creo que… el engendro emergió de este pozo sulfuroso y…

Una música espantosa resonó hueca, y rebotó sobre las paredes plásticas despertando agudos chillidos. Los tintineos agudos lo estremecieron, y extrajo el teléfono de su bolsillo. Lo estaba llamando Donna… y antes de poder cortar, una sombra escamosa se proyectó sobre ellos con las zarpas extendidas. María gritó en una caída, y se sintió derrumbar bajo el pesado golpeteo de un batir de alas correosas. Lo que ante sus ojos se dibujaba con supremo horror e infinidad de formas grotescas, era la silueta antropomorfa de un murciélago abominable y demoníaco, de rostro ratonil y ojos abrasivos. Su morro era un bulto purulento y colmilludo, babeante de excrecencias blancuzcas y, de su vientre sobresalían los costillares cubiertos de pelaje hirsuto. Sus chillidos eran agudos e indescriptibles, como una cacofonía maldita de inmenso horror… Las alas draconianas se cerraron en torno a ellos como una manta de muerte, y los ojos refulgentes saltaron con estupor.

Ante sus ojos vio un arroyo turbulento, erosionando piedras con la fuerza del agua… Y, entornó los ojos para disipar aquella imagen.
Levantó una mano con los ojos cerrados, y sus dedos se cerraron sobre una superficie tosca, peluda y curtida con un relámpago de terror… Sintió un escalofrío salir de su brazo, y la cueva se redujo a un silbido vaporoso. El gemido de la criatura fue indescriptible, y pareció agonizar en una nube de vapor mefítico… Llorando y retorciéndose, batiendo sus alas y saltando con un reguero de sangre evaporada.

IV.

Me despedí, pero te mentí
No me quería alejar
Disimulé, me aguanté
Pero es que ya no puedo más

Quise borrarte y olvidarte
Pero te vuelvo a recordar

Todos los días salgo a caminar
Hago mil cosas para no pensar

Me lleno de adornos
Sufro de trastornos
Siempre te quiero llamar

No quiero nada, nada, nada…
Y es que soy tan complicada
Ay, ay, ay, de mí
De este amor
Que se metió y que se dispara
Se contagia y te reclama

Ay, ay, ay, de mí
De este amor
Que se me incrusta como bala
Que me ahorca, y que me mata

—María—era la voz de su padre detrás de la línea. Se escuchaba cansado y somnoliento, como presa de un martirio—. ¿Para qué sirven las guerras?
—¿Papá, dónde estás?

—No dejes que la Cumbre Escarlata se apodere de mi trabajo—se oía angustiado—. ¡Quémalo, quémalo! ¡Que arda… o estamos condenados!

La llamada llegó en la madrugada, y se cortó tan repentinamente que no tuvo tiempo de pensar en lo ocurrido. Su padre, Jesús Herrera, seguía vivo, y era perseguido… Pero no sabía qué hacer o cómo reaccionar ante aquella última voluntad de su aparentemente desaparecido padre. Se negó a odiarlo, no podía simplemente despreciarlo por abandonarla… y los papeles que llenaban sus repisas no podían sencillamente desaparecer. Tenía muchos documentos de importancia, quizás no para la ciencia… pero sí para ella. Los manuscritos arqueológicos y mapas antiguos eran de valor inapreciable, pues arrojaban pistas borrosas de un pasado pretérito y apócrifo para la comunidad histórica. Era un ultimátum contra la aparente universalidad y cimientos de la humanidad. Durante décadas, Jesús Herrera recopiló su investigación para demostrar la existencia de razas prehumanas, y los fenómenos que los llevaron al colapso de su civilización… Aquellos vestigios del pasado no deberían ser borrados. María los preservaría en cuerpo y alma.

El hecho de que una criatura pueda comer plástico era desconcertante, ya que este material no existió durante los prolongados bancos evolutivos que dieron forma a la vida en el planeta. No sé habían descubierto especies de murciélago de tal tamaño, incluso el zorro volador de Australia parecía un roedor en comparación con la antropomórfica criatura que surgió de la oscuridad… Un engendro involucionado que desobedecía las leyes naturales, y que se

removía en las profundidades de Montenegro.
María recortó la distancia por el pasillo del Colegio Bolivariano con el uniforme celeste ajustado en el torso. El último mes se había dedicado a corregir su desempeño académico, y quería terminar el año… Aunque últimamente, un desbalanceo emocional la mantenía en un perpetuo estado de confusión. Tenía que decidir a quién entregaba su corazón, puesto que se acercaba su último año en Montenegro y no quería marcharse sin haber amado. María Herrera se disputaba la vida en un escarmiento de amor…
—Creo que estoy sintiendo cosas por Samuel—le confesó María a Ana—. Pero, estoy confundida… Porque estoy muy enamorada de Finch.
Ana soltó una risita disimulada.
—¿Y ellos lo saben?
—Sí—sonrió, entre dientes—. Pero…
—Deja que las cosas fluyan—le aconsejó la chica, perentoria—. Si tienes que forzarlo, entonces esa no es la persona indicada. Date un tiempo, y verás que todo se mostrará con claridad.
—Tiempo…
María dudó, y apretó los labios.
Había tomado su decisión, se asomó por el gimnasio del Colegio Bolivariano y vio a los estudiantes corriendo en círculos, haciendo condicionamiento físico para calentar los músculos de sus cuerpos juveniles. Samuel corría detrás de Nelson, mientras ambos intercambiaban palabras con los rostros enrojecidos por el esfuerzo. Aquel pelirrojo no era el mismo que hace un año, pues desde que lo conoció… había roto su cascarón de soledad y se atrevió a hacer amigos. María lo miró por última vez, sonrió, y dio media

vuelta para marcharse del colegio… Al llegar a casa, empacó su ropa en uno de los maletines de cuero, y decidió revisar por última vez los manuscritos de su padre.

Guardó el Diccionario Infernal en una caja de cartón, y leyó el Rauöskinna y sus descripciones horrorosas de criaturas inefables. Los mapas del mundo antiguo, y las cartas náuticas expedicionarias de embarcaciones medievales fueron depositados en un almanaque. El Gran Grimorio del Dragón Rojo era el opúsculo más peligroso que su padre coleccionaba, según murmuraciones, la copia original fue clasificada en los archivos secretos del Vaticano. Los nombres de magos negros poblaban los escritos, y extraños epigramas en clave adornaban como poesía los párrafos… así como una simbología asociada con fórmulas alquímicas. Quizás el texto más aterrador eran las páginas sueltas y manchadas de una traducción blasfema… El extracto codificado en latín era horripilante, y no podía evitar sentirse observada por ojos maliciosos mientras lo leía. Era una descripción mórbida sobre el proceso de invocación de uno de los Leviatanes del Mar Muerto, extraído del Libro de los Grillos…

Finalmente, tocó el timbre, y… después de una nerviosa espera, Finchester le abrió la puerta de su desordenada y solitaria casa. El joven delgado ladeó la cabeza al mirarla; olía a tabaco y estaba más pálido que nunca.

—¿María?

—Nuestro destino era estar juntos… pero lo echamos a perder.

—Lo siento, soy un desastre.

—Aún así, quise estar contigo e intentar curarte.
—No fue tu culpa, María—los ojos oscuros de Finch se enternecieron—. Soy un solitario voluntario, no dejo a los demás acercarse por temor a que vean la locura que ha permeado cada membrana de mi mente.
—Prométeme que no te vas a deprimir.
—No estaba deprimido, estaba muerto… y resucité por temor a la alienación de mi soledad.
—Y que tendrás amigos que te ayudarán a sanar.
—¿María?
Pero no pudo seguir hablando, porque María lo besó en los labios, y él le devolvió el beso… El beso sabía a despedida, y nunca se sintió tan triste en la vida.

V.

—María ha desaparecido—dijo Sam mientras entraba por los portales de la capilla—. Solo, se ha esfumado… y el presbítero no deja de llamarme por los horribles gemidos que escucha en el sótano de la iglesia. Misas se interrumpen con gritos y pánico… porque creen que el diablo acecha a sus pies.
Andrea lo siguió.
—Debes aceptar que ella nunca te dará su amor.
—Lo que siento por ella es… indescriptible.
—Entiendo—Andrea frunció los labios— . Pero, lo mejor será aprender a vivir con ese pasado y no perder más energías pensando en eso.
—Sí, aunque a veces me cuesta… porque creí que por fin había encontrado a alguien que me quería con la misma intensidad.
—A veces… las personas llegan cuando menos las esperas.
La Iglesia Maldita de San Lucas los recibió con un vacío inconmensurable de silencio y luz nacarada. Andrea le prestó ayuda para investigar el misterio aterrador que rumiaba y gritaba en las criptas donde el mago hebreo descubrió un secreto prehumano y horrible. Salvador los acompañó al adentrarse en la cripta, y contempló con pesadumbre los desechos de plástico que se adherían a las paredes como brea blancuzca… y desprendía una peste insípida y penetrante a químicos tóxicos. Los canales se ensanchaban como las gusaneras de antiguas criaturas anormales, de épocas radioactivas y convulsivas… Madrigueras de horrores por descubrir. Contempló los túneles, algunos tan estrechos que podía apenas

introducir un brazo… y otras grandes como pozos ciegos. Las criaturas que abrieron tales aberturas debieron coexistir en una época enfermiza, y su aparente extinción debía ser un alivio para los indefensos habitantes de la superficie. Las agujeros llenaban las paredes y el suelo, en algunas secciones eran tapiados por los residuos solidificados de aquella sustancia viscosa… Al llegar al pozo, Salvador se sobresaltó.
—¡No quiero mirar allí dentro!
Andrea palideció, con la frente perlada de sudor a pesar del frío.
—¿Por qué?
—Porque—Salvador retrocedió, y se persignó—. Si me asomó por el ojo del infierno, caeré de cabeza en su abertura.
Se acercó, dudoso, y apretó la mandíbula. Dio un par de pasos con el sudor corriendo por sus manos, y se irguió ante aquel pozo abominable que susurraba y conjuraba en lenguas muertas, los nombres de diez mil demonios grises. El fenómeno de la oscuridad manaba de aquella fuente como una sarta de tentáculos negros e impíos, que se estremecían con ventosas pulsantes… Tocó la piedra fría con los dedos crispados y acercó la cabeza al agujero innominable. Una gota de sudor resbaló de su barbilla y se perdió en la espesa negrura del pozo… y unas escaleras vetustas se proyectaron al aparente vacío, desapareciendo en el fondo, como sumergiéndose en un lodazal de infinito olvido y lamentos guturales.
—Voy a bajar.
—¡Por Dios! —Gritaron Salvador y Andrea al unísono.
—Si esa criatura provino del interior de este pozo— paseó la mirada por las paredes saturadas de almizcle

gomoso—. Tengo que averiguar si se esconden más o… adónde conduce…
—¿Y si te comen?
—Si no salgo en una hora—hundió una pierna en el vacío, y la apoyó en el primer tramo de material oxidado—. Busquen una gran piedra, y cubran el pozo para que el mundo pueda seguir viendo amaneceres pacíficos.
Bajó, manchando sus manos de herrumbre… descendiendo al abismo inescrutable de tiempo y oscuridad con los ojos adormecidos. La escasa luz que crepitaba a su alrededor era indescriptible, puesto que manaba de una periferia lejana e innombrable, y hacía estremecer la argamasa de los ladrillos antiguos del pozo. Respiraba con pesadumbre el olor ferroso que inundaba la fosa y cada tramo que descendía, a su vez, lo hacía degradarse a un estado primitivo de conciencia… como si su estructura de átomos olvidasen la razón de su existencia, y continuarán desplazándose en el espacio. La escalera crujía, y el descenso del pozo debió convertirse en una eterna pesadilla… Sudando y con los brazos entumecidos, creyó sumergirse en el vacío más negro del universo, ante los pedestales donde se erguían deidades enloquecidas. Vio una luz al fondo: una presencia tibia y luminosa que se inflamaba como un ascua y reverberaba en resonancias lejanas. Continuó bajando una distancia impensable, quizás de cien tramos o más… puesto que el crecimiento de la luz era aparente. Temió caer ante un arrebato indescriptible, y al parpadear… notó que la posición vertical de su cuerpo se había invertido: la luz reducida a una luciérnaga flotaba sobre su cabeza como un rayo diminuto.

Era inexplicable, estaba bajando y de repente sus movimientos eran de escalada… creía que alucinaba mientras la luz acérrima se acercaba y crecía como un ojo de cielo. Vio una claridad cada vez mayor mientras subía y finalmente, un cielo nublado y vaporoso… y un aire pesado e irrespirable que se filtraba por sus pulmones. Llegó a la cúspide, cuando los tramos comenzaron a escasear, y subió apoyado de las piedras sobresalientes de la mampostería. Trepó, fatigado por el esfuerzo sobrehumano, y emergió a aquella superficie extraña… Una sensación enfermiza lo arremetió.

No podía creer lo que sus ojos atisbaban, la única explicación razonable era que los tramos de la escalera herrumbrosa se soltaron y fue proyectado al vacío con una muerte presurosa y solitaria. Se estremeció ante esta posibilidad, y se sentó a la orilla del pozo para contemplar el paisaje montañosa de espesa vegetación que se erguía, escabroso, en torno a aquella colina. Reconocería la Montaña Sorte en cualquier tiempo, pero ahora se veía reducida por los embates de la tierra, y el traslado de los ríos. Caminó lentamente por aquel cuadro, y notó que los bosques eran poblados por extraños animales que saltaban y emprendían vuelo de sus copas arbóreas. no quiso separarse mucho del agujero, porque respirar se le dificultaba, y desconocía aquella tierra hueca… salvo por la luminosidad del sol, y… los restos plásticos que sobresalían del suelo y llenaban los barrancos más distantes. Los millones de años transcurrieron, enterrando meticulosamente los desechos de una humanidad utópica, pero hace incontables eones que esta especie desapareció en una implosión gloriosa y

dramática… y los continentes se separaron más, y se volvieron a unir. Sabía dónde estaba, y por esa misma razón decidió regresar cuando las nubes se tornaron verdosas y los relámpagos purpúreos comenzaron a crepitar ante el diluvio de un torrente acidificado.
Bajó con cuidado, transpirando con dificultades y sintiéndose estremecer ante la aparente succión que aquel reducto producía sobre su cuerpo, tirando de su cabeza y pies a la vez, en direcciones opuestas. Pasados unos minutos, que sintió como horas, logró asomar la cabeza por el otro extremo del pozo. Andrea gritó al verlo…
—¡Tan rápido!
—Estuve horas allí abajo.
—No duraste ni cinco minutos—Salvador había hecho bajar una plancha de cemento enseguida—. ¿Qué viste, y por qué estás tan sudado y pálido?
—Hay una abertura—salió del pozo y ayudó a Salvador y colocar la pesada tapa sobre el agujero—. Llega un momento en el que bajas, y… creo que existe un agujero en el tiempo que nos lleva al futuro.
Salvador rompió en carcajadas.
—¿Y cómo es?
—La humanidad ha desaparecido—confesó, lastimero—. La naturaleza ha reclamado sus dominios, y lo único que queda de nosotros es la contaminación.
—¿Y el diablo? —Preguntó Andrea.
—Un millón de años después de nuestra extinción. Nacerán criaturas abominables… La radiación de nuestro holocausto, y la contaminación de nuestra producción determinarán estos cauces evolutivos. El demonio no es más que un murciélago futurista y horripilante. En el futuro hay montañas de plástico,

y los animales… tras el bombardeo nuclear, tuvieron que adaptarse a la ingesta de este material.
Un chillido aterrador, casi como un gemido tétrico, les erizó la piel. Se acercó a la fuente, bajo una explanada cubierta de una película viscosa de plástico digerido y regurgitado. Aquella cavidad se hinchó, y se retorció ante el batir de alas de la inmensa monstruosidad que manó de su madriguera. Andrea gritó al contemplar los ojos fulgurantes y Salvador se desvaneció ante la contemplación de un horror antropomorfo y demoníaco. El engendro soltó un chillido, batió las alas y… cayó muerto a los pies de Samuel… Se quedó petrificado, y miró el charco de sangre negra brotando del cadáver, estupefacto. El animal parecía más un roedor gigantesco con alas draconianas que un demonio, y las largas extremidades ostentaban garras afiladas. Su boca era un amasijo de colmillos, y sus ojos sin brillo resplandecían con aflicción. La herida que le provocó muerte fue el toque de Samuel el día anterior, que disolvió gran parte de su musculatura y órganos internos, licuando su interior con vapor nacarado. El olor a carne ahumada y pelo chamuscado era insoportable. Nunca lo olvidaría.
—Tardó en morir—proclamó—. Al menos la mitad de su cuerpo fue convertido en pulpa…
—¿Samuel? —Andrea se asomó a la madriguera donde el engendro se había acurrucado—. Tienes que ver esto.
Miró, y contempló tres diminutos ratoncitos recién nacidos, lampiños, y envueltos en alas correosas que aún no se desarrollaban. Los animalitos nacieron con el último esfuerzo de su madre, y se retorcían y chillaban en capullos de plástico disuelto por ácidos

estomacales. Era un espectáculo horroroso, y las arcadas lo hicieron retroceder…
—¿Y si nos los quedamos? —Sonrió Andrea.
—No—levantó una gran piedra del suelo y la empuñó con ambas manos—. No mires, por favor…
—¿Samuel? —Andrea palideció, con los ojos como platos—. No…
—¡Anda con Salvador!
Las palabras le salieron tan imperiosas que Andrea se apartó para que él terminara con el trabajo. Miró los tres recién nacidos, que se retorcían indefensos entre chillidos, y… dejando caer la piedra, aplastó a uno de los ratones. Escuchó un chillido agudo seguido del reventar de un pequeño saco de líquido… y los otros dos enloquecieron entre sollozos. Levantó la piedra, y repitió aquella operación con el corazón encogido… falló en matar al último con un único golpe, y tuvo que aplastarlo tres veces… hasta que dejó de retorcerse, con su diminuto cuerpo convertido en una pulpa sanguínea. Se retiró, con las piernas temblorosas… incapaz de mirar a Andrea a los ojos. Caminó despacio, y su cuerpo se cubrió de un sudor frío…

Capítulo 10: El Culto del Meridiano

I.

El yelmo de Lobo Sonriente ocultaba el rostro de aquel hombre de larga túnica negra, ceñida con correas oscuras y brazaletes. Lo vio recorrer apaciblemente los robustos naranjales del jardín. En el aire eran quemados hongos secos y hierbas alucinógenas, los matorrales del suelo se retorcían como enredaderas de gusanos… y las nubes adquirían tonalidades morbosas en extraños remolinos. La figura esotérica giró su cabeza al escondrijo de María… y ante el espetón de una ventolera… desapareció, como una estatua de arena barrida por un soplo divino.

María sintió la tensión en su cuerpo ser violentamente reemplazada por un escalofrío. Salió de su escondite con el corazón encogido, y siguió a la procesión que subía la colina… Una turba encapuchada de túnicas negras y atavíos ceremoniales, reunidos el primero de junio para establecer un portal energético. Los braseros quemaban abundantes hierbas purificadoras, y las velas aromáticas en los altares impregnaban el aire con delirio. Las estatuas de Santos escudriñaban aquel mirador con ojos muertos, fumando e ingiriendo alcohol espiritual con sus bocas artesanales. Era un espectáculo pagano y ancestral, que latía en el interior de sus células como un recordatorio de los albores de la civilización…

La procesión se reunió en torno a una empalizada, donde se levantaba una figura horrible y antropomorfa de cinco metros, parecida a un buitre cornudo, en cuya espalda se desprendían alas deformes

como costillares. Sus brazos torcidos se anteponían en una postura altanera, invocando un ritual fenicio con sus ademanes malsanos. Aquella masa homogénea de cuerpos envueltos en tela oscura y collares de hueso, rendían pleitesía con una venia sacrílega a la deidad del altar.

Desde el fondo del mirador, como una aparición del anochecer que nacía del corazón de las tinieblas… el Lobo Sonriente, de yelmo plateado y andar pulcro, fue asistido por un redoblar de aplausos en su ascensión al altar.

—Ante Dios y el mundo—pronunció con voz de trueno—, el más fuerte tiene el derecho de hacer prevalecer su voluntad.

María se estremeció ante la gravedad y la distorsión de la voz que fluyó de la máscara. Era como escuchar a una legión de demonios componer un soneto inmundo… Los brujos tocaron tambores, maracas y charrascas en conmemoración a su creencia, y la noche se infundió con un aura de hechicería innominable. Creía contemplar un espectáculo horroroso de palabras indescriptibles, sacrificios de animales y ungimientos de sangre... en petición a la escultura que fue encendida por llamas cáusticas y gloriosas.

Las chispas saltaron con un crepitar atronador, y el humo arcaizante subía en jirones, llenando el espacio con un mesmerismo y un fulgor insólito. Se alzó una oración, pronunciada en voz baja por un centenar de labios, que llegó flotando a ella como un cántico. La deidad horripilante ardía en su altar de fuego y cenizas… Las voces se unieron en una sinfonía inenarrable que caló hasta sus huesos con un terror espectral.

—Creo que la mente del hombre contiene la ma-

yor de las fuerzas, que el pensamiento es una de las mayores manifestaciones de energía. Yo creo que el hombre que entiende el uso de la fuerza del pensamiento puede hacer de si mismo prácticamente lo que quiera—las llamas se avivaron con el pronunciamiento de estas poderosas palabras, que operaban en regiones esquivas bajo leyes incognoscibles—. Yo creo que no solo es un cuerpo sometido al poder de la mente… sino que también puede cambiar el medio ambiente, su suerte o circunstancias por medio del pensamiento positivo tomando el lugar del negativo. Creo que los pensamientos son cosas y que la ley de atracción en el mundo del pensamiento atrae lo que uno desea obtener. Yo creo en el evangelio del trabajo de la fuerza de acción. Creo en el yo al igual que en el Yo Soy.

La hoguera chisporroteo con una lengua de fuego avivada por un ímpetu desconocido, y la figura se cubrió con una columna de llamas candentes. El calor subió con tentáculos invisibles de ondulaciones, y las formas grotescas inundaron de júbilo a los brujos. Entre ellos debían coexistir estudiosos herméticos Essenes, ocultistas de los Magos Negros de Angostura, partidarios de las enseñanzas zoroastrianas y miembros de la Sociedad Sarmoung que estudiaban los Misterios de las Estrellas. Su padre había investigado las tribulaciones de estos círculos esotéricos, y su conmemoración en Montenegro y Puerto Bello…

—Soy grandiosa como el universo poderoso—murmuró María para sus adentros—. Decreto energía femenina…

El demonio que adoraban era una de las miles de formas que tomaba la Entidad que se escondía detrás

de la Constelación del Dragón, en su cúmulo ignominioso de nebulosas y estrellas oscuras. Las encarnaciones de este ser del caos primordial consumirían las constelaciones hasta devorar a la Vía Láctea en una conjunción de oscuridad, y los iluminados trascenderán a un reino gobernado por leyes inhumanas y viscerales. El Culto del Meridiano era más antiguo que la escritura y las civilizaciones modernas…

Según los documentos recopilados por Jesús Herrera, la veneración y el temor a esta deidad se remonta a las tribus agonizantes que convivieron con otras especies homínidas y terroríficas. Se encontraron imágenes indescriptibles en cavernas subterráneas, pintadas con cinabrio durante la época más oscura de la Humanidad… cuando el hecho de extinción era una incertidumbre estacional. Los hombres y mujeres de todas las eras han adorado con infundado sopor esta representación de la Muerte: una inminencia de la oscuridad que envolverá el Universo. El consumidor de estrellas, Odrareg, plasmado con decrepitud en los Manuscritos Malditos de la Creación como uno de los Grandes Misterios…

La procesión bajó del mirador en una turba con dirección a las criptas de la inmensa casona. María se escurrió por las enredaderas de las enramadas como una forma del crepúsculo, vestida con gabardina oscura y sombrero de ala ancha. Y mientras seguía a la multitud, notó a una figura alta de vestimenta oscura y cabellera castaña rojiza. Era un hombre pálido con sombrero de copa y ojos… horriblemente brillantes y refulgentes como pozos de sangre. La sensación que la invadió al contemplar aquella figura era indescriptible: fue como un baño ardiente de cera derretida.

Su olor a canela quemada le irritó las fosas nasales. No era una criatura enteramente humana, presenciaba un cuerpo sin alma engendrado en una incubadora… Era tremendamente parecido a Samuel Wesen, solo que su mascarada parecía completamente desprovista de emociones.

El hombre fue el último en entrar a la casona, miró por encima de su hombro en dirección a María, y desapareció detrás del umbral. Debía ser el padre de Samuel, las similitudes eran extraordinarias y aquellos rasgos, inconfundibles. María esperó diez minutos, y se decidió a entrar por el portal con el corazón en las manos. Atravesó la entrada y descubrió un interior terrorífico y antiguo, una pieza adornada con muebles de piel y pinturas horripilantes de criaturas inefables. Las numerosas habitaciones parecían desocupadas, pero el clamor de voces provenía del subsuelo como un latido lejano… Bajó las escaleras del fondo para descender a una cripta alargada de túneles fríos. Sospechaba que el origen de las desapariciones se encontraba en aquel mausoleo, y que al avanzar encontraría las respuestas del Mal que operaba en los rincones tétricos de Montenegro. La razón de la desaparición misma de su padre…

Siguió aquel barullo gutural de sonidos con una mano pegada a la pared pétrea de la cámara, y giró por una bifurcación a un pasadizo débilmente iluminado por lámparas eléctricas. Vio un portal cerrado, y una hendija que dejaba escapar todo el sonido de la orgía demoníaca que tenía lugar en aquel sepulcro. María tanteó en la aparente penumbra, con el único anhelo de avistar lo que se escondía del otro lado del cerrojo… Los gritos ahogados y los festines de san-

gre. Los rituales al Moloch y los Dioses Muertos, los sacrificados ante altares negros por el Culto del Meridiano… El secreto de la desaparición de Algarrobo y la profanación a la montaña cometida por Enrique Palacios y su cohorte de magos negros.

María escuchó un resuello y un olor putrefacto cayó sobre ella. Dos manazas gigantescas se aferraron a sus hombros y la levantaron de un tirón… Lo último que escuchó antes de estrellarse con la pared más cercana fue un ronquido, y un dolor la hizo doblarse en el suelo. Había chocado con la pared de tierra, y se retorció sin aliento con el corazón acelerado. La sombra alta y pestilente la miraba con un rostro flácido y demacrado. La ausencia de vigor en su fisonomía la hizo enterarse de que presenciaba el caminar de un cadáver reanimado.

—¿Marcus? —María tosió con los riñones adoloridos, incapaz de levantarse.

El cadáver no era otro que el desaparecido policía Marcus Blanco, que se descomponía visiblemente con los ojos cegados y los gusanos saliendo de su nariz. Llevaba una túnica negra ceñida con cordones, y un aspecto macilento como un muerto sin cerebro.

María se irguió, adolorida, cojeando, e intentó huir… pero al dar un par de pasos, sintió que tiraron de su cabellera y le dieron vuelta. Luchó con brazos y piernas para zafarse, pero sus esfuerzos eran inútiles contra la errática e insensible forma que la aferraba. Unos dedos fríos se cerraron en su garganta, y mientras se ahogaba… contempló una boca cruel y negra que se abría con un gorgoteo.

II.

—A veces creo que mi padre no es realmente la persona que dice ser—Sam estiró las piernas en una postura tortuosa, mientras Nelson hacía flexiones—. Ustedes, los Cambiantes, lo llaman «Sonetista»…

—Así fue como lo llamó Omar—Nelson sudaba copiosamente, con los músculos de los brazos tensos—. Tampoco sé lo que significa, pero el Chivato lo respeta… así que pensé que podría ayudarme con la crisis.

—Los gules dijeron algo similar—cambió de postura y estiró la columna—. Todo es tan confuso… puesto que no sé cómo se involucra. Hace días que las desapariciones se han intensificado, y la policía ha declarado un toque de queda. Temen que un cartel se haya posicionado en Montenegro para robar órganos y cometer rituales satánicos.

Nelson se levantó de un salto, y comenzó a golpear el aire en postura de boxeo de sombra. Sus hombros estaban hinchado y nervudos…

—Mi abuelo dijo que era normal que algunos niños de las provincias más alejadas fueran raptados… Por eso, debíamos tener cuidado con salir de noche y vagar despreocupadamente por los bosques.

—¿Crees que la Finca del Chaure tenga que ver?

—Los González buscan a sus primos desaparecidos—Nelson exhaló, exhausto—. Han desaparecido niños en comunidades remotas, y no se han encontrado cadáveres en ningún lado. ¿Cómo ocultar algo así? ¿Y en un lugar tan importante como ese?

Gerardo entró en el gimnasio con cara de pocos amigos, se lo veía pálido y fatigado. Últimamente estaba

deprimido, y Andrea decía que casi no hablaba durante las reuniones. El joven rubio descargó su rabia con el saco después de quitarse los zapatos, y se les acercó a Nelson y Samuel.

—Pelea contra mí—le pidió el Presidente.

—¿Yo? —Nelson frunció el ceño y se encogió de hombros—. Esta bien…

Arqueó las cejas ante el espectáculo que iba a presenciar, pues Nelson era el más antiguo y habilidoso del grupo, y el Presidente tenía fama por sus habilidades de pelea… desde que venció a Jesús y los Hermanos Arciniega en su época de terror. Ambos se colocaron de frente, y fueron rodeados por jóvenes ansiosos de contemplar un combate entre alumnos experimentados.

El profesor Rafael se acercó con el rostro torcido.

—¡Samuel! —Lo llamó con voz imperiosa—. ¡Tú vas a ser el árbitro!

Se puso firme al momento con los nervios erizados, y vio a los jóvenes mirarse mutuamente con los ojos entornados. Gerardo era rubio, delgado y alto; Nelson era moreno, bajo y robusto… Ambos adoptaron posturas de lucha distintas: el moreno como boxeador, y el rubio separó las piernas flexionadas, con los brazos extendidos y las manos abiertas, en una postura altiva. Bianca y Violeta se sentaron en la alfombra, expectantes; Andrés y Mariann cruzaron apuestas.

Les dijo para comenzar, y en un rápido movimiento… Nelson descargó un golpe que no conectó y un recto que estalló contra el codo que Gerardo levantó. El rubio acometió con una sucesión de patadas que alcanzaron a Nelson en el estómago y rozaron su cabeza… El moreno se echó atrás con una mueca, y evitó una patada con giro que estuvo a centí-

metros de arrancarle los sesos. Gerardo volvió a caer sobre él con una agresividad y una energía impropia, Nelson apenas podía retroceder o levantar los brazos para cubrir su cabeza… Sus brazos se fueron cubriendo de moretones, y en un momento, Gerardo le propinó una patada al estómago que lo dejó sin aire, y… continuó girando en una barrida que enganchó el talón del moreno y lo derribó.

El rubio dio un par de pasos atrás, con el pecho hinchado por la respiración convulsa. El moreno resopló, los aplausos de las chicas hirieron su orgullo. Consiguió levantarse con los codos raspados y volvió a adoptar su postura de boxeador: puños y hombros en alto. Gerardo ladeó la cabeza y se tronó el cuello, y Nelson lo embistió con una violenta ráfaga de golpes; el rubio a duras penas pudo retroceder, porque ni siquiera pensó en bloquear aquellos puños endurecidos con los codos. Nelson lo acorraló contra la pared del gimnasio, y flaqueó en el golpe definitivo… Gerardo bajó sus brazos molidos en una patada frontal al abdomen del moreno, y con una fuerza inesperada y desconcertante, Nelson fue proyectado unos tres metros… Consiguió mantenerse de pie, gruñendo y tosiendo con el estómago encogido. Aquello era imposible.

Nelson se volvió a lanzar con los puños en alto, girando el torso con todo su cuerpo en cada descarga… Pero esta vez, el Presidente no dudó en su postura y recibió los golpes con sus codos y antebrazos; aguantó una gran cantidad de golpes, para luego girar sobre su eje, y descargar una patada de burro al pecho del moreno. Fue como si toda esa energía acumulada rompiese en un cauce, como un cañonazo, y Nelson cayó atrás con un chasquido atronador.

Gerardo había ganado, y así como entró… se marchó del gimnasio.
—Eso fue una paliza—ayudó a un adolorido Nelson a incorporarse—. Te dieron hasta en la cédula…
—Sin comentarios—Nelson masajeó sus brazos amoratados.
Pero no pudo sacarse aquella impresión de la mente. Después de clases, salió con Donna, que lo había evitado gran parte de los meses siguientes al incidente con su hermana. Intentó no pensar en ello, preocupándose únicamente por sus notas, pero debía zanjar aquello. Se sentaron en las gradas abandonadas del viejo estadio de béisbol, cercano al Colegio Bolivariano. La chica aceptó hablar con él, y a pesar de que estaba allí… no le salían las palabras.
—No sé qué pensar, Donna.
—Lo siento—sonrió la chica, tímida—. Mi intención nunca fue mentirte, Samuel Wesen.
—Me mintieron y me usaron… No sé cómo sentirme al respecto.
—Yo—Donna bajó la mirada—. Mi madre me obligó a robar tu esencia. La idea fue del mago Saúl Túnez, que le reveló a mi abuela que en Montenegro existía un hombre con sangre peculiar… y que le heredó estas facultades a su creación. La familia Blanco quería tu semilla para engendrar un hechizo con el poder de los dioses… Me obligaron a conocerte, pero yo me sentí frustrada al saber que eras una persona muy amable y compresiva. Mi madre quiere romper la maldición que nos mantiene ligadas a Montenegro, y para eso requirió de tu quintaesencia; pero eso no importa… porque mi tía fue secuestrada y Marcus no aparece, y nosotros…

La besó, estampando sus labios con los de la chica. Donna le devolvió el beso, tibio y tierno, y se subió a su regazo echándole los brazos al cuello. Un beso acompañó al otro en una larga fila, mientras sentía sus labios mojados ser mordidos y succionados, y las manos de Donna acariciándole el cuello y las orejas.
—¡Samuel! —La voz de Finch llegó a él como un juramento imperioso.
Vio al joven de pie ante las gradas con los puños apretados. Estaba más ojeroso y enfurruñado que nunca…
—¿Finch?
—¡Se la llevaron!
—¿A quién?
Finch apretó los dientes y su piel adquirió un tono amarillento.
—¡A María, por supuesto! —Subió una grada de un salto y se dirigió a él con zancadas furiosas—. ¡¿No te importa, verdad?!
Se levantó, y recibió un fiero golpe del joven en el rostro. Se tambaleó, pero no perdió el equilibrio y levantó las manos… Más confundido que encabritado.
—Tengo una semana sin saber de ella.
—¡Fue hasta la Finca del Chaure y sabe Dios lo que hicieron con ella!
—Finch—extrajo su teléfono—. La voy a llamar…
—¡Perfecto! —Finch sonrió, estólido—. ¡Samuel la encontrará con una llamada!
Al tercer timbrazo, una voz rasposa respondió desde el teléfono de María. Aún tenía señal, y debió ser recargado ante la espera de un llamado. Puso el altavoz…
—¿Samuel Wesen? —Era la voz rasposa y profunda de Belial; aquel Mago Negro de las Sombras que se

le apareció en el bulevar durante uno de los eventos de los Jinetes. Escuchó una risa sardónica—. Eres cordialmente invitado a la Noche de los Mil Demonios… que acontecerá la Víspera del Walpurgis. Será una noche de horrores que cambiará la historia de la humanidad, y sumergirá este planeta en la oscuridad… El Alimento Sagrado abrirá el Noveno Círculo del Ojo de Meridiano.

La llamada se cortó, y palideció… Miró a Donna y Finch con un regusto a sangre en la boca.

—Esta noche es último de abril—replicó, severo—. Es el Walpurgis, aquelarre de brujas, y podría ser la última noche que la humanidad duerma tranquilamente…

III.

—¿A dónde vas, Samuel?
Donna intentó seguirlo en su presurosa marcha. Él iba a la delantera, alterado…
—Ve a casa, Donna.
—¡No voy a estar tranquila!
—Todo se reduce a lo que se esconde en esas bodegas—apretó los puños, atardecía en Montenegro y el cielo anaranjado nunca había sido tan brillante—. Enrique Palacios liberó un Mal antiguo que yacía, latente, en las cavernas del pueblo. ¡Todo está plasmado en los manuscritos de la alcaldía! Sus hechiceros intentaron contener esta plaga demoníaca, y ante su fallo… el mundo cayó en una época de oscuridad: matanzas, hambrunas y plagas. Las guerras mundiales, las matanzas del comunismo y las enfermedades que han proliferado estos últimos cien años… se deben a la apertura de antiguas tumbas pobladas por maldiciones sempiternas.
Llamó a Nelson, que no tardó en llegar…
—Los montenegrinos no saben que viven en una tierra maldita—el moreno aún vestía el uniforme celeste de escolaridad, y los zapatos zarrapastrosos. El moreno lo siguió desde una esquina, con las manos en los bolsillos—. Enrique Palacios y Carlos Figuera Algarrobo siguen enzarzados en una batalla mágica por el dominio del pueblo. Hace cientos de miles de años en estas montañas se erigió una Potestad incomprensible, y reinó en una época de caos, en el territorio donde se alzó el maligno Trono del Diablo… antes de ser despojado por los Bolivarianos.
»Omar, el Chivato… me confesó su tarea vitalicia:

durante cien años ha resguardado los portales de Montenegro para impedir que fuerzas allende a nuestro plano irrumpan desastrosamente. Cuando estas entidades logran escapar de su control y perturbar la sociedad humana, un ciclo de muertes se desencadena en Montenegro… o en algún otro rincón del mundo. Oleadas de muertos y ríos de sangre… Plagas de cólera, fiebre amarilla y malaria. Brotes psicóticos y dictadores sanguinarios…

Se giró, estaba eufórico, caminando por el final de la Calle San Gregorio en el centro del pueblo. Las casas se alzaban en silencio, y las calles se vestían con los colores apagados del crepúsculo. Llamó a Nelson inmediatamente Finch se esfumó. Ambos jóvenes se midieron con la mirada, y Donna tembló…

—¿Carlos Algarrobo sigue vivo?

—Su espíritu—Nelson se rascó el cuello con las uñas de la mano convertidas en garras—. Mis ancestros intentaron asesinarlo cuando trató de robar los poderes de la familia Blanco… para doblegar a la diosa que resguarda la Montaña Sorte. María Lionza es una turba invocada por los hechiceros inmortales de Enrique Palacios, para someter a las entidades malignas que despertó… Pero, su influencia ha disminuido con los años. La energía negativa ha sido tanta, que perturbaciones y fenómenos han contravenido circunstancias en el pueblo. Durante el ataque homicida, Algarrobo pactó con las Potestades Menores, y fue arrebatado como un espíritu para imponerse en el corazón de la montaña. Su hechizo es de una magnitud incompresible…

»El Culto del Meridiano ha invocado poderes oscuros para influir en estas Potestades, y temo que

se aliaron con Algarrobo para despertar lo que han resguardado durante décadas en sus bóvedas. Creo que tu padre se ha involucrado, Samuel Wesen. Una magia negra indescriptible es convocada por ese aquelarre de brujos, y creo que, esta Noche de Walpurgis… la historia de la humanidad llegará a su fin. Los Iluminados invocarán en nuestro mundo…

—El Presidente—abrió los ojos como platos—… debe haber sucumbido ante la impotencia de no poder enfrentar solo a los dueños de la hacienda. ¡Debemos ir al Barrio Porvenir y convocar a los Jinetes!

—¡Samuel! —Nelson aferró sus hombros con los brazos—. ¡¿Tienes idea de lo que estás diciendo?! ¡Puede que tu padre nunca haya sido la persona que creías! ¡¿Estás listo para renunciar a todo?!

—Nelson—sonrió, apesadumbrado—. Me gusta tener amigos… y, por primera vez, creo que encontré mi lugar en el mundo.

Nelson le palmeó los brazos.

—Bien dicho.

Ambos se despidieron de Donna y tomaron el último autobús al Barrio Porvenir por la carretera que bordeaba el Bosquecillo Encantado. Terminaron la ruta al final de una calle de pavimento que daba a una avenida de piedras y arena. La foresta era abundante, y los ranchos se extendían en colinas y lomas de vegetación espesa… Siguió a Nelson por avenidas flanqueadas por matorrales, y ranchos recónditos abandonados a su suerte. Los dos parecían fuera de lugar, aún llevando los uniformes escolares y los rostros tostados por el sol. Algunos hombres que esperaban en hamacas a la sombra de árboles frutales los señalaban, y murmuraban. Apretó los labios y siguió

a Nelson mientras se adentraban en aquel territorio desconocido de carreteras de tierra y barrancos de arena.

—La Finca del Chaure se encuentra al final de esta calle—señaló el moreno—. Está anocheciendo, y se encenderán las hogueras del sacrificio ritual…

—¿Vas a buscar a tu familia?

Nelson se lamió los labios con una sonrisa, y lo siguió en medio de aquella calle estrecha y accidentada de espesa foresta y colinas súbitas que se alzaban en la distancia. El sol se fundía en el horizonte, y pronto caería el anochecer con tonos purpúreos. Avanzaron durante diez minutos, y pronto se dieron cuenta que unas sombras oscuras los seguían a través de la vegetación que los rodeaba. En la calle, que daba una bifurcación prominente, se alzaron tres sombras de sotanas negras con látigos y machetes. Al acercarse más, con un escalofrío, notaron con otro par les cerró la huida, y se vieron rodeados por una docena de brujos encapuchados, completamente vestidos de negro, con rosarios de piedras negras al cuello, diversos brazaletes, bastones y fetiches mágicos.

—Tenemos un petirrojo intruso—uno de los brujos se quitó la capucha, revelando unos grasientos ojos oliváceos en un rostro sonrosado. Era Daniel, esgrimiendo un látigo—. Y un perro mugroso.

—Creí que estabas en un sanatorio—los ojos de Nelson se tornaron amarillentos—. Maldito loco…

Daniel azotó el látigo con un chasquido atronador.

—Los locos son una respuesta cuerda a una sociedad desquiciada.

Él y Nelson se hallaron de espaldas, escudriñando rostros encapuchados de ojos inquisitivos. Eran una

docena de sombras furibundas portando fieros machetes y látigos de cuero… Intimidantes y omnipotentes como un panteón de dioses malignos. Los aceros echaron chispas contra las piedras del suelo, y los látigos cortaron el sonido con chasquidos diabólicos. Daniel sonrió, grotesco, agitando el látigo y saltando sobre un pie.

—¡Serán parte del Alimento Sagrado!

Rechinó los dientes, y escuchó un disparo. Un verdadero pandemónium se levantó a su alrededor con una polvareda, Nelson gruñó levantando las garras, y los látigos resonaron con chasquidos peligrosos. Escuchó un grito, y vio un cuerpo caer… Y una figura celeste y alargada los llamó desde una colina, detrás de un chaparral. La prensa se cerró sobre ellos, y un machete osciló cerca de su cabeza. Estiró una mano con los dedos extendidos… agachándose, y el filo cortó el vacío. Le propinó una patada en el estómago a aquel hombre de sotana oscura.

Un látigo azotó el suelo a sus pies, y un par de brazos fornidos se cerraron en torno a su cuello, presionando su garganta con asfixia. Escuchó un estallido sónico, y una herida se abrió en su muslo con una laceración dolorosa. Gritó de dolor, y aferró aquellos brazos con las manos. Todo se volvió rojo…

Ante sus ojos relampagueo la imagen de un río grisáceo disolviendo piedras como ácido avinagrado… El hombre que lo estaba estrangulando le soltó con un alarido y expiró en una nube de vapor rojizo: su cuerpo fue reducido a un saco de piel y huesos chamuscados. Fue repentino, y nunca olvidaría el chisporroteo que emitió su piel ante la evaporación repentina de todos sus líquidos. Se horrorizó ante la

obra de sus manos, y contempló aquella niebla sanguínea con sopor… Nelson tiró de su brazo, y lo arrancó de la abstracción mientras corrían lejos de la calle.

Finch volvió a disparar con el revólver a sus perseguidores, cubriendo su huida… y los tres se escurrieron, nerviosos, por aquellas colinas espesas pobladas por zarzales de pesadillas.

IV.

Yo sé que te vas
Tienes que marchar
No sé mi amor, si volverás
Perdóname si estoy llorando

Es que presiento mi soledad
¡Se entristece mi vida porque eres mi felicidad!
Piénsame, dónde tú estés…

¡Pasarán los días y las noches!
¡Y en mi alcoba frente a tu retrato!
¡Yo rezaré por ti!
¡Porque te vaya bien, y seas feliz!

Nelson los ayudó a subir el muro que resguardaba la Finca del Chaure, y luego él saltó y se abalanzó sobre la cima. Sam y Finch cayeron al otro lado con los uniformes cubiertos de sudor y arañazos por las resistencias de la foresta en su huida. Había caído la noche, más negra que nunca, y se movían en la oscuridad como espectros pusilánimes.

Los edificios de la hacienda se alzaban en la penumbra como gigantes huesudos e inmóviles, rodeados por árboles espinosos y caminos sinuosos. Una gigantesca hoguera chisporroteaba en la cima del mirador que dominaba el terreno como un incendio, y el humo subió en espesos jirones negros… Las bodegas y los establos exhumaban un vaporoso silencio. La única luz artificial provenía de la amplia casona, presidida por cabañas y corrales.

Un batir de alas los enervó, y una desbandada de

pájaros negros revoloteó sobre las cabañas que los rodeaban, con graznidos horripilantes grotescamente parecidos a carcajadas. Aquel estremecimiento de plumas negras se convirtió en sopor, y contemplaron, petrificados, a aquellas criaturas bituminosas con tres pares de alas y los picos mutilados por la protuberancia de numerosos ojos carmesíes. Se posaron en las techumbres de palmas, y rompieron en carcajadas estruendosas. Una figura alta les cerró el paso desde el final de aquel camino, con cada zancada... creció hasta convertirse en un gigante del grueso de un roble que esgrimía un hacha herrumbrosa. Su figura era difusa, translúcida y siniestra…

Los pájaros monstruosos batieron las alas y graznaron con voces discordantes y lejanas. Y atravesando la aparición, el mago de rostro negro y túnica del mismo color se apeó frente al espectro gigantesco. Los collares refulgían en su cuello, y la máscara de cuero mostraba únicamente sus ojos tenebrosos. Su olor a carbón era altivo… el Mago de las Sombras les cerró el paso con su séquito de espíritus oscuros.

—¡Belial! —Samuel apretó los puños. Era flanqueado por Nelson y Finch, pero se sentía indefenso ante el tribunal que representaba aquel conjurador—. ¡Tenemos que detener esto! ¡Se equivocan! ¡Destruirán a la Humanidad! ¡El Demonio del Meridiano no es un ser benévolo y todopoderoso!

—¡Traerán la miseria al mundo—Nelson se irguió—. ¡El Alimento Sagrado no saciará su gula! ¡Querrá apoderarse de ustedes!

Finch levantó su revólver al cielo.

—¡Hay que detener esta guerra!

Belial levantó un dedo, y lo agitó. Parecía una forma

del averno, un ser tiznado de tinieblas que era resguardado por un gigantesco alfil y una cohorte de pájaros malvados. Del suelo brotaron charcos mefíticos, y del vapor se elevaron endriagos viscosos parecidos a tritones atrofiados. Los pájaros volaron en círculos, y se convirtieron en brujos oscuros al descender del aire. Una veintena de brujos encapuchados se alzó como sombras malignas. Un ejército heterogéneo y numeroso selló el camino a la casona, de la que sobresalía un rayo de luz mortecina.

Belial habló con su voz espectral y grave, como si su garganta resonará en toda la Finca del Chaure.

—Cuando se inicia y desencadena una guerra… lo importante no es tener la razón, sino conseguir la victoria.

—¡Han sacrificado personas para doblegar estos espíritus! —Finch apretó los dientes—. ¡Mataste incluso a tus colegas!

Sam dio un paso, con las piernas temblorosas.

—Muchachos—levantó los puños, aún sabiendo que los superaban cien a uno—. ¿Me permiten el honor de morir junto a ustedes?

Finch recargó las balas de su arma, algunas balas se le escaparon por el nerviosismo de sus dedos. Solo tenía seis disparos, y los brujos y espíritus que cerraban el paso eran una multitud de al menos un centenar de formas.

—¡Yo moriré primero!

—Esto es ridículo—Nelson sonrió, pálido, y levantó sus puños—. Pelearemos como nunca, y perderemos como siempre.

Los Canaimas del ejército fantasmagórico chillaron, estremeciéndose, y Belial aplaudió una vez para que

estos se organizarán en una formación de tres hileras. El Hachero, espíritu doblegado por su magia, levantó su arma, como una figura espectral de cuatro metros de altura con un garrote descomunal y un rostro difuso. El gigantes dio un paso, y fue como una montaña al moverse… Las dos decenas de brujos con sotanas y capuchas negras portaban machetes, látigos y cuchillos.

—Esta noche moriremos peleando por la humanidad—Sam apretó los músculos de las piernas, armándose de valor. Abriendo y cerrando los dedos de sus manos temblorosas—. Nos olvidarán al amanecer, cuando el mundo caiga en una era de oscuridad… durante cien mil días de tinieblas. Yo nunca olvidaré esta hora, ni en mis próximas vidas y los años venideros cuando las ciudades sean inundadas por montañas de huesos. Siempre quise tener amigos, gracias chicos. Espero que podamos vernos de nuevo, en algún lugar lejos de aquí…

Eso hizo sonreír a Finch, pálido de terror…

—Mientras las sustancias de nuestras almas inmortales… sigan reencarnando en el ciclo ininterrumpido de la sinfonía de los espíritus. Existe la posibilidad de que volvamos a encontrarnos.

Nelson sonrió a su vez, temblando de miedo. Intentando desabrocharse la camisa celeste y los pantalones azul marino… quedando únicamente en ropa interior.

—No sabía que eras poeta.

Finch se encogió de hombros.

Los tres se tensaron, dispuestos a lanzarse contra el ejército con solo sus puños y vestidos con uniformes escolares color celeste. Contuvo la respiración, todo su cuerpo dudaba… menos su mente. No retroce-

dería. Gritó a todo pulmón, y se lanzó a la carrera, Nelson lo siguió convirtiéndose en una masa de pelaje pardo y colmillos que trotaba a gran velocidad… Finchester corrió detrás de ellos con la pistola en alto y un grito en los labios. La primera fila se abalanzó y él saltó con una patada al primer ser viscoso que alcanzó con el pie… Nelson embistió un grupo de tritones diminutos, y con sus mandíbulas arrojó por las aires a varios, dando furibundos zarpazos como una bestia enloquecida, vestida de harapos.

Alcanzó a un Canaima en la cabeza con una patada lateral, y giró descargando golpes y recibiendo arañazos en los brazos. Las piedras le llovían, y escuchaba los disparos de la pistola… En un momento, se vio rodeado por incontables seres grisáceos, creyéndose acribillado, sin importar cuántos golpes repartiera con los nudillos ensangrentados. Apretó los dientes con la boca llena de sangre, y los linces saltaron como formas oscuras, pardas y amarillentas… y sintió agitarse el mundo a su alrededor con una lluvia de piedras. Los seres viscosos caían muertos con la cabeza abollada, y los linces saltaban por los tejados para lanzarse a los brujos y desgarrarles la garganta. ¡Los González habían llegado justo a tiempo!

El Hachero se acercó a la carrera blandiendo su pesada hacha como un mandoble, y el Chivato saltó de un tejado, embistiendo al espectro de lado y proyectándolo a una cabaña con un destrozo y una explosión de astillas. Los brujos chasqueaban sus látigos y atacaban con los machetes a las bestias… Aquella familia de linces salvajes llegó junto a un perro muy grande de lomo manchado y rostro lóbrego. ¡Era Lucia Arciniega!

Una gata blanca montaba el lomo del mastín.
—¡Samuel! —Reconoció la voz de Donna Blanco.
Se masajeó el golpe de una piedra en su cabeza, y notó la humedad de la sangre. En el fragor de la batalla, los linces hacían retroceder a los brujos… pero estos presentaban una audaz resistencia. El Chivato sometía al Hachero, y de vez en cuando se escuchaba el golpe seco del hacha y un destrozo de madera.
—Donna…
—¡Juntamos a los González y decidimos ayudarte a vencer al Culto de Meridiano!
—¡Gracias!
—¡Samuel! —El perro de pelaje oscuro que era Lucía Arciniega, tenía ojos brillosos como la miel—. ¡Andrea intentó impedir que el Presidente viniera, pero… entró solo a la casona y… está peleando al frente contra el líder del culto!
—¡¿El Presidente está aquí?!
—¡Debe estar en grave peligro!
—¡Retrocedan! —Gritó un lince color arena con voz ronca.
El pandemonio se intensificó con la lluvia de escombros de parte de los seres viscosos, y la presencia imponente de un espectro lobuno y negro, que retorcía entre sus fauces el cuerpo convulsivo de un lince rojizo. Los linces variopintos lo rodeaban con los morros amenazantes, y se lanzaban para hincar dentelladas en la masa negra de aquel Cadejo infernal. Los ojos rojos del espectro centelleaban como lunas sangrientas… y los brujos del culto lanzaron latigazos a los lomos de los González.
La gata blanca saltó a sus hombros, y Lucía trotó a gran velocidad para embestir al Cadejo Negro, que la

superaba en tamaño. El lobizón pardo que era Nelson, saltó junto a ella y cerró los colmillos en la cola del espectro… El perro manchado se lanzó sobre el lomo, y los tres caninos—uno de ellos semicorpóreo—, rodaron por el suelo en una tormenta de pelaje, arañazos, ladridos y dentelladas.

Los linces retrocedieron con los lomos erizados, y retomaron su ataque a los brujos y los espíritus acuáticos. Se adelantó para unirse a la batalla ante la protesta de Donna, y una de las cabañas cercanas se descompuso en una lluvia de astillas. El Chivato estaba recibiendo una paliza, y sangraba por varias heridas profundas… Vio al Hachero clavar su inmensa arma herrumbrosa en aquella masa de escombros donde yacía Omar, y escuchó un gimoteo ahogado ante el sonido del hacha cortando la carne y rompiendo huesos.

Omar aferró el hacha incrustada en su pecho y se abalanzó al Hachero con una embestida. Ambos cuerpos diferían, el fornido espíritu era un verdadero gigante y sus fuerzas parecían inagotables… mientras que el Chivato sangraba y era más pequeño y raquítico. El Cadejo mantenía aferrado con los colmillos el hombro de Nelson—que perdió su transformación y sangraba a borbotones—, y el lobizón manchado montado a horcajadas sobre su lomo, le arrancaba trozos de oscuridad con los dientes. El moreno realizó una llave con los brazos alrededor del robusto cuello de la bestia fantasmal, gritando y ahogándose en sangre, y presionó con todas sus fuerzas. Los músculos de sus brazos se tensaron como fuelles.

—¡Finch! —Llamó el pelirrojo.

El joven se había desmayado por una pedrada en la cabeza, pero se despertó cuando lo zarandeó.

—¿Estamos muertos?
—Aún no—le sonrió, y le apartó el pelo de la frente ensangrentada—. ¡Voy a ir con el Presidente dentro de la Casona!
—¿Y qué hago yo?
Donna habló por él con voz aguda.
—¡Quédate acá y pelea junto a los González hasta que consigamos anular la magia del dominio que mantiene doblegados a los espíritus!
Finch asintió, tomó un pedazo de madera alargado y se lanzó detrás de los linces para empalar a los espíritus acuáticos que proliferaban como alimañas. Los brujos comenzaban a volar convertidos en pájaros, y se lanzaban a los linces con graznidos. Echó a correr en medio de la batalla, sintiendo como le llovían piedras y escombros: el pelo se le llenó de astillas y piedritas, la boca le supo a tierra y saltó sobre un brujo para derribarlo. Cayó rodando, bañado en sudor, y pasó junto a Nelson que mantenía preso al Cadejo mientras su prima tiraba de las patas del fantasma. Corrió a toda velocidad por el campo de batalla. Los brujos lo rodearon y un látigo le hirió en el hombro como un mordisco caliente.
Los linces saltaron enseñando los colmillos.
—¡Corre, Samuel Wesen! —Le dijo uno de los linces: el de una cicatriz bajo un ojo—. ¡Te abriremos camino!
Asintió, y echó a correr con las garras de Donna clavadas en su espalda. Los linces saltaban sobre los brujos que se le aproximaban, siendo heridos por machetazos y látigos. Corrió como nunca, como si sus piernas fuesen de cables de acero… y Belial se impuso ante él como una figura mefistofélica. El pe-

lirrojo levantó una mano, y un pulso inconsciente se desprendió de sus dedos… El hombre de negro retrocedió, empujado por manos invisibles, y evitó su presa saltando a un lado y apresurándose por la escalera que conducía a la casona. Al llegar al segundo escalón, un golpe sordo lo alcanzó en la frente, y vio la figura de un hombre alto languidecer ante su mirada.

Cayó sobre las escaleras y Donna saltó con un siseo viperino… El mundo dio vueltas en un doloroso caleidoscopio de luces y puntos negros. No se desmayó por convicción, y por el grito de Donna al ser atrapada por las manos amoratadas de aquel hombre pálido. Intentó levantarse tras haber rodado por las escaleras al suelo de tierra, pero no pudo incorporarse con las piernas y la espalda entumecidas. Su nariz sangraba copiosamente…

—¿Marcus?

Entornó los ojos para contemplar a un Marcus vestido con túnica negra, con la piel del rostro floja y lechosa, y los ojos vidriosos. No respiraba, y todas sus funciones corporales se habían detenido. Era un cadáver reanimado con nigromancia…

La gata blanca se retorcía en sus manos.

—¡Marcus!

—Marcus era un joven extravagante e inteligente—Belial se acercó a ellos—. Pero, se negaba a creer que el mundo era mucho más que la humanidad. Para poder continuar subsistiendo como un parásito dentro del universo, el hombre necesita consagrarse a la tarea de negar su propia naturaleza—se quitó la máscara de cuero, y reveló el rostro cansado y arrugado del detective policial Guillermo—. Los defectuosos

y tontos se reproducen más rápido que los inteligentes y sobresalientes, y temo el día que pueblen el mundo con su presencia insignificante.
Intentó ponerse de pie, y cayó mareado sobre las rodillas. Los linces sostenían una fiera batalla, pero eran rebasados en número… y más allá, el Chivato era destrozado por los puños del Hachero.
—¿Qué significa todo esto? —Se apoyó sobre una rodilla, y con esfuerzo sobrehumano… consiguió levantarse—. ¿Qué justifica tanta muerte y dolor?
—A mí no me corresponde explicar el ciclo de la humanidad… Si vives dentro de tu propia convicción, nunca conocerás lo que es el verdadero significado de ser humano.
—Tengo que verlo…
—Te dejaré hablar con él, si logras derribar a Marcus…
Apretó las muelas, conteniendo el dolor que se concentraba en todo su cuerpo. Fugazmente, imaginó el flujo de energía en sus vías sanguíneas con un hormigueo. Tuvo un momento de reflexión, y extendió su mano con un escalofrío. El calor abandonó su brazo al desprenderse una incandescencia rojiza que bañó el pecho del cadáver con un estallido plasmático… Aquella quintaesencia refulgió con chispazos carmesíes. Lo único que quedó de Marcus tras la explosión energética, fueron sus miembros cercenados y una masa ennegrecida. La gata blanca saltó, chillando.
Sam respiró aquel aroma a carne chamuscada y canela en brasas. Subió un escalón y luego otro… caminando sobre los restos calcinados del cadáver reducido. Dirigiéndose hacía la casona infernal para enfrentarse contra el verdadero rostro de Montenegro.

V.

—Samuel Wesen—aquella voz de trueno le pareció familiar—. Tú, de todos…

Se deslizó por la casona de numerosas habitaciones y techo alto, del que colgaban espesas telarañas de luz. Las paredes forradas con pinturas horripilantes ofrecían un espectáculo sepulcral e innominable de ídolos morbosos. Aquel era el salón principal, amueblado con toscos sillares de cuero y mesas ornamentadas. La figura que lo esperaba, de pie, ante un altar de pórfido, vestía una sotana oscura ceñida con un fajín violeta, y llevaba un yelmo plateado en la cabeza, con la forma de un lobo sonriente y fantástico. Unos ojos misteriosos brillaban en los orificios de la máscara…

—Quizás la más grande y mejor lección de la historia es… que nadie aprendió las lecciones de la historia.

—¿Qué significa la Finca del Chaure?

El Lobo Sonriente levantó un dedo enguantado. No llevaba ningún adorno o parafernalia.

—Cada día nos aproximamos más a un colapso inminente. Los teóricos dicen que la humanidad ya ha alcanzado niveles tecnológicos avanzados en el pasado, pero… debido a algún evento, se produjo un colapso en la sociedad donde perdimos todo nuestro conocimiento. La dependencia a los combustibles fósiles y el cambio climático… están contribuyendo paulatinamente a este episodio de retroceso.

Sam dio un paso, indeciso.

—¿Y quieres comenzar una guerra para ejercer una tiranía?

El Lobo Sonriente negó, y su yelmo lanzó destellos plateados.

—Con humanidad y democracia nunca han sido liberados los pueblos—levantó sus manos envueltas en cuero negro—. No sabes nada, Samuel Wesen. Una élite ha sido consciente de este caos venidero, y está tomando medidas para protegerse a sí misma y a sus familias… mientras el resto de la humanidad será condenada a la destrucción. La sociedad no ve nada porque se mantiene en un estado de profunda hipnosis. ¿No entiendes? Nunca antes la gente había vagado en la oscuridad como ahora. A una persona no se le da la oportunidad de detenerse y comprender lo que está sucediendo. Las series interminables, una más tonta que la otra; el escenario vulgar, las películas lujuriosas o agresivas… influyen suavemente en el subconsciente, cultivan el espíritu del egoísmo y la violencia. Una persona corriente bajo esta influencia, en un corto período de tiempo… se convierte en un animal sin escrúpulos que lleva una vida sin sentido.

»Este grupo controla todo lo que sucede en nuestro planeta: desde los gobiernos y las finanzas, hasta los medios de comunicación y la tecnología; manipulando las mentes de las masas a través de la malversación de información y la creación de falsas narrativas mediante el entretenimiento. Es probable que nuestro sistema financiero haya sido diseñado para mantenernos atrapados en la deuda y la esclavitud moderna.

»Existen tecnologías avanzadas y descubrimientos científicos que se mantienen ocultos al público, para mantener el poder y control en manos de la élite global. Algunos teóricos dicen que hay vida extraterrestre que ha estado en contacto con nuestra raza durante años, pero… que se mantiene en secreto

para evitar el pánico en la población—abrió y cerró sus manos—. Vagando en las tinieblas, logré comprender la importancia del terror físico para con el individuo y las masas.
La sangre se le enfrió en las arterias del cuello, llevando un torrente frío a su cerebro. El Lobo Sonriente subió las manos a los broches del yelmo…
—Una sociedad idiotizada que promueve el consumismo y la infantilización, estará destinada a la ruina por estancamiento e ignorancia.
—Me convencería de tus creencias—apretó los puños—. Pero, creo que lo único que me queda es aferrarme a las propias… ¿Qué nos quedará además de la libertad?
—La libertad es una ilusión, el deseo de ser libre solo puede ser concebido cuando eres prisionero.
El Lobo Sonriente soltó los broches, y se quitó el yelmo de plata para revelar el rostro risueño y bien parecido del Presidente Gerardo. El cabello rubio refulgía con destellos auríferos… No podía creer la identidad del mago negro que dirigía el Culto del Meridiano.
—Mañana muchos maldecirán mi nombre—dijo el Presidente, sus ojos dorados resplandecían—. No es mi ambición esto de estar en guerra, pero sí… derrocar la tiranía que lleva este mundo a la destrucción. Bajo nuestro mandato… la Estrella de Nueve Puntas se alineará con la Constelación del Dragón. Odrareg consumirá el Alimento Sagrado, y podremos infundir nuestra voluntad en los Gigantes de la Tierra. Acabaré con el egoísmo humano, para fundar un planeta que procuré engendrar individuos sanos. Modificaré a la humanidad para que solo puedan reproducirse

los más aptos, comenzando el primer ciclo con diez años de esterilidad homogénea.
—Presidente—negó con la cabeza—. Nadie es quien para decidir sobre las decisiones individuales.
Gerardo frunció el ceño.
—El hecho de que personas enfermas o incapaces pongan hijos en el mundo es una desgracia. En tanto, que el abstenerse de hacerlo es un acto honroso—señaló con su mano un imaginario mundo exterior—. Míralos, Samuel. ¿Crees que saben lo que hacen como sociedad? Son monos incapaces de mantenerse en unidad. La Corte de Magiares y la Cumbre Escarlata se han disputado la hegemonía de este mundo en guerras sangrientas y tragedias sin nombre. El egoísmo de los poderosos me hace desear la muerte para todos… El mundo es mucho más que esta telaraña de acero, y con el poder de los Tres Guardianes, seré capaz de someter a este séquito de demonios que gobiernan las naciones. El hechizo de Algarrobo me entregará la voluntad del todopoderoso Ziz de los Cielos, del vagabundo Behemot de la Tierra, y del abominable Leviatán del Mar.
—Lo siento, Presidente—apretó los dientes y dio un par de pasos, decidido—. Puede que yo sea el enloquecido, pero… masacrando y creando caos, el mundo no va a mejorar.
—¿Alguna vez fue bueno? —Gerardo sonrió, trémulo—. Creí que lo entenderías, pero… olvidaba que perteneces a esa cúspide de la jerarquía plutócrata que lleva las riendas del mundo en su fuero de autocracia y nepotismo. Se han apoderado de los continentes sacrificando sus hijos a demonios,

y consumando orgías de sangre para complacer el hambre de sus rituales.
—Entonces, usted no es diferente de ellos…
—¿En qué crees, Samuel Wesen?
—Creo que todo lo que necesitamos es amor.
Gerardo sonrió de forma sincera, y asintió con la cabeza antes de apretar los puños y cambiar su semblante a una mueca hostil. Se tensó como una cuerda cuando sintió aquellos ojos dorados clavados en los suyos. Había muerte en aquellas esferas de oro macizo, y… un profundo matiz de tristeza que no lograba descifrar.
Las luces perdieron intensidad, y Samuel se lanzó con una sucesión de patadas. Gerardo levantó las palmas para defenderse, y al contacto con sus manos… perdió toda potencia y velocidad en las piernas. No dudo de su intención, parecía golpear en falso a un ser gelatinoso. Descargó otras cuatro patadas rápidas, girando para no perder inercia y equilibrio… pero el rubio ni se inmutó.
El pelirrojo saltó atrás, y embistió con un puño cerrado. Gerardo atrapó el puño con sus dedos, pero su cuerpo no sufrió ningún retroceso. Estaba seguro de haber asestado con bastante fuerza en la mano del joven, pero… ¿dónde fue toda esa potencia?
—¿Cuál es el principio de conservación de energía?
Arqueó las cejas en una mueca, y desde su puño prisionero, hasta las costillas y los dedos de los pies… fue embestido por una fuerza desconocida, que lo proyectó con toda la potencia acumulada en forma de energía cinética. Dio un par de vueltas en el aire y su cuerpo impactó contra una pared robusta…
—Es una mutación del Cometa de Sangre—Gerardo abrió y cerró los puños—. Mediante el tacto, puedo

adsorber y controlar las distintas formas de energía. Mi cuerpo es un transformador viviente.
Tosió, y la boca le supo a herrumbre. Sentía el cuerpo molido, y las costillas adoloridas.
—Yo te admiraba, Presidente—consiguió ponerme de pie. Le dolían los moretones de las piernas, y sangraba por raspones en los codos—. Creí que luchabas por los jóvenes de Montenegro, pero ahora… veo que solo luchas por ti mismo. Eres un egoísta disfrazado de puritano.
—Voy a ser sincero contigo, Wesen—Gerardo se tronó el cuello, y flexionó los músculos de las piernas—. He visto cuán desagradable pueden ser la mayoría de las personas. He amado, he sido objeto de burlas y me han destrozado el corazón. ¡Solo quiero destruir todo este manicomio!
Con energía impropia, Gerardo aceleró como un bólido… Sam dio una vuelta de carro, evitando que el rubio lo estampe contra la pared, que se deshizo ante sus puños con un estallido de polvo. Lanzó un golpe, y se encontró con el codo de su contrincante… y volvió a responder con una patada que Gerardo detuvo con un movimiento de su mano. Se sintió como golpear en malvavisco mullido. El rubio le puso una mano en el pecho, y fue empujado por un torbellino violento. Se mantuvo de pie, arrastrado unos centímetros y…
Ante la electricidad que reverberó en sus entrañas, esgrimió una esfera de incandescencia carmesí… candente y condensada, y la lanzó, imaginando que el color rojo salía de su brazo con un escalofrío. Gerardo levantó una mano para adsorber aquella quintaesencia desconocida, el guante chisporroteo y se

deshizo en jirones… pero consiguió drenar la incandescencia con sus vías energéticas. Los ojos del rubio destellaron con un fulgor amarillento…

—Los Sonetistas conducirán este mundo a la destrucción—anunció el Presidente. Su mano desnuda despedía vapor, y electrificación ionizada—. La Corte de Magiares se ha posicionado en la cúspide de cada esfera social, Wesen. Los demonios de la Isla Esperanza son más egoístas que yo: su agenda es la esclavitud y la sodomización de las sociedades. En cambio, mi plan es, inconscientemente, purgar a la humanidad para evitar su aniquilación… Tendré el poder y la responsabilidad de decidir sobre diez mil millones de vidas. Habrá caos, y la Cumbre Escarlata y la Corte de Magiares querrán derrocar mi tiranía… pero con los Titanes del Mundo doblegados bajo el Ojo de Meridiano, nunca podrán detenerme. Destruiré a los poderosos, y el mundo caótico será regido por reglas que lo lleven a la divina armonía. Mientras me quede un soplo de vida en los pulmones, intentaré hacer de este mundo un lugar mejor.

—¡Prefiero que los humanos destruyan el planeta bajo sus propias decisiones!

—No sabes lo que dices…

—¡Pienso que tienes una visión muy infantil de la humanidad!

—¡No entiendes, Samuel! —Gerardo lo señaló con su mano y despidió una violenta telaraña de relámpagos cerúleos—. ¡Este mundo solo cuenta con la subsistencia prospera para tres mil millones de personas! ¡Y esa cifra se triplicó esta década! ¡Una catástrofe sin precedentes acontecerá, porque los seres humanos son incapaces de colaborar para construir un mundo mejor!

Corrió, saltó y se escondió de aquella tempestad eléctrica que esparció la destrucción por el salón. Destrozando el mobiliario, quemando pinturas y abriendo grietas en las paredes. La telaraña de rayos silbó como un incendio consumidor. El chorro de relámpagos galvanizadores se evaporó rápidamente, y sintió su corazón dando un tumbos. Había corrido muy rápido, y tropezado con los obstáculos esparcidos. Intentó erguirse, y recibió una potente patada en el estómago que lo levantó un metro del suelo… Algo se rompió con un crujido, y quedó sin aliento, retorciéndose y sordo.

—El egoísmo y la estupidez humana no tienen límites—replicó el Presidente—. Cada ser vive aislado en la telaraña de acero que la Corte de Magiares creó para alienar sus mentes. Hace doscientos años que comenzaron con su dominancia mundial, pero… se les ha escapado de las manos… y pronto no habrá mundo que gobernar.

Se apretó las costillas adoloridas. La sangre caía en gotas hirvientes de su frente, evaporándose en niebla rojiza.

—¿Y qué hay de tus amigos?

Gerardo negó con la cabeza.

—Quiero… suicidarme sin arrepentimientos.

—¿Y el amor? —Se limpió la sangre del cuello, llenándose los dedos de líquido pegoteado—. ¿Qué hay de Mariann? La amabas… ¿dejarás que ese dolor te consuma?

El Presidente dudó, y le lanzó su sangre… Los coágulos se endurecieron en agujas punzantes. Una se incrustó en el pecho de Gerardo, y otra en su muslo. Se levantó nuevamente, y consiguió alcanzarle un golpe

al rostro… el rubio retrocedió con un hilo de sangre corriendo por su mejilla. El pelirrojo lo atacó sin misericordia, dando giros y patadas, sin aliento y cubierto de sudor hirviente. Las gotas de sangre caían al suelo, y ambos iban retrocediendo y avanzando respectivamente. Gerardo defendía los golpes con sus codos, y evitaba las patadas… Lo atacó rápidamente, sin darle oportunidad para contraatacar. Hizo una finta, y le descargó un potente puntapié al rostro seguido de una patada gancho con toda la inercia…

Gerardo se encogió con la nariz sangrante, y sintió una palmada en la pierna que atacaba… seguido de un frenesí que lo arrebató a toda velocidad. Fue arrastrado por aquella energía cinética acumulada en una dirección, y se encontró con el primer muro en un doloroso choque. Quedó inmóvil, llorando y gimiendo de dolor ante el estallido de los huesos de su pierna. Estaba seguro que estaba rota, y que había impactado con gran parte de su cuerpo acelerado contra la pared.

—Se acabó, Samuel—Gerardo se limpió los coágulos de la nariz. Una de sus cejas estaba rota y manaba un hilo rojo. La mancha oscura en su pecho sangraba abundantemente, cubriendo su túnica con un líquido oscuro—. Pronto, el ritual habrá terminado… y el Ojo de Meridiano mirará a nuestro mundo.

Intentó arrastrarse, y gritó de dolor al no poder flexionar su pierna rígida… No podía moverse sin retorcerse de dolor por los huesos que sobresalían de su piel. Recostado de lado, cubierto de sudor y sangre… apoyó la espalda contra la pared y consiguió sentarse con un esfuerzo sobrehumano. Gerardo le dio la espalda, mientras se retiraba a los aposen-

tos donde se llevaba a cabo el Ritual de Invocación. Samuel levantó una mano en dirección al rubio, con la vista nublada por la perdida de fluidos y el dolor, y… juntó todo su dominio para crear una flecha alargada con los líquidos que escapaban de su cuerpo. El sudor y la sangre formaron una línea escarlata…

Apuntó con el dedo, y tensó aquel arco imaginario con los brazos adoloridos. Todo se reducía a la forma negra que se alejaba, el resto de su mente se vació… La flecha de sangre se estiró, y salió disparada como un relámpago… atravesando la túnica, la carne y el hueso del Presidente por la espalda como un arpón. Escuchó un grito, y Gerardo se pasmó con aquella saeta sanguínea naciendo de su pecho. Describió media vuelta, y la sangre manó de su boca… cuando se asfixió.

—¡Samuel! —Se acercó, con aquel arpón endurecido dándole muerte—. ¡Ellos ya están aquí!

Dio un par de pasos a él, que no pudo moverse… quedándose petrificado ante la imagen del Presidente ensangrentado. Gerardo se acercó lo más que pudo, hasta que sus piernas fallaron y cayó de rodillas… frente a él. Un semidiós arrodillado en un charco carmesí. Tosió, y un chorro de sangre brotó de su boca… con sus dedos buscó un sobre en su túnica y le entregó una carta salpicada de rojo.

—No importa si duele…

—Lo siento…

Las lágrimas rodaron por los ojos de Gerardo. El brillo inusitado en sus iris cristalinas nunca le pareció tan bello y melancólico…

—Entrégale esto a Mariann, por favor—le sonrió, con los ojos oscurecidos al pronunciar aquel nombre.

—Presidente…
—Prométeme.
—Sí…
—Cuando la veas, no le digas la verdad de mi muerte—Gerardo se lamió los labios amoratados—. Si no vuelve a verme, pensará que la abandoné, seguirá esperando mi regreso y… podrá llorarme.
Sam apretó la mandíbula.
—Eso es…
El Presidente sonrió, lastimero.
—¿Egoísta? —La flecha en su pecho perdió dureza y se disolvió en polvillo sangriento—. Sí, creo que fui muy egoísta… Traté mal a los que me quisieron.
Dos sombras altas y oscuras entraron al salón destrozado. Eran dos hombres de gabardina negra y sombreros de copa… Corrodo Gini y Freduar Wesen irrumpieron en el silencio con modales irreales y disimulados. Los fantasmas oscuros resplandecían con extrañas presencias imponentes. Los ojos aguamarina de Gini lanzaron destellos cerúleos cuando sonrió… y miró a su padre como si viese un circo surrealista.
Sintió la boca llena de sangre.
—¿Papá?
—Hemos liberado a los prisioneros ofrecidos como Alimento Sagrado—dijo Fredy, con los ojos rojos refulgentes—. Destruimos el Altar… sellamos el círculo mágico y matamos a todos los ocultistas que seguían al Lobo Sonriente.
Gerardo bajó la mirada, con el rostro ceniciento y una sonrisa mórbida en los labios. Su expresión era inescrutable, y sintió compasión por aquel joven delgaducho. Parecía un dios arrodillado dignamente ante su ejecución celestial.

—El líder del Culto de Meridiano era solo un niño— Gini se acercó con los zapatos lustrosos manchados de sangre—. Sin amores, ni rencores.

El mago levantó una mano, y sopló una ventisca feérica y silbante. Cerró los ojos ante el sonido blasfemo de cientos de cuchillas demoníacas, rebanando y cercenando la carne. Los invisibles sables del diablo convirtieron a Gerardo en una montaña de carne picada, con un estallido húmedo y rojo.

—El Culto de Meridiano ha sido clausurado.

VI.

Consiguió bajar las escaleras, cojeando, y el amanecer grisáceo bañó con tonos claroscuro la Finca del Chaure… convertida en un despojo de destrozos y un reguero de cadáveres. Sam bajó, caminando con debilidad, mientras pasaba cerca de los González.

Jonás González estaba envuelto en harapos destrozados, y abrazaba a sus primos Roberto y Carlos, quienes fueron secuestrados. Mientras que Enrique, el joven de la cicatriz, abrazaba al gordo y retrasado Jorge, que le faltaba un pedazo de la prominente barriga y sus intestinos eran un reguero sanguíneo.

—Cuando me vaya al cielo—dijo con debilidad—. Le diré a mamá que siempre me cuidaste…

Enrique se deshacía en lágrimas, intentando no romper en llanto y temblando. El moreno Manuel González permanecía sentado en el detrás de él, y parecía conmovido. Tyronne Gonzalez, un hombre adusto que regresó de la frontera, ayudó a Nelson a incorporarse, deshecho en heridas… vistiéndose con los remiendos del uniforme celeste.

—Eres muy valiente, Arciniega—reconoció, y estrechó la mano del moreno.

El mismo Tyronne le destrozó el cráneo a Belial con sus mandíbulas, y su cadáver yacía descoyuntado en un charco grasiento. El Chivato gimoteó en una montaña de escombros, cubierto de heridas profundas y agonizando… Se acercó al fauno, y vio a Finchester sentado al borde con el rostro lleno de moretones y el uniforme ensangrentado.

—Donna se llevó a su tía, están… destrozadas por la muerte de Marcus—se abrazó las rodillas con los

ojos dilatados por la ingesta de sustancias—. Omar te estaba esperando…

El Chivato dejó escapar un silbido parecido a un estertor de moribundo, y una herida de hacha en su pecho chisporroteo gotas rojas. El engendro era una pelambre ensangrentada, con el vientre machacado y los miembros surcados de cortadas profundas. Nelson se acercó, para presenciar las últimas palabras de Omar.

—Muchachos… como los odio—sus ojos oliváceos perdieron brillo, respiraba con debilidad—. No dejen que Montenegro caiga en la Oscuridad. Esto solo fue un episodio… en una historia maligna y ancestral que se remonta a centurias…

Los Chaure lloraban posados en sus ramas con lejanos ululares…

Apretó las muelas para contener el nudo en su garganta, y vio a Omar expirar dando su último aliento. Sus ojos desfigurados se tornaron castaños, y su cuerpo sufrió una alteración significativa: se encogió, perdió todo el vello a excepción de una cabellera blanca, y su cuerpo se arrugó como una pasa ensangrentada y maltrecha. El rostro chotuno de morro colmilludo se encogió en una cara humana y envejecida por las penurias… Enrique Palacios regresó a su forma humana al momento de morir.

Los tres abandonaron aquel campo de batalla, y caminaron a pesar del dolor y el cansancio. Salieron del Barrio Porvenir, y recorrieron la carretera en silencio hasta llegar al bulevar junto al Bosquecillo Encantado. María los esperaba en uno de los bancos, con una gran maleta y vestida con chaqueta de viaje. La chica se levantó para abrazarlos…

—Fue un placer conocerlos, muchachos.

—¿Adónde vas? —Finch habló con voz temblorosa.
—Iré a buscar a mi padre—dijo María, risueña—. Le dejo a Samuel todo su trabajo, para que… pueda entender las razones de mi viaje en su encuentro. La Cumbre Escarlata lo ha perseguido por años, pero… finalmente ha encontrado refugio y quiere verme.
Intentó hablar con la voz entrecortada.
—¿Te volveré a ver?
María se encogió de hombros, y le dio una palmada en el brazo mientras se marchaba. Mientras se iba, vieron acercarse a Andrea seguido de gran parte de los alumnos de su salón. Al parecer, se recorrió la voz de que el Presidente fue a enfrentar a la Finca del Chaure, y que ellos lo ayudarom en su batalla final. Bianca, Ana y Soledad los rodearon, ansiosas; Andrés, Salvador, Ezequiel y Ritchie llegaron junto a un séquito de alumnos. Jesús Alvarez parecía un espectro, y se abrió paso para encarar a Samuel.
—¿Dónde está él?
Apretó los labios, con las manos temblorosas.
—El Presidente… —se cortó, y miró los rostros esperanzados de aquella multitud de alumnos que admiraban a Gerardo—. Murió… peleando junto a nosotros. Fue muy valiente… se enfrentó con gallardía al líder del Culto del Meridiano, a pesar de que dominaba poderes oscuros inimaginables. Por mucho que nos esforzamos… no podíamos vencerlo. Montenegro iba a desaparecer en un abismo de oscuridad… y el Presidente sacrificó su vida para inmolarse junto al villano—Samuel se limpió la sangre de la nariz—. Pudimos rescatar a los prisioneros, y salvar el pueblo gracias a su decisión.
—No—Andrea rompió a llorar—. ¡No lo puedo creer! ¡Nuestro Presidente!

—¡Él fue el héroe! —Gritó Ezequiel, dándose golpes de pecho.
La multitud se disipó, llorando y vitoreando el heroísmo del Presidente y, la relevancia secundaria de ellos en su lucha. El último en irse fue Jesús, que asintió y se limpió las lágrimas sin decir palabra. Los tres se sentaron en una banca del bulevar, cerca del parque… Sam extrajo el sobre ensangrentado de su bolsillo y abrió la carta de Gerardo para Mariann. Tenía que asegurarse de que no contenía un mensaje oculto y…

Te quiero, ¿lo puedes creer? Tú… lo fuiste todo. Un alma puede brillar cuando los destellos de otra son reflejados espectacularmente en su superficie cristalina. La primera vez que te vi pensé que eras rara, y nunca imaginé que me enamoraría de todas tus imperfecciones. Enamorarme de ti fue un error, pero de todos en mi vida… fuiste el error más bonito que me atreví a cometer. Nuestros sueños vivirán por siempre al otro lado del mar. Te agradezco por todo lo que pasamos juntos, durante un tiempo muy valioso para mí… tú me diste esperanza para seguir en este mundo. Escribí mis mejores obras con la sangre que derramaba mi corazón roto… Quizás deba sanar estas viejas heridas, las abrí a propósito con tal de sorber un poco de inspiración.
Te quiero, para siempre te quiero… y me despido porque tengo el presentimiento de que no nos volveremos a ver. Pude haber tomado mejores decisiones, pero no me arrepiento de haberte amado. Mi corazón está roto, y todo lo que siento arde en una carta de medianoche…

Bajó la mirada, y guardó la carta con el corazón encogido. El nudo en la garganta le ardió…

El moreno carraspeó, y afinó su voz. Empezó a cantar con los ojos clavados en el horizonte argentino.

¿Quién te va a querer tanto como yo?
Me gusta despertar y verte dormida nada más…
Pero estoy lejos y triste…
Deseo abrazarte, y enredarme en ti.

Esta lloviendo, me acuerdo de esa vez.
No puedo dormir…
¿De qué me sirve este país?
Si no puedo reír contigo.
No puedo hacer el amor contigo…

Te extraño…

Finch chasqueó la lengua con una sonrisa.
—¿Tú eres el Cantante Misterioso?
Nelson cortó el recitar de su balada ante un relámpago cegador que rasgó el cielo plomizo; reprimió un sollozo con los ojos enrojecidos. Se reclinó adolorido en el banco, junto al destrozado Finch y el malhumorado Nelson… Sorbió la sangre por la nariz para esconder sus lagrimas. El pálido Finch sonrió, era su típica sonrisa famélica que enmascaraba perfectamente su terrible desasosiego… Encendió un cigarrillo y lo fumó despacio. Los dos sabían que volvió a esnifar el polvo en secreto… porque cuando estaba drogado, su ánimo deprimente sufría una mutación severa.
—¿Quieren fumar conmigo?
—No…
—¿Estás loco?

Finch sonrió con el cigarrillo entre los labios. Su mentón estaba partido y un corte en su párpado aún sangraba…
—Son buenos muchachos…
Nelson frunció sus espesas cejas y se limpió el coágulo de la nariz.
—Sí, pero Sam es muy raro.
El pelirrojo carcajeó sonoramente.
—Y tú eres muy peludo, pareces un cavernícola.
—Tu cabello y tus ojos rojos dan miedo—el moreno chasqueó la lengua—. Nunca conseguirás novia con esa cara de loco.
—Tú tampoco—los dientes de Sam estaban manchados de sangre—. Eres igual a un mono súper evolucionado. Las chicas ven tus brazos velludos y salen corriendo…
Finch arrojó el cigarrillo aún encendido por encima de su hombro. Su ojo derecho era una manzana amoratada.
—¿Qué importa? Seamos amigos por siempre—los miró de reojo, con los globos oculares a colapsar de salmuera—. Nosotros tres podríamos incendiar toda esta ciudad.
Levantó la mirada al cielo, sentía el cabello pegoteado de sangre seca.
Los tres uniformes celestes manchaban de rojo la banca del parque, y los seis zapatos estropeados apuntaban en direcciones opuestas. El humo del cigarrillo dejó de ser molesto con el ralear de una llovizna fría. Los jóvenes escudriñaron los nubarrones grisáceos que se arremolinaban sobre Montenegro y, dejando rodar las lágrimas por sus mejillas… rompieron a llorar.

"Te amaré hasta que los mares se sequen… porque como a ti, no he amado a más nadie".

Contenido

Capítulo 1: El Demonio del Meridiano **9**
I. **9**
II. **22**
Capítulo 2: Una Jauría de Gules. **31**
I. **31**
II. **36**
III. **50**
Capítulo 3: El Jardín de los Abortos. **59**
I. 59
II. **64**
III. **76**
IV. **85**
V. **93**
Capítulo 4: La Leyenda de Algarrobo **117**
I. **117**
II. **135**
III. **151**
IV. **162**
Capítulo 5: Las Puertas de Piedra. **169**
I. **169**
III. **185**
IV. **190**
Capítulo 6: Pesadilla en Montenegro. **205**
I. **205**
II. **208**
III. **223**
IV. **233**

Capítulo 7: La Danza de los Niños Sin Ojos 247
II. 257
IV. 277
V. 289
VI. 296
Capítulo 8: El Silbón y el Saco de Huesos 309
I. 309
III. 327
IV. 337
V. 347
Capítulo 9: La Iglesia Maldita de San Lucas 361
I. 361
II. 367
III. 373
IV. 380
V. 385
Capítulo 10: El Culto del Meridiano 393
I. 393
II. 399
III. 405
IV. 411
V. 421
VI. 433

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 30 de mayo de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 1870 en que naciera Fernando Brígido Criollo Ríos en Santa Bárbara del Zulia (murió en Maracaibo el 31 de mayo de 1944). Maestro de instrucción primaria (1891), periodista y autor de textos didácticos, destacado no sólo en la educación pública sino también en la privada; autor de varios textos que fueron de consulta obligada en los institutos educacionales de la región, los cuales tuvieron numerosas ediciones, razón por la cual no se localizan casi en las bibliotecas públicas y, por lo tanto, no se puede elaborar su fichaje bibliográfico adecuado. Tuvo su escuela privada en la calle Padilla (1892-1926), donde enseñó durante 34 años. Jurado examinador de los plantesles públicos de Maracaibo (1927-1931) y presidente del Concejo Municipal de Valencia (1931-1941). Sub-director de la escuela primaria federal que existió en Cabimas en 1928, conocida con el nombre de El Trompillo, localizada entre el Candilito y las Tierritas, en el sector La Plaza, en donde hoy está la calle Principal (1942-1944). Se desempeñó como periodista y director de los periódicos Excelsior y El Fonógrafo, así como colaborador de otras publicaciones periódicas del Zulia; trabajó como ingeniero municipal y secretario del Concejo Municipal de Maracaibo. Contrajo matrimonio en Cabimas el 14 de abril de 1928 con Emelina Barrios y procrearon cinco (5) hijos, a Pedro Luis, Carmelo, Emelina, Rosa y Jesús Criollo Barrios. Desde 2002 una institución educativa en Maracaibo, lleva su nombre.

sultanadellago.com